

ARTE COMPLETO DE LA BRUJERIA SYBIL LEEK



se

Esta obra, nacida de la pluma de una de las brujas más populares de Inglaterra, es básica para comprender el culto de la brujería Wicca. No solo contiene sus doctrinas esenciales, sino también algunos tipos de rituales e invocaciones y una discusión sobre la creencia en la reencarnación, uno de los axiomas de esta religión.

El Arte completo de la Brujería, es una obra que constituye el primer peldaño de la escala que han de subir quienes deseen ingresar en dicha tradición mística, iniciática y naturalista. Asimismo hace un análisis del lugar que puede tener la homosexualidad en la brujería y de otras formas de hechicería como la magia negra y el vudu. En resumen, una obra imprescindible en toda biblioteca ocultista.

Sybil Leek

El Arte completo de la Brujería

Título original: *The Complete Art of Witchcraft*

Sybil Leek, March 1973

Traducción: Alfonso Santiago Shaw

Diseño de portada: Alí Garousi

“A mi hijo Julián y a su esposa, Candy, que velarán por el futuro de la Vieja Religión tan fielmente como sus mayores lo hicieron en tiempos pasados.

Benditos sean.”

EXORDIO

Esta obra de la famosísima bruja inglesa Sybil Leek, que tuvo que afincarse en los Estados Unidos debido a que en Inglaterra se le hacía la vida imposible, no está destinada al satanismo ni a la magia negra, sino que es una especie de breviario que nos revela y enseña los arcanos de la Vieja Religión, de la brujería blanca o benéfica, de las creencias y ritos de la antiquísima religión Wicca (vocablo anglosajón de origen céltico que significa «el oficio de los sabios» y que tuvo principal difusión en el área de los escotos, pictos, gaélicos, irlandeses y bretones), la cual se practicaba mucho antes de que naciera el cristianismo.

No es ningún secreto que estos adoradores de Diana y de Fauno han sufrido, a través de la historia, las más feroces y despiadadas persecuciones, mucho más terribles que las sufridas por los cristianos en los tiempos de las catacumbas, o por los revolucionarios rusos en la era de los zares, o por los judíos durante el Tercer Reich, o por los verdaderos socialistas bajo la tiranía comunista de Stalin. A través de los siglos de nuestra Era, principalmente en la Edad Media y el Renacimiento, todas las ramas de la brujería, principalmente la religión Wicca, fueron diezmadas por el fuego, el cuchillo y la horca; sus seguidores fueron considerados seres infrahumanos y enemigos de Dios y de la civilización de los feudales y poderosos, y sus cuerpos sirvieron de pasto a la ira del populacho ignorante.

En nuestros días, en pleno siglo XX, a tenor de las corrientes de libertad y respeto que corren por todo el orbe cual reguero de pólvora, que piden a gritos los seres de todas las razas y credos, vuelven a salir a la luz los adoradores de la madre Diana y del padre Fauno, las brujas y brujos de la religión Wicca, de la Antigua, de la Vieja Religión, particularmente calumniados y masacrados en el pasado. Y lo hacen sin rencores ni odios, intentando recomponer su cultura, su credo y sus rituales, hasta ahora practicados y estudiados en la clandestinidad de los hogares alejados de las metrópolis y en las sombras de apartados bosques.

A través de las páginas de este libro, que nos resume el arte y las creencias de la verdadera brujería, la práctica de las ciencias ocultas benéficas, el lector descubrirá un mundo nuevo y sorprendente, un universo que le había sido ocultado o falseado por la ciencia y las religiones oficiales. Después de casi dos mil

años de persecuciones, en el momento en que la civilización se está desintegrando moral y espiritualmente, en que las gentes van quedando desengañadas de los partidos políticos que proclaman la libertad y la democracia a voz en grito y practican el terrorismo y la esclavitud, en que se descubre la faz hipócrita e interesada de muchas religiones oficiales, en que se ve a los líderes del mundo envueltos en escándalos de toda clase, en que se asiste a la agonía de la familia y del verdadero amor, los seguidores de la Vieja Religión aparecen como un soplo sano de espiritualidad y de esperanza, como un canto a la naturaleza y a los valores interiores del hombre.

Esta religión Wicca está marginada de los estudios oficiales de las universidades (un nuevo tipo de tiranía de la cultura), y aún permanece secreta en muchos países, sobre todo en los dominados por Moscú. Por ello cobra tanta importancia *El arte completo de la brujería* de Sybil Leek, bruja y maestra esotérica, obra que permite al ente espiritualmente inquieto e insatisfecho conocer un nuevo camino de luz que hasta ahora le había sido prohibido, si no difamado o desacreditado; un camino de luz que hará que muchas personas vean el mundo, la naturaleza y a sí mismas bajo un nuevo e increíble prisma, bajo un aire renovador y purificador que habla de paz, amor y sabiduría, en este y en el otro mundo.

FÉLIX LLAUGÉ DAUSÁ
(El mago Félix)

HAY MUCHO QUE RECORRER DESDE EL NEW FOREST: BRUJERÍA POR AQUÍ Y POR ALLÁ

En cierta ocasión escribí un libro que, en mi opinión, hubiera bastado para contestar cuantas preguntas estaba recibiendo constantemente acerca de mí misma, mi forma de vida y mi religión, que es la magia. He pasado muchos años haciendo un circuito por ambas orillas del Atlántico, hablando sobre temas tan diversos como la astrología, la música y la magia. Andando el tiempo, y aunque mis conferencias versaban sobre la música y la astrología, las preguntas más obsesivas recaían sobre la magia, haciéndose cada vez más frecuentes. Yo escribí el *Diario de una bruja*^[1] para que la gente supiera qué clase de mujer es esa que lleva una vida sofisticada en el siglo XX, trabajando como periodista en el mundo de la radio y la televisión y aceptando, no obstante, la magia, la Vieja Religión, como su propia fe. Creí que así contestaba la copiosa correspondencia que recibía en torno a un tema que para mí era de lo más ordinario y vulgar, por la sencilla razón de que no había conocido ninguna otra forma de vida, ni ninguna otra fe. Lo que realmente hice fue abrir de par en par las puertas a millones (¡sí, millones!) de curiosos, ávidos de saber más cosas —y cada vez más— sobre la brujería.

Así, el *Diario de una bruja* vino a ser un tentador entremés y no un plato fuerte para calmar el hambre de tantas personas que, después de examinar sus propias formas de vida y sus propias religiones, no habían encontrado en ellas la esperada satisfacción. Lo que yo había contemplado como una situación lógica y normal, la de una mujer moderna enfrascada en una Vieja Religión —como el ortodoxo judío apegado a sus tradiciones, incapaz de ingerir nada que no sea «cacher»^[2]— ahora lo veía como posible solución a algunos de los problemas mundiales, causantes de tensiones y angustias que los hombres estaban tratando de remediar recurriendo a sus religiones. Aunque yo no he ido nunca por la vida «predicando» la magia, siempre he creído que cuando se hacen preguntas deben ser respondidas lo mejor que podamos. Esta máxima la he cumplido en la magia lo mismo que en otras cosas. Y así no tuve necesidad de predicar, pues las preguntas vinieron por sí solas. Miles de cartas, sacos enteros de correspondencia pidiéndome más detalles, miles de llamadas telefónicas de todo el mundo, miles de telegramas y, sobre todo,

preguntas directas, llegaban a mí cada vez que dejaba mi casa. Mi Diario, que no pretendía ser un tratado de brujería, ni sermón, ni nada parecido, era sencillamente un compendio de mi propia vida, de mis escritos, de mis reuniones y tratos con personas que juzgaba interesantes, de mis estudios sobre ciertas clases de hierbas, la reencarnación y la astrología. Este libro estaba salpicado también de sabrosas anécdotas a lo largo de mis viajes. Luego me he visto inmersa en un mundo donde la hechicería es más conocida que en tiempos anteriores. De pronto y por donde quiera que iba, me hallaba con gente escribiendo libros de brujería. Cada autor se consideraba una autoridad en la materia. Pero al examinar estos libros, salieron a relucir unos hechos muy extraños. Una cosa es escribir un libro sobre brujería como miembro practicante de la Vieja Religión, y otra muy distinta escribirlo a base de investigar con libros antiguos. Los resultados en este último caso solían ser un batiburrillo de ideas.

Y todavía se manifestó un hecho más sorprendente. En la mitad de estos casos, yo no acerté a explicarme de qué trataba aquella gente, pues en casi todos aquellos libros se traían a colación prácticas de la magia negra mezcladas con alusiones a ciertos ritos católico-romanos, y se sostenían ideas muy perniciosas en cuanto al ceremonial. Yo me encontraba sumida en un mar de confusiones. Conste que me crié y eduqué en las costumbres de la Vieja Religión, y sin embargo, nunca he tenido que ponerme a bailar desnuda, ni he ofrecido sacrificios sangrientos, ni he llegado a sentir tanto odio por alguien como para desear su muerte o su aniquilación. Comprendo perfectamente lo que quiso decir el Gran Sacerdote del Satanismo, cuando afirmó refiriéndose a mí que “era una bruja con aires de damisela, que prefiere beber té a echar el mal de ojo”. Sólo erró en una cosa, y es que a mí no me gusta el té. Pero comparto su opinión y me satisface decir que en todo lo demás estoy de acuerdo con él.

En mis ciclos de conferencias, en esas giras interminables de una costa a otra promoviendo la lectura de muchos libros míos ajenos a la brujería (a través de centenares de entrevistas por radio y televisión) llegué a sentirme enojada por la manera con que me presentaban: «Tenemos aquí a Sybil Leek, una bruja que, si no le caemos bien, nos va a echar el mal de ojo... No lo haga, por favor, querida.» ¿Cómo intervenir en un programa, cuando desde el principio ya previenen al auditorio contra una? Mi signo zodiacal —Escorpión— es un obstáculo para quienes desean controlar su temperamento, y por eso, muchas veces el escorpión se hace sentir con una picadura de sátira o sarcasmo.

Recuerdo mi actuación en el «Today show» de Nueva York con Hugh Downs y la pobre Barbara Walters en su papel de moderadores. Aquello fue casi un

desastre desde el principio. Yo estaba acostumbrada a las entrevistas televisivas europeas. En ellas, cuando van a presentar al autor de un libro, el presentador ya ha leído la obra para poder hablar de ella con conocimiento de causa. Parece ser que esta práctica no es habitual en los Estados Unidos. Son pocos los presentadores que leen los libros. La mayor parte van al programa provistos de una notita con datos muy escuetos, la cual es confeccionada por una oficinista. (Yo siempre me pregunto qué sucedería si se confundiese una notita de éstas con otra. ¡Menuda entrevista a un experto sobre las Pirámides, si le interrogan a base de una hojita con detalles de un concurso de tiro de pichón!)

Durante la gira fui visitada por la joven que preparaba el «Today show». Sabía que íbamos por diferentes caminos. Ella quería hablar a toda costa sobre la magia negra, mientras yo trataba de ilustrarla con una breve lección de diez minutos, acerca de la brujería como Vieja Religión, como Antigua Religión, en nuestro azaroso recorrido de Cleveland a Nueva York. Llegué para hacer el «show» a las primeras horas de la mañana, encontrándome con que, sin saber cómo ni por qué, me habían asignado el papel de una bruja shakespeariana, agitando un caldero y recitando el sonsonete famoso «*Double, double, toil and trouble*»^[3]. Mi aspecto exterior debía estar a tono con la escena, lo más siniestro y diabólico posible. ¡Y qué escena se desarrolló! Hubo que caracterizar a mi encargado de relaciones públicas, a la encargada de relaciones públicas de la N.B.C. y a mí también, por supuesto. Luego me hallé mezclada en una entrevista con dos personas que ni por el forro conocían mi libro. Había renunciado a mis esperanzas de que al menos, la oficinista les pasaría la consabida nota con las indicaciones más esenciales, como la de que yo no tenía nada que ver con la magia negra. Menos mal que la entrevistó se salvó del fracaso gracias a que Miss Walkers, Mr. Down y yo nos pusimos como locos a buscar la forma de «interrumpir la emisión para transmitir un mensaje de interés». Así tuvimos tiempo de hacer un breve ensayo lo mejor que nos fue posible. Miss Walkers y yo intercambiamos unas cartas reconociendo mutuamente nuestros errores.

Sigo creyendo que es difícil realizar esta clase de programas si no se ha establecido claramente desde el principio esa diferencia entre la magia negra y la brujería. Por desgracia, el *Diario de una bruja* resultó un arma de dos filos. Parece que alcanzó una gran masa de lectores, pero por otra parte dio origen a una verdadera plaga de sectas. Yo al principio lo encontraba estupendo, hasta descubrir que la mayoría de estos grupos eran una especie de clubs ocultos, cada uno de los cuales gozaba de absoluta libertad para imponer sus propias reglas. Yo conocí muchos de los nuevos miembros. Algunos estaban en terreno seguro, bajo una buena dirección, pero había muchos que se entregaban alegremente a las prácticas rutinarias de

Gerald Gardner, centradas en ceremonias nudistas y otros actos a cual más degradante.

El hecho más inexplicable en esto de la brujería consiste en el grave problema cismático planteado a esta religión. Las causas de disensión no son menos en este campo que en el de la fe protestante. Añádase el gran número de antagonistas que surgen entre un grupo y otro. Cuando en Inglaterra fue derogada la ley antibrujería, en 1951, abrigaba yo la esperanza de que renaciera la antigua religión; en lugar de ello, salieron a la superficie, por docenas, distintas versiones sobre la misma religión. Éstas dieron lugar a diferentes doctrinas. Esto, en cierto modo, se explica debido a que muchas sociedades secretas obligadas a actuar clandestinamente —como ocurrió con la brujería en la Edad Media, a causa de la persecución religiosa— configuraban sus prácticas y creencias de una manera no acorde con la auténtica religión. En Inglaterra teníamos una secta que conservaba intacto un fragmento de la verdadera doctrina; en Suffolk había otra que conservaba un fragmento distinto. Derogada la ley antibrujería hubo muchas personas —yo entre ellas— que esperaban, entre todas, sacar esos fragmentos y reunirlos como se recompone un rompecabezas, logrando así la unidad y una mejor comprensión de la Vieja Religión. Ahora comprendo que nuestras esperanzas de los primeros días no se podían realizar en un plazo tan breve.

Supongo que muchos se considerarán culpables de este aislamiento, como yo en mi retiro británico de New Forest. No nos preocupaba lo que ocurriera a otras congregaciones. Una de las razones por las cuales sobrevivió la brujería en aquellas sociedades secretas es que todos cuidábamos de nuestros intereses respectivos. Los asuntos de nuestra secta eran los que realmente importaban; los de las otras, sólo de un modo incidental. Cuando la brujería salió de la clandestinidad en Inglaterra, estaba dividida en dos grandes sectores, aunque ahora se han acentuado más estas divisiones.

G. B. Gardner era director de una escuela de brujería en la que se practicaba el nudismo. Por aquellas fechas había fundado una sociedad denominada *Ancient Crafts Limited* y adquirido un pequeño club nudista cerca de Saint Albans. Allí acudían los periodistas y Gardner les daba detalles básicos sobre su propia versión de la brujería. No es que yo dude de la sinceridad de Gardner. Tampoco cometería yo la bajeza de zaherirle igual que otros, para quienes su tipo de magia es «una rara mezcla de inmundicia, de belleza anatómica y de idiotez». Pues bien, después de la muerte de Gardner son muchos los que afirman ser legítimos sucesores suyos y genuinos representantes de su doctrina, sin que haya dos que coincidan en su interpretación. Y así ha surgido ahora ese antagonismo de que antes hablaba,

indigno de los que profesan auténticamente la religión de la brujería. Este antagonismo personal no sirve más que para dar acicate a cierto sector de la prensa, ansioso de ofrecer una impresión pésima de la brujería a todos sus lectores.

Pero la oposición entre la brujería gardneriana y el tipo céltico, al que yo pertenezco por tradición, no es nada comparada con la rivalidad existente en las sectas de los Estados Unidos. A veces me pregunto si muchos de estos supuestos seguidores de la brujería no harían mejor saliéndose de sus filas y pasándose a las del Satanismo, con el que guardan mayor afinidad que con la magia gardneriana y la céltica. Lo que aquí está sucediendo es algo patético, más bien horrible, y nos aleja cada vez más del ideal soñado antes de levantarse la prohibición contra la brujería que era el retorno a sus más puras fuentes. Gardner, al menos, no dejaba de tener sus méritos y respetaba a quienes disientían de sus propias ideas. Para mí, este cisma que separa los campos gardneriano y céltico viene a ser como las diferencias entre la Iglesia anglicana de Inglaterra y la episcopal de los Estados Unidos.

Si existen problemas en los dominios de la brujería tenemos que ir a buscarlos, no en Gran Bretaña, donde me consta que la Vieja Religión y sus tradiciones están a salvo por muchas generaciones, sino aquí mismo, en los Estados Unidos. Pues es en este país donde la Vieja Religión está más fraccionada. Hay tantas versiones de ella como Estados. De los millares de sectas que hay ahora en Norteamérica, sólo conozco unas cuarenta que practican lo que yo llamo «la buena magia al viejo estilo». De ellas, una mitad sigue el gardnerianismo y otra la magia céltica. Dos influyentes sectas de Nueva Jersey son tenazmente gardnerianas, pero fieles a los principios generales de nuestra religión, y en tal sentido se hacen acreedoras a mis respetos. En Wisconsin y en Filadelfia hay dos sectas, también influyentes, que practican la brujería céltica. Las restantes están a unas distancias remotas de mis creencias y no son más que burdas imitaciones del «vudú» o del Satanismo, a los cuales hay que añadir los «Hellfire Clubs» y otras agrupaciones que, en realidad, son sólo pantallas para encubrir los más depravados instintos sexuales, pues parece que esta clases de actos revisten mayor dignidad cuando sus organizadores adoptan el nombre de una religión.

Me figuro el impacto que habrá hecho en la opinión pública, por lo macabro y espeluznante, el asesinato de Sharon Tate. Privar de la vida a una persona siempre es un acto horrible, y no digamos cuando la víctima es una joven y bella actriz, a punto de ser madre, y el sitio elegido es nada menos que Hollywood... Un caso de esta naturaleza no podía menos de atraer la atención del mundo entero. Pues bien, para mí existe otro detalle, también horripilante, del cual me di cuenta cuando, al leer los comentarios, vi que eran muchos los que consideraban este

hecho como «un crimen de brujería», como si quienes practican la brujería se dedicaran a cometer crímenes tomándolo por una cosa muy normal. A Charles Manson, convicto del crimen con tres muchachas, nos lo describen como un «gurú» mesiánico y un semidiós.

La idea de Charles Manson, convertido en un brujo a la moderna, dista mucho del concepto que a mí me aplicaron (la damisela incapaz de hacer daño a nadie). Por si fuera poco, y sin movernos de Hollywood, encontraremos un caso curioso, también una mixtificación de la brujería con otras artes. Se trata de una pseudosacerdotisa residente en un castillo de las colinas circundantes. Responde al nombre de Leda y afirma ser una deidad egipcia reencarnada. Recibe consultas y contesta en términos elevados, más influida probablemente por el LSD que por su preparación psíquica.

Otra maga de Hollywood declara, con el mayor cinismo, que puede echar el mal de ojo a cualquiera y dondequiera que esté, si le pagan para ello. No le faltaba más que un letrado indicándolo: «La Veys, doctora en artes de brujería. Se echa el mal de ojo.»

Estas y similares personas no son brujos, sino niños incautos, transportados a un mundo fantástico donde el vicio juega un papel preponderante. Cuando están en un trance, es casi seguro que éste se haya producido por efecto de una droga y no por una visión del Ser Supremo.

Lo más triste es que tipos como Manson, Leda y La Veys atraen la atención del mundo, y el mundo entero cree realmente que lo que ellos practican es brujería. Seguir a gente como ésta sería una nueva forma de auto-destrucción. Los periódicos no deben desorientar a la opinión pública cuando publican estos relatos, haciendo pasar como líderes de la brujería a los autores de hechos macabros o farsas ridículas. Que algunos se separen por fines egoístas no me preocupa tanto como el desconcierto que producen las falsas informaciones, los ritos tergiversados y todo ese pandemónium en el que está hoy sumida la Vieja Religión en los Estados Unidos. Aparte de Leda, Manson y compañía, existen agrupaciones donde se mezclan versiones budistas en jerga cabalística con tesis de Aleister Crowley^[4] o rasgos del chamanismo hindú, incluyendo esos seres excéntricos de largas cabelleras que entonan los cánticos de los vedas en su idioma original.

Las cabelleras largas y los cánticos me parecen muy bien hasta cierto punto, pero creo que se da demasiada importancia al principio de la variedad dentro de la unidad, en detrimento de esta última. Podría ser la causa de un aneurisma psíquico.

Tal vez pueda traer algo bueno, pues al fin y al cabo es preferible esto a un país de ateos, pero insisto que esta proliferación de sectas en los Estados Unidos nos va alejando cada vez más de la Vieja Religión.

Y no se agotan aquí los cismas. También surgen discrepancias tocantes a la personalidad y la tradición. No es que yo presuma de pertenecer a una familia que guarda las tradiciones de la brujería de tiempo inmemorial, pero lo cierto es que hoy día, el título más eficiente es el de ser un brujo hereditario. Aquí surge también la división, partiendo de la idea de que, como la brujería es una religión matriarcal, debía convertirse en una especie de movimiento psíquico para la libertad de la mujer. En realidad, los brujos sólo respetan la Fuerza de la Vida, la cual está relacionada con la polaridad, una de las leyes básicas del universo.

Esta división interior ha afectado a la brujería cualitativa, pero no cuantitativamente. Las sectas más conservadoras en los Estados Unidos, incluyendo la gardneriana, la céltica y las mixtas, vendrán a ser unas ochocientas. Oficialmente se asignan a cada una trece miembros, pero yo creo que ésta es una cifra insignificante. Yo sé de una secta en California que presume de contar con más de doscientos.

La Regencia (Regency) es una sociedad religiosa británica, cuyos adeptos creen en «una diosa, Madre y Creadora de todas las cosas». Representa el principio del Bien como atributo de la deidad femenina, y los dioses, como una emanación suya, representan el principio del Mal. No tengo aún muchas referencias de este grupo, aunque algunos amigos ingleses me han escrito, invitándome a una reunión en mi próxima visita.

Aunque similar en su teología, la Feraferia, grupo arraigado en California, no puede considerarse equivalente a la Regencia. Fueron sus fundadores Fred Adams y Svetlana Butiryn. Fred es probablemente uno de los mayores talentos en el mundo de lo psíquico. Renunció a un empleo muy lucrativo en una empresa de publicidad, a fin de dedicarse exclusivamente al movimiento conocido por Feraferia. Sus adictos aumentan de año en año, y salvando pequeñas diferencias con mi propia secta de New Forest, la Feraferia ha obtenido mi aprobación como el movimiento de nuevo estilo cuya doctrina se adapta mejor a la brujería céltica.

Sus ceremonias expresan un alto grado de felicidad con cantos, himnos, danzas y exaltaciones psíquicas igual que en la Vieja Religión, y sus miembros celebran fielmente las Grandes Solemnidades o Grandes Sabbats con alegría, emoción y reverencia. Los cuatro Grandes Sabbats^[5] de las cuatro estaciones son

símbolos de salud y fecundidad en la vida del hombre, del animal y del vegetal. Estamos hoy en un mundo superurbanizado, apartados como huérfanos de la madre Naturaleza. Se siente la necesidad apremiante de volver a esos grandes ritmos cíclicos de la Tierra, de esta Tierra tan contaminada por la polución. Ese retorno puede elevar el espíritu y unirnos de nuevo como parte del universo en que vivimos. Quienes practican la brujería reconocen que el sentido religioso de la vida y sus implicaciones espirituales sólo se pueden encontrar y renovar en estos festejos al mudar las estaciones. Las Solemnidades o Sabbats de la Purificación para brujos iniciados tienen lugar el 30 de abril, 1 de agosto, 31 de octubre y el 2 de febrero. En el último día de abril se celebra el comienzo de la primavera; Lammas^[6] es un honor del verano, cuando los frutos de la tierra están en pleno crecimiento antes de la cosecha; Halloween^[7] es la gran festividad del Año Nuevo Céltico, así como el crepúsculo del Año Mágico o Brujeril; y Candlemas^[8] o el Brigid's Day es el festival de invierno. Los lazos que unen al hombre y toda criatura viviente con el universo, se estrechan por medio de estos ritos religiosos, celebrados entusiásticamente en común. El espíritu se reanima dirigido por fuerzas ocultas, para que el hombre pueda recobrar sus goces naturales, manteniendo su sentido de justicia y equilibrio en todas las manifestaciones de la vida.

La Feraferia se atiene al lema de Henry David Thoreau, el gran amante de la Naturaleza, de que el hombre «debe entenderse con la Tierra». Aun cuando la Feraferia está un poco apartada de la línea que seguimos en la secta Horsa de New Forest, sus objetivos apuntan a ese ideal armónico que debemos buscar en las relaciones con nosotros mismos, con nuestro entorno y con nuestros asociados.

Debido probablemente a su nacimiento en California, patria natural del nudismo por el esplendor de su sol, la Feraferia adopta una actitud gardneriana hacia la desnudez en los actos rituales. Yo sigo creyendo que esta cuestión debe dejarse a la apreciación personal de cada uno. El hecho de que una persona se sienta mejor cuando está ligera de ropa no quiere decir que su aptitud psíquica sea mayor o menor. En los ritos de la brujería céltica usamos un vestido negro de una sola pieza —el primer traje unisex, como yo lo llamo— que nos va bien porque su color es el más discreto para estas reuniones. Las ropas blancas son muy llamativas. Si lo que se pretende con la desnudez es la igualdad absoluta, yo creo que con nuestro vestido, sobre todo en las largas asambleas nocturnas, este objetivo está logrado. En Alemania y en Francia hay muchas sectas que observan las normas de la brujería céltica, y cuyos miembros llevan el mismo vestido de una sola pieza. Son de uso tradicional collares y brazaletes de plata, incluso en algunas congregaciones norteamericanas donde se exige llevar tales adornos, estén congregados sus miembros o no.

De vez en cuando nos llegan de Feraferia saludos e invitaciones como la que reproducimos. Cierta periodista con pretensiones de brujo me preguntó extrañado por qué nos comunicábamos por escrito, cuando podíamos transmitirnos toda clase de información telepáticamente. Esta sugerencia no es válida porque, aunque a veces funciona la facultad extrasensorial, debe someterse a determinados requisitos de espacio y tiempo. Por consiguiente, no cabe prescindir de los modernos medios de comunicación. Yo creo que la carta de Feraferia siempre viene muy bien y es mucho más personal que una llamada telefónica. Es una de sus primeras invitaciones. Las demás eran mucho más elaboradas, a menudo decoradas con ingeniosos dibujos, fruto de la fértil mente de Fred Adams.

Es posible que Feraferia abra el primer capítulo de una nueva historia de la brujería en los Estados Unidos. Si una parte del cuerpo se transforma en el todo, cabe esperar que caigan los tejidos malsanos del resto. Entonces, cuando haya muerto para siempre lo que teníamos de sobra, nos encontraremos con una forma estable, influyente, actualizada de la Vieja Religión. Pero habrán de transcurrir unos años, durante los cuales tendremos que aprender a convivir con esas versiones bastardas de la brujería como el vudú, el chamanismo y el satanismo, a cuya difusión tanto han contribuido los «místicos» de Hollywood, valiéndose de toda clase de técnicas, incluso de los dibujos estilo Walt Disney.

Esta religión que nosotros llamamos Vieja—o Wicca, el arte de la Brujería—data de tiempos anteriores al cristianismo. Forma parte de ella el ocultismo, es decir, la ciencia que estudia el reino de los espíritus, apenas conocido. Nosotros tenemos que aprender a relacionarnos con el mundo material y tangible, pero sin olvidar nunca que existe otro mundo intangible, del cual forman parte esencial los espíritus. La brujería es una religión de carácter primitivo y trascendente, con matices feministas. Su culto consiste en la adoración de las fuerzas creadoras de la Naturaleza. Tal es el aspecto en conjunto de la deidad venerada: lo mismo puede ser un dios innominado, que mil dioses diferentes. Ese dios lo mismo puede tener un sexo que tener ambos sexos, o ser neutro. La fe de los brujos abarca formas diversas, una de ellas el afrodisianismo, al cual se adaptan perfectamente ciertas prácticas religiosas judeo-cristianas. La religión Wicca tiene como forma de culto más primitiva la adoración de una divinidad dual: una Madre Diosa y un Padre Dios. Ninguna rama de esta brujería admite el culto al diablo ni conjuros para aplacar a los malos espíritus.

Con este libro espero que cunda el interés despertado por mi *Diario de una bruja*. Procuraré presentar nuestra vieja forma céltica de brujería de la misma manera que a mí me la enseñaron. Yo no predico la brujería, sino que comparto con

vosotros algunos esbozos de mi fe, de esa fe que en el curso de ocho siglos ilustró a mis antepasados, consagrados a las ciencias ocultas. No comulgo, en cambio, con las ideas lanzadas por esos falsos brujos de Hollywood, cuyas teorías no van conmigo, no sólo porque soy adicta a la Vieja Religión sino porque, como sucede a todo ser humano, mis sentimientos se inclinan a las tradiciones de la propia familia.

Alguien ha de marcar la pauta que guíe a las nuevas generaciones en los problemas de esta religión indestructible y no destructiva, que es la brujería en su forma más simple: la tradición céltica. Mis antepasados creyeron ver en la Luna el símbolo de una Diosa Madre. Es probable que mis nietos hagan un vuelo a la Luna y se desvanezca el encanto, pero si son leales a las tradiciones de su familia, dondequiera que vayan siempre les acompañará el recuerdo de las grandes verdades que encierra la antigua sabiduría.

Yo soy una bruja.

Una vez más hago esta simple declaración de fe en la brujería, la Vieja Religión, el Arte de la Magia.

Esta es la historia, no de una simple mujer como la que he descrito en *Diario de una bruja*, sino de una religión antiquísima cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos. Tal vez comenzó cuando el hombre surgió de la nada, el universo era joven y los dos fueron paralelamente desarrollándose, en perfecta unión, pues ambos procedían de la misma fuente.

Brujería y génesis. No creo realmente que exista una gran diferencia entre uno y otro relato, porque a fin de cuentas lo cierto es que hubo una corriente de energía, que del calor engendrada por ella nació el universo, y con él la vida, para siempre... en una eternidad sin principio... sin fin.

LO QUE HAY DETRAS DE TODO ESO

En el principio, hasta donde puede abarcar nuestra mente, había una forma de energía, una materia, un fuego sublime y etéreo. Dentro de aquel fuego se contenía la vida, todo pensamiento e impulso creador.

El primer paso en el proceso de diferenciación lo dio la producción de vapor, creado por el calor, el cual a su vez se condensó en agua. En estas operaciones toman parte dos fuerzas elementales: un movimiento hacia dentro y otro hacia fuera; uno, condensador, el otro, expansivo. El primero da solidez a la materia, el otro le da las cualidades y energías del agua. Así, por la variación de los grados de densidad nacieron la tierra, el agua, el aire atmosférico. Y del aire vino el común elemento del fuego terrestre. Estos elementos, en sus diversas combinaciones, con sus versátiles atributos y poderes, produjeron gradualmente las sucesivas fases de la vida orgánica. Todas estas cosas provienen del fuego divino original, la Fuerza Creadora de la energía sublime; son las sustancias derivadas que formaron el universo tal como hoy día lo conocemos.

Pese a tantas transformaciones, todas estas sustancias generan diversos grados de afinidad con la fuente natural originaria, de pureza absoluta. El cuerpo humano, con sus pasiones y afectaciones, está a una distancia astronómica de la fuente divina que le dio origen, pero el espíritu es un destello del fuego primario original.

Observamos que por encima y por debajo del hombre existen otras inteligencias dimanantes de esa Fuerza Creadora de la energía. No resulta difícil comprender que las estrellas fuesen adoradas como divinidades en los tiempos antiguos. Y lo fueron por virtud de su misma fuerza, por no haberse transformado o debilitado alejadas de la fuente original. Nuestro propio sol fue asociado hace miles de años con la misma divinidad; la Humanidad, en sus comienzos, orientaba la adoración religiosa hacia el sol, como fuente generadora de luz y calor.

Partiendo de un elemento divino primitivo evolucionó el cosmos, con toda su jerarquía de valores... Ahora esta evolución se ha detenido. Si nosotros nos fijamos

en la vida normal de todas las criaturas terrestres, veremos que ésta alcanza una especie de clímax, un punto de retorno, después del cual se van imponiendo lentamente las fuerzas degenerativas, venciendo la energía y la resistencia de estos organismos. Paralelamente a este proceso se desarrolla otro en la historia del universo, dentro del cual se incluyen todas las criaturas. Paso a paso se va retrocediendo en ese camino, a través del cual cada organismo fue creado, y las sustancias derivadas que lo compusieron han de ser consumidas y reabsorbidas por la sustancia primigenia de donde brotaron. Es un fenómeno que nos recuerda la Iglesia cristiana en el oficio de difuntos, cuando el sacerdote canta «Vuelve el polvo al polvo». Estas cinco palabras resumen una de las leyes más constantes del universo.

Los niños de Europa, con la insensibilidad propia de la corta edad, suelen cantar un extraño y breve oficio fúnebre de su invención. No es que esperen la muerte de uno, sino que desean asustar a alguien que les ha molestado:

Ashes to ashes

Dust to dust

If the Lord Won't have thee

Then the Devil must.

(Las cenizas vuelven a las cenizas. El polvo vuelve al polvo. Si el Señor no te lleva consigo, El diablo lo hará.)

La inevitabilidad de la muerte no suele impresionar a los niños hasta que los mayores, con sus lamentos y ostentosas manifestaciones de dolor, se la hacen ver como algo horrible. Para muchos no es más que otro motivo de juego. No serán muchos los niños europeos que sufran traumas por causa de esta canción, siendo como es una coplilla de alegre música.

La teoría del «sino de la destrucción» es también la del «sino de la disolución», lo cual significa que toda materia, desde su más pura forma a la más heterogénea, desde la tierra y el agua hasta el ser inteligente, está sujeta a ese ciclo del que no puede escapar: nacimiento a la vida, madurez y muerte. Cada cosa deja de existir separadamente y subsiste en ese elemento indestructible del fuego primitivo. En eso consiste el principio y el fin, el cierre del círculo, la mónada^[9], el retorno al caos de donde toda cosa procede. No tarda en producirse de nuevo el impulso creador con otro ciclo de desarrollo en el mundo, y se repite el mismo

fenómeno de la madurez seguida de la destrucción. Claro que este proceso abarca miles de años. La génesis de la brujería se basa enteramente en la teoría de una corriente energética indestructible, mas tiene una parte de sí misma que ha de cambiar en la misma medida que cambia la materia. Como nosotros no profesamos realmente la creencia en un dios contrapuesto a un demonio, nos resulta más fácil explicarnos el fenómeno de la vida atribuyéndolo a una fuente de energía. Sobre esta fuente se han tejido muchas leyendas, pero todas vienen a coincidir en la idea principal de la generación por el fuego.

En esta sintética exposición se vislumbra una de las leyes básicas del universo y de la ciencia subsiguiente. Por bajo de este concepto de génesis está la explicación de los fenómenos del flujo y reflujo, de la sístole y la diástole. Empezamos a ver cómo mediante esta ley de vida se fue elaborando la idea de un equilibrio vital, por virtud del cual la acción y la contracción, la polaridad, procuran mantener en un nivel perfecto las fuerzas condensadoras, las fuerzas expansivas y las fuerzas tensoras, a fin de que la vida pueda seguir su curso y todos los seres vivientes funcionen como es debido en el espacio que ocupan. Estamos contemplando un eterno principio y un eterno fin. Quizás entendamos mejor la idea del génesis aplicándola a cosas materiales, aunque la doctrina que detrás de ella se oculta está muy alejada de todo materialismo. Lo que llamamos espíritu es parte también de la fuerza creadora original, pero entendiéndolo como una forma «pensada», no como una cosa material.

Ahora pasamos a otra parte de nuestra religión. Nosotros partimos del principio de que el «pensamiento» es una forma de la materia, que el hecho de emitir un pensamiento puede, por su misma energía dinámica, reconstruir otras formas de energía transformándolas en materia reconocible. Es así como se materializan algunos conceptos, por ejemplo, el de los fantasmas. Cuando vemos un fantasma, lo que percibimos es una forma de energía flotando en el éter y que se va materializando hasta convertirse en algo visible.

Como el espíritu forma también parte de esa gran fuerza creadora del fuego original, no puede escapar al destino de la destrucción y disolución. Ha de pasar por múltiples experiencias antes de subsumirse en la fuerza creadora de donde procede. Aquí surge una cuestión, y es la de saber si el espíritu, después de la muerte corporal, es reabsorbido inmediatamente por esa fuerza, o bien, durante algún tiempo después de la muerte, conserva el recuerdo de su identidad personal. (Realmente no existe este problema en lo que respecta a la brujería. Me refiero tan sólo a una cuestión hipotética sobre la cual me hacen frecuentes preguntas.) El espíritu, cualquiera que sea su estado de desarrollo y evolución, está encadenado a

su último «yo» hasta el momento en que, libre por completo, se va remontando a través de un sistema de planos en espiral hasta el fuego primario y original de donde procedía.

Dichos planos guardan estrecha relación con las encarnaciones (cuando el espíritu toma otro cuerpo donde alojarse). De aquí se siguen muchas experiencias y enseñanzas asociadas con el dogmatismo de la reencarnación. El cuerpo, desde su nacimiento hasta su muerte, va pasando a través de sucesivas transformaciones, de un elemento a otro. El espíritu, en cambio, es indestructible, y como tal pasa por una serie de experiencias purificadoras hasta que la esencia destilada del espíritu está en condiciones de ser reabsorbida por la fuente de vida original. Las leyes básicas de la polaridad forman parte también de la ley cósmica. Cuanto más se quiera usar el camino kármico de la reencarnación como medio educativo —es decir, como medio de usar la experiencia para la formación del hombre en su totalidad— más breve será el período regenerador del espíritu. Si aspiramos a la perfección, ha de ser buscando el bien absoluto y eterno; un medio para conseguirlo es vivir según las leyes naturales, dando por supuesto que sabremos responder si nos preguntan qué es la naturaleza.

Nuestro concepto de la naturaleza entraña el reconocimiento de la fuerza vital, y en gran parte coincide con la definición dada a esta palabra por diccionarios muy conocidos. En esencia es un orden o sistema de cosas dentro del universo al que pertenecemos, incluyendo en este universo tanto lo material como lo intelectual. Si nos consideramos parte de un todo, ¿cómo ignorar cualquier parte de ese mismo todo, por pequeña que sea? Sería como si uno contemplara su propio cuerpo y decidiera que una pierna no pertenece a él, y por eso la maltrataría o la ignorase. Todas las religiones tienen un código de moral y establecen un criterio por el cual deben ser juzgadas las cuestiones morales. Nosotros carecemos de un manual escrito como la Biblia, pero tenemos unos principios por los cuales nos regimos, y en cada uno de los cuales hallamos cierto paralelismo con una ley del universo.

El dogma del pecado original es común a todas las religiones. En la nuestra, cuando todo espíritu nace está limpio y libre de toda malicia. Realmente, para el bien o para el mal, sólo la experiencia adquirida puede dotar al espíritu de un carácter y una significación. Ahora bien, a través de sucesivas encarnaciones, el espíritu del hombre ha ido adquiriendo una cierta aptitud para deducir ciertas verdades de valor universal, adquiridas en observaciones y experiencias pasadas y presentes.

El conocimiento de estas verdades influye más en unas personas que en otras,

pero a todas servirá de estímulo para el desarrollo de las facultades normales a través del raciocinio, la educación y la lógica. Reminiscencias de pasadas encarnaciones contribuyeron a la formación de los principios fundamentales de la Ética, los cuales han merecido nuestra adhesión. Uno de estos principios es la declaración de que el bien esencial está en el lado activo, y no en el pasivo, del hombre; en la voluntad, no en la carne, ni en cosa alguna que la voluntad no pueda controlar. Nosotros creemos que ningún mal puede dañar la parte esencial del hombre, el espíritu, el cual guarda relación con la fuente de pureza original... a menos que el hombre, por su propia voluntad, prefiera buscar el mal prefiriéndolo conscientemente al bien. Es corriente llamar «mala» una cosa de la cual nos aprovechamos, y que en el fondo no sólo consentimos, sino que hasta la deseamos y buscamos. El mal es también algo condicionado a ciertos convencionalismos sociales. El hecho de aceptar con alegría la facultad de tener hijos se convierte en un mal cuando la pareja implicada no está unida matrimonialmente. Así vemos que el mal puede ser tan «natural» unas veces como artificioso otras. El mal moderno incluye, por ejemplo, las drogas cuando una persona las toma por su libre voluntad; no así cuando son administradas por un profesional médico. ¿Es malo negarse a cumplir el servicio militar? Lo que la sociedad considera malo no lo es totalmente ni perturba la vida espiritual. Los males de carácter social son parte, generalmente, de una senda de redención kármica. Por eso debemos poner especial cuidado, al emitir nuestros juicios, en no tomar como base los conceptos sociales del mal, al menos en su totalidad. En conclusión: el mal es una circunstancia variable de la vida, y no una cosa natural de la que el hombre sea partícipe.

En una vida ordenada se deben reprimir los excesos emocionales si deseamos mantener el necesario equilibrio^[10] Ésta es a mi juicio una de las mayores diferencias entre nosotros y quienes practican la magia negra. Podemos decir que en el mundo no hay cosas malas por sí mismas; somos nosotros quienes las hacemos malas. El mal no puede causarnos daño alguno, a menos que lo busquemos conscientemente.

Una vez, en cierta entrevista radiada, el locutor me acusó de «blanquear la magia», cuando yo no he tenido nunca la intención de presentar la magia más que en la forma como me la han enseñado. Aquí, en los Estados Unidos, la gente no concibe al brujo más que como se ve en algún film de pesadilla, pueril, a lo Walt Disney, descrito por teólogos y retratado por grabadores de la Edad Media, y yo no espero sacarla de su error, al menos por ahora. Así se ha grabado la imagen del mal en la mente de muchas personas, y el mal como tópico se presta más a la discusión que la búsqueda humana del «summum bonum» o bien absoluto.

¿Cómo buscar individualmente ese bien absoluto? En primer lugar se

necesita la intención de buscarlo y participar de él. Ésta buena disposición implica el reconocimiento de nuestras imperfecciones, que todos tenemos en mayor o menor grado. El reconocimiento de nuestras debilidades y nuestra incapacidad en tantas cosas es el primer paso en la consecución de una cosa mejor, y luego de otra mejor todavía.

Para buscar el bien absoluto tenemos los medios que nos proporciona la educación moral, corrientemente impartida bajo el nombre de alguna religión. Gracias a esta educación aprendemos a distinguir las cosas que dependen de nuestra voluntad de otras ajenas a nuestro libre albedrío. De estas últimas podemos citar el nacimiento, los padres, la patria, que nosotros no hemos podido elegir. ¿A cuál de estas cosas podemos aplicar el calificativo de bueno? ¿A ninguna? El calificativo «bueno», ¿es de índole moral y sólo aplicable a las cosas dependientes de nuestra voluntad? No. El bien ha de ser transferido a «todas» las cosas que escapan a nuestro control, como ya trataré de demostrar. La verdad es que el bien lo llevamos «dentro», en nuestra mente, en nuestra voluntad, en nuestro espíritu... exactamente de la misma manera que llevamos el mal. La clave de nuestros modelos de conducta nos la han de dar las motivaciones, contribuyendo con ellas las encarnaciones anteriores y las circunstancias presentes. Supongamos que transferimos la idea del bien a cosas que están fuera de nuestro control. Si es usted víctima de una injusticia sin culpa por su parte, ¿podría sentirse feliz? ¿Se comportaría bien con unos semejantes en circunstancias mejores que las suyas, pudiendo hacerlo? ¿Cómo se explica el estoicismo de los que sufren desgracias o ultrajes proclamando que «algún otro es el responsable»? ¿Acaso lo es la divinidad? Es frecuente que cuando la desgracia se abate sobre personas con creencias religiosas, estas personas se quejen de que su dios las ha abandonado o ha adoptado contra ellas una actitud hostil. Empieza a apoderarse el temor de nosotros al asumir la idea de que todo lo bueno viene de la divinidad, y todo lo que consideramos malo nos viene del demonio.

Parte de la naturaleza y esencia del bien lleva implícita cierta disposición de la voluntad, variable según el individuo. Parte de la naturaleza y esencia del mal depende también de esa disposición de la voluntad. Por tanto, no culpéis a la divinidad por lo malo que pueda ocurrirnos. Y si lo que os sucede es bueno, tampoco puede venir más que de vosotros mismos.

Si el hombre ha de purificar su espíritu para devolverlo al fuego original, es menester que en un punto específico de sus encarnaciones decida, personalmente, alcanzar el último fin, evitando todo lo que sea malo. Los que fallan en la obtención de ese último fin son dignos de lástima, porque es verdaderamente una desgracia

caer en el escollo que se quiere evitar. Por eso en un punto de vida determinado, en la persecución del bien, hay que empezar a sortear los escollos que se interfieren y así nos salvamos de una recaída. En esta etapa os daréis cuenta de las aversiones y deseos que os dominan, y también de la polaridad de emociones que hay en vuestro interior.

El hombre, mientras lo sea, estará siempre dotado de razón. Esta facultad de razonar le servirá —a diferencia de los seres irracionales— para distinguir lo que en sí mismo existe de bueno y de malo. De otra forma perecería, limitándose a usar sólo su libre voluntad.

Las cosas que escapan al dominio de nuestra voluntad no dejan de estar reguladas por las fuerzas creadoras. Nuestra libre voluntad, por ejemplo, no puede conseguir la aniquilación de alguien que ha realizado una mala acción. ¿Podría lograrse conjurando a la divinidad?

Recibo muchas cartas de personas que creen haber recibido un mal de alguien. Piden mi intervención sin decir para qué. Si yo se lo pregunto me responderán que desean la aniquilación o cualquier desgracia para el causante de su mal. Muchos de los que así hablan pretenden ser religiosos y creen que es justo lo que piden. Cuando yo me encuentro con gente de ésta —más numerosa de lo que cabe imaginar— procuro adoptar una actitud razonable, con verdadero deseo de ayudar. Les pido una plena descripción de todos los hechos hasta llegar al punto de la deseada aniquilación. Como ya saben todos los psicólogos, conviene dejar que uno se desahogue y vierta su odio como el penitente descarga su conciencia en el confesionario.

Después de oír la diatriba y los argumentos que conducen a la aniquilación del acusado, intento desviar la conversación a otro terreno en el cual, quizá, reconocerán ellos mismos ser los inductores del mal en la otra persona. Casi siempre, en las primeras etapas, la víctima que quiere venganza no se atribuye a sí misma más que méritos, en tanto que al ofensor no le atribuye más que culpas. Nosotros atacamos estas aseveraciones buscando siempre el punto más vulnerable. Un brujo experto no tardará en hallarlo, ponerlo de relieve y llevar a cabo con firmeza una contraacusación. Le servirá de ayuda su propia experiencia personal en la consecución del bien sumo, experiencia que también beneficiará a la persona que acude a él creyendo que la aniquilación es el tipo ideal de venganza. Los casos varían, desde luego, mas yo me ajusto a la norma de no permitir jamás que una persona, cuando se acerca a mí con ánimo de aniquilar a otra, se retire después con esa misma obsesión en la mente. Por supuesto que el logro de este objetivo requiere

paciencia en fuertes dosis.

El mago negro^[11] es hoy el más solicitado por gente sedienta de venganza. Espera esta gente una promesa de destrucción, generalmente a cambio de dinero o servicios especiales. Conozco personas que han ido a casa de satanistas y han salido satisfechísimas, con la promesa obtenida. Quizá se oculte detrás de esto una extraña psicología, pero la persona cuyo resentimiento puede ser mitigado con una promesa de destrucción, andando el tiempo se vuelve más y más exigente y puede pedirla por motivos de menos monta. El mago negro no ofrece realmente una solución a la víctima. Nosotros lo intentamos tratando de imponer nuestra mente mágica sobre su razón ofuscada. De todas formas reconocemos que cuando una persona pasa apuros —cualesquiera que sean— es libre de escoger la ayuda que prefiera: del brujo blanco^[12], del mago negro, del sacerdote o del satanista. Que siga o no su consejo, que lo interprete de tal o cual manera, también es asunto suyo. Lo importante para nosotros como brujos es asegurarnos en nuestras propias motivaciones y perseverar en el camino que hemos elegido hacia el Sumo Bien. Es fácil conceder al público lo que quiere, y puede serle provechoso en muchísimos casos, pero nosotros estamos imbuidos en una religión egoísta —en el mejor sentido que pueda darse al término— y tenemos por lema mirar, antes que nada, por nosotros mismos, y poner orden en nuestra casa antes que pensar en la ajena.

Hago hincapié una vez más en que la destrucción o aniquilación no forma parte de la vida por ser lo contrario de la creación. Ésa es la norma fundamental para quienes nos dedicamos a la brujería en su versión céltica. El sortilegio, la maldición y el mal de ojo son fáciles de usar como panacea para la enfermedad mental de otros, cuando se quiere atacar en su origen cualquier enfermedad que ha causado un desequilibrio en la naturaleza de tal o cual persona. Lo que importa es guardar el equilibrio propugnado por los códigos de la moral y de la religión. Un hombre ciego o sordo es un ser imperfecto, pero en un sentido estrictamente físico. ¿Habrá alguien que proponga como remedio la destrucción de ese ciego o ese sordo? Lo mismo decimos de los que están enfermos espiritualmente. La solución consiste en hallar los medios necesarios para restaurar una existencia armoniosa, un equilibrio en la vida, a fin de que esa persona pueda continuar su propio camino hacia el Sumo Bien.

3

CÓMO ES UN BRUJO

En los tiempos antiguos, todo el mundo podía adorar a sus dioses mucho más abiertamente y con menos temor que hoy, sin que importara por qué nombres eran conocidas esas divinidades. Es triste reconocer que la intolerancia del hombre hacia las creencias y religiones de otros es de origen relativamente moderno, y fue motivada por el ansia de dominio del hombre sobre sus semejantes. Los autores de la Constitución de los Estados Unidos, conscientes de la disensión religiosa, tuvieron la prudencia de incluir una cláusula garantizando a todo individuo el derecho a seguir su propia religión.

La Vieja Religión se remonta a los días en que el hombre hizo su aparición en el mundo, mirando con asombro a su alrededor para ver cómo el sol salía y se ocultaba con regularidad, lo cual le hizo comprender que en torno suyo había un movimiento rítmico, fenómeno que escapaba a su dominio, y fue objeto de su adoración, porque él quería asociar su vida a la de la naturaleza. En aquellos tiempos, nuestros antepasados adoraban a la Diosa Madre y al Dios Padre tal como hacemos ahora los brujos. No había otros dioses y ningún hombre se atrevía a negar la existencia de esta dualidad divina. Luego, en su orgullo, el hombre empezó a concebir un dios a imagen suya.

A partir de entonces fue cuando empezaron a brotar la intolerancia y el odio tratando de aportar nuevas dimensiones a la religión. En todos los libros sobre brujería se habla de estas persecuciones. En nuestros días aún hay sectas que quieren suprimir la Vieja Religión. A pesar de la actitud aparentemente más liberal de muchos sectores, seguimos creyendo que lo más prudente es no practicar nuestros ritos en público. Con este sigilo en la casi totalidad de los casos, a pesar de la abolición de las leyes contra la brujería, nosotros practicamos la misma religión que nuestros antepasados practicaban al aire libre.

En tiempos de la Inquisición, la Vieja Religión tenía millones de adeptos. No era una sociedad minúscula de carácter secreto. Europa no estaba entonces tan poblada como lo está hoy, y la proporción de brujos respecto a los seguidores de otras creencias, era de uno a uno. Hoy nos sentimos tranquilos en este régimen de

tolerancia, confiando en que no se acerque demasiado a nuestras puertas la adversidad. Conozco muchas personas que presumen en público de ser tolerantes y comprensivas; en sus reuniones sociales afirman —pongo por ejemplo— que debería aprobarse una ley autorizando la convivencia de blancos y negros en una misma calle. Pues bien, he visto a muchas de estas personas cerrar sus tiendas y desaparecer tan pronto advirtieron que dos familias negras se habían mudado a unas casas vecinas. En resumen, yo creo que prestamos un servicio puramente verbal a muchos ideales no reflejados en nuestros actos ni en nuestros corazones. La intolerancia religiosa, no sólo contra la brujería sino contra todo cuanto difiere de las creencias expresadas por ciertos grupos ansiosos de poder, está hoy más generalizada que en cualquier otra época, sin salir de los Estados Unidos. Leed cualquier obra sobre el Ku-Klux-Klan o la «John Birch Society», y os encontraréis con ese fanatismo religioso y racial que indujo a una nación, tan culta como Alemania, a compartir y sostener las ideas de un hombre llamado Adolf Hitler. He pasado una breve etapa de mi vida en los Estados del Sur, después de mi inmigración, y en tan breve espacio de tiempo se me hizo muy cuesta arriba convivir con gente que mostraba escasa o ninguna comprensión hacia cualquier tipo de religión que no fuera la suya. ¡Y para qué hablar de su actitud hacia otros grupos étnicos! Y eso que estamos viviendo en la Era Espacial, no en el Medievo.

En West University —núcleo urbano contiguo a esa gran ciudad del futuro que es Houston—, a fin de obtener la acometida de agua, me dieron a rellenar un impreso en el que, entre otros datos personales, debía figurar el de mi religión. No acabo de explicarme todavía por qué. El funcionario encargado me informó:

—Necesitamos referencias de un ministro del culto que usted profesa.

Muchos Estados de la Unión contribuyen regularmente al premio que se otorga a la «Madre del Año» por sus ejemplares virtudes. Esta «Madre del Año» debe pertenecer a una Iglesia aprobada y reconocida por la entidad organizadora de este concurso.

Las solicitudes para el trabajo se ponen difíciles, ante la insistencia de los ofertantes en conocer la religión del peticionario. En los periódicos irlandeses se leen ofertas con indicaciones como ésta: «Sólo para católicos romanos.» Lo que no obsta para que en el Estado vecino se publique otro anuncio con esta variación: «Sólo para protestantes.» Añadamos a esto los prejuicios y gustos particulares de un jefe de personal. Un hombre puede ser un buen trabajador, un técnico, una bellísima persona, pero si no le cae bien a ese jefe, ya puede ahorrarse la redacción de la instancia si el motivo discriminatorio es la religión. En el mundo de los

grandes negocios, los puestos clave están reservados a personas de tal o cual confesión. A veces tienen lugar una especie de guerras religiosas, como en el colosal y misterioso imperio del multimillonario Howard Hughes. El escándalo a que han dado lugar sería digno de un titular a toda plana en la prensa.

Cuando este hombre empezó a ser alguien, sus colaboradores más próximos pertenecían a la fe católica. No tardaron en ser desplazados, lenta y silenciosamente, por miembros de la religión mormónica. La lucha por el poder en el imperio de Hughes culminó en noviembre de 1970, no con la lucha de dos facciones sindicales para sobrevivir, sino con una guerra de religión. Cuando es la suerte de un imperio la que está en juego, parecen sobradas las razones para una guerra. Al denunciar estas maniobras, lo que nosotros pretendemos no es condenar sus implicaciones religiosas, sino dar a conocer a estas magnas empresas tal como realmente son: como una forma de poder.

Más censurable es aún la conducta de la televisión norteamericana. Aunque poseo mucha experiencia en radio y televisión, habiendo actuado en la primera desde los quince años, no pude obtener ningún empleo en los Estados Unidos a pesar de mi carnet sindical y unas referencias que yo creía insuperables, amén de mi triunfante historial en Europa. Cuando llegué a los Estados Unidos nadie podía actuar en la televisión sin contar con sus grandes patrocinadores. Muchos hombres de negocios, altamente situados, deben su posición a una Iglesia determinada. Dan su nombre a una congregación, pagan sus cuotas, mandan sus mujeres al templo para que recen por los dos y así van prosperando a expensas de una religión que siempre les protege y encubre. Estoy segura de que nadie les pide referencias cuando van a pedir las acometidas de agua. El patrocinador norteamericano viene a ser una especie de dios, y se comporta como cree que debe comportarse un dios de hechura humana.

Así, con talento o sin él y por lo que afecta oficialmente a la televisión, yo estoy excluida y sólo recurren a mí como una celebridad digna de figurar en los noticiarios. En este sentido sí es formidable para ellos charlar conmigo. Francamente, a veces me asombra el bajo nivel cultural de mis entrevistadores. Lo que es yo, si fuera patrocinador de programas, me guardaría muy bien de pagar ni un solo dólar por estos ridículos «shows» nocturnos que se autotitulan pomposamente grandes galas, o de un modo similar. Son algo verdaderamente pueriles, pero claro, si todo armoniza con las connotaciones religiosas, siempre se dan por buenos. Es lo que me decía un productor amigo mío. Siempre que quisiera podría rellenar mi impreso solicitando un contrato, y poner algo inocuo en el encasillado de la religión.

—¿Por qué no pone usted algo así como «unitaria» —me proponía—. Es una Iglesia muy simpática por sus tendencias liberales.

Por desgracia yo soy lo que soy, es decir, una seguidora de la Vieja Religión, y además, ¿no está castigado por la ley hacer declaraciones falsas en documentos oficiales?

De todos es conocida la actitud extrovertida, acogedora, amistosa del americano hacia sus vecinos, pero esa actitud no es tan cordial cuando el vecino es un brujo. A éste lo reciben con muchas reservas, sobre todo en los Estados del Sur. Siempre me ha gustado Florida por su posición geográfica y su aire tibio; libre de contaminación. Y sin embargo, la vida en aquel Estado dejaba mucho que desear a causa de mis vecinos, que se comportaban conmigo de un modo contrario a toda armoniosa convivencia. En aquella pequeña localidad de la costa, la sociedad se iba desenvolviendo según las directrices fijadas por la Iglesia. O se estaba dentro o se estaba fuera. Como es natural, yo figuraba en el segundo de ambos conceptos.

Pude hacer algunas amistades, aunque en circunstancias especialísimas, entre ellas la mujer de mi doctor. Era católica practicante y yo la respetaba por eso precisamente, porque vivía dentro del marco estricto de su religión. Los católicos habían instalado un bazar con fines benéficos, dentro del cual tenía ella una sección. Para esta sección me pidió un donativo y yo se lo di complacida, estrechándose así nuestra amistad. Yo siempre he sido aficionada a la repostería casera. Una de las ventajas de vivir en Florida es la de disponer en cualquier estación de frutas frescas. Hacía mermeladas de naranja y toronja, así como confitura de mango, todo lo cual guardaba en un gran aparador.

Mi amiga católica disfrutaba mucho saboreando estas exquisiteces domésticas, y me pidió algunas para el bazar. Cuando las llevó allí se encontró con que todo el mundo miraba aquellas cosas con aprensión, por haber sido elaboradas «por una bruja». Finalmente, hubo un señor que tuvo la valentía de pagar una fuerte suma por una mermelada, y la gentileza también de anunciar:

—Es la mejor mermelada que he probado en mi vida.

Creo que una gran parte de aquella comunidad estuvo ansiosa reteniendo el aliento, a la espera de que aquel hombre se desplomase sin vida, o echase a correr presa de un ataque de «amok»^[13] no más probar aquello. Afortunadamente sobrevivió, y me satisface decir que yo añadí diez dólares al cepillo de la iglesia católica local.

El fanatismo es resultado lógico de la ignorancia, incluso de la propia religión. Es propio de mentes cerriles, de espíritus poseídos de un temor inexplicable, y de ahí su hermetismo. Salvando esta barrera del fanatismo logré, como dije antes, trabar muchas amistades. He advertido lo fácil que es tratar con personas sinceramente adictas a la religión que ellas han escogido, sin servirse de ella como un instrumento para promocionarse, para meter sus hijos en un colegio determinado... o para jugar el papel que creen les corresponde en la farsa social. En cambio, me encanta tratar con personas sinceras y consecuentes, pues creo que en lo esencial coincidimos.

Lo que en verdad no me explico y me llena de pavor es esa caza del hombre por el hombre, el drama continuamente renovado de Caín y Abel. Yo creo que es un fenómeno de histeria colectiva, fruto del temor y la desconfianza hacia aquellas personas que piensan contrariamente a lo que nosotros pensamos. Los afectados por estos traumas psíquicos organizaban, antiguamente, unas ceremonias con ritos expiatorios para propiciar a sus genios tutelares. Una de estas ceremonias era el Mardi Gras^[14], hoy día celebrada casi exclusivamente en Nueva Orleans. Aún quedan reminiscencias en países primitivos de unas danzas expiatorias, durante las cuales un miembro de la tribu carga sobre sí las culpas de los demás, que se revuelven contra él, le azotan, a veces le matan, y así sus conciencias culpables se sienten purificadas, al ser otro quien purga las faltas de la comunidad.

Estas ceremonias purificadoras no son corrientes en nuestros días. Creo, no obstante, que deberían subsistir en algunas de sus formas como un saludable desahogo, gracias al cual cada uno podría rehacer su vida convencido de que —al menos temporalmente— se ha erradicado el mal que su comunidad padecía. Al tratar esta clase de temas me viene a la memoria la muerte de Sharon Tate, las circunstancias tan misteriosas que la rodearon, la avidez con que la gente leía la noticia, la fruición de muchos ante la perspectiva de que ciertas personas estaban implicadas y serían declaradas responsables del crimen. Tales casos se salen de lo corriente en nuestros días. No es el individuo sino la sociedad la que se cree comprometida, la que acusa y toma sus represalias. Es como un juego macabro en un tablero de ajedrez. Tú me comes un peón, yo te como otro; tu rey está en peligro, pero yo me voy a comer tu reina. Quizás ese juego tenga mucho que ver con el antiguo proverbio «Ojo por ojo y diente por diente». Son pocos ahora los procesos legales contra los brujos, a los cuales se ahorcaba, arrastraba, descuartizaba o se eliminaba por otros medios para satisfacer las ansias del populacho, que nunca ha dejado de reclamar su «libra de carne y su pinta de sangre». Mucho tiempo ha pasado desde que cesó este espectáculo organizado para recreo de las turbas, como cuando se echaban cristianos a los leones en el circo, o se mandaban los brujos a la

hoguera en los famosos «autos de fe», pero no han desaparecido por completo las maniobras —ya no tan cruentas— para destruir ciertas prácticas y creencias que sus perseguidores no comprenden, pero las temen y prefieren eliminarlas creyendo así sosegar sus conciencias.

Una mentalidad más abierta nos hace abrigar la esperanza de que la verdadera liberación no está lejos, de que la furia sectaria contra judíos, cristianos y brujos dejará de infundir temor e imponer obediencia ciega a los pueblos.

En los últimos años sopla un viento grato y renovador que, poco a poco, irá llevándose la hediondez del fanatismo y la intolerancia, a medida que cunde el interés por la percepción extrasensorial, la telepatía y las ciencias ocultas. Será pronto un hecho el reconocimiento de nuestra religión con el respeto que merece un hecho tan singular como sobrevivir a tantas catástrofes y persecuciones a través de una historia cien veces milenaria. Es posible que hoy, el hecho de conocer a un brujo sea motivo de diversión para unos y de miedo para otros que relacionan nuestra religión con la magia negra. Nosotros declaramos, sin ambages ni rodeos, que no adoramos a ningún dios terrestre.

—Entonces, a quien adoráis es al demonio —comentan algunos.

Pero ignoran que nosotros no podemos adorar al demonio... porque ni siquiera sabemos quién es.

Entretanto hacemos lo posible para que nuestra fe conserve la autenticidad de sus ritos y sus enseñanzas se transmitan íntegramente a las nuevas generaciones. Como primera medida se ha restringido el ingreso en nuestras filas. No se puede acceder con la facilidad de antes, cuando yo era una niña. No bastan para ello ni la simple curiosidad ni el entusiasmo por conocer algo nuevo. Ahora bien, los pocos que francamente deseen compartir nuestros ideales tendrán ante sí un campo vastísimo de enseñanza esotérica.

Toda religión tiene un dios o una diosa a quien venerar. Nuestra mayor dificultad en el entendimiento con otras gentes es la carencia de templos e imágenes de dioses. El culto lo tributamos a la naturaleza que nos rodea. Aparte de que a nadie le interesa perder el tiempo con nuevas filosofías, resulta sumamente difícil para nosotros interesar en nuestra doctrina (de las cosas tangibles) a un público educado en la religión de lo intangible.

Y sin embargo, nada nos parece tan justo y tan natural como la adoración de

esa Fuerza Creadora, en cuya esencia está resumida la perfección absoluta. Si parte de esa adoración la dedicamos a Diana y a Baco, lo hacemos considerándolos como enlaces con la Fuerza Creadora de la Vida.

Permitidme ahora que me extienda un poco acerca del dios y de la diosa escogidos. No importa nada el ángulo desde el cual contemplamos a la naturaleza. Lo que no puede pasarnos desapercibido es una serie de acontecimientos que pueden resumirse en los tres siguientes: nacimiento, vida y muerte. En el curso de la órbita solar presenciamos un proceso de desarrollo y reproducción. Observamos también que el principio de la fecundidad es inherente al principio de la feminidad, porque es el sexo femenino el que da vida a los frutos terrestres. En tiempos anteriores este concepto feminista era privilegio de una vida superior a la de las plantas, aunque la espiga de trigo era símbolo de fertilidad. Los antiguos consideraban el desarrollo vegetativo como una vida asexual. La fertilidad sólo la concebían por virtud de un proceso mágico en el que participaban la diosa y el dios. Se ignoraba —o al menos no se aceptaba— el principio masculino. La diosa era el único y exclusivo origen de la fertilidad. Después se aceptó la idea de la dualidad macho-hembra, condición sin la cual son imposibles la fertilidad y la evolución. Aunque es la hembra quien da el fruto, sin la participación activa del macho no es posible la inseminación que da vida a otros seres.

En brujería, la Fuerza de la Vida está relacionada con el principio de la polaridad, el cual se ha manifestado bajo las formas de una diosa y un dios. Es importante conocer los aspectos de esta dualidad que emerge de un solo principio. Sabemos que es la madre quien da luz a los vastagos de todas las especies. Ella es quien nutre y guía en sus primeros pasos al niño y cuida del hogar. En eso consiste la función natural de la mujer. Lo dicho del género humano vale también para el mundo animal. Ahora bien, en la jerarquía divina, la maternidad equivale a un señorío de respeto. En un régimen matriarcal existe el cargo de suma sacerdotisa, lo cual no obsta para que exista asimismo un sumo sacerdote, mas ella es la encargada de los actos rituales, actuando sólo el sacerdote cuando ella ha delegado en él sus funciones. Conforme al principio de la polaridad, a una madre diosa corresponde una deidad masculina, un padre dios que sirva de complemento a la anterior, a fin de que se cumpla el fin reproductivo.

En la más lejana antigüedad, el hombre no advertía como nosotros las razones por las cuales ocupaba la diosa ese plano superior. Por eso se han realizado tantos intentos, por parte del hombre, para simbolizar la divinidad sirviéndose indistintamente de un sexo o de otro.

En Babilonia, el dios Baal cohabitaba en el templo con una mujer, mientras en los templos egipcios de Ammon, una mujer dormía en el interior como «consorte divino». Casi siempre esta mujer había sido la reina de Egipto, pero es curioso advertir cómo el hombre —la historia lo pone de relieve— sabe ingeniárselas para salvar las dificultades. Se dice que el dios Ammon tomó la forma del rey, y de su unión con la reina nació el soberano que había de regir el país. En Eleusis (Grecia), lugar de los Grandes Misterios, tuvo lugar el matrimonio de Zeus, como dios celestial, con Deméter, la diosa de los cereales, representada esta unión por la del hierofante con la sacerdotisa. De noche la pareja ascendió en la oscuridad hasta un lugar secreto, en tanto que un enjambre de adoradores aguardaba con impaciencia el resultado de la mística unión. Creían que su propio destino dependía de este consorcio, debido a las virtudes divinas de la sacerdotisa. Pasados unos momentos reapareció el hierofante. En medio de un rayo de luz, reinando un silencio impresionante, mostró a los reunidos una espiga de trigo maduro. Éste era el fruto simbólico del matrimonio divino, acerca del cual se extendió James G. Frazer en su obra *La rama dorada*^[15]

En el fondo de este ritual se descubre el deseo, expresado por el pueblo, de que la tierra torne a ser fértil mostrándose generosa con el hombre, pero lo más importante es el reconocimiento de que el hombre sólo no puede lograrlo, y necesita el concurso de la mujer, el contacto, la unión con la sacerdotisa en su papel de diosa terrenal.

Los nombres de nuestros dioses no hacen al caso, pues desde tiempo inmemorial el hombre ha visto cada uno de sus dioses con etiquetas diferentes, mas como la gente necesita identificarlos de alguna manera, conócese a algunos por ciertas denominaciones que han llegado hasta nuestros días. El hombre ha asignado nombres a sus divinidades en varios idiomas. Nosotros, los brujos, lo que necesitamos es algo en que creer, no un nombre. Examinando la historia de las religiones, nos encontramos siempre con una Madre Eterna. Nosotros la llamamos Diana y la vemos simbolizada en la Luna. Como mujer crece y mengua cada veintiocho días; sin embargo, como tiene más de divina que de humana, no está sujeta a las leyes de la senilidad que afligen a los mortales. Por eso la vemos reaparecer siempre joven, hermosa y fecunda. En estas cualidades está personificada la esencia femenina, con su misión celadora de la fertilidad y el bienestar de todas las criaturas. Ella es la personificación terrenal de la belleza, la deidad lunar, la madre de la Tierra en nuestros festivales y ritos. Como tal es objeto de nuestra veneración. En atención a ella elegimos una mujer para que rija y guarde nuestra congregación, presida las reuniones y ejerza el oficio de gran sacerdotisa, participando de la misma naturaleza divina.

Además de Diana como madre, tenemos también un padre. Es conocido por nombres diversos, aunque una sola es su identificación. En New Forest le damos el nombre de Fauno, pero es corriente oír llamarle Silvestre, Crom, Pan, Vernius y de otras formas. El simbolismo de Fauno es más complejo que el de la Gran Madre. En su calidad de macho opuesto a la hembra, él es quien da calor a la tierra y ayuda así a producir la cosecha; le vemos personificado en el sol, esa fuerza generadora de vida y como tal adorada por muchos pueblos, pero esta adoración es distinta de la que se rinde al Ser Supremo, especie de combinación de esa dualidad Madre-Padre.

Fauno es, no sólo la personificación del Sol, sino también —como hombre— un padre, un esposo, un amante y un trabajador. La misión solar, por consiguiente, no es más que uno de los múltiples atributos del Padre Dios. Todas las partes de él abarcan lo absoluto de la creación, obra del Ser Supremo. Y todos los atributos de Fauno no son más que las diferentes partes suyas, igual que se ven esas partes en diferentes aspectos de la vida humana. Un hombre puede llamar a otro hombre por su patronímico, porque es su hermano o su primo; otro le llamará hijo o tío, y así sucesivamente. La multiplicación de nombres no es patrimonio exclusivo de la humana existencia. Por consiguiente, ¿qué tiene de extraño una dualidad en la creación divina? Fauno es también la esencia de otros aspectos inferiores del Ser Divino, el espíritu que reside en los bosques, los árboles y las aguas.

Cuando nosotros alabamos a Fauno, lo hacemos porque él es el consorte de la diosa madre y respetamos ese principio que constituye su propia razón de ser. Como deidad solar, vemos en Fauno el nacimiento y el fin del ciclo de vida. Al iniciarse el año es joven, está en la primavera de la vida, pero a medida que el año avanza se va convirtiendo en un viejo. Por suerte para la Humanidad, gracias al gran poder y a la belleza de la madre, renace cada año portador de luz y de calor para transmitir la fertilidad a la tierra, a los hombres y a todos los seres.

Con lo dicho no se agota el simbolismo del dios masculino. Si existe un género femenino, reconocemos que ha de corresponderle otro masculino; la ley de lo pasivo y lo activo vuelve a ser una ley universal. Esto es verdad, no sólo para los hombres y las mujeres, sino también para otros seres de la creación, incluyendo las plantas. El cuerpo humano es por sí mismo, en parte masculino, en parte femenino, independientemente del sexo o género que le atribuimos, o la parte que es más perceptible.

Por eso hallamos en el dios masculino, no sólo la deidad solar que da calor a la Tierra, sino también —entre otras cosas— la fuerza procreadora masculina que fertiliza a la hembra para que pueda alumbrar un retoño.

Diana y Fauno son los arquetipos de la ley cósmica, y esta ley se aplica a todas las cosas del universo. Diana es la madre de todo; de sus entrañas procede la fertilidad de cuanto hay en la Tierra; sin su aquiescencia no puede haber ni vida ni fertilidad. Por eso, cuando nosotros consideramos a Diana como madre de todas las cosas, cuando invocamos su nombre y lo adoramos, estamos pensando en el principio de la fertilidad. La razón es que la vida, tal como la conocemos, no puede continuar sin que actúe este principio de la fertilidad. Cuando nosotros celebramos nuestras ceremonias en honor de Diana, estamos expresando nuestra gratitud a través de una larga serie de dioses innominados, y a través de ellos, al Ser Supremo por el don de nuestra existencia. Estamos agradecidos por lo que nos han dado, por lo que somos y por lo que seremos. Nuestra gratitud es de carácter espiritual, ya que el espíritu es quién se beneficia mediante las experiencias físicas del cuerpo, vehículo por medio del cual puede el espíritu purificarse de todas sus culpas.

Fauno es el padre de todos, pues sin el principio activo masculino el seno femenino permanece estéril, sin vida. Por eso el padre absoluto es tan necesario como la madre absoluta en el esquema universal. Nuestra adoración a Fauno forma parte también del reconocimiento de la fertilidad. Si yo insisto en el principio de la fertilidad, es por su significado de comienzo, pues toda cosa ha de tener un principio. Puede que esta insistencia mía se preste a equívocos. Nosotros no nos entregamos a ninguna actividad licenciosa, ni a cada momento estamos realizando actos sexuales. Nos impresiona el encanto de la relación sexual, y nos impone a la vez un respeto superior al corriente. Como parte integrante de la esencia de esa madre diosa y ese padre dios, se eleva a la dignidad de un sacramento, sin que a nadie sea lícito rebajarla o degradarla. Jamás ha de emplearse para la satisfacción de apetitos desordenados. No obstante, si nuestra única función religiosa fuera la práctica de los ritos fertilizantes, sería forzoso reconocer que no tendríamos un ideal muy elevado ni una fe inspiradora. Nuestro progreso no sería en más de una fase superior al de los animales, al no hacer uso del raciocinio para descubrir la ética del sexo, estrechamente vinculada a los ritos de la fertilidad.

Las directrices de nuestra vida nos son proporcionadas por la meditación, es decir, por el uso de la razón y de la lógica. Esta práctica ennoblece y puede constituir una gran ayuda, pero sólo bien encauzada, de lo contrario podría ser funesta en sus resultados. Y es que las directrices inspiradas por la meditación no pueden ser verdaderas más que cuando el sujeto llega a ellas a través de su propio autoanálisis, no influido por sus propias inclinaciones y deseos. Siempre estoy repitiéndolo a mis alumnas. La aspirante a bruja ha de esperar el momento en que esas directrices tengan algún sentido y puedan sernos de ayuda; sólo entonces estará en condiciones de reconocer que el Padre y la Madre actúan en favor suyo.

Esta práctica puede conducir a conclusiones que nos sean personalmente favorables, que infundan en nosotros el anhelo de hacer especulaciones con nuestro destino potencial. La norma a que debe atenderse toda discípula es la siguiente: al Ser Supremo le interesa el bien, no sólo del hombre, sino de todo el universo, sin que esto se entienda con menoscabo del puesto legítimo que el hombre ocupa en el orden universal.

Una de las trampas más terribles en que puede caer la aprendiz de bruja es la supuesta liberación de responsabilidades. He tenido la desgracia de conocer personas que llevan esta creencia a extremos indecibles. El mal estriba en el hecho de que estas personas se han puesto a meditar sin haberse desprendido previamente de ciertos errores y prejuicios. Yo conocí a una madre joven, estudiante de brujería. Cierta día decidió dedicarse exclusivamente a la meditación. Sus hijos, entretanto, vagaban de un lado a otro hambrientos y desatendidos. Y es que no debe existir incompatibilidad entre esa meditación y los deberes que nos imponen las circunstancias del mundo en que realmente vivimos. Si aquella joven madre hubiera sabido librarse del engaño en que vivía, en vez de pasarse la vida sentada, mirando con indiferencia una margarita, habría recibido la ayuda que realmente necesitaba, lo cual habría redundado en la felicidad familiar.

Ésta es otra razón por la cual estoy convencida de que no todos sirven para la brujería. Para aquellas personas que han querido estabilizar sus vidas no puede hacer más que bien y ayudarles. En cambio, para los que persisten en ser emocionalmente inestables y no hacen nada por salir de su error, la brujería es realmente un peligro. Su inestabilidad puede orientarles hacia la magia negra, inducidos por las promesas y la impresión de poder que el mago negro suele emplear para atraerse simpatizantes.

Hasta en el mismo seno de la Vieja Religión no faltan tipos —pocos por fortuna— que si no han derivado hacia el satanismo, tampoco saben servirse de la brujería blanca, y van sin rumbo ni guía aferrados temporalmente a cualquier culto o creencia mientras esté en boga. Y así se mezclan con personas sin escrúpulos que, sin tener valor para cometer crímenes, se encubren con el velo de la magia creyendo estar así inmunizados ante la ley y ante sus propias conciencias, seguros de la divina absolución.

Nosotros no podemos hacerles volver a la Vieja Religión, porque están inmersos en un drama protagonizado por las fuerzas satánicas. Sólo podemos brindarles una religión sencilla y natural, lo suficientemente clara para que les haga comprender sus propias limitaciones y les enseñe el camino de la autoperfección.

Nosotros no ofrecemos ninguna recompensa por el trabajo hecho; la vida es la que se encarga de dar estas recompensas a cada uno. Cuando adoramos a la madre-diosa y al padre-dios rendimos tributo de reverencia, respeto y amor. El amor lo vemos como una actitud mental y espiritual. Es necesario comprender que el instinto sexual no puede ser constitutivo de amor, en el sentido dignificador que eleva al nombre por encima del animal con las aportaciones de la mente y del espíritu. El sexo se refiere a algo tangible mientras el amor, por apasionado que sea, no pasa de ser una emoción. Así, en el acto sexual la función básica masculina es inseminar, y la femenina es concebir. El amor lo usamos como un bálsamo que imprime a la unión de ambos sexos un sentido romántico y lo eleva a la categoría sacramental.

El amor se presenta bajo múltiples formas. Tiene un carácter muy distinto el amor de un ser humano hacia otro (amistad) que el de un hombre por todos sus semejantes (humanitarismo). El primero es un amor particular, el otro es un amor general. Sin embargo, ese amor particular es sólo una imagen reducida del general. Su grado de intensidad es generado por el espíritu, a quien corresponden las emociones intangibles, pero también sabemos que ni el cuerpo ni la mente, ni el espíritu, pueden estar disociados sin causar daño al sujeto, en cuya naturaleza se produciría un desequilibrio.

El espíritu, en su desarrollo perfectivo, va ascendiendo por los espirales del cosmos hacia la meta final, que es el Ser Supremo. Asociado a otros espíritus, puede ayudarlos también a remontarse. Por eso a nosotros nos agrada establecer corrientes de simpatía entre todos los seres con quienes entramos en contacto, a fin de sentirnos seguros de que vivimos «según la naturaleza». Esas corrientes serán siempre posibles si comprendemos que todas las criaturas provienen de la Fuerza Creadora en primer lugar. Todos somos hechura de una diosa y un dios. Lo malo es que muchas veces olvidamos esa conexión que podría introducir el amor en nuestras relaciones. Si nosotros tenemos en la familia un hermano o una hermana que luego nos sale una oveja negra, no dejamos por eso de estar unidos a ella o a él por los lazos de la sangre. En un sentido más amplio, cada hombre y cada mujer están unidos a nosotros por un lazo espiritual, el cual nos es transmitido por la fuente original del Ser Creador. Este origen común nos obliga a «sentir» con los demás, porque todos tenemos una afinidad debida, no sólo a nuestros países (lo cual daría lugar a un exacerbado patriotismo) sino a la especie humana como un todo, debiendo sentir con ella las mismas emociones. Cuando este amor total se reduce a uno sólo o unos cuantos, es nada más un reflejo de aquel amor más grande. Es en la totalidad donde reside el amor perfecto. La comunicación con la divinidad resulta más fácil una vez vencida esa etapa. A lo largo de ella se pasa por varias

encarnaciones. Como el Espíritu Creador ya sabe que el hombre no es un dios, es comprensivo con el que ha equivocado la ruta, siempre y cuando su propósito sea buscar el bien mediante la compasión, la reverencia y el respeto. Éste es el vínculo que nos une a otras religiones: la aceptación de la fe y la confianza en nuestra aptitud para alcanzar el Bien Sumo. La confianza ésa nace de la fe y el amor.

Hemos llegado a dos conceptos básicos: Confianza perfecta y amor perfecto. Nos queda demostrar que esa confianza y ese amor, no sólo son posibles sino que de hecho existen. Nadie puede llamarse religioso ni espiritual si no reconoce la existencia de un Ser Supremo, de grandeza infinita y por tanto superior a nuestra limitada naturaleza. Sin aceptar este principio carece de sentido que una persona rece, invoque o haga cualquier acto de fe. Para mí la vida tampoco tiene sentido si no se consagra a la obtención del Bien absoluto. En el cumplimiento de ese ideal, pasando por sucesivas encarnaciones, yo debo confiar en la supervivencia del bien sobre el mal. Así podré mirar el futuro con optimismo, sean cuales fueren los males que hoy afligen al mundo. Yo no puedo sustentar la teoría de que «el fin del mundo está próximo», por el hecho de que el mal y el pecado se extiendan por todas partes, pues a poco que miremos a nuestro alrededor también veremos gente buena y bien intencionada. El mundo no acabará sin haber atravesado un largo período de des-composición, de acciones y reacciones continuas, según informan los hombres de ciencia. Aún así no será aniquilado ese enorme caudal de energía, sino que se irá dispersando hasta formar otros grupos de materias.

Los nombres de los dioses no hacen al caso mientras se cumpla en ellos el triple requisito del amor, la pureza y la verdad absolutos. Estas cualidades esenciales son nuestras motivaciones en la adoración de un dios, aunque sea un dios innominado. El ideal de lo absoluto es parte esencial en la doctrina de la brujería diánica que practicamos nosotros.

Diana y Fauno son los representantes del Ser Divino creador de todas las cosas. La Fuerza de la Vida nos hace evolucionar. Nada más natural en el hombre que ese ideal de superación a sí mismo, necesitando para ello una relación constante con la divinidad.

Nosotros adoramos a Diana y a Fauno de distintas maneras. Primero por la aceptación personal de la fe en los dogmas de la dualidad de los dioses, de la Fuerza Vital y de la polaridad. Segundo, por una devoción ritual que practicamos en grupo. Como ya dije, estos ritos están a cargo de brujos iniciados que se reúnen cuatro veces al año. Tercero, por la veneración que mostramos a esos dioses reconociendo su presencia en el mundo que nos rodea, en las personas y demás seres vivos

circundantes. Cuarto, por la adhesión al dogma reencarnativo, sabiendo que esta vida material no se limita a las experiencias recibidas desde la cuna hasta la sepultura, sino que forma parte de una experiencia superior: la de otras muchas experiencias vitales.

La polaridad la vemos manifestarse en todas las cosas, incluso en la oposición entre la divinidad del Ser Superno y la cualidad humana del ser racional terrestre, por eso sabemos que como hijos tenemos obligaciones respecto a los padres, y recíprocamente, esos padres en forma de dioses que son Diana y Fauno también se sienten obligados respecto a sus hijos. Espiritualmente el hombre está obligado a hacer lo que quieren los dioses; que lo haga o no, depende de su libre voluntad. Similarmente, los dioses tampoco están sometidos a un hado que inexorablemente les haga cumplir la voluntad de los hombres. Su voluntad es libre. Ningún hombre puede exigir que Diana y Fauno le ayuden. Sólo puede invocar y suplicar. He ahí otra diferencia entre el que sigue la brujería diánica y el mago negro. Éste cree que puede ordenar a un espíritu, lo mismo que a un esclavo, que aparezca y cumpla su voluntad.

La mejor manera de impetrar la ayuda divina es ajustar nuestra conducta a la ley natural, guardando con perseverancia la debida proporción, la apropiada armonía entre todas las cosas en torno a las cuales vivimos y cuya existencia es obra de la misma Fuerza Creadora. De aquí emana un concepto filosófico que nos prohíbe malgastar en luchas y discordias la energía que proviene de esa gran Fuerza vital y original. Si nosotros no estamos desde el principio en armonía con la naturaleza, si no recordamos que todo fue creado por esa Fuerza original —es decir, si no podemos armonizar con las partículas infinitesimales del todo que es la deidad— entonces, ¿cómo abrigar la esperanza de ser felices, capaces de cumplir nuestras propias funciones... y realizar nuestros propios esfuerzos kármicos para salir de esta vida un poco mejor que como entramos?

Sigamos con la cuestión de la armonía no sin antes establecer la debida distinción entre la ciencia natural y la filosofía. De un lado vemos unos profesores que enseñan y demuestran científicamente que no hay nada nuevo bajo el Sol. De otro, un profesor que nos demuestra lo mismo con un razonamiento metafísico. Combinando ambos puntos de vista, que es lo que nosotros tratamos de hacer en nuestra doctrina, nos encontramos con una visión más estereoscópica de la vida. Empezamos a conocerla en su plenitud de luz y de sombra, no simplemente como un dibujo en una cuartilla. Esta visión nos aproxima a lo que la vida es en realidad, profundizamos en ella, en ese ambiente cálido, lleno de vibraciones, de luz y de sombra... Es algo que se ve y se siente a la vez. Hemos logrado el equilibrio que

buscábamos entre componentes diversos, y alcanzado —hasta cierto punto— la armonía a que nos referíamos.

Cuando nos ponemos a rezar lo hacemos mentalmente, no con palabras, pues los pensamientos producen unas vibraciones más potentes y significativas que las plegarias recitadas en alta voz. Siendo el pensamiento preludio de la acción, cualquier mente guiada por buenas intenciones producirá necesariamente reacciones favorables. Tendríamos una idea muy pobre de nuestra religión si no la abordáramos con este alto concepto de nuestra disposición mental. En los actos rituales, a la meditación sigue la danza o algún ejercicio físico que supla las vibraciones mentales, con lo cual se obtiene de un modo rítmico la deseada armonía o equilibrio entre cuerpo, mente y espíritu.

Poco hay que sea confuso en nuestra religión. Se explica a los estudiantes con todo detalle *por qué Diana y Fauno son objeto de nuestra adoración*. No basta con tener fe, porque esta fe no debe ser ciega. Tampoco basta la mera percepción de una aptitud psíquica, porque los términos percepción y comprensión no tienen el mismo significado. La comprensión se habrá obtenido en cierta medida cuando el estudiante empiece a notar que su mente es atraída a la adoración, por virtud de algo que parte de dentro. La adoración no necesita demostraciones físicas, como es la de postrarse ante un altar. Esa manera de comprender da verdadero sentido a la meditación, al pensamiento, a los ritos, pues todos obedecen a una razón: que el estudiante esté capacitado para hallar dentro de sí la armonía que él busca.

De nuestros ritos están excluidas las manifestaciones bulliciosas de cuerpos desnudos, a las que tan aficionados son Gerald Gardner y sus discípulos en su retiro de la isla de Mann, al norte de Inglaterra. Nosotros impusimos antes que nadie el uso de ropas «unisex», a fin de que hombres y mujeres pudieran llevar prendas poco ceñidas, las cuales, en las ceremonias a la luz de la Luna, no ponen de manifiesto las diferencias sexuales. No tengo nada contra el nudismo, excepto que abre de par en par las puertas a la ironía y las cuchufletas de mucha gente, poco conocedora del cuerpo humano y mucho menos de la mente humana, y cuyos depravados instintos les hacen creer que todo el mundo piensa igual que ellos.

Al confeccionar nuestros vestidos rituales, lo principal es dotarlos de la holgura suficiente para que esté libre y no sujeta a restricciones la zona del plexo solar. Por esta razón yo uso a todas horas mi ya famoso modelo «mu-mu», vestido largo, amorfo, de una gran vaporosidad. De este modo están siempre libres las «chakras», es decir, las zonas psíquicas sensibles del cuerpo como el plexo solar. Id desnudos si queréis, pero estad seguros de «por qué» queréis ir desnudos. Si creéis

que así os resulta más fácil la meditación, hacedlo, pero no os dejéis influir por cualquiera, en el sentido de que es totalmente necesario. Lo será en una ceremonia sicalíptica estilo Hollywood, mas no lo es en la religión diánica. Yo no creo que la ropa bien escogida pueda ser estorbo para que broten de la mente los juicios psíquicos, porque la liberación de las restricciones sexuales de donde debe venir primero es de nuestras mentes en acción.

Para aquellos cuyas mentes estén cohibidas por el sentido Victoriano de la moralidad, debe ser muy difícil concebir una religión en la que caben las expansiones del instinto sexual. Yo siempre he sostenido que nuestro interés en el sexo, como función natural y normal, es lo que nos capacita para elevar nuestras vidas a la perfección, y para dar una saludable instauración a nuestros hijos. La mayor parte de los brujos (y de las brujas) sentimos profundo respeto y admiración por el otro sexo, por su ligazón con el principio de la polaridad madre-padre. La razón principal es que el sexo lo vemos sin ninguna exageración; no nos comportamos como si hubiéramos descubierto algo por vez primera y temiéramos que mañana estuviera desfasado y, por tanto, hubiera que eliminarlo. Nosotros nos permitimos cuantos caprichos se nos antojan, sin cometer ningún exceso. Por ejemplo, si yo quiero beber, fumar, comer caviar y tener un amante, no hay ley divina ni humana que me lo prohíba, pero he de hacer lo que esté de mi parte para que estos placeres no rompan la armonía con otras esferas de mi vida.

Otro rasgo esencial de nuestra religión es el vastísimo campo de experimentación que ofrece a sus estudiantes, sobre todo en el conocimiento de las relaciones humanas. De ellas surgen esfuerzos competitivos en los que se gasta —o malgasta— un caudal de energía, tratando cada uno de afirmar su personalidad sobre y contra los demás individuos. Es frecuente que este espíritu de competición afecte a la generosidad del espíritu. Cuando nos ponemos a analizar a un filántropo, no tardamos en descubrir el fondo egoísta que ocultan sus actos. A poco que indaguéis, os encontraréis con un defraudador del fisco, no siempre con un hermano caritativo que quiere compartir sus ganancias con vosotros.

No es así como nosotros entendemos el altruismo. Para nosotros, compartir los pensamientos es algo tan importante como compartir las cosas materiales. No se tome esta afirmación en el sentido de que los brujos no sabemos diferenciar los valores. Yo tengo declarada la guerra a quienes, declarándose brujos, observan una conducta licenciosa y desordenada, que deja a nuestra religión en un estado muy vulnerable a la crítica. La brujería, como doctrina religiosa, no recomienda a nadie que eluda los impuestos, ni que se crea acreedor a toda clase de favores, ni que se pase las veinticuatro horas del día meditando con olvido y menosprecio de sus

deberes cotidianos, de la ayuda debida a los demás. Por lo que a mí se refiere, no espero recibir ayuda en mi profesión por la circunstancia de ser una profesión psíquica. Mi trabajo consiste, principalmente, en escribir, pero me entrego a él de una manera metódica con plena dedicación, sin matar el tiempo esperando a que la musa me inspire. Eso sucede en contadas ocasiones, aunque es un error muy generalizado el de que los libros se escriben fácilmente, a ratos libres, entre «cock-tail parties» y horas de meditación.

Entre los miembros de nuestra congregación es corriente celebrar actos competitivos a fin de contrastar opiniones. Se aceptan toda clase de sugerencias, seleccionando y poniendo en práctica las que creemos mejores.

En todas las religiones se da preferencia a la oración comunitaria, aunque la devoción es un sentimiento que debe brotar del interior de cada individuo, el cual no puede encontrarlo fuera de sí mismo.

Existen varias formas de oración, partiendo todas de un punto común, que es la devoción personal. Importa comprender la diferencia entre súplica y oración. No podemos pedir cosas para nosotros mismos y llamar a esto oración. La oración correcta, para nosotros, es la expresión de nuestra gratitud, y en eso demostramos que somos humanos. Damos gracias por el don de la vida, y no nos lamentamos de ella por muchas contrariedades que nos traiga. Damos gracias por las estaciones del año, porque ellas son las formas en que se nos manifiesta el ciclo del nacimiento y la reencarnación. Damos gracias por todas estas cosas y jamás se nos ocurre implorar la aquiescencia de Diana y Fauno con sacrificios extravagantes, como cree mucha gente; la buena voluntad de nuestros dioses no es una mercancía.

Por eso la primera etapa en la serie de nuestras devociones privadas es una acción de gracias. Se permite hacer súplicas pero incondicionalmente. No cabe decir: «Si tú, Diana, me ayudas a conquistar mi amor, yo te ofreceré a cambio mis hijos.» Hablaba antes de la oración comunitaria, cuyas ventajas son innumerables. Unidos en la oración, podemos generar una gran energía suficiente para lograr el objetivo que en común perseguimos. A veces esta energía no tiene otro objeto que la simple adoración, pero en muchos casos se emite para obtener un fin específico. Si la energía de una sola mente resulta eficaz, mucho más ha de serlo la fuerza combinada de muchas mentes, fundiéndose en una gran acción decisiva.

La oración en común es también importante porque permite cambiar impresiones, especialmente en lo que a la instrucción se refiere, pues no todos los brujos son especialistas en todos los campos del ocultismo. Por eso, a los que estén

preparados para ampliar su instrucción y son conocidos por los miembros restantes del grupo, se les invita a aprovechar esta ocasión que nuestras reuniones ofrecen.

La oración en grupo tiene otra ventaja muy particular en circunstancias de trance, o sea, cuando uno o más miembros de los congregados son atraídos hacia otra dimensión, dejando inerte el cuerpo material. En estas condiciones es mejor estar acompañado que solo. Las intenciones de los otros, bien dirigidas, hacen posible que esa persona en trance esté fuera del cuerpo por intervalos cada vez más prolongados.

Y ahora viene lo más importante; este tipo de proyección astral —es decir, el abandono temporal del cuerpo por el espíritu— no constituye un fin en sí mismo, sino el medio para obtener una información. Esta información, recibida de esferas más altas, es objeto de estudio y discusión cuando el espíritu regresa al cuerpo de la persona que ha estado en trance. De estos estudios y estas discusiones —rasgos característicos de la magia— se sacan bastantes profecías. Cuando el trance sobreviene en una de estas ceremonias rituales, son pocos —si los hay— los trastornos subsiguientes habituales en otros casos.

Para convocar las reuniones se empleaba antes —y ahora también, por tradición— una moneda. Era la contraseña durante la época de la clandestinidad en Europa. Recientemente encontré una de estas monedas en Alemania, muy parecida a las que usamos aquí en New Forest. Al pasarla de manos de un miembro a las de otro, nos vamos enterando de que va a celebrarse la reunión del Sabbat. Hoy día está decayendo esta costumbre, pues la mayor parte de los brujos, cuando no usan el teléfono, se valen de la telepatía u otro medio de percepción ex-trasensorial.

El método más eficaz de unificar la acción común e ir todos seguros a la conquista de nuestros fines, es organizarnos en grupos pequeños, sea para ceremonias religiosas como la del Sabbat, sea para reuniones mensuales como en los Esbats, que son más bien de carácter social.

El hecho de aceptar la intervención de Diana y Fauno en nuestros asuntos, y en los asuntos del hombre en general, no significa que cuanto hagamos nosotros sea necesariamente bueno, que todos nuestros actos estén rectamente orientados. Un buen devoto es el que busca incansablemente unas directrices, unos conocimientos, una experiencia para elevar el espíritu a la cota más alta de la perfección, y esto sólo se consigue cuando en el balance de nuestra vida, la suma total de buenas acciones es superior a la suma total de las malas. En todas nuestras obras tiene que haber una finalidad positiva y ésta no puede consistir en otra cosa que en el bien. Para los que

tenemos grabado este ideal en nuestras mentes es totalmente incomprensible que puedan confundirnos con los magos negros, los cuales siempre y de una manera consciente, escogen como último fin el mal en vez del bien.

Un nuevo concepto es inherente a esta actitud frente al quehacer diario. La vida es un espíritu que prevalece sobre todo y se expresa en infinitud de formas. Por eso el hombre instintivamente guarda respeto a todas las criaturas como manifestación de esa Fuerza vital que las anima. Es decir, que aparte de lo debido a esa Fuerza como agente o sujeto, ha de haber un respeto suplementario al medio ambiente donde está reflejada. Esta cuestión del medio ambiente, hoy tan en boga, no tiene nada de nuevo para nosotros, los miembros de la Vieja Religión. Buena parte del trabajo que espera a los brujos el día de mañana es velar por el equilibrio ecológico, por ese orden y esa armonía tan amenazados por esos detritus de fábricas que contaminan el aire, el agua y la vegetación. Siendo la naturaleza una parte de nuestra religión, nos impresiona profundamente el terrible estado en que hoy se encuentra la ecología. No basta pasar horas enteras discutiendo cómo sucedió, ni leer fragmentos de la Biblia, deduciendo que por causa de nuestros pecados nos vemos obligados a morir en una Tierra polucionada. Hace quince años tuvimos la ocasión de hacer algo y fallamos.

Por eso ahora la naturaleza nos da otra oportunidad. Esta vez no fracasaremos. La ciencia, que tanto contribuyó a crear el desequilibrio de la naturaleza y el hombre, va a utilizar todos sus recursos para rectificar esa anomalía. Pero nosotros tenemos también que cambiar si queremos sobrevivir en un ambiente mejor, menos contaminado. Es posible que seamos pioneros otra vez, abriendo nuevas fronteras. Tal vez tengamos que sacrificar algunas comodidades y comenzar de nuevo. No contamos más que con la buena Tierra y con el espíritu, pero tenemos fe en el propósito de habilitar otros sitios para morada del hombre. Ya no tendremos necesidad de recluirnos en el planeta que ahora habitamos; los viajes interplanetarios serán tan fáciles como a bordo de esos aviones a reacción, que remontan sus toneladas en el aire para volar como pájaros.

Para eso debemos tener las mentes bien dispuestas, y con esa buena disposición sabremos hacer frente a la realidad, aunque nos veamos obligados a introducir reformas en las prácticas religiosas, morales y sociales. La primera de todas consistirá en asumir una actitud nueva hacia el dios —o los dioses— de la Humanidad. El ser divino ha de considerarse científicamente como una corriente de energía, una fuerza vital en sí misma, no como una invención del hombre. Para nosotros será más fácil aceptarlo que para otros muchos. Para nosotros, desde el momento que la Fuerza Creadora hizo todas las cosas —bien o mal— por virtud de

la materialización de una forma pensada, esa Fuerza no está de por sí en posesión de los atributos del bien o del mal: de por sí no tiene ninguna dirección hasta que es dirigida.

Nosotros somos los vasos filtrantes de una gran fuente de energía: nuestros pensamientos generan esa corriente para bien o para mal de la Humanidad. El hombre se hace así responsable de sus progresos en el futuro, como lo fue en el pasado. Si queremos acabar con las guerras, podemos; si queremos limpiar nuestro medio ambiente podemos... siempre que obremos con rectitud de intención. Nada de pactos ni componendas. Sean quienes sean los dioses que adoremos, no les podemos decir: —Ayudadnos en nuestras faenas terrestres, y haremos algo por vosotros.

La voluntad de hacer el bien debe brotar del cerebro, del corazón, sin detenernos a regatear ni a imponer condiciones. Una vez purificados, ese buen deseo nos parecerá tan natural como el respirar. Si hemos de enderezar el rumbo de nuestra vida a través del bien y del mal, debemos recibir alguna instrucción acerca de ambos.

Un momento de serena reflexión nos hará ver que el mal es consecuencia de algo que no ha evolucionado debidamente, pues la evolución completa es el bien completo. El pecado —o el mal— llega tan sólo por aplicación del deseo a algo no plenamente evolucionado. El pecado tiene por causa el uso de unas formas de conocimiento más o menos limitadas (por tanto, no evolucionadas), que pueden ser físicas, mentales o espirituales. La definición del pecado más comúnmente aceptada es la de una situación contraria a los dictados de la propia conciencia.

¡Conciencia! He aquí un vocablo extraño para muchos, difícil de comprender para otros, y sin embargo, no es más que una suma o caudal de conocimientos, embrionarios primero, evolucionados después, cuando los aplicamos a la vida real. Éste es uno de los aspectos del espíritu humano. Estos conocimientos son transferidos, en cada reencarnación, a la mente del cuerpo donde va a alojarse el espíritu.

Yo creo que también podemos entender por conciencia la buena disposición mental de cada persona hacia la Fuerza Creadora y los dioses, para llevar a la práctica Principios y normas morales sumidos en el subconsciente. Si nuestra actitud hacia la Fuerza Creadora y los dioses es de amor, fe y confianza, realmente estaremos imposibilitados de realizar acciones malas, a menos que nos pongamos a especular con la fe, como a veces ocurre en países donde se ha asentado firmemente

una dictadura.

Los dirigentes de estos países se constituyen en señores de vidas y haciendas, y lo hacen así porque los ciudadanos han abdicado de su fe y sus ideales ante unas perspectivas risueñas y altamente prometedoras. En esa pugna entre el espíritu y el cuerpo, pactan con este último por creer que lo malo según el espíritu es una forma de prolongar la vida del cuerpo. En Alemania, cuando mandaba Hitler, toda una masa de personas inteligentes traicionó sus propias conciencias para lograr lo que creían una vida más grata y más fácil. No hay religión en el mundo que pueda consentir esta depravación masiva de un pueblo, cuando quiere medrar a expensas de sus más íntimas convicciones.

La rectitud de conciencia guarda también estrecha relación con nuestras ideas sobre el respeto a la libre voluntad. El hombre es dueño de adoptar las decisiones que quiera, sea para bien, sea para mal. En el curso de la vida de un hombre, los hechos irán demostrando hasta qué punto ha desarrollado su libre voluntad, la ha usado y ha seguido los dictados de su conciencia. Esa rectitud la vemos en la firme y constante resolución de encontrar el bien, sorteando toda clase de escollos y soportando todas las amarguras, aunque conviertan nuestra vida en un tormento continuo. Obra según su conciencia el que se niega a ejercer el poder por el poder, para satisfacer sus propias pasiones o para hacer daño a otros. El poder sólo puede ejercerse al servicio de una causa noble, para ayudarnos a nosotros mismos y a nuestros semejantes en el desarrollo de una vida armoniosa. La ayuda psíquica a los enfermos es una forma de ejercer nuestras facultades, pero hay que desempeñar estos menesteres con humildad, no pensar que, por el hecho de ayudar a un enfermo, se convierte uno en un dios. Esa actitud mental hacia los demás debe afectar a todo género de relaciones, al mundo que nos rodea y al universo donde vivimos.

Éste podemos confesar que es nuestro objetivo, y nuestra vida debe estar consagrada a lograrlo manteniendo nuestra fe *sin vacilaciones*.

Recalcamos esta expresión, sin vacilaciones, porque es uno de los postulados de la brujería, lo cual no obsta para que nuestra religión figure entre las más tolerantes que se conocen. Por ejemplo, los que no pueden asistir a los magnos festivales que celebramos cuatro veces al año, pueden ejecutar solos sus danzas y otros ritos. Esta dispensa se concede a los ancianos o enfermos que tienen dificultad para desplazarse. Sin embargo, estos festivales no son puras pantomimas para engañar a la gente, pues está comprobado que estas asambleas refuerzan nuestra capacidad psíquica. Yo he tenido que practicar estos ritos a solas en más de una

ocasión, pero siempre que puedo procuro trasladarme a *New Forest*, dos veces al año por lo menos.

Una vez viajaba yo a bordo de un transatlántico, donde los pasajeros me tenían por una «aguafiestas», al haberme negado a participar en los extraños ritos relacionados con la víspera de Todos los Santos. Fui a encerrarme en mi camarote, colgando a la puerta el cartelito «no molesten», y me puse a «hacer lo mío». Cuando practicamos los ritos parece como si descendiera a nosotros una energía extraordinaria, estemos donde estemos, y en esta ocasión tenía mucha necesidad de ella. En tales circunstancias la nave fue azotada por una fuerte tormenta, la cual empezó por destrozar los nervios de todos. Es digna de recordar la firmeza del capitán cuando mandó «seguir el rumbo a través de la tempestad», informando a los pasajeros con la mayor calma que «su barco era el único del mundo capaz de arrostrarla y salir indemne». La verdad es que los «Queens» de la Cunard Line no han recibido en vano este nombre. He navegado a bordo del veterano *Queen Elizabeth* y del *Queen Mary*, y en ninguna parte me he sentido más segura que en ellos.

La tormenta nos pilló totalmente desprevenidos. Un minuto antes, todo el mundo estaba entregado alegremente a los pasatiempos corrientes en estas travesías: el bridge, el tenis sobre cubierta, la lectura, la comida, la bebida o simplemente, la holganza. De pronto el horizonte se oscureció. Parecía que con refugiarse en los camarotes ya estaba todo resuelto, pero aquello se puso más difícil que una escalada al monte Everest. Al fin logramos descender por una escalera movable que pusimos en marcha.

Durante las primeras horas de la tormenta no cesaban de acudir pasajeros a la enfermería; unos sufrían contusiones y otros shocks traumáticos. La hora de la cena a bordo de los «Queens» es generalmente, en sí misma, un ceremonioso ritual. Después de quitarme la sal marina en una bañera —el oleaje, al salpicar sobre cubierta, me había puesto perdida— vestí mis mejores galas y con paso cauteloso me dirigí al comedor. No se veía un alma, y creí que me había equivocado de hora. Tampoco veía por ninguna parte al camarero que atendía mi mesa. Estuve algún tiempo sentada, viendo cómo todo caía y se desparramaba cada vez que la nave cabeceaba entre el fulgor de los relámpagos y el estampido aterrador de los truenos. Por fin se acercó un camarero.

Sólo veintiocho de mil y pico de pasajeros pudieron llegar hasta el comedor, y de ellos sólo dieciocho hicieron realmente honor al delicioso menú, servido con la delicadeza y buen gusto que tanto renombre han dado a los «Queens». Yo en los

viajes procuro pasarlo bien, y en éste lo hice lo mejor que permitieron las circunstancias. Disfruté de la cena sin dejarme ni un plato, y llegada la hora me retiré para descansar.

Un extraño sonido recorría el barco en todas direcciones, algo así como los gemidos combinados de mil sirenas. Aquello era algo imponente, como si los ángeles hiciesen sonar sus trompetas anunciando el fin del mundo y el juicio universal. A bordo reinaba una especie de lúgubre desolación, cual si todos estuvieran de acuerdo en que aquello era, realmente, el final. Cuando dejaron de gemir las sirenas brotaron de los camarotes otros sonidos también extraños, aunque no tan intensos. Abrí la puerta de uno y me encontré con una señora que parecía agitarse en las convulsiones de la agonía. Pero no. Aquello eran angustias causadas por el mareo y acentuadas por el terror. Yo he conocido el terror, pero nunca el mareo. La primera impresión que tuve al verla fue de que aquella señora tenía predestinada su sepultura en el mar. Traté de localizar a la enfermera o a la azafata pero fue inútil mi empeño, porque en todos los camarotes pasaba lo mismo, y el mismo mal aquejaba al personal de servicio.

Había que ayudar y me puse a hacerlo sin regatear ningún esfuerzo. Prácticamente me convertí en una azafata para los camarotes de mi propio pasillo. Retrocedamos un poco en el tiempo. Cuando yo embarqué, estaban todas las plazas ocupadas. Tenía que compartir el camarote con una señorita, hija de un ministro de la Iglesia baptista que regresaba a Nueva York. Sus padres viajaban en el mismo barco, aunque naturalmente, en su propio camarote, dejando a la chica conmigo.

No congeniábamos. Ella exigía que la luz estuviese apagada lo más tarde a la diez. Era muy aficionada a rezar y lo hacía con notable fervor. Esto en sí no me pareció mal, pero para sus devociones quería estar sola y hasta echó la llave después de haberme invitado a salir. Fue entonces cuando yo quise hacer valer mis derechos. Saqué de mi maleta el «athame» (cuchillo de bruja, de empuñadura negra con inscripciones), cuatro velas y sus palmatorias, y la informé de que yo también necesitaba estar sola para ajustarme a las normas prescritas por mi religión.

—¿Usted de qué religión es? —me preguntó—. Espero que no sea de la mormónica.

No me explicó por qué escogió los mormones para relacionarlos conmigo. La informé de que yo pertenecía a la Vieja Religión, pero ella ignoraba lo que era eso.

Tuve que darle detalles en una breve lección; quizá no pasaría de cinco

minutos. A los diez minutos ya había recogido su equipaje y se había marchado. Dio como excusa —tal vez fuera cierto— que le urgía ver al contramaestre. O tal vez se iría a dormir al camarote de sus padres. Nuestra convivencia fue breve y no pasó de aquel día. Antes que aquello sucediera llegamos a Cherburgo, de modo que no pasamos juntas la noche.

Así me pude permitir el lujo de atravesar el Atlántico en un camarote para mí sola. Pasaron dos días sin que volviese a ver a la joven damisela baptista.

Y llegó la noche de la tormenta. La persona que más se lamentaba y más convencida estaba de que se iba a morir, aterradísima además ante esta idea, era mi ex compañera de camarote. Hice lo que pude por ella; consistió en un lavado de cerebro a fin de quitarle la idea de que estaba muriéndose, y explicarle que cien personas más sufrían lo mismo. También le aconsejé que rezara tan fervorosamente como la primera vez que nos vimos. Es curioso observar que en aquella hora, cuando más lo necesitaba, no recordaba ninguna oración y sólo repetía la cantinela:

— ¡Oh, Dios! ¿Qué habré hecho yo para merecer esto?

Las circunstancias no me permitían una breve disertación sobre el karma, la ley de causa y efecto con relación a la senda que nos trazamos en esta vida, reuniendo experiencias que —yo espero— nos harán ser mejores durante una vida posterior.

No, no era aquél el momento adecuado para divagaciones; no podía sugerir a la joven que se pusiera a meditar conmigo, ni enseñarle el arte de la relajación, pese a lo apremiante de esta necesidad en aquellos instantes. Porque verdaderamente es en esos instantes trágicos cuando es más necesaria la relajación, no cuando todo marcha a las mil maravillas. Al final tuve que tratarla como lo que era, una niña asustada, no una religiosa fanática, aunque esta primera impresión había calado muy hondo en mí, a poco de conocernos.

No se curó completamente hasta que anclamos en Nueva York. Volví a verla en la aduana, muy pálida y demacrada pero con suficiente genio para discutir con el aduanero la procedencia o no de abrir una segunda maleta. Yo le dirigí una sonrisa de la cual se desentendió.

Dudo que mis lecciones le hayan servido de algo, mas por lo que respecta a mí, creo que la suerte me ha favorecido al darme ocasión para superarme y comprobar que nuestra religión, aunque nos exija una fe «sin vacilaciones», no

impide, cuando llega el momento oportuno, que nos acerquemos a otros con ánimo de compartir su desdicha, lo mismo que compartimos la dicha de otros cuando optamos por la senda más fácil de la vida.

Tenemos el privilegio de una energía suficiente para salir airoso en momentos cruciales, cuando otros no saben qué camino seguir. Plegarias o invocaciones ¿para qué? A mí nada me costaría decir:

—¡Oh, Madre Diosa, da fuerza a tu hija para salir de este trance!

Para eso no se necesita mucha retórica ni mucha retentiva. Tampoco echamos la culpa a Dios ni al diablo por cualquier contratiempo. El bien y el mal son parte de las experiencias que necesitamos en esta vida.

No puedo imaginarme ninguna circunstancia en que me sintiese tan angustiada, tan mísera, como para culpar a la Diosa Madre de un terremoto, de una tormenta o cualquier catástrofe.

—¡Oh, Dios! ¿Qué habré hecho yo para merecer esto?

La imprecación de la joven dama baptista me había dejado de una pieza, lo mismo que a ciertas personas cuando oyen obscenidades.

Nunca podré creer que exista una divinidad interesada en torturar sádicamente a cualquier ser humano. La ley del karma y el dogma de la reencarnación tienen mucho sentido para mí. Los exégetas de la Biblia quizá hallen respuesta a la cuestión con esta frase escueta:

—Lo que siembres, eso recogerás.

La vida es un proceso de siembra; para muchos, los malos pensamientos, las malas inclinaciones, pueden ahogar la semilla antes de germinar. Nuestros actos son nuestras semillas, y nuestros pensamientos también. De unos y otros somos responsables. Sabiéndolo, aprenderemos a madurar, como el trigo, en zonas sanas y fértiles, y a dar espigas que no sean de semillas deformadas o enfermas.

MAGIA NEGRA O BRUJERÍA: ESCOJAN USTEDES

Sí, el karma tiene un sentido, y este sentido es una de las diferencias más acentuadas entre la brujería^[16] y la magia negra; esta última no admite la reencarnación, ya que consideran que los actos humanos no tienen validez más que en el día de su realización; el día de mañana no cuenta. El mago negro no razona pensando en el más allá. Cuando la muerte llame a su puerta no estará preparado para una segunda existencia, ni en condiciones de mejorar su vida anterior. Sí, mantenemos nuestra fe con firmeza, sin vacilaciones, conscientes de que en la brujería están todos los elementos de que consta la vida. Sabemos que esta fe guarda relación con la Fuerza creadora, con todo lo que sucede en el marco de nuestra existencia y con lo que nos espera en otras existencias futuras.

Cuesta mucho explicar nuestros métodos a la gente, y al hablar de métodos me refiero tanto a la magia blanca como a la negra. Más costoso es hacerle comprender que existe una distinción entre ambas. A veces creo que hemos hecho notables progresos en este sentido, mas vuelve a producirse la misma confusión con la consabida avalancha de preguntas, tales como ésta:

—¿Adora usted al diablo?

Y la respuesta de rigor:

— No, yo no adoro al diablo.

Lo cual sólo conduce a otras interrogaciones:

—¿Cree usted en Dios?

—Depende. Yo no creo en un dios que estuviese caminando por la Tierra como un ser humano.

Al llegar aquí suele mediar una sucinta exposición de la religión Wicca, que por cierto, no es la única en considerar a Cristo como Maestro más que como Dios.

—¿Qué es lo que adora usted?

—Si por adoración entiende usted postrarme ante un altar, no adoro a nadie, aunque reconozco la existencia de algo muy superior a mí: una Fuerza creadora, un Ser Supremo.

Sólo ocasionalmente puedo entrar en detalles sobre ese Ser Supremo, la fuente de energía de donde reciben sus fuerzas los seres de la creación. Cada individuo decide el uso que va a hacer de esas fuerzas ocultas: para el bien, como en la brujería, o con fines destructivos, como en la magia negra. El rasgo más distintivo del ser humano es la facultad de discernir al adoptar decisiones, escogiendo los medios para poner en práctica esa virtud.

No olvidéis, sin embargo, que esa fuerza procede de la misma fuente, lo mismo si tenéis el potencial de un Aleister Crowley que el de un Mesías redentor. Los psicólogos llaman «fuerza motivante» a esta facultad decisoria. En otras religiones suele haber dogmas que concuerdan con esta clase de motivación. Cada vez que renace una persona (reencarnación) elige una forma de vida, ya sea constructiva o destructiva; al repetirse este fenómeno, el hombre va conociendo, mejor cada vez, los medios que han de orientarle en su opción. La experiencia acumulada le servirá de capa protectora para ponerse a cubierto de los actos ajenos, y acaso también de los propios impulsos.

Elegir la senda del mago negro o del brujo blanco no es una opción en donde intervenga de algún modo el azar. Si optamos por un camino en vez del otro ha de ser a plena conciencia de lo que elegimos. En cualquier caso la fuente de energía es la misma. Quien escoge no es más que un recipiente donde esa fuerza es vertida. Ahora bien, esa energía no es estática. Algo debe salir de vosotros, alquimistas naturales de una gran fuerza mucho más grande que todas las fuerzas combinadas del universo. ¿Cómo controlar esa fuerza? Ese control es una de las disciplinas que deben estudiar lo mismo el mago que el brujo. Se impone, por tanto, un largo período de instrucción. No esperéis que la decisión tomada en un día pueda de súbito transformaros en una persona con poder mágico. Sólo ocurre eso en los cuentos de hadas.

El mago hace uso de fuerzas misteriosas que la mayoría de la gente no sabe controlar, y en las que incluso no cree. Un mago negro las emplea con fines destructivos; un miembro de la religión Wicca las utiliza para devolver la salud a otro, para ayudarlo a seguir una vida más a tono con la naturaleza... El primero cree en las fuerzas del mal, todas negativas; el segundo cree en unas formas buenas

y positivas para enfrentarse con la vida. Ambos operan con resultados de importancia variable, desde incidentes triviales hasta acontecimientos más o menos trascendentes. La Historia está llena de ejemplos en que las prácticas negativas sobrepasan a las positivas. Causa más sensación lo malo que lo bueno. El mal siempre hace impacto en la opinión pública. Un brote epidémico es mucho más dramático —y por ende más espectacular— que el trabajo de un hombre sentado en un laboratorio, tratando de averiguar sus causas.

En los dominios de la brujería nunca han faltado desaprensivos representando un doble papel psíquico; por el contrario, en tribus primitivas ha habido magos negros que han hecho mucho bien a la comunidad, aunque su labor no haya sido apreciada en las tribus vecinas. Todo depende de la posición donde nos situamos para enfocar las cosas y descubrir la verdad que hay en ellas. La plaga de Londres, atribuida a la perfidia y las malas artes de unos hechiceros, es uno de los relatos más escalofriantes de la historia británica. Contábase los muertos por millares. Después la ciudad fue pasto de las llamas y sus edificios quedaron arrasados. Mas el fuego es el gran purificador. Por medio de él se eliminó la plaga, extendiéndose su acción purificadora a cientos de millas. Sobre la tierra calcinada llevóse a cabo la reconstrucción por Sir Christofer Wren, quien vio convertido en realidad su sueño mágico de erigir esa gran urbe, famosa por su arquitectura. ¡Convertir el mal en bien! He ahí la misión primordial de los brujos, contrarrestando así la labor negativa del mago negro. De estos magos he conocido algunos poderosísimos que, cuando algo les salió mal, quedaron sus mentes paralizadas, incapaces de funcionar ni siquiera para calmar la tormenta que habían suscitado.

El poder es a menudo la fuerza motivadora de prácticas ocultas, aunque el brujo prefiere no agotarla ni llevarla a sus últimas consecuencias. El mago negro, por el contrario, nunca se da por satisfecho con la fuerza de ese poder del que está investido. Con su ansia ilimitada de poder en nada se detiene. Está resuelto a todo, a los mayores excesos, gozándose en la contemplación de su obra. El amor, la humildad, la simpatía, la abnegación, están excluidos de su interior, donde no caben más que el odio, la codicia y la dureza de sentimientos. Acaso el tipo de mago negro más drástico y más temido es el que racionaliza sus propias actividades creyendo de veras que su intención de matar —por ejemplo— está justificada si el motivo es un bien, aunque se regocije al mismo tiempo en el mal. Como ejemplo clásico citaré el actual culto del satanismo que acaba de irrumpir en la costa Oeste de América. Con falsos y seductores razonamientos, sus seguidores se esfuerzan en demostrar que la meta de todas nuestras ambiciones está en esta vida. Existe el peligro de que ahora es mucha la gente que no cree en el futuro, o teme conocerlo.

Para esta gente sería muy fascinante la idea de que todo acabara en la más desenfrenada de las orgías.

Puede darse la paradoja de que la idea del satanismo sea aceptada por intelectuales de nuestra época, en tanto que otros individuos de cultura rudimentaria anhelan acogerse a una religión natural.

Pensar que los magos negros no existen hoy día es cometer un error de los más graves. Yo diría que las fuerzas tenebrosas están ahora concentrándose a un ritmo más acelerado que nunca, desde los tiempos medievales. Tienen también la ventaja de una organización superior. Tras un letargo de siglos despiertan con una finísima sensibilidad. Por ella se dan cuenta de que ha llegado el tiempo de sembrar la cizaña en los campos de trigo.

Y reconozco que el hombre es libre. No es lícito decir: —Esto es lo que te conviene porque yo lo creo así; de modo que lo haces, y si no te elimino. Frases como ésta sólo son propias de un Estado negrero. Por este patrón se han formado esas dictaduras donde sólo unos cuantos son felices: la camarilla que detenta el poder. Por consiguiente, al pueblo —y al individuo— hay que cederle un margen donde pueda libremente escoger. Y para que cada uno sepa bien lo que escoge se necesita un cambio en la mentalidad de las gentes. Este cambio apremia a medida que vamos adentrándonos en la llamada Era Acuaría. Es posible que nos veamos obligados a matar muchas «vacas sagradas», especialmente las que pastan en los Campos Elíseos de la religión. Es posible que esos cambios se introduzcan también en la educación moral y en la formación intelectual. Como es lógico, habrá resistencia, pasaremos por un período de horror y confusión. Son consecuencias ineludibles en todas las grandes transformaciones. Al cabo de esta magna lucha sobrevivirán los mejores. Por una vez se plasmará en realidad la teoría darwiniana de que subsistirán los seres físicamente mejor dotados, los cuales darán paso a una nueva dimensión. En ella, los menos vulnerables serán los más evolucionados espiritualmente.

En tiempo de guerra se llama «liberadas» a las ciudades que los invasores ocupan. Esos llamados liberadores son los primeros que matan, saquean y violan a mansalva en los pueblos «rescatados», todo lo cual debe causar la natural confusión en los que han sido oficialmente salvados. ¿Imagináis lo que es vivir en una ciudad rescatada donde, antes de haber cesado los ecos de los cantos triunfales, os encontráis con vuestras hijas raptadas, asaltados vuestros hogares y echados a la hoguera vuestros recuerdos más entrañables? En cuestión de horas, veréis convertido al héroe de antes en otro hombre con un nuevo disfraz. Temo que ese

estado de confusión nos empieza a angustiar ahora, en esta etapa periférica de la Era Acuariana. No sabemos si tal religión nos rescata o nos condena, y esta confusión daría lugar a que muchos, en una existencia posterior, quisieran renunciar a su condición humana. El actual caos, ¿será el final de una etapa o un signo del futuro que nos espera?

A mí lo que menos me inquieta es la revolución de tipo físico en la que estamos inmersos, según parece, sino esa revolución filosófica en la que, si el tránsito ha de ser favorable, se necesita algo más que una barba crecida y una guitarra eléctrica.

De hecho, según creencia popular, la magia negra es antisocial porque rechaza todos los valores reconocidos y proclama en alta voz las tendencias opuestas como valores aceptables.

La magia negra, careciendo de ritos propios, imita los de otra religión en sentido inverso, en tanto que la brujería conserva intactos y mantiene con tesón sus ritos ancestrales. La mayoría de las brujas que yo conozco, si tienen interés por el rito de alguna Iglesia, es sólo a título de curiosidad. Ni que decir tiene que en nuestro propio ritualismo no tiene cabida la profanación de sepulturas ni el robo de agua bendita en los templos. En cambio, el sacrilegio y los símbolos invertidos son parte del culto en la magia negra. A la brujería le bastan sus propios símbolos. En los Ozarks, región montañosa de Missouri muy concurrida por quienes practican los deportes de invierno, oí hablar de una ceremonia oficiada por un mago negro, que terminaba con la recitación del Padrenuestro al revés. Tal como me fue descrita, aquella ceremonia simula el oficio anglicano de la confirmación, salvo que todo estaba al revés y entremezclado con obscenidades. Ante unos crucifijos invertidos se proferían sobre la Biblia los más soeces insultos. Me lo contaron como algo curioso y divertido, pero nada más lejos de la realidad para mí. Lo encontré todo horrible. Y es que mis informantes tenían la idea equivocada de que yo disentía de la pura ortodoxia eclesiástica. Nada de eso. Yo creo que la religión es algo íntimo y personal. Encuentro plausible que una de las bases sobre las cuales se asienta la Constitución de los Estados Unidos sea la libertad, reconocida a cada individuo, de escoger para sí la religión que prefiera. Forman legión los relatos espeluznantes de los ritos de la magia negra que han dado argumentos al cine para muchas películas de terror, tan celebradas los jaraneros nocturnos cuando imitan los chillidos las muñecas pinchadas con alfileres y rociadas con sangre de sapo.

Recientemente he descubierto la semejanza que existe entre las prácticas del satanismo y las costumbres de los indios navajos, que tienen un concepto muy bajo

de la moral. Vi a varios cuando pasé por Ann Arbor (Michigan) en 1969, así como en las reservas de Arizona y Nuevo México. El hechicero navajo, si quiere acrecentar sus poderes ante la tribu, ha de dar muerte a su hermano o hermana de menor edad.

La mayor parte de los magos negros, reales o supuestos, son unos degenerados sexuales. Esta degeneración guarda cierto paralelismo con la homosexualidad y los crímenes que se registran en California. Ciertamente que muchos de estos crímenes parecen tener un significado ritual, como aquél cuya víctima fue la tristemente célebre Sharon Tate, estando ya embarazada. El hecho ocurrió cuando se hallaba reunida en una extraña ceremonia con un grupo de amigos. La noticia escandalizó a todos y no tardaron en culpar de lo ocurrido a la «brujería», si bien ni uno sólo de los actos rituales —o lo que fueran— tal como eran descritos en los periódicos, tenía nada que ver con la Vieja Religión... En cambio era evidente cierta afinidad con la magia negra. Ciertamente, tanto los magos negros como los brujos han sido acusados a menudo de hábitos sexuales extraños, pero está visto que mi congregación ha quedado anticuada, pues todavía creemos innecesario el rito de la fertilidad, al menos para los seres humanos. Creo también —y en esto estaréis de acuerdo conmigo— que para dar vida a otros seres lo normal es llevar a cabo estos actos, rituales o no, en la intimidad de una alcoba, sin realizar estas demostraciones sexuales en grupo. Aquí traemos a colación el caso de Aleister Crowley, a quien siempre sentó muy mal que le tomasen por brujo o adicto a la Vieja Religión. Desde su muerte ha sido citado constantemente como un perverso sexual.

Esto es verdad, pero no que ejecutara esos actos como parte de un rito de la religión Wicca. Se le tenía por el más poderoso de los magos modernos y el más atrevido también, pues no vacilaba en ejecutar esos actos contra natura sin respetar ningún sexo. Eso dicen unos informadores. Otros aseguran, por el contrario, que tenía una pasión brutal por el sexo débil. De todas formas su fama la tenía bien merecida. Lo malo es que cuando estos asuntos trascienden al público se da de ellos una versión deformada, mucho más aún si el tema debatido es de tipo sexual, y no digamos si tiene algo que ver con la magia, de cualquier tipo que sea.

En África, la tribu Azande asociaba el lesbianismo o safismo^[17] con la hechicería, y los Mandari del Sudán tienen doctores en artes mágicas que practican la sodomía, la bestialidad con vacas y cabras y la cohabitación con muchachas impúberes. Con un programa tan abultado, no sé de dónde sacarán tiempo para servir a la tribu en su auténtico papel de hechiceros.

El mago negro está equipado de un copioso arsenal para librar sus batallas en la vida versátil que lleva. En primer lugar tiene sus propios poderes internos, cuya potencia no debe minimizarse con la suposición de que «ya nadie practica la magia negra». Es como si dijéramos que por haberse promulgado una ley antialcohólica, ya nadie prueba el alcohol. No. El mago negro, al ser un violador de todas las leyes conocidas, se oculta en el anonimato. Ésta es la causa del misterio de muchos crímenes. Aunque no se conozca al responsable directo, se sabe el origen de tales hechos por las noticias que, con exuberancia de detalles, publican los periódicos. Y son sus mismos autores los más interesados en que se den a conocer, para que todo el mundo vea de lo que son capaces.

A esta última razón se debe, creo yo, la famosa profanación de las tumbas de Clophill en Bedfordshire (Inglaterra), el mes de marzo de 1963. Clophill es una villa de ensueño con una iglesia abandonada, en la falda de una colina conocida por Dead Man^[18] En esta ocasión fueron violadas siete tumbas, extrayéndose de una un féretro con los restos de una joven, Jenny Humberstone, a los doscientos años de su inhumación. (Había muerto en 1770 y era la esposa de un boticario.) Un niño vio trazado un círculo en el cementerio parroquial, y dentro de él los huesos de Jenny. El cráneo pendía de una vara en el centro del círculo. Dentro del mismo estaban también las plumas de un gallo.

Algunos diarios explicaron aquello diciendo que era una gamberrada, mas posteriormente tuvo lugar una serie de hechos sacrilegios similares. En Knutsford (Cheshire) fue abierta la sepultura de un hombre enterrado en 1682. En Eltham, pueblo cercano a Londres, fueron arrancadas unas cruces de piedra, y en Westham (Sussex) no sólo se abrieron sepulturas sino que fueron profanados muchos objetos consagrados al culto. Unos magos de Sussex (creo que este condado tiene gran número de practicantes) presumían cínicamente entre unos amigos míos de haber sido los organizadores de una orgía en el camposanto; también presumían de haber escupido sobre la Biblia y de haber profanado el altar de la iglesia. En Derbyshire fue hallada, desfallecida, una joven a la que los satanistas azotaron después de atarla a un árbol. En los campos idílicos de Clophill aparecieron muchas reses mutiladas. Una noche, al mediar el verano de 1969 (uno de los grandes Sabbats), Clophill volvió a ser escenario de uno de estos macabros sucesos al ser destrozada una losa sepulcral. Por suerte fueron vanos los esfuerzos para desenterrar el cadáver.

La supuesta gamberrada de Clophill había sido el primero de una serie de hechos a cual más desagradable. Finalmente, la Policía llegó a la conclusión de que todo era parte de un plan ideado por los satanistas, los cuales habían celebrado allí

una «misa negra»^[19]. Los incidentes fueron objeto de una amplia difusión periodística, recayendo las sospechas de los comentaristas sobre una de las moderadas congregaciones («covens») de brujos que operaban en el área de Clophill. Esta suposición fue enérgicamente rebatida por el entonces portavoz de la brujería británica, el difunto doctor Gerald Gardner quien declaró en su tono autoritario habitual:

—Los brujos ingleses no hacen cosas como éstas.

Tenía razón de sobra, porque la brujería no tiene interés en violar sepulturas ni practicar macabras ceremonias en terrenos sagrados. Lo de Clophill fue atribuido por último, ya sin ningún asomo de duda, a un grupo moderno de la magia negra, a pesar de que según opinaba un sector de la prensa, «tal clase de gente no existe en el siglo XX». Si no hay peor sordo que el que no quiere oír, no existe peor ciego que el que se niega a abrir los ojos, sobre todo a una realidad que no desea conocer. Esa ignorancia culpable ha sido la causante de muchas tragedias históricas. Nosotros no queríamos mirar a los nazis como enemigos antes de la declaración oficial de guerra por Francia y Gran Bretaña, en 1939. Sin embargo, los nazis ya estaban haciendo de las suyas desde su advenimiento al poder en 1933. Volviendo al asunto Clophill, un mago negro hizo una declaración, sin revelar su nombre, a un prestigioso periódico dominical londinense, en la cual manifestó que la «misa negra» había sido una parte de lo planeado. Creo, sin embargo, que todo fue una macabra ceremonia en la que intervino un nigromante desempeñando el papel principal, invocando el alma del difunto para comunicarse con ella. Un cadáver puede ser necesario para la nigromancia, mas no para los ritos satanistas.

Para éstos últimos se prefiere una mujer en traje de Eva, a modo de altar viviente. Si vais al pueblo, veréis lo reacios que son sus habitantes a hablar de los sucesos ocurridos en la iglesia y su cementerio. Raro es que pase un año sin repetirse la tentativa de abrir alguna tumba o romper una losa sepulcral, todo lo cual va mucho más allá del gamberrismo corriente. Resulta casi incongruente leer el cartelito fijado en aquel templo ruinoso: «Apartaos, que esta iglesia es peligrosa.» Creo que el aviso se refiere al peligro de un derrumbamiento, por las precarias condiciones del edificio, ahora invadido por la hiedra desde la base a la torre del campanario, pero la verdad es que la iglesia y sus alrededores son peligrosos para quienes conocen las prácticas de los satanistas en aquel área. El argumento de una gamberrada para frustrar a los turistas carece de fundamento en absoluto, porque la iglesia de Clophill no tiene ningún atractivo que la haga digna de visitarse. Detrás de esas ruinas se ocultan unas maquinaciones horrendas, como en un film de Hitchcock. Los magos negros han lanzado su guante desafiando a quienes se

atrevan a discutir la posesión de sus dominios. La gente vive alarmada bajo una tremenda presión psicológica, ignorando el momento en que este ataque se volverá a repetir. El espectáculo de ver a un hombre asustado es tan satisfactorio, para el causante, como cualquier otro acto de crueldad. Tan siniestra manera de proceder también se manifiesta en asesinos potenciales, que envían notas amenazadoras a sus futuras víctimas. No quiero decir con esto que todos sean practicantes de la magia negra.

El auténtico mago negro, mediante conjuros y otras fórmulas, puede llamar en su auxilio a otras fuerzas (diabólicas y similares) cuando las suyas no le bastan. Estas otras fuerzas son un misterio bastante difícil de comprender, pero yo digo: —Si creemos en los ángeles, ¿por qué no creer en los demonios?

Es un hecho comprobado que la polaridad existe en todas y cada una de las cosas del universo. Además el mago, igual que el brujo, conoce las virtudes de ciertas «palabras», o más bien vibraciones lanzadas al éter, usadas a veces como *boomerangs*^[20], o bien directamente contra una persona determinada. Lo mismo que el brujo, el mago tiene sus armas psíquicas, sus varas maravillosas e innumerables fórmulas medicinales. Es posible que vista ornamentos especiales para sus ceremonias, con emblemas y símbolos de las personas con quienes desea comunicar.

En esto de los ornamentos, Aleister Crowley —que no era un mago ni mucho menos—, sí que era aficionado a la ostentación. Sus colecciones de hábitos rituales habrían rivalizado con el ropero de un artista de Hollywood. Era aficionado también a las espadas y los puñales, así como a los incensarios. Dudo que un hombre como éste hubiera cumplido a satisfacción sus funciones sin los efectos escénicos de un grandioso altar y unos severos candelabros. Era todo un poema aquel espectáculo de Crowley entregado a sus ritos, aunque a medida que progresaba no era la escena lo que imponía, sino el actor. Subía el incienso mientras chisporroteaban los cirios; la luz arrancaba destellos plateados a espadas y puñales, mas por encima de todo se alzaba la espléndida voz del oficiante y destacaba, recia e inflexible, la magnitud solemne de su personalidad. La «Gran Bestia», como él se autodenominaba, era un león majestuoso mientras actuaba a la vista del público, y el esplendor de su liturgia hubiera hecho honor a cualquier Pontífice. Da pena ver lo olvidados que están aquellos días fantásticos, excepto por media docena de personas que conocieron en su vida a Crowley. Los ritos patéticos de los magos modernos son pálidas sombras de lo anteriormente descrito, caricaturas de una religión casi ortodoxa, pero que ellos se han encargado de falsear y degradar ignominiosamente.

Hoy día existe un tráfico intenso de «medicinas»: hierbas, plantas, partes del cuerpo humano o de un animal, raíces, trozos de papel con intrincados jeroglíficos, cuerdas anudadas, piedras y otras minucias por el estilo. También se comercia con el veneno de las culebras y con la sangre de los murciélagos, aunque esta última no sirva para hacer curaciones sino al contrario, pero esta sangre no causa ningún daño si a su acción no acompaña un conjuro, o sea una palabra mágica. Tiene que haber cierta relación entre la «medicina», el conjuro y la víctima. La conexión con ésta se establece mediante objetos que hayan tenido su contacto: trozos de ropa, cabellos etc. Si no es posible obtenerlos se sustituyen con cosas menos tangibles, acudiendo también a magos más poderosos. Una huella, incluso el nombre escrito, ya bastan para el maleficio, pues lo que verdaderamente se necesita es algo donde concentrar la atención.

El *Grimorium Verum*, tratado de magia francés del siglo XVIII, contiene la fórmula para hacer daño a un enemigo. Consiste en sacar un clavo de un viejo ataúd e introducirlo en la huella del pie de esa persona, al mismo tiempo que se recita un «*Pater upto in térra*», lo cual parece significar «Padre nuestro que estás en la tierra». También se recita el Padrenuestro al revés y se pronuncia una frase postrera de encantamiento, martilleando el clavo hasta que queda totalmente introducido en la huella. Se dice después el nombre de la víctima y el mal que le desea el mago. Cuando no existe ningún objeto referente a la víctima, el mago se vale de otros medios, como enterrar una figura maléfica en el sitio por donde ha de pasar, o esconderla en su casa por medio de otro a quien convence, porque siempre encontrará un idiota u otro a quien amedrentar para que lo haga.

Cuando el general romano Germanicus murió el año 19 antes de Jesucristo, halláronse huesos humanos en su casa bajo el pavimento de su habitación, así como detrás de las paredes, y también trozos de carne putrefacta y pedazos de plomo, el metal asociado con las prácticas tenebrosas. En uno de estos plomos estaba escrito el nombre del general.

Los brujos de North Berwick, en el Norte de Escocia, son famosos en la historia de la hechicería europea. Destacábase por su interés en las cuestiones políticas. Cuando el controvertido rey Jacobo VI de Escocia ascendió al trono inglés, su fanatismo le atrajo pocos amigos y añadió un lote de enemistades a las muchas que ya había provocado su posición, que sólo por nacimiento y herencia le habían correspondido. Los brujos de North Berwick, leales a sus convicciones políticas, hicieron un muñeco lo más parecido posible al rey Jacobo y lo abrasaron en una hoguera. Previamente lo fueron pasando de una mano a otra, diciendo cada uno de los brujos, en alta voz:

—Esta figura de cera es Jacobo VI.

Aquel monarca era muy impopular y los brujos quisieron acortar su reinado. Contra ellos, Jacobo había escrito su *Demonología*, la cual se convirtió en un «best-seller» de su época. Con la natural sorpresa de muchos políticos, aquel libro resultó ser un verdadero defensor de la brujería, y sin duda los brujos influyeron de algún modo en la decisión real.

El maleficio obra siempre por mediación de un objeto vinculado a la persona que se desea perjudicar, o en su defecto por la repetición del nombre de esa persona, trazando previamente un círculo en cuyo interior se sitúa el mago o brujo, cuya presencia es indispensable. De él ha de proceder la energía catalizadora para poner en acción el maleficio. El círculo desempeña una doble misión: de barrera contra fuerzas hostiles y de cerco para que no se desborde la frenética energía psíquica generada. ¿Cómo actúa la magia? ¿Proviene su poder de las personas que la practican, o de unas fuerzas exteriores? Nadie podría contestarlo con seguridad, aunque yo diría que hay algo de una parte y algo de otra. La mente busca el momento en que ha de producirse un acontecimiento determinado, y cuando ocurre acepta el hecho tal como es. Lo demás son fenómenos inexplicables. Los escépticos dicen que si alguien sabe, o cree, que ha sido hechizado y que el autor del hechizo está empeñado en que se muera, renunciará a la vida y morirá. Esta explicación la encuentro incompleta y carece de concatenación lógica, cuando precisamente los escépticos se basan en la lógica para basar sus aseveraciones y pronósticos. Por otra parte, es posible ejercer una influencia mágica sobre una persona sin su conocimiento; los resultados serían los mismos. Si una persona está destinada a morir, se muere; si ha de cumplir una función especial, la cumple, y si ha de curarse, se cura. Llegada esta etapa, es al escéptico a quien incumbe demostrar que estas cosas no pasan, no a mí demostrarle que sí.

Los antropólogos modernos acaban de establecer una radical distinción entre un hechicero y un brujo, pero aún no se han percatado de las diferencias que separan la brujería (una religión) de la magia negra (un arte envilecido). Hechicero —dice el moderno antropólogo— es el que usa medicinas, raíces, clavos, cabellos y otras cosas para obtener una influencia mágica. El brujo posee en su interior un gran poder mágico, y sólo concentrándolo en una persona o en un objeto consigue causar cambios en las condiciones de la una o del otro. Cualquiera que disponga de tiempo para estudiar y practicar puede ser hechicero, pero no muchos pueden poseer el innato poder del brujo.

En términos generales, el mago negro procura dominar y controlar poderes

ocultos, en tanto que el brujo los reconoce y adora. Aunque odio la distinción entre «negro» y «blanco», incluso en la magia, me he visto obligada a emplear ambos términos para comunicarme con otros. La distinción es bastante clara en teoría; el mago negro trabaja siempre para el mal; el brujo para el bien. Donde la distinción se detiene es llegando al punto en que una cosa puede presentarse lo mismo al bien que al mal. Los postulados de la brujería prohíben a las personas de poderes mágicos —como yo— entrar en ese mundo ambiguo y gris de los poderes extrínsecos, ignorando con cuánta fuerza pueden ser generados. Yo creo que el respeto a esa fuerza es lo que nos hace a las brujas ser moderadas; en cambio el mago quiere saber hasta dónde la puede aprovechar. Nosotras preferimos no agotar ese poder, mientras el mago no vacila en jugárselo todo a una sola carta.

Los indios norteamericanos sentían un supersticioso temor hacia sus curanderos, creyendo que el que era capaz de curar una enfermedad lo era también para transmitirla. No osaban contrariarle para no exponerse. Más no por eso el curandero estaba inmunizado contra posibles reacciones justicieras. Un indio Papago recuerda que el curandero de su tribu murió a manos de los suyos, por creérsele culpable de la muerte de muchas personas. Bien empleada, la magia puede derivar en una filosofía y en un modo de vivir. Pero somos humanos y débiles. El ansia de poder nos puede empujar a extremos reprobables. Por eso me preocupa que se estén prodigando tanto las prácticas brujeriles.

Francamente, yo creo que la brujería es un arte no apto para todos. El manejo de las fuerzas ocultas es peligroso de por sí; el control mágico viene a desempeñar el oficio del tapón en una bañera. Si ponéis el tapón, el agua la va llenando, pero ¿hasta qué altura? ¿Queréis ahogar al nene que está en la bañera, o queréis bañarlo? Cualquiera que sea el motivo, el resultado final no afecta al suministro de agua. Lo mismo puede decirse de los conocimientos del cirujano. Puede convertirse en un carnicero, en un gran sacerdote de Esculapio que ofrece sacrificios, o bien puede, cumpliendo el juramento hipocrático, cumplir conscientemente la obligación de salvar una vida. Tiene poder, pero también conciencia de sus actos; la vida y la muerte están en sus manos. Si acata humildemente esa autolimitación habrá formado su propia filosofía moral, más importante para él que la maestría con que maneja el bisturí.

En un mundo que se odia a sí mismo, en el que reina la desconfianza, debemos poner cada vez más cuidado en la manera de abordar este asunto de la magia. Después de esperar durante muchos años el momento en que nuestros secretos pudieran ser revelados, me asalta la duda y me pregunto si moralmente, estamos facultados para hacerlo. Transmitir a otro poderes mágicos e instruirle

sobre ellos, sería tanto como obsequiar a un niño con una bomba para que juegue, y luego enseñarle a quitar la espoleta.

Otro peligro que entraña el aprendizaje de la brujería, en esta época de la marcha contra reloj, es que la gente lo quiere todo al instante y la enseñanza no es una excepción. No hay nadie dispuesto a aceptar el sistema «gurú»^[21] que yo considero el más importante. Hoy día prosperan los cursos por correspondencia y yo no dudo de su eficacia para unos conocimientos básicos. Ahora bien, el desarrollo de nuestra vocación sólo es posible con una preparación constante y personalísima, sólo accesible a un grupo muy reducido de alumnos. Ante la imposibilidad por parte de los brujos de prescindir del sistema «gurú», son muchos los estudiantes que se apartan de sus ideas originales y, mal orientados, se ven envueltos en las redes de la magia negra. Ésta parece ser la causa de que haya esa superabundancia de magos potenciales a todo lo largo y a todo lo ancho de la geografía del país, ya que este arte ofrece instantáneamente unos resultados que la brujería sólo consigue tras horas continuas de trabajo.

El hecho de que la magia negra esté sufriendo grandes reveses (muchos encantamientos se vuelven contra el encantador) no basta para disuadir a sus miembros, gran número de los cuales se van pasando a las filas del satanismo. En esta facción diabólica no han de faltarles macabras diversiones. Podrán dedicarse a toda clase de expansiones —lícitas o no— acogiéndose a la tentadora máxima del «vive como quieras»: Come, bebe y pásalo bien. ¿Qué importa lo demás? No obstante, lo mismo que unos magos se pasan al satanismo, habrá otros que den nacimiento a un nuevo tipo de magia que ya no será «negra», porque la senda de la magia está sembrada de experiencias de toda índole: odio y amor, dulzura y crueldad, bien y mal. Lo que pervierte al mago es ese desbarajuste en el que todas las cosas dejan de guardar el equilibrio debido. De ese desequilibrio es de lo que viven y prosperan los magos negros.

La bruja, entretanto, debe seguir fiel a sus tradiciones, luchar contra esa campaña de falsos rumores que siempre se lanzan contra ella, y no ceder en su empeño hasta acabar con la creencia de que magia negra y brujería son todo uno y lo mismo. Si algún día la sociedad necesita víctimas propiciatorias para acabar con sus males, espero que esas víctimas no seremos nosotras, las brujas, como en aquella época ya lejana en que nos denunciaban como herejes y desempeñábamos la misión de chivo expiatorio para purgar las malas acciones que otros cometían.

No es fenómeno inusitado que en la vida de una bruja, como yo, aparezcan magos negros o personas relacionadas con ellos. No tendría nada de extraño que

alguna gran sacerdotisa del gremio, consultando su esfera de cristal, previniese a alguien contra una señora «extranjera, alta y morena» que se interfiere en su vida —usando la jerga de los agoreros—, y que ese alguien tuviera algo que ver con la Vieja Religión.

En Texas existen varias sectas tenebrosas, tres de ellas radicadas en la populosa, progresiva y moderna ciudad de Houston, cuyos habitantes presumen de vivir en la urbe más culta y atractiva de los Estados Unidos. Dejando aparte posibles exageraciones por parte de los tejanos, muy dados a presumir, lo cierto es que, para mí, Houston es la ciudad del futuro, la ciudad de la Era Espacial Acuariana que no vive de recuerdos sino más bien de ilusiones. Hasta aquí, todo lo encuentro muy bien. Lo absurdo es que a pocas millas del casco urbano, y muy a menudo en la misma ciudad, prospere la magia negra no sólo como signo de baja cultura y subversión moral, sino como un consorcio acaparador de riqueza. El negocio de la cerería ha sido siempre muy favorecido por los norteamericanos, pero en Houston hay tiendas cuyos dueños no sólo se lucran con la venta de velas para las palmatorias domésticas.

Es muy corriente ver en sus escaparates muñecas de cera «vudú», figuras de uno u otro sexo —desnudas por supuesto—, fruto de una imaginación artística poco común, con unos puntitos marcados en los cuales se introduce el punzón... ya se sabe con qué fines siniestros. Junto a ellas se exhiben diversos artículos destinados a usos similares, como velas, ungüentos, alfileres, dagas en miniatura y folletos con instrucciones, para atacar la atención del público a título de «curiosidad», y así permanecen expuestos hasta que el odio o la ambición de un hombre se encargan de fundir esa cera y ese metal, galvanizando los modelos en réplicas vivientes del objeto de sus ansias o envidias.

Yo no me fío del carácter grotesco de esas figuras, incluidas las velas. Una vez había ido a comprar cirios en un gran mercado de los suburbios de Houston. Allí me encontré con dos señoras que estaban buscando figuritas «vudú». Quedáronse sorprendidas al saber que yo compraba los cirios para unos candelabros, sin otra finalidad que adornar la mesa con motivo de una cena entre amigos. Entonces me revelaron, en tono confidencial, que un amigo de ambas les iba a enseñar la forma de «liquidar» a sus maridos mediante un conjuro maléfico. Me eché a reír de momento, aunque a veces, cuando una ve reflejada la ira en los ojos de otra mujer... cuando esta mujer te habla de un amor frustrado o de un esposo infiel... y cuando tiene en sus manos dos muñecas de cera «vudú»... te da la sensación de haber topado con una de aquellas brujas malignas ideadas por Shakespeare^[22].

Habiendo hecho el horóscopo de una de estas señoras averigüé que, en efecto, tuvo un marido y éste no se portó muy bien con ella, lo cual me hizo comprender el interés que tenía en desembarazarse de él. Ya en mi casa me puse a reflexionar, llegando a la conclusión de que para una mujer es preferible separarse del marido —no matarlo— valiéndose de otros medios que los establecidos por la ley, como el divorcio. La ley de Texas es dura e inflexible con la mujer, muy al contrario de la ley californiana, que más bien favorece a la esposa cuando desea separarse legalmente de su marido.

Son muchas las mujeres que, en su larga convivencia con los maridos, se han visto obligadas a trabajar como ellos para ayudarles a subir en fama y fortuna. Houston ofrece muchos ejemplos de equipos formados por marido y mujer que han superado sus crisis económicas pero que, desgraciadamente, no han sabido hacer frente a las tentaciones de una riqueza desbordante. Concretémonos a los hombres.

En esas circunstancias el marido suele fingir un viaje de negocios cuando en realidad lo que hace es trasladarse a un motel donde se apunta para unas cuantas horas. Hay establecimientos de esta clase cuyas habitaciones se alquilan a precio variable, según sea «con» o «sin» cierta clase de compañía. El hombre sigue adelante con su plan hasta que la mujer entra en sospechas, o es prevenida por un amigo bien intencionado de que su cónyuge se entrega a actividades de tipo extramarital. De hecho ninguna mujer recurre a la magia, a menos que su posición como esposa o madre se vea comprometida. Si es así luchará con las uñas y con los dientes por mantener esa posición. Más que nada lo que quiere es cobrar sus servicios de esposa y colega. No ignora que los tribunales de Texas son todavía los baluartes donde se acoge el marido infiel, mientras a la mujer se la condena como a una perdida.

¿Qué recurso le queda? Trabrar amistad con el mago vecino, que frecuenta los «cocktail parties», conoce personas influyentes y es todo oídos para una pobre dama que acude a él presa de gran aflicción. (He advertido que los magos de Houston están relacionados con las clases pudientes de la ciudad.) La cosa va bien. Esa amistad podría condescender hasta asumir el papel de un buen samaritano... hasta que el mago ofrece su propia solución: «¿Por qué no liquidar a tu marido, reventar a la otra mujer y quedarte con las ganancias comunes, ahorrándote los gastos de un divorcio y la pesadez de sus trámites? Además, para los hijos es mejor retener la memoria de un padre bueno y decente, que tuvo necesidad de ausentarse y a poco de irse murió.» Reíros si queréis, como lo han hecho otros, mas no olvidéis que la magia negra es una magia operante, con dos ventajas sobre la blanca: una, que va más de prisa; la otra que nadie —o casi nadie— tiene temor a sus

consecuencias. ¡Qué bien sabe dejar resueltos los problemas en un instante!

Lo malo es que aquí suele pasar como en las ventas a crédito, que vencen los plazos mensuales —con un tipo usurario de interés— y entonces es cuando te las ves y te las deseas para salir del apuro. El crédito versa sobre cosas tangibles, pero en la magia el pago de los servicios no se hace sólo en dinero contante y sonante, sino también con gotas de vuestra sangre y con un desgaste nervioso que os restará muchos ratos de calma y sosiego de espíritu. El mago, en cierto modo, tiene razón. Usted quería unos resultados. Pues bien, ahí los tiene. Ahora lo que le queda es pagar una letra, y otra, y otra... Así es como el diablo cobra sus deudas.

Durante mi estancia primera en Houston solía recibir la visita de un mago negro, el cual se presentaba como repórter de un periódico (ninguna objeción) interesado en la Vieja Religión (esto es más objetable). En todas las sociedades hay espías, y éste no podía ser otra cosa que espía de su propia organización. Solía pasar los fines de semana en el campo, de donde volvía eufórico, pero no con la euforia del aire puro, de la vida sencilla y natural, sino algo así como fascinado y revitalizado por sus prácticas de magia rituales entre Houston y Austin. Cada uno sondeaba al otro, a ver quién sacaba mayor información, hasta que un día le dio por beber sin tino, y estimulado por el alcohol se puso a presumir de la magia negra y sus actividades. Era desde luego un experto en su arte, muy acreditado en la localidad, y acabó proponiéndome que formásemos compañía.

—Lo mío —dijo— es más atrayente que la brujería.

Tengo buenas influencias, un trabajo muy bien remunerado y muchos negocios rentables en perspectiva.

Me daba la macabra impresión de que su trabajo consistía en pinchar y acuchillar muñecos de cera, y que para estos menesteres contaba con mi colaboración. No sé qué habría ocurrido en caso de aceptar. Lo cierto es que aquélla fue la ocasión más propicia para darnos a conocer mutuamente. Mis sospechas estaban justificadas. A partir de aquel día, sólo en contadas ocasiones he visto a este hombre en su calidad de repórter, porque en plan de visita a mi casa ya no volvió. El aire en ella también estaba más puro desde que dejó de venir, pues mis hijos habían notado la huella diabólica y la influencia maligna que, como una estela, dejaba a su paso. Conocer a un mago negro es una experiencia; comprenderlo, valorarlo en sí mismo o sus obras, es una ventaja para toda persona relacionada con la brujería. Conocer al enemigo es una necesidad, pues nos ayuda a ponernos en guardia contra posibles ataques psíquicos. Conozco muchas brujas que creen de

veras estar inmunizadas contra esos ataques de la magia negra. Esto, en rigor, no es verdad. Podemos organizar una resistencia contra sus asaltos (como lo hizo la difunta Dion Fortune, dejando un libro como guía para otros psíquicos), pero es que el mago negro de hoy se puede presentar disfrazado de muchas maneras, y muchas veces se transforma realmente en el «alto y apuesto desconocido» de muchos romances y leyendas.

Una vez identificado, no es fácil debilitar su poder. Es como un incendio que sale al encuentro de otro... y el mago negro suele ser tan poderoso como la bruja. A la larga sí, la bruja resiste gracias a su fe inquebrantable en la reencarnación, y a su íntima convicción de que existe otra vida con la que hay que contar. Muchos magos pueden resultar peligrosos cuando se les reconoce tal como son. He ahí el motivo de que la bruja procure entablar contacto con esa gente, ya en forma directa, ya indirectamente por medio de alguien que tenga cierta relación, aunque sea remota, con las artes negras. Yo he experimentado frecuentemente la sensación de que mi vida está amenazada por magos negros, pero siempre se han despreciado olímpicamente, en mi familia, estas amenazas. Se puede morir o sobrevivir a ellas. El verdadero peligro no está en resistir, sino en doblegarse. Yo en cierta ocasión me vi tentada a hacerlo. Era en mis días de novicia, durante el apogeo de Aleister Crowley.

Sinceramente, jamás he visto en Crowley ningún rasgo que le identifique con uno de esos magos malignos. ¡Cuán desfigurada hubiera quedado su imagen, y cuánto me odiaría si hubiera tenido tamaño atrevimiento! Lo curioso es que él mismo dio lugar a su injusta fama, y lo hizo deliberadamente, cierto día que tuvo un enfrentamiento con los periodistas.

— Voy a dar a esos idiotas lo que quieren —resolvió un día, sin poder disimular su odio.

Se puso a improvisar unos cuentos verdes, en parte reminiscencias del *Decamerón*, en parte fruto de su imaginación prehitchcockiana, y puede que en parte, también, entresacados de algunos recuerdos de vidas anteriores. Su gracia insultante tuvo éxito, pero desde entonces vivió y murió como «el hombre más diabólico de todos los tiempos». Son muchos los que hoy tratan de emular a Crowley, pero sólo unos cuantos magos negros de la época actual han podido aproximarse al esplendor de la liturgia y a su mágica, sobrepujante personalidad.

Se me acusa siempre de ser una anticuada, precisamente por mis opiniones favorables a Crowley; hay quienes no se explican cómo puedo compaginar esta

postura con la Vieja Religión. Pues nada más sencillo: Crowley es probablemente uno de los ocultistas más avanzados del siglo XX. No todo cuanto publica la prensa sensacionalista ha de ser necesariamente la verdad.

Como persona, Crowley no podía ser apreciado por el mundo de entonces. Era la suya una personalidad polifacética. Se distinguía, entre otras cosas, como un consumado alpinista; su resistencia física había conquistado marcas aún no rebasadas. Era un poeta, pero la sociedad no podía captar su sentido íntimo de la estética, ni tampoco su relación con el espíritu intangible y el alma del universo. Lo único que podía captar la gente de él era su apariencia diabólica, y esa apariencia era lo más accesible para el espectador vulgar, para los charlatanes y sobre todo, para la prensa oportunista, tal como pasa en nuestros días. En vida de Crowley, las teorías espiritualistas, mesmeristas, frenológicas y demás disciplinas que constituyen la base del ocultismo, estaban debatiéndose en una falsa atmósfera de intelectualidad victoriana. Las obras de Charles Dickens fueron una reacción contra los males de la era victoriana: las míseras condiciones de vida en los barrios pobres, la madre soltera proscrita de la sociedad, la explotación de tiernas criaturas en trabajos agotadores, etc.

Se procuraba que los lectores fijaran su atención en el espiritualismo, en el ocultismo y en Crowley, para desviarla de los males que entonces afligían a la sociedad, lo mismo que hoy se trata de acaparar la atención del público en la ecología, y así serán muchos los que pasen por alto la guerra del Vietnam, los disturbios estudiantiles y los conflictos laborales. Aleister Crowley fue el «chivo expiatorio» de su época, no por sus malas acciones sino porque la sociedad temía conocerse a sí misma y ver sus propios desórdenes. Era mucho mejor ver el mal personificado en un hombre, lo mismo que los cristianos inventaron el diablo para hacerle responsable de todos los pecados humanos^[23], y que él los pagase.

La historia de Aleister Crowley encuentra hoy un paralelo en la farsa periodística. Al concentrarse la atención del público en las orgías sexuales, bajo el nombre de brujería, se consigue apartarla de muchas prácticas de la magia negra, corrientes hoy en todo el mundo.

Nos han puesto luz roja, pero hemos saltado el semáforo para adentrarnos en una región misteriosa, donde el peligro acecha al hombre en proporciones quizá no conocidas hasta ahora. No podemos arriesgarnos a seguir adelante en terreno desconocido. No tenemos otra defensa que las ciencias ocultas, la Vieja Religión... Mientras más nos apartemos de ellas, más expuestos estamos a caer en la trampa que nos tienden los magos negros.

He ahí la razón principal de que yo esté recorriendo el país, tratando de eliminar el confusionismo entre la Vieja Religión y la magia negra. Sería más fácil y cómodo para mí quedarme en casa, donde me siento feliz aunque carezca de radio, de tele y hasta de periódico. Pero mis antenas están muy arriba, alerta contra la infiltración del mago negro y sus sutiles impactos en nuestra sociedad. Contra un enemigo que da la cara podemos luchar y tomar precauciones; no así contra ese desconocido «alto y apuesto», insidioso, que invade muchos hogares disfrazado de amigo, usando una táctica especial para ganar el poder... sí, el poder sobre un ser humano al que esclaviza imponiéndole una ciega obediencia, sin dejar que pregunte por qué. Con esa sumisión borreguil se cobra el mago la ayuda que en su día ofreció. Su propia vida se va haciendo más fácil a medida que va extendiendo su poder sobre otros.

Ésta es la nueva forma de esclavitud. Para su abolición no hay todavía ningún proyecto de ley. Hoy día, en la era espacial que vivimos, los seres humanos se cotizan, las almas lo mismo que los cuerpos. Entre personas que se aman, se vierte el amor en el alma como en un cáliz enjugado, y cuando rebosa se extiende a otros seres. Mas el poder que ejerce sobre otro un experto en las artes negras reduce al hombre —y a la mujer— a un nivel infrahumano, al lado del cual los efectos del alcohol y las drogas son juegos de niños. Éste es, en definitiva, el último combate a librar en nuestra peregrinación sobre la Tierra, durante la cual debemos enfrentarnos al mal y rechazarlo, como contrario a la armonía y como antítesis de la felicidad, pues eso es el mal. Tal es, a mi juicio, el papel que están llamadas las brujas a desempeñar, en el futuro.

OTRAS FORMAS DE BRUJERÍA

Aparte de las diferencias ya señaladas entre la brujería y la magia negra, la misma Vieja Religión presenta matices diversos que vamos a exponer a continuación.

Yo, personalmente, he sentido siempre vivísimo interés por los vascos, el misterioso pueblo que habita en las costas del Norte de España y Sur de Francia, a la sombra del Pirineo. Tengo una razón personal y es el estar emparentada con ellos. De los relatos familiares he sacado la conclusión de que el área de los Pirineos está y estará siempre a salvo de toda destrucción, sea física o psíquica. También siento gran cariño e interés por los pájaros, y da la casualidad de que los vascos, trescientos años antes de Jesucristo, se habían hecho famosos por la exactitud de sus vaticinios al observar el vuelo de las aves. No hay nadie que haya podido explicar exactamente qué son los vascos. Preguntadle a uno residente en España si es español. Después de fulminaros con la mirada contestará rudamente:

—¡No, yo soy vasco!

Así aprenderéis a no repetir esta pregunta y tratar a los vascos con más cuidado. Como combatientes causaron asombro en la guerra civil española: inflexibles, incapaces de admitir la derrota. Su historia es larga, y en ella se revela el sentido mágico que este pueblo atribuye a la vida. Su conversión al cristianismo fue más lenta que en otras regiones; la Vieja Religión sobrevivió varios siglos junto a la nueva fe. Un edicto real de 1466 da a entender en su texto que en la parte meridional del Gobierno de Vizcaya había hombres y mujeres dedicados a las prácticas brujeriles. Se les conocía con los nombres de «bruxos» y «xorguines»^[24].

El vascuence es una lengua antiquísima que ha conservado su primitiva pureza hasta nuestros días. No le busquéis parecido con el español ni con ninguna otra lengua viva que pueda facilitar su comprensión. Es una lengua flexible, expresiva, con un repertorio muy rico en palabras mágicas. En el siglo XV la región vasca tenía una población muy densa, abundando los brujos, detalle curioso teniendo en cuenta que este país ha sido siempre adicto a la religión católica.

Los vascos que yo he conocido han demostrado poseer más vigor y resistencia física que los españoles de otras provincias. El porvenir no les preocupa —no tienen complejo del «mañana»— y todo lo fían a su fortaleza corporal, su maravillosa intuición (por la que siempre se orientan) y su firmeza de carácter, su obstinación, cualidad esta última que les ha permitido resistir y hacer acopio de energía durante tantos y tan turbulentos períodos que jalonan la historia europea. El país vasco siempre ha vivido en continua agitación, derramándose tanta sangre en su suelo como en territorio enemigo. Las discordias internas en este país constituyen una versión a la española de la «vendetta» o táctica siciliana. En medio de estas turbulencias, los magos podían operar libremente, sin tanto sigilo como sus colegas de otras naciones, pues allí donde la violencia es un fenómeno habitual, llega un momento en que la autoridad se ve desbordada y ya no interviene. Menos aún tratándose de cuestiones que afectan al orden sobrenatural. La Iglesia, como tal, casi no ejerce ninguna jurisdicción sobre los vascos, cuyo catolicismo es marcadamente individualista y ha sido motivo de escándalo para otros cristianos de ortodoxia más pura.

Un caso parecido tenemos en Haití, cuya religión oficial es también la católica. La presencia del crucifijo en un templo «vudú» no tiene ningún significado blasfemo, aunque a su alrededor se verifiquen ceremonias paganas. Merece también destacarse el hecho —y esto es una observación muy personal— de que son bastantes los países católicos donde la brujería ha pasado por circunstancia verdaderamente dramáticas sin que haya mermado un ápice la influencia ejercida sobre la comunidad.

Como demostración de ese catolicismo tan especial y esa tenacidad de carácter que distingue a los vascongados, citaremos el precedente sentado por un ilustre prelado español, al declarar hace tres siglos que los habitantes de Vizcaya no aceptarían ningún sacerdote a menos que tuviera una concubina. Temían que cualquier sacerdote, a falta de mujer propia, fijara su atención en las damas de su ámbito pastoral. A los vascos nadie podía quitarles de la cabeza que un cura, antes que nada, es hombre y, como tal, sensible a las apetencias carnales. En el siglo XV a que me refiero, los vizcaínos se negaron rotundamente a admitir sacerdotes, a excepción de un paisano suyo que por lo visto accedió al requisito anterior. Lo pusieron al frente de una parroquia, y aquella localidad se distinguió siempre por su libertad sexual, no menos que por sus prácticas de la magia.

Hacia el año 1500 los inquisidores habían llegado a extremos increíbles en sus campañas aterrorizadoras, pero Vizcaya siguió adelante con las prácticas brujeriles. Las reuniones de los brujos recibían el nombre de «conciliábulos» y el lugar

escogido era una cueva en las montañas de Amboto. Esta cueva es conocida en el folklore del país como «la Casa de la Dama». Dicha dama era considerada patrona de los brujos, tratándose siempre con profundo respeto. Algunos brujos vizcaínos fueron llevados a rastras ante los inquisidores, pagando su delito de herejía con la última pena, mas no por eso desapareció el culto mágico. La mayoría de los creyentes siguió asistiendo a los conciliábulos y comunicándose con la Dama de la Cueva.

De todos los procesos contra brujos, el más famoso tuvo lugar en 1500, coincidiendo con la aparición del grimorio^[25] *Malleus Maleficarum*^[26]. Muchos teólogos, aunque no creyesen que las brujas volaban montadas en escobas, sí estaban seguros de la eficacia de sus maleficios. En una cosa se equivocaban, y era al llamar heréticas a estas fórmulas o conjuros, o tomarlas por obras del demonio. Fueron muchas las brujas condenadas a morir en la hoguera. Otro proceso, dirigido en 1570 por el inquisidor general de Calahorra, costó la vida a treinta brujas y desencadenó una oleada de terror en Navarra, donde se encargó a dos muchachitas la misión de «detectar brujos». El inquisidor local creía que un par de niñas inocentes podían descubrirlos con sólo examinar el ojo izquierdo a cada persona que creían sospechosa. Por este procedimiento aplicado en toda Navarra, las niñas hicieron más de cien denuncias.

Una investigación similar se llevó a cabo el año 1525 en las comarcas de Ituren y Zubieta, aunque no fueron tan drásticos los resultados. De cuatrocientas personas que voluntariamente se presentaron, sólo doce fueron acusadas de brujería, previa inspección. De ellas, once constituían una familia entera de brujos y la otra era una trabajadora solitaria, llamada María de Ituren. Se había hecho famosa por sus brebajes afrodisíacos. Se la acusaba de vida licenciosa y de organizar bacanales con los congregantes de su sección. Cuando leo los informes sobre estos casos, yo me pregunto: el hecho de ser acusadas doce personas en una redada de cuatrocientas ¿no representa un sacrificio voluntario por parte de estos brujos, a fin de que pudieran marcharse los otros y continuar su labor?

El inquisidor local, un tal Avellaneda, juró una vez que en cierta ocasión había visto unas brujas volando, lo cual llenó de confusión hasta a sus mismos colegas del Santo Oficio. Acusaba a los brujos que detenía de no profesar la fe cristiana, según ellos mismos habían declarado y reconocido. Estas declaraciones bastaban para iniciar el proceso. Naturalmente, si a un brujo le preguntan: «¿Es usted cristiano?», no puede hacer otra cosa que negarlo, lo mismo que un cristiano negaría las creencias de los brujos. Claro que a la larga, el entusiasmo de Avellaneda no podía hacer más que favorecerlos. Así en 1529, habiéndose reunido

el tribunal de la Inquisición para decidir si era verdad, en efecto, que las brujas volaban, el resultado de la votación fue el siguiente: seis de sus miembros dijeron que sí, seis que no, y el restante se abstuvo, indeciso, habiéndose establecido así el beneficio de la duda, que tendría validez durante siglos enteros.

La controversia entre los miembros de la Inquisición fue el comienzo de una batalla entre los intransigentes, partidarios de penas severísimas, y los moderados, contrarios a la admisión de acusaciones en masa. Bien pronto los inquisidores pasaron su jurisdicción a los jueces civiles, los cuales hacían también por cuenta suya la «caza de brujas», sirviéndose de este procedimiento para perseguir a sus enemigos personales. Una anciana de ochenta años, Gracia Martínez de Urdiain, fue encarcelada y condenada después a destierro. María Miguel de Oresa, de 26 años, fue encarcelada en 1595 al declarar el denunciante que la abuela de esta joven, en su lecho de muerte, había iniciado a su nieta en las artes de brujería, y desde entonces asistía regularmente a las reuniones de los Sabbats. Estos casos son de interés para los aprendices de brujería amantes de la investigación, sobre todo si tienen algún conocimiento de la lengua española.

La estructura de la brujería en las provincias vascas es algo admirable por su perfecta sistematización. Nunca ha sido empresa fácil meterse a bruja o ingresar en una congregación. Todos los aspirantes debían ser patrocinados por una bruja o un brujo de alta categoría, de quien recibían instrucciones y por quien eran preparados para la ceremonia de iniciación. Habíanse establecido distintos grados con la aquiescencia de todas las congregaciones locales. Se permitía la asistencia de niños a los Sabbats bajo la custodia de un miembro iniciado. Los aspirantes eran admitidos si así lo deseaba el maestro. Los miembros activos de la congregación, ya impuestos en el oficio, eran autorizados para lanzar conjuros y elaborar pócimas. Seguían después en grado los profesores, iniciadores y expertos. Por último, en la cima de la organización figuraban los altos dirigentes de la brujería, preferentemente los que la practicaban por herencia familiar y aquellos cuyos hijos mostrasen predisposición para seguir estas tradiciones.

Esta estructura es idéntica a la de los brujos de la Gorge du Loup, de las colinas cercanas a Niza, donde yo fui iniciada. Me gustaría que este tipo de organización arraigase también en los Estados Unidos.

Yo soy opuesta a la facilidad con que se permite la iniciación de muchos brujos modernos. Si la brujería ha resistido los embates de tantas persecuciones, lo debe más que nada a la cuidadosa selección de sus miembros. Hay sitio de sobra para los seguidores de la brujería, como lo ha habido en la Iglesia para los millones

que profesan la fe católica. Pero el que está interesado por el catolicismo no va a practicarlo en el Vaticano, y la elección de cardenales y Papas está supeditada a una forma especial y muy minuciosa de investigación. Hasta en los clubs de alta sociedad no ingresa nadie si no es avalado por otros socios, aunque sus fines sean sólo recreativos. Por consiguiente, importa mucho más esa selección si los fines de que se trata son los propios de una entidad religiosa, secreta o no. Las circunstancias que estamos atravesando no nos permiten revelarnos tal como somos. Ha de pasar mucho tiempo, me temo, para que podamos actuar a plena luz del día. Este sigilo es una tradición que arranca de tiempos remotos, y es nuestra mayor garantía contra posibles abusos y atropellos, como los que tuvieron por escenario la costa occidental. No digo que estos hechos ocurran. Espero que no, mas nunca dejan de ser posibles. Si nosotros permanecemos ocultos no es por temor a la magia negra y sus asociados, sino porque a veces, guardar para nosotros lo que tenemos es preferible no hacer ostentación de una filosofía en un mundo no preparado para recibirla.

Es deplorable que nos crean a nosotros en connivencia con las sociedades secretas, aunque algunas veces me pongo en el lugar de cualquier antepasado mío, como Lady Barbara Castlemayne, quien hubo de reconocer que pertenecía al «movimiento clandestino» de su tiempo para poder sobrevivir y continuar su labor. Esto ocurrió en el siglo XVII. ¿Habría yo hecho igual? Seguro que sí, pero habría sido negando mi propio carácter extrovertido, contrario a guardar secretos por la sencilla razón de que si algo se oculta, ha de ser algo malo. Por lo demás, nacida bajo el signo Escorpión, soy fiel depositaria de cuantos secretos se me confían.

Como el sentir comunitariamente es requisito esencial en los ritos y en la labor psíquica de toda bruja, hay que poner el máximo cuidado en la elección de los miembros del grupo y recabar el consentimiento unánime de todos los congregados. Ya sabemos lo conveniente que es una información personal en los negocios de la vida diaria. Mucho más ha de serlo para participar en un rito comunitario que se practica en beneficio, no sólo de todos sino también de cada uno de los miembros individualmente considerado.

Si lo que priva es el interés personal, entonces se viene abajo todo el sistema de ritos y meditaciones. Lo sé por experiencia. Los que son iniciados sin previa selección, sin una instrucción preliminar, son individuos aquejados de algún defecto psíquico, que en vez de acudir a un especialista lo hacen a un brujo, creyéndose de esta forma capaces de hacer prodigios y hasta de dar consejos a otros.

Tengo docenas de cartas cuyos remitentes rellenan a mano dos o tres hojas, queriendo informarme de sus problemas:

— No he conocido la dicha en toda mi vida.

—Creo que pesa sobre mí una maldición, pues todo me sale mal. Por eso he decidido meterme a bruja, a ver si puedo echar maldiciones sobre otras personas.

—Soy una ninfómana y tengo entendido que las brujas celebran orgías sexuales. Creo que esta es mi oportunidad para ser feliz. Yo quiero amar a una bruja. Sírvasse mandar detalles del grupo más próximo, a fin de asociarme.

—Estoy resuelta a hacerme bruja, porque sé lo atractiva que soy a los hombres. Tengo un marido bueno, pero soso. Por eso creo que un brujo sería el amigo ideal.

Hay hombres que escriben en términos semejantes, pensando en general que una iniciación inmediata en los ritos les va a dar una especie de llave para una nueva especie de club, donde tiene cabida la experiencia sexual, con las solemnidades de una sociedad secreta que puedan servirles de pantalla o justificación.

¿Cómo es que hay tantas personas solitarias en el mundo? Se debe en gran parte a su manera de ser, distante de lo normal. Es triste el hecho de que estas personas se sientan atraídas por muchas y diferentes religiones, pues ya han buscado cuanto hay que buscar y siguen sintiéndose frustradas. Conviene saber ante todo que la Vieja Religión no es un refugio de inadaptados. Tampoco un sustitutivo del esfuerzo que todo ser humano debe desplegar de por sí. Yerran quienes creen que para ser brujos hay que lanzarse a una ciega aventura espiritual: la de las drogas.

La iniciación a la brujería para esta clase de gente sería un peligro, para ellos y para todos los asociados. Todas las sociedades secretas han de descansar en la lealtad y en la honradez de sus afiliados, pues sus secretos no deben ser revelados al mundo exterior. La fe hace maravillas, de acuerdo, y no hay mejor sostén en épocas de crisis, mas la naturaleza humana es endeble y nadie está nunca libre de tentaciones. Por eso, en la iniciación de un brujo, tal como fue la mía en la Gorge du Loup (Francia), la lectura de los castigos en que se incurre por quebrantar las leyes no escritas debe ser parte de la indoctrinación previa a la ceremonia. Este apercibimiento obra a modo de coacción psíquica, como un amago de muerte

idéntico al que figura en el código de la Mafia. Para nosotros, sin ser tan amenazador, no pierde el carácter de una grave advertencia.

A este respecto, en mis viajes he tenido ocasión de tratar a menudo con gente iniciada, que ya me había escrito expresándome su extrañeza. He comprobado que todos mis consultantes habían sido iniciados en algún grupo local cuyos miembros son individuos igualmente frustrados. Para improvisar estos grupos «a la moderna» se valen de unos conocimientos elementales. Convocan a unos cuantos amigos y entre todos acuerdan constituir su congregación. Todo se hace de prisa. Para abreviar se coge un incensario y se recitan unos encantamientos, tomados de cualquier viejo grimorio puesto al día y vendido en algún oculto almacén de libros. Con esto no hay ni para empezar. Cierta bruja de Hollywood me reveló con el mayor cinismo que había sido iniciada mediante un «cursillo por correspondencia». Me quedé con las ganas de saber en qué consistía ese cursillo, pues no podía articular palabra. ¡Tal fue la sorpresa que recibí y la convulsión que me produjo su falta de escrúpulos! ¡Si mi antepasada Mollie Leigh levantara la cabeza! En su misma tumba, profanada pocos días después del sepelio, la sola idea de un cursillo de brujería por correspondencia le habría sentado como un revulsivo.

Naturalmente que estos cursillos son un medio de sacar cuartos a los que piquen. Un brujo con verdadera vocación la habría prevenido contra este paso alocado, y no precisamente por las tarifas, pues yo creo que la instrucción es algo que no tiene con qué pagarse. Creo también, de todas formas, que la enseñanza al viejo estilo «gurú» está llamada a desaparecer, con un sistema tradicional de reunirse los discípulos en torno a la bruja. Este sistema será sustituido por otro más expeditivo cual es el de los cursillos por correspondencia: trece lecciones escritas y la entrega solemne de un título una vez aprendidas.

Alguna vez me han tachado de mercenaria. Confieso que la necesidad me ha convertido en una buena mujer de negocios. Ahora bien, lo que nunca se me hubiera ocurrido, por lucrativo que fuera, es montar cursillos por correspondencia de brujería. Quien inventó el sistema sería un genio de la pedagogía moderna, no lo dudo, pero yo soy una modesta bruja chapada a la antigua, y así es como entiendo la Vieja Religión. Me gustaría más ver un centenar de brujos trabajando con plena dedicación, que ocho mil graduados en cursos por correspondencia. Además, abarcando la brujería el manejo de fuerzas psíquicas exteriores, es sumamente peligroso invocar estas fuerzas si en el grupo no existe alguien con pleno dominio de los procedimientos rituales.

Conozco muchas brujas del país vasco, unas de origen español, otras de

origen francés. Por supuesto que ninguna de ellas conoce los cursos por correspondencia, ni en magia ni en nada. En los Estados Unidos rige la máxima del «hágalo usted mismo», aplicada a todos los géneros de enseñanza. Un buen ejemplo nos lo proporciona el curso Dale Carnegie de magia moderna ritualizada. Por suerte para el futuro de la magia blanca, los brujos vascos están a una distancia muy remota de los tiempos actuales, y esto no deja de tener sus ventajas.

La costa vasca francesa, mucho más que la vecina costa española y otros sectores, estuvo siempre bajo el dominio de brujos célebres. Un magistrado, de nombre Pierre de Lancre, fue el encargado de llevar a todos los brujos ante los tribunales, poniendo en esta misión un celo y un entusiasmo que hubieran envidiado los primeros inquisidores del país limítrofe. El motivo que se ocultaba en el fondo era un odio general contra todos los vascos. Hubo una serie de procesos de 1576 a 1605, pero con ellos no se logró que decreciera la fe del pueblo en la Vieja Religión. En 1609, por circunstancias difíciles de explicar, prodújose una explosión de pánico en la costa vasca francesa. Varios sectores influyentes de la población presionaron para que los hechiceros compareciesen de nuevo ante los tribunales. Fue entonces cuando se hizo cargo de estas funciones Pierre de Lancre^[27] quien ya conocía las causas seguidas anteriormente. Aunque ignoraba por completo el idioma vascuence, supo infundir en las mentes de todos un terror y una angustia jamás conocidos. El odio puede desencadenar oleadas de violencia. Cuando es alentado desde el poder, diríase que es el demonio en persona quien gobierna. Los inquisidores habían escogido dos niñas para que les ayudaran en sus cacerías de brujos, creyendo muy equivocadamente que los pensamientos infantiles son puros, lo mismo que sus actos, por todo lo cual merecen ser creídos. Pierre de Lancre convocó alrededor suyo a centenares de niños, estimulándolos a participar en la caza de brujos.

No hay mal que por bien no venga, porque este régimen de terror y los procesos a que dio lugar —perfectamente documentados— nos han proporcionado las actas judiciales, y por ellas hemos podido reconstruir la estructura de la brujería como sociedad secreta emergente. Estos documentos constituyen una materia de estudio muy sugestiva para las nuevas generaciones.

Así nos encontramos con una sociedad secreta organizada según el modelo monárquico, con una Corte de tipo francés, sus grados y sus jerarquías. Ésta era su estructura básica, pero De Lancre contribuyó a que los brujos se impusieran todo un sistema eclesiástico, apareciendo en las actas la descripción de unas ceremonias muy semejantes a las de la liturgia católica. El acta habla de música, altares, templos y decoraciones... y por supuesto, también de demonios, pues ninguna acusación

contra los brujos sería completa sin ellos. Pierre de Lancre, lo mismo que odiaba a los vascos, sentía repugnancia por las mujeres y los sacerdotes; cualquier psiquiatra moderno descubriría en él los síntomas de una enfermedad maniática, con unos accesos de furia que descargaba siempre sobre los hechiceros. Ésa era la válvula de escape ideal para su odio y sus emociones personales, pues la brujería es una institución matriarcal. Extraña sobremanera ver que una persecución como ésta, guiada por un anhelo terrible de venganza, sea obra de un hombre de leyes... que odiaba la religión más que nada en el mundo. Las persecuciones de la Inquisición son más fáciles de comprender, pues cada inquisidor creía firmemente que estaba salvando un alma de la condenación. No era ésta la motivación de De Lancre.

No hay duda que este hombre dejó correr demasiado su imaginación al describir las ceremonias aquéllas, y que quería sustituir en ellas su imagen particular del demonio por la de Cristo. Todos los males que él sentía en su interior quería pasarlos a alguna secta odiada, y lo más fácil era pasarlos a la brujería. Las actas de De Lancre presentan una imagen de la hechicería que hoy prevalece en el mundo. Si viviera en nuestra época por virtud de la reencarnación, seguro que De Lancre se haría famoso escribiendo relatos de brujas a cual más fascinante, con un poquito de verdad en ellos, que les daría un tinte de autenticidad, pero adornando el resto con una buena dosis de imaginación.

Desde los tiempos medievales hasta el siglo XVII, los hechiceros vascos han tenido que vivir como otros muchos, en el esquema de su sociedad secreta particular, con un mundo exterior dispuesto a acusarlos de cuantas calamidades sobrevenían. Todo brujo sabe muy bien por experiencia que la sociedad, a veces tan maniática como el propio De Lancre, rara vez quiere echarse la culpa de los males que ella misma provoca, y siempre encuentran quienes hagan el papel de chivo expiatorio. Y al mismo tiempo, esta misma sociedad que arroja la piedra y esconde la mano, se arroga unos méritos y virtudes que exceden la humana capacidad.

Como la brujería no tiene ninguna relación con el cristianismo, es natural que la religión dominante la vea como una presa fácil, sobre todo para quienes creen que una religión distinta debe ser considerada como enemiga.

Conozco muchos descendientes de los primitivos vascos, tanto españoles como franceses, que conocen la vieja historia de su país, y de un modo especial la historia de su magia según propia versión. Que prevalece la brujería, eso está fuera de duda, lo mismo que su efectividad. Los brujos del país vasco-francés y español han vuelto a sus prácticas, más o menos ocultas. Los de Vizcaya suelen reunirse en una cueva. (Allí, miran con aprensión las cuevas que no han servido de escenarios a

estas reuniones, siendo muy pocos los que se aventuran en ellas.)

En el país vasco pervive una hermosa leyenda. Yo creo que todas las leyendas están basadas en hechos verídicos que se han deformado con el tiempo. Los vizcaínos hablan de una diosa que vive en las montañas, de extraordinaria belleza. Se la considera como hada protectora de todas las brujas, pero muy especialmente de las de Vizcaya, porque escogió sus montañas para vivir. Siguen llamándola Dama o Señora y describen el lugar donde habita como una cueva de oro. Dicha señora era venerada mucho antes de las persecuciones de la Inquisición y de De Lancre. En las iglesias cristiano-ortodoxas hay santos tenidos por indestructibles. La brujería vasca cuenta también con esta Dama que es indestructible, y no es una santa pero posee todos los atributos de madre terrenal, que vela constantemente por sus innumerables hijos desde su cueva, en una ladera montañosa. Sabe las pruebas por las que están pasando sus hijos y el estoicismo con que las aceptan, que tanto caracteriza a los habitantes de aquel país.

En mis viajes alrededor del mundo busco siempre los lazos que existen entre unos tipos y otros de brujería, y he podido observar que los gitanos de Inglaterra creen también en una mujer que siempre vela por ellos. Como hada protectora ya han adoptado una mujer de carne y hueso, y resulta que esa mujer soy yo ¡desde hace veinte años! Me conocían por «la Señora» cuando vivía en New Forest, y siguen llamándome así cuando yo vuelvo en mis visitas anuales.

He visitado, y hasta vivido, en países donde la fe católica está muy arraigada. Parece que los católicos, aunque por una parte denuncian a los brujos, por otra demuestran poseer un conocimiento profundo de la brujería. De ella hablan muchos teólogos con alto grado de erudición, y a veces con un conocimiento superior al de algunos especialistas.

No acabo de comprender cómo el «vudú» persiste en algunos países católicos. Le pasa lo que a otros cultos misteriosos cuyas prácticas son mal interpretadas en muy amplia medida. Haití, en las Antillas, es el santuario natural de esta religión politeísta (la religión Wicca es monoteísta). Es decir, la religión «vudú» admite muchos dioses, y es asombroso lo bien que ha sabido integrarse en los países donde es practicada, como Haití, Puerto Rico, América del Sur y parte del Sur de los Estados Unidos. Es una mezcla de cultos tribales africanos, cristianismo y hasta vestigios de la antigua mitología egipcia. No es raro que quien quiera comprender esta religión se arme un lío con tantos ingredientes, cada uno de los cuales parece ser la antítesis de los otros. No obstante, de esta mezcolanza, donde se han barajado y falseado distintas religiones, ha surgido una forma de magia efectiva, única,

pavorosa...

Haití (cuya capital es Puerto Príncipe) fue colonizada por los franceses y el catolicismo es su religión oficial, exactamente igual que en otros países colonizados con religioso fervor. Sin embargo, subsiste la religión vuduista todo el país, incluida la capital. Sus adeptos adoran un dios serpentiforme, Damballa Ouedo, ya conocido África mucho antes de que llegaran a aquel continente los traficantes negreros. (En la Louisiana, también colonizada por los franceses, se adora a un dios «Papa», a una diosa «Mamma»... y a una serpiente descomunal.)

En muchas partes se rinde culto a la muerte igual que a la vida. La muerte tiene un guardián adorado por los vuduistas y conocido por Papa Legba. También se venera a un «Sanguinario Guerrero» llamado Ogoun Badagris. A ambos se les adora en pie de igualdad con el «Hermano Jesús» y la Virgen María. Muñecas «vudú», imágenes de santos y flores se mezclan en una atmósfera de incienso, sudor y tensión, dándose la incongruencia de que en los altares, varios crucifijos descansan sobre el ara esperando que los sacerdotes y sacerdotisas de esta religión los empleen en sus actos litúrgicos.

William Seabrooke, ocultista y antropólogo norteamericano, es uno de los primeros hombres blancos que acometieron seriamente la investigación del «vudú». Publicó un libro titulado *The Magic Island*, cuyo contenido pone en guardia al lector contra ese doble significado. El autor dice:

«El vudú no es una sociedad secreta en el mismo sentido que es secreto el culto de la francmasonería y el de los rosacruces. Es una religión, y es secreta lo mismo que era secreto el cristianismo en las catacumbas, por miedo a la persecución.»

A los cuarenta años de haber escrito este libro Sea-brooke, el «vudú» ha resurgido de su velado misticismo mucho antes que el Wicca. Sin embargo, aunque gran parte de las ceremonias vuduistas son celebradas en plena calle, como una atracción para los turistas, aún queda una parte secreta del «vudú» excluida de toda exhibición pública. Ésta es la clase de «vudú» oficiado personalmente por Papa Duvalier^[28] el dictador de Haití. En los años 70, las fuerzas tenebrosas del «cuite des morts» están desplegando una actividad sin precedentes.

Oficialmente no hay sacrificios humanos, pero sí se practica la nigromancia y se emplean cadáveres humanos, como los romanos empleaban los animales

muertos para predecir el futuro, examinando las entrañas de bueyes, cabras, cerdos, etc., después de sacrificarlos. Un culto similar se estaba propagando en África cuando el Mau-Mau desarrollaba su intensa campaña de terror. El Mau-Mau, según nuestros informes, motivó el primer éxodo de hombres blancos en África, señalando el principio de la descolonización.

Un estudiante de Medicina en la Universidad londinense me ha hablado acerca del culto a los muertos, mas como aún tiene familia en Jeremie (Haití) prefiere conservar el anonimato. Dice que siendo un muchacho, su abuela le introdujo en el culto. Ella era la encargada de un sector en Massif de la Hotte. Este culto a los muertos es muy semejante al espiritismo de Puerto Rico, y algo también al espiritismo occidental. Reunidos los creyentes, cae uno de ellos en trance y a través de este «médium» se escuchan voces distintas. Antes eran frecuentes las sesiones para impetrar la curación de un enfermo, pero aquí cesa la semejanza con otros cultos. Los grupos más numerosos están fraccionados en secciones, y en todas ellas se celebran reuniones para escuchar la palabra de Papa Nebo, el padre de la Muerte. Espíritu tutelar de los cementerios y soberano de los zombies (ya veremos en qué consiste esta palabra) es el grotesco Barón Samedi. Le representan en forma de espantapájaros, es decir, una cruz de madera a la que colocan chaqueta y sombrero. A esta macabra figura es a la que acuden cuando tienen necesidad de un cadáver.

Hay grupos del culto a los muertos a quienes no importa la presencia turística, pero son pocos los forasteros asistentes a reuniones secretas cuando se invoca al Barón Samedi. La encarnación local de Papa Nebo y dos acompañantes van por la noche a un cementerio apartado, llevando consigo cuanto es menester para el culto: azadones, tres velas, bálsamo, hojas de acacia y diferentes clases de raíces y yerbas. Así llegan a la fosa sobre la cual se yergue una cruz, que visten con los atuendos simbólicos del Barón Samedi. Acto seguido encienden las tres velas al pie de la cruz.

Los tres reunidos se arrodillan y golpeando dos piedras invocan al Barón Samedi, a quien el estudiante de Londres describe como «un negro alto, de luenga barba blanca y las órbitas de los ojos vacías». Se manifiesta con un ligero temblor del sombrero y la chaqueta en la cruz. Los tres se ponen a rezar y prometen al Barón muchas cosas, haciéndole entregas simbólicas de raíces y yerbas con la esperanza de que el Barón «disfrute un sueño tranquilo». Al cesar el movimiento de ropa y sombrero, se inicia la macabra faena de exhumar al cadáver. Una vez extraído de la fosa es interrogado por el sujeto que encarna a Papa Nebo.

Pregunté si el cadáver sería reintegrado a la tumba, mas la respuesta se hizo esperar. Parece que, a cambio de ciertas concesiones, el cuerpo del difunto es autorizado a caminar algún tiempo sobre la Tierra, como un zombie (resucitado), para cumplir la voluntad de Papa Nebo y sus seguidores. Haití sigue siendo un reducto de la magia negra. Mucha gente asegura que el actual dictador es quien encarna a Papa Nebo. Sea cierto o no que las atrocidades de la magia negra hayan sido inspiradas en las altas esferas, es innegable que Haití está viviendo bajo el imperio del terror. En tales circunstancias no hay nadie que se atreva a inquirir ni a investigar.

Ya he dicho que existen analogías entre el culto haitiano a los muertos y el de las sectas espiritistas puertorriqueñas. En la primavera de 1970, hallándome en San Juan, asistí a lo que me pareció una animada reunión de gente alegre y extrovertida. Todo cambió al recaer la conversación sobre el tema espiritista, tomado muy en serio por la concurrencia. Fue entonces cuando me informé acerca de un «rito purificador», aprendido en Haití por un joven y apuesto artista de la televisión. Consistía en fumar un cigarrillo metiendo en la boca la punta encendida. El fumador de este cigarrillo debe estar junto al cuerpo de la persona que se desea purificar, lo cual se hace expeliendo sobre él, intermitentemente, el humo de cada chupada. (No recomiendo a nadie que fume así un cigarrillo, a menos que sea para una cosa tan seria como este rito purificador. Mi amigo era más hábil que yo en estas prácticas pero es que ya estaba acostumbrado, según me indicó galantemente.)

Creo que ya nos hemos extendido bastante en la descripción del «vudú», la magia negra y otras prácticas tenebrosas que sobreviven, estando como estamos al borde de la gran Era Acuaria, estrechamente ligada con los más prodigiosos descubrimientos científicos. A título de curiosidad reproducimos un artículo publicado en «The Southern Echo» (Inglaterra), el 3 de agosto de 1970.

CRIMEN Y SUICIDIO LA MAGIA NEGRA OBSESIONA A INGLATERRA.

Londres (A. P.). —Tumbas saqueadas, un suicidio, cuerpos mutilados, un asesino... Éstos son los resultados de una campaña de terror llevada a cabo por la magia negra en este país—. Es posible que haya sacado el cuerpo para una ceremonia mágica. Casos como éste vienen registrándose desde que se cerró el cementerio en enero del año pasado. El Rev. Percy Gray, de 38 años de edad, vicario de la iglesia anglicana de San Crispín, al Sur de Londres, ha

denunciado hoy que en el cementerio de Nunhead ha sido extraído del féretro el cadáver de un niño, añadiendo: »Una vez recitadas las oraciones de rigor, el cuerpo fue reintegrado a la tumba, y entonces comprendí lo necesario que era buscar alguna medida de protección para nuestros difuntos. Para esta protección he proyectado fundar una sociedad.»

Lo expuesto no es más que lo último de una serie de casos más o menos trágicos, relacionados con la magia negra y su culto.

Michael Harrington, de 35 años, soltero, se ahorcó en su domicilio por estar convencido de que cierta joven había atraído sobre él una maldición. Unos testigos declararon ante el magistrado investigador que «la joven había introducido a Michael en el mundo de la magia»; esta chica presumía de haber matado a tres hombres valiéndose de una maldición, y afirmaba que podía lanzar una maldición análoga contra Harrington. En mayo del mismo año fue encarcelado Joseph Baxter, de diecinueve años, como presunto autor del asesinato de un nieto del conde Jellicoe. La policía descubrió una carta con marcas de sangre, que comenzaba con las palabras «Hail, Satán»^[29] y terminaba con la oración del Padrenuestro al revés.

—Se trata de un culto diabólico que crece sin cesar. Ya es tiempo de extirparlo. El caso Harrington es un típico ejemplo de lo que nos espera, si no lo hacemos. El canónigo John Pearce Higgins, vicerrector de la catedral de Seuthward, ha dicho: El vicario Gray dijo que desde enero habían sido profanadas varias filas de nichos y que se había saqueado la capilla y destrozado una lápida conmemorativa de los caídos en la guerra: Las cruces del cementerio de Nun-head fueron colocadas al revés.

Tal vez será que Londres no está tan apartado de Haití ni de África, pero lo cierto es que la magia no reconoce barreras de espacio ni tiempo para sus siniestros propósitos.

Yo también, sin recorrer mayor distancia que la existente entre Inglaterra y Francia, he tenido mis aventuras, comenzadas durante la época de los disturbios provocados en Kenia por el Mau-Mau. En mi residencia de New Forest, con bastante frecuencia, había captado un aviso diciendo que iba a entrar en mi vida un «hombre oscuro» (en el sentido literal de la palabra), sin que hubiera ningún matiz romántico en la predicción. Era cuestión de negocios nada más, pero con algo de misterio e intriga a lo James Bond. Por fin vino a verme el emisario de «una alta personalidad africana» que deseaba consultarme. Tratábase de uno de esos Estados

negros en situación conflictiva, necesitado de ayuda. Había que concertar una cita con dicha personalidad, precisamente de noche. Coincidiendo con él y también en ocasiones sucesivas, vendrían otros personajes del mismo rango o categoría.

Aquí el mayor obstáculo con que tropezarían los misteriosos visitantes sería el de localizar mi residencia, situada en una villa remota de unos cuantos millares de almas (Burley, en pleno corazón del New Forest) y sólo accesible por unos caminos estrechos y tortuosos. Mi mayor inquietud no era que viesen un visitante extraño en mi casa, sino que allí tuviéramos que organizar una expedición en su búsqueda.

Entonces era muy fácil extraviarse en New Forest, hasta que se trazó una gran carretera, a fin de que la gente pudiera trasladarse muy pronto de Londres a las comarcas del Oeste. Antes de hacerse la nueva carretera, los viajeros solían detenerse en New Forest para admirar sus magníficos panoramas. No hacían más que eso, pararse y mirar. Ahora ya pueden adentrarse en los bosques espantando los «ponies» en libertad, unos animales con más derecho que las personas a ocupar esas tierras en virtud de una ley antigua, que data de los días del Domesday Book. Este atentado contra la ecología añade un motivo más de tensión a un mundo agitado por las prisas, porque hay algo peor para los nervios que los embotellamientos de tráfico, y es el hecho de sentirse cautivo en el interior de un coche recalentado, y respirar el aire contaminado por millares de otros vehículos con otras tantas víctimas.

El caso es que los visitantes africanos llegaron a mi puerta sin novedad y nos pusimos a hablar detrás de unos cortinajes negros, a media luz, sin mencionar ningún nombre. Realmente lo que querían era averiguar el futuro, saber si serían estables los nuevos regímenes en los cuales esperaban participar. A mí se me planteaba un problema angustioso, porque detesto ser portadora de malas nuevas. Más de uno de mis visitantes nocturnos estaba predestinado a morir violentamente o ingresar en la cárcel, lo cual en muchos países de África es peor que morir.

Uno de aquellos sujetos se ha hecho célebre. Recuerdo que llevaba colgando del cuello una «piedra parlante» y su horóscopo era sumamente prometedor. Todavía sigo con interés su vida política en el África occidental. Esta visión del futuro le había complacido en alto grado.

Importa mucho no dejarse influir por sentimientos personales al encontrarnos con figuras políticas de otros países. Las brujas nos sentimos tácitamente ligadas por un juramento como el de Hipócrates que formulan los

médicos, según el cual lo que importa es hallar el origen de la enfermedad y atenuar sus dolores, sin distinción de razas ni credos. Ésa ha sido mi norma en el trato con consultantes africanos. Si yo me hubiera dejado arrastrar por mis emociones o por mis prevenciones políticas, ja-más hubiera estado en condiciones de leer el horóscopo.

Poco a poco, según se iban estabilizando en África los gobiernos, eran menos frecuentes mis entrevistas con los políticos africanos. De vez en cuando recibía un telegrama, una carta o una llamada telefónica dándome cuenta de los que habían desaparecido del escenario político. Era corriente que me preguntasen si había algún enemigo a la vista.

Esta clase de preguntas reviste un aspecto psicológico de lo más sugestivo. A los gobernantes europeos les gusta saber quiénes son sus amigos. En cambio, los políticos africanos desean siempre estar prevenidos contra sus enemigos. Efectivamente, están empeñados en la ardua tarea de estructurar nuevos mundos.

Todos aportan ideas tendentes a mejorar esas estructuras, mas las motivaciones no son siempre las mismas... De ahí viene el conflicto. La apreciación de quien está en lo cierto y quien está equivocado no me incumbe a mí, Sybil Leek, como bruja; yo sólo debo valorar psíquicamente la situación.

Mi consultante más asiduo es un actual dirigente de la costa occidental africana, el de la «piedra parlante», con la que estaba tan encariñado como yo con las cuentas de cristal heredadas de mi abuela, que siempre llevo encima. Recuerdo que en cierta ocasión me propuso cambiar las cuentas de cristal por unos diamantes en bruto, cuyo valor material superaba el de aquéllas con creces. Hubo una larga discusión antes que yo lograra disuadirle, pues ese collar no puedo venderlo yo a ningún precio. Él no podía comprender que, aunque se las cediera en condiciones más favorables para mí, las cuentas citadas no surtirían ningún efecto en favor suyo. Media noche la pasamos charlando sobre el efecto de las vibraciones sobre las joyas, y la virtud que tienen tales objetos, inanimados de por sí, para captar una parte de la personalidad de sus dueños, convirtiéndose así en piezas de equipos mágicos. Yo creí que mi amigo reaccionaría exactamente igual de hacerle yo una oferta para adquirir la «piedra parlante» que llevaba consigo. Cuando se lo propuse, parecióme que estuvo tentado de quitarse la piedra para entregármela, como un nuevo incentivo para conseguir mi cristal.

Los políticos africanos hacen ostentación de un pacifismo que yo tengo por falso. No me refiero a la tirantez de relaciones con los blancos ni al sistema del

«apartheid»^[30] sino a los conflictos tribales entre los propios africanos. Se dan casos, y muchos, de negros tan rabiosamente partidarios de la segregación como los mismos blancos, pero son ellos los que no quieren integrarse. También he conocido gitanos del New Forest a quienes repugna la idea de integrarse con nuestras comunidades «Gaujo-white-folks». Y es que su inclinación natural se lo exige. Por eso parece injusto privarles de un propio y exclusivo sistema de vida —no convivencia— si eso les hace felices. Los conflictos surgen cuando esa integración se quiere imponer por la fuerza.

En las altas esferas gubernamentales es corriente ignorar el hecho de esa segregación natural. Cuando era más fácil inmigrar a los Estados Unidos, todos o casi todos los que venían de Europa tenían aquí familiares o allegados. El hecho de que un irlandés cruzara el Atlántico quería decir que había aquí otro irlandés dispuesto a recibirle, alojarlo en su casa y presentarlo a otros compatriotas o gente que tuviera alguna relación con Irlanda. Nadie hablaba de un «ghetto» irlandés.

Cuando los blancos abandonaron su tierra nativa para fundirse con otros pueblos y otras culturas, formaron pequeñas comunidades en áreas determinadas, especialmente al Sur de Francia y en algunos sectores de Nueva York, San Francisco y Los Ángeles, conservando su identidad como rusos después de haber adquirido carta de otra ciudadanía.

Los «ghettos», según parece, son inventos de gente que quiere sembrar malentendidos en las mentes de otros.

África debe depender de su propia población negra si quiere identificarse consigo misma, con sus tribus, con su posición geográfica. Los visitantes de otras razas sabrán dónde establecerse, se identificarán unos a otros, con el tiempo habrán adquirido una posición semejante a la de los irlandeses que vienen a los Estados Unidos.

Mis relaciones con África no se han debilitado, pese a mi larga ausencia de aquellas latitudes. Recibo de allí una copiosa correspondencia a nombre siempre de Mrs. Witch^[31], y según me han dicho, mis libros se venden muy bien en los países africanos. No es que los nativos estén pendientes de los libros de Sybil Leek, como para ir corriendo cada vez que salen y comprarlos en la librería del «kraal» más próximo. La mejor propaganda que tienen mis obras es su difusión oral. La idea de una mujer blanca doctora en brujería ha apasionado siempre a muchos nativos africanos, lo mismo que la figura del dios blanco atrae a los indios de Sudamérica. Tengo entendido también que mis artículos hallan una excelente acogida entre los

oyentes de las emisoras de radio del continente negro.

Pero eso no es todo. Mi talismán había predicho la llegada de una importante misión comercial africana a Houston, donde yo vivo en esta década de los 70. La procedencia y fines de aquella misión ocultábanse bajo el velo de los secretos oficiales. Se ignoraba hasta la fecha en que venía, de modo que ni siquiera se había nombrado, como es costumbre en estas grandes ocasiones, el comité de relaciones públicas encargado de recibir a aquellos señores. La única persona enterada de todo era yo. Mi hijo Stephen acudió a saludarles en nombre mío. Con la ayuda de un simpático amigo alemán, muy conocido y apreciado en los círculos africanos, se puso en contacto con los miembros de la delegación, los cuales correspondieron amablemente a sus atenciones y les invitaron a visitar su país. Componían aquella misión treinta y dos miembros, con su típica indumentaria de vistoso colorido. De ella formaba parte nada menos que el presidente del Camerún.

Lo que voy a decir tardará mucho en saberse, al menos de un modo oficial, y es que entre el Gobierno del Camerún y un famoso consorcio norteamericano se va a negociar un importante contrato petrolífero. Mi «piedra parlante» —en este caso mi aderezo de cristal— es de un valor realmente inapreciable. Es una sensación extraordinaria la que se experimenta al adivinar estos acontecimientos —a escala mundial— pensando que, al cabo de unos meses, tal o cual periodista dará a conocer lo mismo que yo había previsto: que el Camerún está negociando un tratado secreto con los Estados Unidos, y que este tratado es petrolífero.

En nuestro arte hay lugar para todos —insisto en ello— siempre y cuando nuestros poderes sean aprovechados en bien de la Humanidad.

CÓMO HA DE SER UNA BRUJA

Nuestra filosofía contiene tres principios basados en viejas máximas y orientados a la consecución del bien supremo o último fin.

Primero: Saber lo que se hace y evitar lo que no debe hacerse. Una bruja no debe dejar incompleta la obra que se ha propuesto acabar, ni dejarse llevar por contratiempos que esté en su mano eludir.

Segundo: Por lo que afecta a sus afectos y aversiones, debe trazarse una norma de conducta manteniendo siempre el equilibrio debido, absteniéndose de hacer cosa alguna sin previa y cuidadosa meditación.

Tercero: Debe ponerse a salvo de todo error o aprensión, estar segura de sí misma tanto en su vida íntima como en sus relaciones con los demás.

El primero de estos principios se refiere de una manera especial a las pasiones, impulsos que se desatan por causa de nuestro fracaso en obtener o impedir alguna cosa. Ese fracaso nos produce trastorno, dolor, lo que llamamos infortunio, y consecuencia de éste son los lamentos, la envidia, los celos y otros desórdenes que nos ofuscan la razón, primera de las facultades rectoras del hombre, la que nos dignifica y eleva a la categoría de seres racionales.

El segundo principio de esta filosofía refiérese al logro de un equilibrio con relación a lo antes expuesto. Nadie pretende que sea una tan insensible a las pasiones como una estatua. Todo consiste en saber dominarlas y encauzarlas, guardando siempre el necesario equilibrio en nuestros deseos y aversiones.

El tercer principio se aplica mayormente a las aspirantes y al género de vida que éstas deben seguir. La aspirante a bruja, que no se haga ilusiones al abordar por vez primera las ciencias ocultas. Si salen a su encuentro los ritos alucinantes del satanismo, vuduisimo y otras manifestaciones del mismo cariz; si ella misma se cree un ser superdotado, omnipotente como un Dios, entonces resultará que es víctima de un espejismo, de una falsa ilusión. Tendrá que desandar y reemprender el

camino. Si por otra parte, su forma de vida la trae preocupada, inquieta, temerosa como en las pesadillas, y le asusta la perspectiva de verse sola o ser motivo de risa para los demás, debe volver igualmente al punto de partida. Si quiere de veras emprender el aprendizaje con miras a la iniciación y la aceptación total de la brujería como una antigua religión oculta, antes que nada debe aprender a confiar en sí misma, pero esa confianza no debe fundamentarse en falsas premisas. Es el escollo en que muchas aspirantes tropiezan, creyendo que se trata de algo superior a sus fuerzas. Y así es, efectivamente, en bastantes casos, pero no deben desanimarse, que siempre habrá lugar suficiente para nuevas doctoras en brujería, aunque para su iniciación se siga un criterio limitativo.

Desde hace cinco años se procede con una pasmosa celeridad a la creación de «covens» o grupos brujeriles. No es así como se procedía en mis tiempos del New Forest. Andando el tiempo no habrá nada tan fácil como ingresar en un «coven»: firmar unos papeles, pagar una cuota de entrada y pertenecer a un club social de esos que tanto abundan en los Estados Unidos. Me imagino a uno de esos señores desocupados, cogiendo una mañana el teléfono a la hora del primer café y el primer pitillo:

—Querida, esta semana se está poniendo muy aburrida. Vamos a hacer algo distinto. Por ejemplo, ¿qué te parece si nos metemos a brujos y fundamos un «coven»?

—¿Un qué?

—Un «coven», el lugar donde se reúnen los brujos. —Bueno, ¿y qué hacemos nosotros ahí? —Pues mira, bomboncito mío... Podríamos tener una de esas orgías estilo Hollywood. Vendrán todos los cronistas de sociedad, porque, claro, los pobrecitos se aburren tanto en esos «cocktail-parties»...

— ¡Ay, pero qué listo eres! Voy a llamarlos a todos. Y de esta manera irán surgiendo los «covens» en el futuro, uno tras otro, si se mantiene la actual tendencia a la «brujería-relámpago».

Pero una persona que toma en serio la brujería y el culto a Diana, sin otra finalidad que superarse física, mental y espiritualmente en cada encarnación, ya sabe que le aguarda un largo y prolongado período de estudio. Buena parte de este estudio lo hará a base de contemplación y meditación. Mucho habrá de ayudarle el «gurú» escogido para su orientación. Las primeras lecciones versarán totalmente sobre la fidelidad, que es necesario anteponer a toda consideración egoísta.

El hecho de que haya tenido un sueño y algo de él se realice a la mañana siguiente, no quiere decir que se convierta en el médium más grande del mundo.

Nadie la debe *persuadir* para que busque la sabiduría en el mundo de la magia. La decisión debe partir de ella misma.

Antes de la iniciación, su instructor la someterá a un despiadado análisis, buscando los puntos más vulnerables de su personalidad. Al principio le costará un gran esfuerzo reconocer sus propios defectos, como el egoísmo o la envidia, mas no debe esperar estímulos ajenos para lograrlo. Cuando haya superado esta prueba será llegado el momento de combatir esos vicios y verse libre de ellos.

La ocasión de demostrarlo se le presentará de un modo claro y tangible. Con esto ya sabe el «gurú» qué orientación debe dar a su enseñanza.

Es natural que muchas aspirantes se presenten después de haber alcanzado un grado muy alto de espiritualidad. Para éstas parece que el sendero está más libre de obstáculos. No tienen más que encontrar a su tiempo la persona o personas adecuadas que necesitan y ponerse a aprender a marchas forzadas el ritual con todas sus complejidades. Si lo consiguen, ya no tendrán el menor asomo de duda en los días que precedan a la iniciación.

Muchas personas, con su entusiasmo, realizan grandes progresos en la etapa final, cuando comprueban que no existe ningún compromiso entre la Wicca y otras religiones. Nadie puede ser mitad protestante y mitad brujo; se acepta todo o no se acepta nada. En todas las enseñanzas conviene disipar vanas ilusiones. La brujería no promete nada; sólo propone una forma de vida en este mundo, mas no ofrece ni poder ni riquezas. En cambio parece que contribuye a facilitar la marcha por el sendero kármico, pues no habrá problema sin su solución correspondiente. Las enseñanzas y dogmas de la brujería coadyuvan al hallazgo y aceptación de esas soluciones.

En las entrevistas con el instructor de nada os servirá hacer una relación exhaustiva de vuestras virtudes. Ese relato no impresionará al que os escucha ni elevará un ápice vuestra posición. Una vez vino cierto señor a re-citarme la lista de cosas malas que él *no hacía*. A mí me pareció que más le hubiera valido una exposición positiva, y no con relación a él sino a otras personas. El propio conocimiento del bien y el mal practicado con nuestros semejantes constituye una experiencia mucho más provechosa.

Peor aún: aquel hombre expresaba su horror por el hecho de que otros realizaran los actos normales de cuya omisión él se enorgullecía. ¿Cómo iba a lograr el anhelado equilibrio en esta vida, cuando ya navegaba en ella con un lastre de prejuicios, de fanatismo y de autosatisfacción? Yo nada podía ya recomendarle, ni que ingresara en un monasterio. Conservo, no obstante, la esperanza de que aprenda algo sobre la vida y manera de vivir, *antes de que la muerte le sorprenda*.

También le gustaba hablar del «poder» que poseía gracias a los métodos de disciplina —totalmente innecesarios— que se había impuesto. Al preguntarle yo cómo pensaba usar ese poder, me contestó tranquilamente:

—¿Cómo va a ser? Haciendo que todos sean igual que yo, naturalmente.

¡El poder! En términos brujeriles este concepto puede tener un sentido tan mortífero como vitalizador. Igual que en la política. El mundo entero es una fuente generadora de poder, de energía, pero esa fuente está a salvo de explotar porque la misma naturaleza controla su caudal, con leyes cuya vigencia se extiende a todo el universo. Pero el hombre que aspira al poder es el ser más peligroso que existe en el mundo, porque ya ha calculado lo que ese poder llega a dar de sí. Siempre aferrado al timón, congrega en torno suyo a su pandilla de paniaguados y esbirros, dispuestos a hacer su voluntad.

Debemos, por tanto, profundizar en nuestras reflexiones sobre un asunto tan delicado como éste, el ejercicio del poder. Abusar de él para infligir daños a quienes no simpatizan con nosotros revela un modo de comportarse innoble y estúpido, aunque otros consideren lo contrario como bajeza o debilidad. Con este abuso están íntimamente relacionados la envidia y la ambición. «Si yo tuviera más fuerza (poder) sería dueño de esto o llegaría a ser lo otro.» Hasta los vicios de los demás pueden ser envidiados por estos seres hambrientos de poder.

Nadie ha nacido para convertirse en un ser abyecto o esclavo de los otros, ni para ser desgraciado con los demás. Más bien hemos nacido para prosperar con los otros, y si ofrecemos servicios —tales como los que recíprocamente se ofrecen al casarse un hombre y una mujer— eso demuestra un deseo de ayudar al prójimo por amor, y nada más que por amor. En un matrimonio, la mujer que obliga al marido a que la ayude en las faenas domésticas, lo hace ejerciendo su poder femenino sobre él.

Cuánto mejor sería que él quisiera ayudarla, con un amor que no retrocede ni ante la perspectiva de compartir con ella los rutinarios menesteres caseros! El uso

del poder puede obtener los mismos resultados, mas sus efectos mueren con mucha mayor rapidez.

La mala fortuna de un hombre no nos hace sentirnos indulgentes con él, ni compasivos tampoco. Creemos que la mala fortuna le viene por negligencia propia, o por haberse apartado deliberadamente de la justicia y de la verdad. El conocimiento de una y otra debió acometerlo a fondo, ya que a todo hombre se le conceden sus medios y ocasiones. Cada uno ha sido dotado de facultades para cumplir las cosas que le incumben; hay otras que escapan a su poder. Donde haya obstáculos invencibles el hombre no tiene obligación de vencerlos. El bien y el mal no cuentan aquí para nada, pero sí en las cosas que nos incumben por haber caído bajo el dominio de nuestras facultades. Tenemos una voluntad libre, no lo olvidéis.

Ahora que tanto se habla de triunfalismo, quizás os tengáis por triunfadores simplemente por no conocer la derrota o por no haber competido con los demás. ¿Puede aquí hablarse de triunfo? ¿Existe realmente una victoria? Si pasáis la mirada en torno vuestro y veis un hombre colmado de honores y distinciones, reverenciado por los demás, no le tengáis envidia ni tampoco os dejéis engañar por las apariencias. Tal vez sea ése el sendero que ha de seguir en una de sus reencarnaciones, porque no todos los hombres son iguales. Por consiguiente, dejemos a cada cual que siga su propio camino. Es mejor desempeñar bien el papel de un ama de casa, sembrando amor y bienestar en el seno de una familia, que forjarse la ilusión de ser estrella de cine sin antes conocer los sinsabores que cubren la ruta de la cumbre hacia el estrellato. Por otra parte, si alguna de vosotras posee una cualidad especial para ese arte que pueda elevarla a la fama, tendrá que renunciar a las comodidades del hogar, incompatibles para quien quiera entregarse de lleno a la pantalla. El caso es que cada una siga la ruta por ella escogida, sin envidia ni pesar en el corazón. Ahora bien, si tú dejas la cocina por convertirte en una super-star, no protestes ni llores después porque no aciertas a moverte en un supermercado o porque la comida no te sale a tu gusto, cuando todo iba como ruedas en aquella existencia tan sencilla, tan libre de complicaciones, de la cual te esforzaste tú en escapar.

Raquel Welch no era antes más que eso, un ama de casa corriente que optó por hacerse artista de cine. Ya ha culminado su fama; pronto le tocará el declive a su fascinante personalidad. Ni ella ni sus apoderados se re-signan a desbaratar los triunfos a tanta costa obtenidos, sustituyendo la pantalla por el fogón. Claro, esto forma parte de un plan para hacer creer al público que «su» estrella se debe a él y nada más que a él. Quizás este ardid no sería necesario en un mundo menos loco que el que vivimos. Debemos proceder a un reajuste de nuestra filosofía, de modo

que veamos la gente tal como realmente es, la artista como artista; el ama de casa como ama de casa. Cada una tiene su magia especial. El secreto consiste en usarla de forma que, en cualquier esfera que ella se encuentre, no deje de llevarla consigo... porque ése es el verdadero poder que vosotras necesitáis en esta vida.

Las máximas de nuestra filosofía os servirán para ir descubriendo lo que de esa magia lleváis cada una dentro de vosotras.

LLEVAR UNA VIDA EQUILIBRADA

Por primera vez aparecen aquí, en un libro, las máximas de nuestra fe, escritas en un lenguaje a todos asequible. No reconocemos ninguna «norma fundamental», porque la observancia de las máximas tiene importancia análoga para todas y cada una de ellas.

La palabra «máxima» viene del latín, lo mismo que la nuestra «tenet» cuyo significado es «mantener», y lo que nuestra fe mantiene son opiniones, principios, dogmas o doctrinas que una persona acepta como verdades reveladas.

Los Diez Mandamientos son las máximas del creyente cristiano. En las escuelas parroquiales de Inglaterra se pone gran atención a la enseñanza del Decálogo; el vicario local va a las escuelas para examinar a los niños. Puede que les falle la aritmética, ¡pero los Diez Mandamientos...! Más vale que no les falle ni uno, si no quieren incurrir en el enojo del reverendo, que se traducirá en expresiones violentas para los alumnos, y en un vocabulario poco académico para los profesores. Claro que esto no lo he presenciado yo; lo sé por boca de los escolares, pero de ser así estoy de acuerdo con el vicario gruñón. El que profesa una religión, sea cristianismo, sea brujería, debe saber en qué consiste esa religión. Yo me aprendí los Diez Mandamientos porque formaban parte del estudio de religiones comparadas, que mi abuela aprobó. En lo esencial todos reconocemos que son unas máximas muy buenas y base muy sólida para una existencia digna de vivirse.

Lo malo es que pocos cristianos son los que conocen realmente los Diez Mandamientos. Los niños que los recitaron de carrerilla al vicario, por complacerle, no tenían ni idea de lo que verdaderamente significaban. Todos los niños del pueblo que yo conocía mostraban apego al precepto que dice: «Honra a tu padre y a tu madre», quizá porque era el más inteligible de todos los mandamientos. Y es que pertenecemos a una generación para la cual ni remotamente cabía la posibilidad de odiar a nuestros padres.

Yo creo que nosotros estábamos satisfechos con nuestros padres y nuestras madres, pero algunos niños asistentes a la escuela eclesiástica, sita en lo alto de la

colina, más allá de Churnet Hall y del perezoso río Churnet, estaban intrigados, esperando que alguien quisiera explicarles el significado de la palabra «adulterio». Mi familia no tenía reparo en explicar muchas cosas sencilla y llanamente. Como yo no solía hallarme lejos, también me daba una buena ración de aprender.

Ahora, cuando yo trato de enseñar las máximas de la brujería, no quiero que mis discípulos se las aprendan tan sólo para repetirlas como un papagayo. Quiero que las comprendan. Yo sé que cada máxima es en sí misma un fragmento de filosofía, un paso que nos acerca a la plenitud de la vida. Las facetas de esta filosofía es mejor comprenderlas en su totalidad, según se van desenvolviendo en las máximas. El fin de la brujería, como educación religiosa, es ayudar a los suyos en la búsqueda de una existencia armoniosa, conociéndose a sí mismos y al universo, así como respetando el equilibrio entre las fuerzas de la naturaleza y el hombre. Esta posición de equilibrio permite al hombre —dando a esta última palabra un sentido genérico en el cual se comprende también la mujer— desplegarse y contemplar su vida desde todos los ángulos, sin distorsión. Así que la primera de nuestras máximas es la *máxima de la vida equilibrada*.

Ya he sugerido que la vida humana la entendemos como parte de un todo que es el universo. En ese universo está contenida la divinidad, de la cual a su vez forma parte la fuerza creadora original. Toda materia, sea viva, sea inerte, es parte del todo, y cada uno de los seres participa —en grado variable— de la esencia de esa fuerza creadora original, de la que todo procede y a la que todo ha de volver. Hemos hecho hincapié, y nunca habremos insistido bastante, en una de las necesidades más elementales del hombre, cual es la de estar en armonía con su entorno. Pero si esa armonía no sabe el hombre tenerla ni con una partícula infinitesimal de la creación ¿cómo aspirar a una mayor armonía en la mente, cuerpo y espíritu se fundan con el Divino Ser, la Fuerza Creadora Suprema?

Es evidente que cuando una cosa, en sí misma, está fuera de equilibrio, no puede equilibrarse con un todo mayor si no hay ninguna forma de compensación. Sin embargo, sería rarísimo que el hombre, como tal, llegase a adquirir una fuerza compensatoria exterior; esa fuerza sólo puede brotarle de dentro. Por consiguiente el equilibrio, como necesidad humana, sólo puede considerarse en relación con su propia vida y con todos los seres vivientes.

Siglos atrás, el poeta latino Juvenal decía: «*Mens sana, corpore sano*». Nosotros preferiríamos pensar en términos de una mente equilibrada en un cuerpo equilibrado, aunque el resultado final sea el mismo, porque la salud es un estado armonioso, y desde luego es más fácil llevar una vida equilibrada si tanto la mente

como el cuerpo disfrutaban de una buena salud.

Debemos tomar en consideración todo aquello que impide al cuerpo funcionar tal como es debido: la enfermedad, el desaseo, una alimentación inadecuada, los abusos físicos, todo lo cual produce un desequilibrio orgánico, no menos que las prisas y tensiones de la vida moderna. ¿Y qué decir de tantos ruidos —que nuestros antepasados sólo podrían concebir en una noche de pesadilla— y la precipitación con que acudimos a nuestros cotidianos quehaceres? Éstos son los agentes que contribuyen a la producción de tensiones, las cuales a su vez se combinan para motivar las enfermedades. De ahí el curioso fenómeno de enfermedades orgánicas provocadas por depresiones psíquicas o trastornos psicosomáticos. El miedo es también promotor de desequilibrios mentales que se traducen en dolencias físicas o enfermedades psíquicas. Las fuerzas intangibles del miedo suelen también manifestarse bajo la forma de una enfermedad.

A medida que vamos adentrándonos en la sofisticada civilización de nuestros días, más numerosos son los desequilibrios que se producen. Hoy día existe otra clase de temor que yo he observado en las mentes de algunos amigos. Es el temor a un adversario desconocido que ronda junto al santuario del hogar, que ataca sin ninguna razón aparente, como no sea por el hecho de que uno está en su camino. En otros tiempos se cometían muchos crímenes porque la gente se aventuraba yendo a zonas donde era sabido que existía el crimen. Ahora el peligro os acecha en el umbral de vuestra casa, existe en la conversación que entabla un desconocido con vuestros hijos, en el parque, en la carretera, lo mismo al oscurecer que a plena luz del día. El miedo conduce al hombre hacia otros desequilibrios, haciendo que su mente ceda ante la presión que ejerce sobre él. Teme por sí mismo y por sus seres queridos. El resultado no puede ser otro que una tensión con sus repercusiones contrarias a la salud. El miedo psicológico hace mayor impacto que cuando, por ejemplo, dos hombres armados se pelean, pues en este último caso no se teme, como en el anterior, a lo inesperado.

Esta clase de miedo no lo conocía yo cuando era joven. Tenía la suerte de vivir en el campo y poder disfrutar de él, sin prevenirme contra un desconocido que apareciera detrás de un árbol presto a lanzarse sobre mí. Yo nunca he tenido miedo cuando residía en países de civilización atrasada; sí, en cambio, en las populosas calles de Nueva York, Los Angeles, Chicago y Houston, y si he logrado sobreponerme a estas circunstancias ha sido gracias a mi formación moral y filosófica. Tomándolo todo con calma y filosofía es como se puede llevar una vida razonable y bien ordenada. Pero he tenido suerte en medio de todo, y doy gracias al destino por haberme deparado la ocasión de socorrer a tanta gente que acude a mí,

presa de este temor, ignorando si el hombre que camina pacíficamente al lado de uno puede trocarse de pronto en un enemigo mortal. Así se explica que en nuestro medio padezcamos de tantas y tan extrañas molestias, que vaya tanta gente a los médicos y que los médicos no puedan hacer un diagnóstico definitivo a base de dolencias ya conocidas. Sólo saben que tienen enfermos a quienes tratar.

Ya he dicho que las enfermedades orgánicas pueden tener por causa presiones psicológicas. ¿Por qué ha de ser así? No es una cuestión de metafísica, de religión o imaginación. Es un hecho y nada más. Todas las escuelas de medicina psicosomática enseñan que mente y cuerpo son partes inseparables de un todo. En muchas enfermedades, la interdependencia de mente y cuerpo es el factor determinante de la forma que aquéllas revisten, de su progreso y de su resultado final. Este resultado consiste en que cada vez es mayor el número de enfermos que necesitan tratamiento psiquiátrico. Las clínicas para enfermos mentales están atestadas. Son muchísimas las personas necesitadas de asistencia médica y mental que vagan por las calles, buscando remedio a sus pesadillas y saliendo de un apuro para caer en otro mayor.

Sería muy interesante hallar religiones, e instituciones también, en las que se reconociera la obligación de respetar al cuerpo en el ejercicio de sus funciones, las cuales ha de cumplir de la manera más natural posible, de forma que esa formidable pieza de ingeniería —como es en efecto— pueda seguir cumpliendo la labor para la cual fue creada. Si la salud mental es deficiente, el cuerpo lo acusará en el fallo de muchas funciones orgánicas. Si queremos mantener las funciones corpóreas, es necesario que dediquemos alguna atención al área de donde todas emanan: la mente. Necesitamos que la mente se conserve en estado satisfactorio, pues de lo contrario, el cuerpo tendría que acusar esas deficiencias. Para llevar a la práctica nuestro objetivo hay que hallar la forma de reunir, absorber o reflejar totalmente los diferentes estados de tirantez y tensión con los cuales nos encontramos, dormidos o despiertos. Tarea difícil en verdad, pero hay que acometerla cuando se estudian las máximas de la religión Wicca.

¿Cómo, entonces, podremos lograr ese estado ideal de armonía a que nos obliga la máxima de la vida equilibrada?

Primero, debemos recordar una vez más que todo fue creado por la divinidad, y esta divinidad es el lazo que nos une con todos y cada uno de los seres creados. No hay nada en la naturaleza que sea malo o feo; uno y otro concepto son simples maneras que tienen los hombres de interpretar las cosas, estados de opinión no necesariamente ajustados a la esencia de las cosas. Por tanto, en

teoría —aunque por desgracia no siempre en la práctica, mientras no seamos reorientados hacia filosofías más positivas y constructivas— tan capaces somos de amar a un sapo verrugoso como a un gracioso minino, por encima de todas las apariencias que los separan. Vale la pena esforzarse por lograrlo, aunque no salga tan fácil como sería de desear. Yo, siendo joven, detestaba la idea de estar acompañada por un ser deforme. Cuando hice al fin la prueba sin advertir su deformidad, supe que había salvado la más terrible de las barreras: la que me impedía amar a todas las criaturas sin excepción. Tuve que aprender y comprender todo lo relativo al karma y la reencarnación antes de que pudiera aceptar, sin repulsa, el principio de que no existe nada feo a menos que nosotros lo hagamos artificiosamente y lo pensemos así.

Yo he trabajado en la mayor armonía con cierto número de niños mongólicos, en la acreditada escuela Rudolf Steiner, del New Forest (Inglaterra). Alguna que otra vez oigo gente hablando a «sotto voce» acerca de esta clase de niños, diciendo que no hay manera de comunicarse..., lo cual no es verdad. Puede haber comunicación mientras haya armonía. Yo me sentía entre ellos como en mi propia casa, porque ya no buscaba ni encontraba la fealdad por parte alguna. Os recomiendo, pues, que cada día dediquéis algún tiempo a concentraros, recordando que no existe nada ni nadie repulsivo si nosotros no imaginamos que lo es. Una culebra, por ejemplo, sólo es repulsiva a nuestra mente porque nosotros nos la figuramos así. Nos imaginamos su piel viscosa cuando en realidad es suave y tenue como la seda. Somos nosotros quienes creamos nuestras fantasías de repulsión y fealdad, raramente basadas en los hechos.

Segundo: Ya es tiempo de que al pensar en el cuerpo nos pongamos a discutir con absoluta franqueza el tema —hasta ahora casi tabú— del sexo. Vivimos en un mundo al que se supone ansioso de convertir en realidad la ilusión del amor libre. Hoy día se goza de mayor libertad para leer y enterarse de todo lo relativo al sexo. Ahora bien, ¿qué es lo que realmente sabemos cuando aplicamos a nosotros mismos los pensamientos sexuales? Poco, yo casi diría que nada. Pese a nuestra pretendida sapiencia y a nuestra libertad moral, persisten los tabúes.

El cuerpo humano fue creado para reproducirse, característica común a todos los seres vivos. El método usual de reproducirse es la fecundación de la hembra por el macho. Llegado el momento de su fertilidad, el óvulo femenino es fecundado por el espermatozoides masculino y tiene lugar la concepción. Sigue el proceso de gestación que acaba con el nacimiento de un ser humano sintético, que va a enfrentarse con el mundo exterior después de permanecer unos meses seguro en el claustro materno. Como la partenogénesis^[32] está restringida a especies muy inferiores, por ejemplo el

cáncano de los bosques, hemos de reconocer que el sexo permanecerá con su característica diferencial; eso es un hecho indiscutible. Se trata de la experiencia más natural que existe en el mundo, y sin embargo sigue siendo tratada de la manera más innatural por padres, adolescentes, autoridades y hasta profesionales de la Medicina. Hemos dejado que en torno al sexo se desarrolle toda una mística. Corremos un tupido velo y cerramos los ojos a una cosa que está sucediendo todos los días. Cada segundo que pasa nace una persona. El primer paso hacia el nacimiento de un ser es el acto sexual, ya sea inspirado pasionalmente en el amor, ya lo sea en el placer.

No hay nada de vergonzoso en el hecho de nacer, ni tampoco lo hay en el hecho de dar un primer paso hacia el nacimiento... a menos que nosotros nos empeñemos en que sí.

Importa mucho que cuando abordemos temas como la relación conyugal y el alumbramiento, lo hagamos honestamente y nos desprendamos de falsas ideas como la de calificar de «porquería» el acto sexual, concepto que querían perpetuar los Victorianos. En tanto no podáis comprender el sexo como algo normal y cotidiano, tampoco podréis concebir el equilibrio necesario entre la naturaleza y vosotros mismos. El impulso sexual es uno de los dos grandes impulsos innatos en el hombre. El otro es el instinto de conservación, el cual en sí mismo guarda estrecha relación con el impulso sexual. La conservación está ligada a la idea de perpetuar la raza humana. Aunque es importante la conservación personal, la conservación de la especie afecta al hombre también básicamente, y en esto tiene al menos un atisbo de su vinculación con el cosmos. Lo que afecta a su especie le afecta a él también como individuo, y viceversa. Sin estímulos sexuales la copulación no es posible como instrumento de procreación. Parece, pues, lógico que no haya nada de vergonzoso en la erección del órgano viril, sea real, sea representada. Si creéis que el acto sexual no es signo de conservación de la especie y sí de depravación, jamás llegaréis a comprender la religión Wicca, ni a la naturaleza, ni al cosmos, ni siquiera a vosotros mismos.

Nuestros remotos antepasados nunca se andaban con chiquitas en esto del sexo; ni lo encubrían ni lo suavizaban con efusiones amorosas, ni se paraban a razonar sobre él. El sexo era necesario para la procreación, y eso era todo. Bien lejos de fingir que lo ignoraban, los griegos y romanos asociaban el sexo con el gusto refinado y la estética. Lo incorporaron incluso a sus religiones. Desde hace dos mil años la humanidad ha rehuido enfrentarse con la cuestión sexual en todos sus aspectos, cual si de una enfermedad se tratase. Por eso, ahora parece como si hubiéramos descubierto la pólvora. Mañana dejará de ser novedad y pasará como

una moda cualquiera. Al cabo de algún tiempo volverá a renacer con su séquito de orgías y desenfrenos. Y mientras una mitad del mundo se comporta como si el sexo fuera una novedad, la otra mitad lo sigue desaprobando o ignorando. En aquellos lejanos tiempos a que me refería, el falo era un símbolo religioso, y por tanto completamente ajeno a toda pornografía.

En consecuencia, cada vez que en ti se manifieste el impulso sexual, debes reconocer que ese impulso es obra de un mecanismo maravilloso, y que ese mecanismo eres *tú*. *Acéptalo y no trates de reprimirlo*. En nuestra religión el celibato no es considerado como una virtud. No eleva espiritual ni psíquicamente a quien lo escoge, y físicamente menos. Con esto no quiero decir que me incline al extremo contrario, porque una orgía de promiscuidad no sólo sería un exceso sino una contradicción con nuestra máxima de vida equilibrada. Yo me limito a recomendar una actitud razonable, guardando la necesaria armonía entre la mente y el cuerpo. Lo esencial es que veamos en esos deseos un fenómeno natural y no un anatema.

Como veis, nuestra doctrina a ese respecto no puede ser más sencilla, y sin embargo, en torno a ella se ha levantado uno de los más formidables bloqueos, a pesar de lo alto que se habla en nuestros días de la «libertad sexual». Durante siglos enteros hemos estado sujetos a unos convencionalismos que, no lo niego, ocupan su puesto en nuestras vidas... pero no deben llegar a situaciones extremas, por ejemplo, la idea prevalente hasta hace poco en muchas colegialas inglesas. Según este criterio, ninguna niña podía bañarse sin haberse cubierto previamente con una camisa. Mirar el propio cuerpo era considerado como una acción pecaminosa, y si se miraba el ajeno, aquello era ya un signo de depravación y el camino más derecho para irse al infierno.

La única razón de que hoy esté en boga la pornografía es que hemos olvidado los modos naturales de vivir; el cuerpo humano ha estado tanto tiempo oculto a la vista, que para las mentes obsesivas se ha convertido en blanco de una morbosa curiosidad, la misma que provoca todo aquello que está prohibido por el hecho de estarlo^[33]. Sin embargo, es innegable que todos nacemos desnudos, y el cuerpo desnudo de un bebé es raro que provoque pensamientos impúdicos. Mas tan pronto surge la idea de la función que está llamado a desempeñar, la escena se trueca en una horrorosa visión pornográfica.

Hoy día libramos en los colegios verdaderas batallas cada vez que plantean la educación sexual. ¿Debe o no debe existir? Yo, personalmente, opino que desde su ingreso en la escuela, el niño debe ya estar al corriente de ciertas cosas, cuya enseñanza incumbe más bien a sus padres que a sus educadores. Es una

responsabilidad ineludible. El momento adecuado para instruirles sobre el cuerpo humano y el sexo varía según los sujetos y circunstancias. Toda madre ya sabe que su hijo es diferente y puede hablarle con arreglo a sus diferencias. Casi todos los niños pueden ser educados sexualmente, y cada cual a su altura respectiva debe aprender cómo funciona ese prodigioso mecanismo que el cuerpo encierra. La enseñanza oficial sería, seguramente, tan destructiva aquí como cualquier otra enseñanza oficial, y tan peligrosa, o más, como el hecho de imponer demasiadas matemáticas a un niño cuya verdadera vocación es la de poeta.

Hay que estar prevenidos contra ciertos sistemas docentes, cuya máxima suprema es «superar el instinto animal» que cada hombre lleva dentro de sí. Nosotras, las brujas, no podemos aceptar esa máxima ni estamos dispuestas a transigir. Admitimos la probabilidad de que algunos hombres —según la doctrina de la reencarnación— tengan más de instinto animal que de espíritu humano, defecto que puede borrarse, no de una vez sino a través de existencias renovadas por la senda progresiva del karma^[34].

La brujería no es una escuela de ascetismo que quiera enaltecer el impulso sexual transformándolo en un impulso psíquico. Ahora bien, los partidarios del principio antes enunciado —superar el instinto animal— no cesan de vociferar a los cuatro vientos que el «homo sapiens», como es superior a los demás animales por esa facultad superior —la razón— de que está dotado, tiene la obligación de rechazar cuanto de animal haya en él. Lo cual no obsta para que esa misma gente coma, beba y se reproduzca igual que hacían sus antepasados desde hace miles de años. Los mismos que deploran su propia animalidad no dejan de echar hijos al mundo, y pese al amor y a la ternura que este hecho encierra, el acto genésico dista mucho para ellos de ser ese fenómeno grande y sublime, de coadyuvar con la divinidad en la magna obra de la creación. Se da el caso del varón que deja encinta a una mujer y luego se siente avergonzado de ser visto con ella. Y no faltan mujeres a quienes avergüenza mostrar la silueta reveladora de su estado expectante.

Para nosotros no hay nada de feo en la señal de embarazo; vemos sintetizada en ella una obra prodigiosa a escala universal. Todo el misterio, toda la maravilla del cosmos están resumidos en ese período de la gestación, réplica en miniatura del universo y el hombre, prueba palpable de la conservación de una especie.

La Vieja Religión ha tenido que padecer mucho al habérsela tachado de «culto a la fertilidad». Este concepto tiene un sentido obsceno en mentes poco cultivadas. Personas de esta mentalidad son las que ven la mujer embarazada como un ser «impuro», y por lo tanto, tabú. Para nosotros, en cambio, fertilidad es

sinónimo de belleza, y no sólo eso: es lo que perpetúa los animales y las plantas, lo que nos alimenta, lo que nos sostiene, lo que hace posible nuestra existencia. Sin la fertilidad ¿sería posible una buena cosecha de trigo? Sin la fertilidad de animales y plantas ¿cómo podríamos vivir? Por tanto, es justo considerar la brujería como una religión atenta a la fertilidad, pero nosotros la contemplamos como es debido, esto es, en su contexto dentro del orden universal.

«Crecer y multiplicarse» es un designio no limitado a la especie humana. También los animales y las plantas deben crecer y multiplicarse en la debida proporción, guardando el equilibrio necesario, a fin de que todas las criaturas puedan sobrevivir. El haber despreciado este principio ha causado verdaderos desastres en el mundo actual, sobre todo en el orden ecológico. El hombre, al multiplicarse, va invadiendo y contaminando espacios terrestres de los cuales priva a otros seres de la creación^[35].

No. La ley de la fertilidad no tiene carácter restrictivo. Cuando una ley es universal lo abarca todo. De nada servirá al hombre perpetuar su propia especie si utiliza millares de hectáreas con insecticidas, y construye edificios para instalar sus familias, cada vez más prolíferas, en terrenos fértiles que son morada natural de animales y plantas. Precisamente esos animales y esas plantas son base del sustento de esas familias.

Tal es la situación en que se encuentra hoy el hombre. De una parte se declara superior a los animales; de otra, falsea y contamina el medio ambiente. ¿Dónde está esa facultad suprema, razonadora, que eleva al hombre a un nivel superior al de los animales? ¿Cómo es posible imaginar que la cultura y la civilización avanzan al ritmo marcado por las leyes reguladoras del universo? Somos unos ilusos, y de este error sólo puede librarnos una manera distinta de contemplar la vida y sus problemas. Acaso la fórmula podamos hallarla en la Vieja Religión.

El hombre no sólo tiene apetencias sexuales de las que abusa, en detrimento de su integridad tanto moral como física. Come y bebe más de lo que necesita; trabaja menos... y al trabajar no se ajusta a los medios naturales. De ahí viene la degeneración física propia de nuestra época. Aquí, en Norteamérica, ¿cuántos hombres van al trabajo por su propio pie, prescindiendo voluntariamente del coche u otro medio de comunicación? Y sin embargo, gastan millares de dólares y consumen sus energías sustituyendo por el deporte las formas naturales de trabajar. ¿Cuántos americanos se deciden a cultivar una parcela para subvenir a sus necesidades alimenticias? El ejercicio que practican al inclinarse, cavar, regar y supervisar el suelo es, indudablemente, beneficioso para la salud, aparte de las

ventajas que reporta a la economía familiar. Pero el hombre está cada vez más apoltronado; tan perezoso se siente para cultivar la tierra como el espíritu. Gasta el dinero en divertirse o en otras ocupaciones con que pasar el tiempo. Eso es lo malo, la idea de que el hombre debe «pasar el tiempo» —matarlo— y no nos damos cuenta de que es el tiempo el que nos mata a nosotros. Tal es la etapa en que vivimos, en pleno auge de la civilización.

Contrariamente a lo que se cree, los miembros de la Vieja Religión no estamos predispuestos a cometer excesos, de cualquier clase que sean, sexuales, gastronómicos, etcétera. La mayor parte de los brujos y brujas disfrutamos de excelente salud, por comprender las verdaderas necesidades de nuestros cuerpos. Lo que está prescrito para uno puede no convenir a otro, y sabemos cuánto es necesario para que cada uno conserve su individualidad sin detrimento del todo. No imponemos restricciones a la comida ni a la bebida, pues creemos que cuando una persona llega a la saturación en una y en otra, así como en el placer sexual, es cuando empieza a normalizar su vida ayudado por las disciplinas de nuestra religión. Lo importante es saber que si se han cometido excesos, especialmente en la juventud, sus efectos se van eliminando a lo largo de la vida, siempre y cuando se tenga una voluntad firme para no reincidir. Insistimos aquí en el libre albedrío, porque sólo usando su libre voluntad es como el hombre se da cuenta de sus errores y puede acabar con ellos, o al menos sacarles alguna utilidad cuando se han cometido. A su tiempo vendrá la moderación por automatismo mental. Nunca he ocultado el hecho de que yo disfruto con los placeres de la vida, sin excluir la buena mesa y el vino escanciado con generosidad, pero ya me podéis dejar sola en casa con un millar de botellas de vinos escogidos, que no me excederé nunca de mi ración habitual de dos vasitos al día.

A este respecto debo rendir tributo de admiración a mis buenos amigos, los gitanos del New Forest, que cuando iban a un gallinero para robar un pollo, jamás tomaban más de lo estrictamente necesario para una comida familiar. Nada les costaba llevarse diez o más gallinas, pero en la mayoría de los casos un par de estas aves bastaba para satisfacer sus estómagos, y eso era lo que se llevaban. Podréis decirme que el robo es una acción reprensible. No es que yo quiera justificarlo, pero me consta que cuando el gitano es codicioso y toma una partícula más de lo que en justicia le corresponde —agua, algo de calderilla en la venta de un caballo, o un descanso más prolongado del que exige su estado de salud— entonces la ley tribal cae sobre él con todo su peso, haciéndole comprender el error en que acaba de incurrir. El menosprecio de la tribu obra maravillas, más que la multa de un policía o un día de prisión.

Pero las motivaciones a todo nivel, son diferentes en nuestra sofisticada civilización. La necesidad para el cuerpo y la mente de estar en equilibrio es hoy más necesaria que nunca.

A una mente energética corresponde un cuerpo energético. Entre ambos acumulan en el mecanismo humano un caudal de energía más o menos considerable, aunque con cierto límite de disponibilidad. Por eso cuando la mente trabaja el cuerpo debe reposar y viceversa, si se quiere mantener esa reserva de energía al mismo nivel. Quizás os parezca intrascendente esta observación y, sin embargo, el equilibrio que propugnamos tiene innegables ventajas, pues una vez conseguido aumenta el potencial humano tanto en lo físico como en lo mental.

Como yo gasto una gran cantidad de energía en actividades mentales, procuro que el cuerpo no tenga otras ocupaciones que las precisas para conservar la salud. De esta manera cuando yo necesito realizar un trabajo físico, especialmente si no es habitual en mí, lo hago sin esfuerzo aparente. La gente se admira al verme hacer tantas cosas sin mostrar ningún síntoma de cansancio. La explicación es muy sencilla. Me limito a observar la máxima principal de la brujería. He aprendido las ventajas de llevar una vida equilibrada y he ahí el resultado; poseer un caudal de energía muy superior al que, normalmente, correspondería a mi edad.

Recuerdo una expedición al Yucatán en la que yo tomé parte, teniendo que pasar por unas pruebas muy duras, tanto físicas como emocionales. Pude afrontar tales circunstancias con el mínimo riesgo para mi salud y bienestar en general. Conmigo iban hombres a quienes se suponía «físicamente aptos» y que, sin embargo, hubieron de sucumbir bajo el impacto psicológico. Quiero referirme concretamente a la expedición efectuada en 1968. Fue una verdadera tortura.

Teníamos que desplazarnos a unos remotos poblados indios para filmar una película. La única persona que resistió incólume aquellos días de agotadores trabajos, en pésimas condiciones y a una temperatura de unos 46 grados, fui yo. Y eso que yo superaba en edad a mis compañeros, aparte de que mi aspecto físico no era el más adecuado para una expedición o exploración de esta índole. Mi mente, sin embargo, contrarrestó las dificultades del cuerpo; lo que me hizo sobrevivir a tales pruebas fue el equilibrio de la una y el otro.

En otra ocasión, mi hijo Julián y yo tuvimos que introducirnos en un refugio subterráneo con cuatro miembros de una unidad defensiva, dedicada a prácticas de salvamento. Querían conocer los posibles efectos de una explosión atómica en aquel sector. Salimos a las siete de la mañana con excelente buen humor, provistos de

libros para distraernos, cigarrillos y todo cuanto se necesita para hacer la vida más confortable. A las dos horas, ya todo el mundo estaba con los nervios de punta. Imaginaos la situación de seis personas en un espacio reducido, sabiendo que iban a estar allí las veinticuatro horas del día. Y no digamos al apagarse las luces —pues no nos habían advertido que esto sucedería— apoderándose de todos el pánico. Al entrar nos habían advertido que la comida y el agua nos serían servidas en raciones muy limitadas, y con ellas tendríamos que aguantar las veinticuatro horas. Julián y yo no consumimos totalmente las nuestras, estando ambos de acuerdo en que si podíamos sobrevivir las primeras veinticuatro horas sin que nos preocupase el sustento, sería más fácil resistir cuando tuviéramos que recluirnos por un período más largo. Por eso, en medio del pánico reinante y de las disputas, Julián y yo pudimos entregarnos al sueño. Una chica del grupo se quejaba de que aquello sobrepasaba las veinticuatro horas. Yo me inclinaba a creer que sí, y que el hecho de estar bajo tierra era por miedo a la oscuridad exterior.

Cuando salimos de aquella vigilia subterránea que nos habíamos impuesto, Julián y yo éramos los únicos que no dábamos muestras de agotamiento. Desde que se apagaron las luces habíamos dormido por períodos de cuatro horas. Nuestros compañeros parecía que habían pasado la noche en una bacanal. Fue una experiencia interesante, sobre todo teniendo en cuenta que nosotros dos éramos los únicos no pertenecientes a un credo ortodoxo. ¿Por qué a nuestros compañeros no les sostuvo su fe como a nosotros nos sostuvo la nuestra? Julián se encontraba en perfectas condiciones físicas, y tenía la ventaja de ser joven, lo cual le hacía más resistente a las circunstancias adversas, mas yo no poseía ninguna de esas ventajas. Mi único apoyo era la fe, consciente de que en la adversidad estaría siempre conmigo la parte de la mente o del cuerpo que yo necesitase, dispuesta a funcionar ante cualquier emergencia. He ahí la prueba de que el equilibrio de mente y cuerpo, al cabo de varios años bajo esta disciplina, es de una eficacia indiscutible.

Yo no creo en eso de que «es necesario sufrir para aprender», pero en definitiva yo creo que es necesario aprender y tener experiencia para que lo aprendido sea útil. Para asimilar la máxima del equilibrio hay que seguir un proceso en el cual, sí, puede ser necesario que uno sufra, si esta persona ha de rechazar falsos conceptos. Esto no es fácil, y tengo que ejercitar la paciencia con estudiantes acostumbrados a un tipo de vida determinado desde su juventud. Yo estoy al margen de todo eso, pues tengo la ventaja de haberme formado en el seno de una familia nada vulgar.

La máxima de la vida equilibrada permite, a quien la acepta, elevarse muy arriba de todas las contingencias, con la seguridad de poseer la suficiente energía

para luchar ventajosamente contra ellas. Sería ridículo decir que las brujas no tienen problemas ni están nunca enfermas, pero las brujas versadas en su arte ya saben a qué atenerse, siendo su norma prevenir antes que curar. Todas las brujas del New Forest tenemos un conocimiento profundo de la herboristería, y sabemos que el consumo diario de hierbas transmite al torrente sanguíneo un apreciable caudal de materias antitóxicas, las cuales, al ser absorbidas, fortalecen al organismo poniéndole en condiciones de resistir bastantes dolencias.

Muchas brujas hacen igual que ciertos animales, cuyo instinto les hace buscar la hierba que deben ingerir cuando se hallan enfermos. Mas si no es suficiente el instinto, la astrología ayuda a la bruja a prepararse para cualquier dolencia que su clase de vida pueda originar. Cuando me encuentro con una bruja que acude a mí constantemente recordándome que está enferma, o a alguien que goza hablando de sus dolencias físicas, me entran sospechas de que esa bruja o ese brujo no sabe mucho de su profesión. Es probable, y no me importa decirlo, que la Vieja Religión sea una religión egoísta, si por egoísmo entendemos mantener sano el cuerpo y alto el espíritu, siguiendo esta norma todos los días. Ya decían los griegos: Mente sana, cuerpo sano. Lo cual viene a parar en esto si piensas en el mal, el mal romperá la armonía produciendo unas condiciones adversas. Si estas condiciones se hacen estáticas al mismo nivel, no hay duda que nos hallamos ante un estado de salud imperfecto.

Una de las mayores calamidades que afligen a la moderna humanidad es el cáncer. Su sola mención hace un impacto tremendo, hasta en las personas de más robusta constitución. Es tanto el horror que inspira, que hasta los astrólogos temen la aparición en sus horóscopos del signo que lleva este nombre.

A través de una autointoxicación crónica, constipados e inactividad de todos los órganos de eliminación (pulmones, hígado, riñones, piel e intestinos) el organismo humano acaba envenenándose. Estos venenos se acumulan en torno de los órganos más endebles, o de la parte donde el cuerpo sufra alguna lesión por caída, golpe o magullamiento. Una mala dieta, por supuesto, es tan peligrosa como las drogas para emponzoñar el cuerpo, y al hablar de drogas me refiero, lo mismo a los específicos recetados por un médico que a los alucinantes ingeridos por quienes anhelan vivir en un mundo de fantasía. Todos los alimentos desnaturalizados, de los que han sido extraídas las sustancias vivificadoras, las vitaminas y sales minerales, producen un mayor grado de intoxicación al acumularse en el cuerpo. Mientras yo soy escéptica en la observación de regímenes, hoy tan en boga (a fin de reducir un peso de 150 libras a una cifra antinatural de 110) sostengo como norma para conservar la salud el ingerir los alimentos más apropiados. Lo primero de todo,

hay que eliminar las sustancias tóxicas pero valiéndose de procedimientos suaves, no de purgantes u otras medidas drásticas. Las frutas frescas, a ser posible maduras en el árbol, son el mejor remedio. Lo mismo los zumos de frutas con algún ajo, tomados todos los días.

Naturalmente que esto no debe interpretarse como una «cura del cáncer», sino como un medio que contribuye a la eliminación de los residuos orgánicos (para lo cual hay muchos procedimientos). Se trata, pues, de un «preventivo». El jugo de zanahoria es excelente para esto; la gente nunca podrá apreciar en su justa medida los adelantos modernos que nos permiten triturar y exprimir, que cortan las fibras de las verduras y las hacen más gratas al paladar, en vez de torturarlas con una mala cocción.

Yo como alimentos crudos al máximo posible, aunque esto se está poniendo cada vez más difícil. A falta de fruta fresca solía comprar fruta seca de California, hasta que me enteré del proceso seguido para su desecación, a base de gas, lo cual me hizo perder otro poco de fe en eso que llaman el sentido común (para mí el menos común de los sentidos). De un lado, contribuimos con miles de dólares a la investigación médica, y de otro, matamos los frutos vivificantes que la naturaleza nos brinda. No puedo reprimir un gesto de desagrado cada vez que veo miembros de familias acomodadas tomándose, a guisa de entremeses, un puñadito de vitaminas concentradas en píldoras. En mis buenos tiempos, las amas de casa servían los manjares perfectamente combinados, y eso lo hacían casi por instinto. Y la gente del campo ni siquiera estaba al corriente del último libro publicado en materia culinaria.

Yo creo que en ningún país del mundo se publican tantos volúmenes culinarios como aquí, en los Estados Unidos, ni hay país en cuyos hogares se coma peor... Todo es a base de productos refrigerados, revueltos entre sí y sazonados con gran abundancia de especias y otros condimentos. Las fórmulas suelen tomarse de ciertas revistas especializadas en cosas del hogar.

Me he encontrado a veces con personas para las cuales un buen psíquico debe ser siempre vegetariano. Yo, personalmente, no soy aficionada a la carne, pues hay muchos y muy selectos menús que pueden prepararse con pescado, verduras, frutas frescas y frutas secas. Ahora bien, lo importante para una bruja en estas cosas es guiarse por el instinto, el cual va indicando la clase de alimentos que le convienen según sus variantes estados de salud. Yo creo que el instinto funciona como un barómetro; unas veces la bruja sabe que necesita comer carne, y la come. Nada, sin embargo, se debe tomar con exceso. Teniendo presente esta máxima, yo

creo que no hay ningún «tabú» en cuanto a la alimentación se refiere.

Uno de los ejercicios más necesarios para el organismo es el de andar; no hay manera más fácil y menos fatigosa de oxigenarse a través del conducto sanguíneo. Pero hoy la gente no camina lo que es necesario. Convendría también irse desprendiendo de prendas ajustadas, las cuales nos oprimen y restringen los movimientos. Ciertamente que la gimnasia y otros ejercicios nos sirven de ayuda e impiden que nuestros miembros se atrofien, pero su eficacia será menor a medida que pasan los años; en la vejez será una excepción. Si queremos llegar a la vejez con salud, no debemos perder la costumbre de caminar. Los preparativos para esta etapa deben iniciarse en la infancia misma.

Vamos ahora con un tema que nunca pierde actualidad, cual es el del sudor y los desodorantes. Las personas que se tienen por distinguidas buscan y presumen de haber escogido el desodorante más eficaz, con la misma agudeza que un entendido en arte identifica un Picasso a un Rembrandt. Hablarles a éstos de que sudar sería tan ofensivo como decirles que su Picasso o su Rembrandt son una imitación. Y yo me pregunto, ¿qué tiene de malo el sudor? Una buena sudada elimina mayor número de toxinas que la ascensión de una cuesta, la gimnasia o un purgante cualquiera. Si es por la salud no os preocupéis, ni por la vuestra, ya que se trata de una función necesaria al cuerpo, ni por la ajena, pues el que huele a sudor no causa daño a nadie. Ninguna nariz, por aristocrática que sea, contaminará al cuerpo por la aspiración del sudor. Dudo que la misma Amy Varderbilt se estremeciera y muriese si en la sociedad progresara la higiene, gracias precisamente a la transpiración. Por otra parte, después de la primera exudación —que puede ser, desde luego, inducida por baños— el cuerpo se adapta perfectamente a la exigencia de eliminar lo necesario y nada más, sin olores molestos.

Si queréis ayudar al cuerpo en su función eliminatoria os recomiendo una tisana que se hace con flores de trébol rojo. Échese un puñado de flores secas en dos pintas^[36] de agua. Hiérvase primero con fuego fuerte y luego a fuego lento por espacio de un cuarto de hora. Déjese reposar y que se enfríe naturalmente sin necesidad de meterlo en la nevera. Lo más higiénico es cubrirla con un trapo. Relájese, beba y siéntase feliz, sabiendo que la flor de trébol rojo es la mejor defensa contra el desarrollo de toda clase de enfermedades, cáncer incluido. Téngalo presente: prevenir es mejor que curar. Dos pintas de tisana le bastan como procedimiento *preventivo*, no curativo, pues sus virtudes no surten efecto cuando las células ya han sido invadidas por la enfermedad.

Los manjares compuestos de harinas blanca y azúcar de caña contribuyen a

estos trastornos no menos que los alimentos grasos, de los cuales se hace tanta publicidad. Para contrarrestar sus efectos conviene coadyuvar al funcionamiento de los canales de eliminación, mediante infusiones de laurel y tanaceto, a razón de una cucharadita de hierbas por vaso de agua hervida, lo cual ayuda también a eliminar las palpitaciones. Naturalmente, hay otras hierbas que también contribuyen; yo sólo estoy mencionando las más fáciles de obtener. Las dietas, generalmente imposibles de guardar por lo rigurosas, nos privan de muchas cosas buenas y no son el medio adecuado para alcanzar una vida feliz y próspera, ni para llegar a una edad avanzada con la mente despierta, el cuerpo normal y el espíritu solazado.

Salud, longevidad, lozanía... He ahí el resultado de un perfecto equilibrio mental y físico. Recordad que en cuestiones mentales, especialmente, las brujas somos expertas. Dentro de la mente se esconde un caudal inapreciable de magia. Hay que empezar a utilizarlo, no de una vez sino gradualmente, según las necesidades. El tiempo que uno viva es lo de menos. Lo importante es saber qué se hace con la vida, y qué clase de vida se ha escogido. El equilibrio mental es la clave de muchos secretos que el resto del mundo quiere desentrañar. Igual que los niños cuando en su cándida manera de jugar a “caliente y frío” esconden las cosas en los sitios más obvios, nosotros también podemos descubrir que lo que buscamos aquí, allá y acullá está escondido en el más obvio de todos los recipientes. ¡En nosotros mismos!

EN ARMONÍA CON EL UNIVERSO

El hombre debe buscar el equilibrio, primero consigo mismo, después con el mundo que le rodea. Vida equilibrada es lo primero; armonía con el universo, lo segundo.

El hombre debe procurar siempre estar en armonía con el conjunto de la naturaleza. Bueno es recordar que, mientras el hombre necesita de la naturaleza si quiere subsistir, es dudoso que la naturaleza necesite del hombre. No es fácil lograr esa armonía con la naturaleza y el medio ambiente. Sólo con una práctica constante se consigue que muchas cosas malas se vuelvan buenas, y que el espíritu se sosiegue de forma que nada le parezca ni feo ni obsceno. Los disgustos y desilusiones que nos causen nuestros familiares y nuestros amigos se deben aceptar sin resentimiento, por ser una de las etapas en el sendero kármico. Algunos podrán superar estas pruebas en una fase temprana de la vida, y sus saludables efectos les durarán siempre. Para otros esa senda será larga y dura, erizada de errores y obstáculos... pero en ningún momento se debe renunciar a la idea de lograr la armonía. Podéis, por ejemplo, sentiros molestos en compañía de otros. La solución no es dejarlos a ellos que influyan en vuestra vida, pues no estaréis con eso en armonía con vuestros vecinos. Éstos pueden pareceros, a veces, irreflexivos, pero generalmente, si estáis preparados para meditar y reflexionar, y realmente dispuestos a resolver esa situación, la solución está a la vista.

La máxima de la confianza es importante. Donde hay amor debe haber confianza; donde está ausente la confianza tampoco puede nacer el amor. Quizá coloquemos el amor a una altura muy grande en nuestras apreciaciones, haciendo de él una cosa desvinculada del resto de la vida, cuando realmente no es más que una de sus facetas. Si un diamante está agrietado en cualquiera de sus caras, por muy valioso que sea no será nunca el diamante perfecto, el diamante ideal. El tipo ideal de amistad sufre también menoscabo cuando se abre una grieta en la confianza recíproca, que hace el amor, por lo menos sospechoso en su valoración total. Las brujas nos damos cuenta de que la Tierra no es un paraíso donde todos se aman. Sabemos lo necesaria que es una doctrina de desarrollo espiritual; por eso hemos de buscar los caminos que conducen a la confianza mutua, es decir, no a una

confianza ciega.

Por ejemplo, si un amigo te ha fallado varias veces en algo, sería una insensatez que siguieras confiando en él ciegamente. Ahora bien, no dejaría de ser acertado que examinaras la situación desde el principio hasta el fin: ¿no fuiste tú acaso quién le dio la oportunidad de que te fallara? Poner comida en una mesa junto a un hombre medio muerto de hambre, confiando en que no tocará esa comida, es mucho exigir a la naturaleza humana. ¿Te ha quitado alguien tu mujer o tu marido, en su caso, y estás dolido por lo mucho que habías confiado en ella o en él? ¿No fuiste tú mismo quien dejó abierto el camino a la decepción, haciendo algo que le diera motivo? ¿Estabas tan ocupado, que no te dabas tiempo a comer con tu esposa? Y tú, mujer, ¿no atendías a tu esposo como es debido, por tener que ocuparte de asuntos extraños?

¿Puedes culpar a un amigo y acusarle de infiel si empezaste tú por serlo contigo mismo? Se cuentan por millones los casos en que la confianza ha sido tergiversada, y en la gran mayoría de las ocasiones ha sido por causa nuestra, no por causa de esa persona a quien señalamos como «culpable».

La absoluta confianza nace después de vencer múltiples pruebas y errores; es mejor que esa confianza sea mutua, y que no sea ciega sino con un conocimiento perfecto de hechos y circunstancias. Conquistar la confianza es un éxito tan grande como conquistar el amor.

Nos esforzamos también por cumplir la máxima de la humildad. La humildad es la antítesis, no del orgullo sino de la vanidad. La vanidad es el amor a nosotros mismos, hasta el extremo de rendirnos una especie de culto. Nos acusan a veces de ser egoístas en nuestras actitudes religiosas, porque una de nuestras normas fundamentales al enseñar nuestra profesión, es la de autoestudiarse, autoentenderse, de anteponer el yo a todo, cuando la verdad es que nosotros no enseñamos a ser egoístas, sino a ser conscientes de nosotros mismos. Ciertamente que debe procurarse el mayor bien para el mayor número de personas, y esto es más importante que el bien individual, mas la razón de este aserto no puede comprenderse sin previo, detenido y escrupuloso auto-análisis. Nosotros no nos erigimos en jueces de los demás, por muchos que sean sus «malos hábitos». Creemos en la reencarnación como medio de corregir estas malas tendencias en sucesivas etapas. Por eso, cuando nosotros oímos o vemos que tal persona es «mala», sabemos que se halla en un grado inferior de evolución. Nosotros no nos consideramos mejores ni más virtuosos que esa persona, la cual puede suceder que aún conserve, bajo una apariencia huertana, reminiscencias de una vida animal.

Nosotros sólo tenemos la ventaja de haber evolucionado más de prisa, aprovechando lo aprendido en las pasadas reencarnaciones.

También manifestaríamos nuestra humildad reconociendo que el «malo» puede haber sido cualquiera de nosotros hace millares de años. Por tanto, no existe inconveniente en convivir con esas personas de maligna apariencia, no con la esperanza de reformarlas sino de ayudarlas en su camino por el sendero kármico, a fin de que puedan hallar alguna armonía en sí mismas sin infligir mucho daño a quienes les rodean. Rechazar y despreciar a una persona poco evolucionada espiritualmente, sería tan reprehensible como negarse a hablar a un hombre que esté incapacitado físicamente. Hay centenares de asociaciones con muchos voluntarios, consagrados a la noble misión de ayudar a los físicamente disminuidos, pero son pocas las que se cuidan de regenerar a esas «malas personas» cuyo espíritu mora en un mundo extraño, el cual no pueden aún comprender. Prestar ayuda a otra persona, sin juzgarla ni hacerle recriminaciones, debe ser siempre labor primordial de quienes practicamos la brujería. La bruja debe estar siempre dispuesta a socorrerla, sin considerarse a sí misma mejor o por encima de esa persona. Cuando vemos gente «mala» alrededor nuestro, reconocemos las imperfecciones humanas, y la razón nos dice que nosotros mismos formamos parte de esa especie imperfecta. Si esto no es humildad, confieso que ignoro el significado de esta palabra.

Sigue la máxima de la tolerancia, consecuencia lógica de las anteriores. Esta máxima nos enseña a soportar con paciencia a aquellas personas cuyas opiniones no compartimos. Puede darse el caso de gente que hable mal de nosotros, y que la oigamos, incluso que nos maravillemos de que lo hagan sin un criterio suficientemente formado. Los que ofenden así al prójimo no han hallado aún la armonía en sí mismos ni en sus relaciones con el mundo exterior. Tal vez sea un mal necesario para desempeñar su papel en el sendero kármico de esta vida. El que habla mal de otros se expone siempre a un peligro físico, a padecimientos corporales impuestos por los ofendidos, lo cual lleva consigo una, tan dura como provechosa, lección. A las brujas se nos presentan múltiples oportunidades de ejercitar la paciencia y la comprensión, que es lo que hacemos, y no condenar a quienes piensan de modo distinto. Para toda clase de ofensas tenemos remedios que no requieren infligir daños físicos, gracias a nuestro superior conocimiento en las artes mágicas, con las cuales podemos tolerar la ofensividad y hasta reírnos de ella.

La *máxima de aprender* tiene una significación especial. Nos consta que en todos los aspectos de la enseñanza verbal, a medida que aprendemos tenemos mayor necesidad de aprender. Ahora bien, lo que se aprende carece de sentido si no

lo aplicamos en la vida real. Conozco muchos ocultistas que os citan capítulos y fragmentos de centenares de libros con gran exactitud, mas no han empleado ningún tiempo en aprovechar lo aprendido. En todas las enseñanzas de la brujería impera la necesidad de relacionar lo aprendido con la esfera que el estudiante ocupa en la vida; toda enseñanza ha de estar relacionada con el estado de evolución en que se encuentra el discípulo. No cometemos el error de suponer que cada uno puede aprender al mismo ritmo, o absorber conocimientos en análoga proporción, o usarlos al mismo tiempo. Por eso da tan buenos resultados la enseñanza en materia de brujería, y ha servido para mantener sus principios y sus tradiciones.

Es cierto que nuestra doctrina ha de apoyarse en un argumento filosófico, y este argumento no es otro que el dogma de la reencarnación, el gran punto de partida de la magia blanca y el ocultismo. Aparte de eso, hay esferas donde un estudiante puede despuntar mientras otros, tan inteligentes y espiritualmente evolucionados, no pueden destacar como el anterior. En mi propio grupo del New Forest, una bruja era docta en cuestiones zoológicas; otra sobresalía en temas amorosos, y cada cual se esmeraba en aquellas esferas donde se adaptaba mejor. Existe hoy la tendencia a tomar en grandes dosis la práctica de la magia en su múltiple variedad, con el consiguiente riesgo de una indigestión psíquica.

El aprendizaje nos hace pasar también por una serie muy larga de experiencias.

Hay quienes se quedan pasmados cuando les digo:

—Sí; en cierta ocasión tomé una dosis de LSD. Sí, también aspiré una chupadita de marihuana.

Era en la época en que yo disertaba sobre las ventajas e inconvenientes de las drogas. ¡Cuán absurdo es no probarlas para ver los efectos! Esta experiencia me hizo aprender que las drogas no pueden hacer nada por mí. Con ayuda de la meditación puedo remontarme a las más sublimes alturas, más fácil y eficazmente que con la ayuda de drogas. Alguien podrá preguntarme:

—¿Qué necesidad tiene usted de experimentarlo todo para sus conferencias?

Citaré el caso de un profesor de Michigan que está preparando una monografía sobre «La violencia en el escenario social de nuestros días». Hablé con él y averigüé que para este tema había ido a documentarse en las bibliotecas. Con esto y lo escuchado a unos y a otros se daba por satisfecho. Yo creo que lo mejor

hubiera sido meterse en los callejones de Newark y «vivir» la violencia en su propio ambiente. Pero no. Todo lo que conocían era el tipo de violencia a que nos tiene acostumbrados la televisión. Nadie puede considerarse una autoridad en materia alguna rehuyendo el contacto con la vida y el mundo. La misma propaganda religiosa sólo puede ser eficaz saliendo a proclamar la palabra de Dios por los caminos y encrucijadas, y no reclusándose en la soledad de una ermita. ¿Queréis ser doctor en tal o cual asunto? Procurad veros envueltos en él, y no os preocupéis del profesor.

Un niño sufre al cortarse con un cuchillo. Con esto aprende, no a esquivar un cuchillo, sino a respetar una de sus características: la aptitud de un cuchillo para cortar. Se dice que Prometeo hizo bajar fuego del cielo. Epimeteo se quemó con él, aprendiendo así a respetar una de las características del fuego. Al hacerlo, aprendió que el dolor puede ser atenuado por virtud de la máxima del amor, es decir, la compasión. De cuanto aprendió acerca del fuego y sus características, le vino a Epimeteo la idea de fundar una escuela de medicina.

Para aprender no basta adquirir conocimiento a través de la carne; el espíritu también debe aprender a través del sufrimiento y de la experiencia.

Como brujas experimentadas sabemos que nadie puede vivir completamente de acuerdo con estas máximas, pero ahí están expuestas como ideales por los cuales hay que luchar. Queremos vivir de forma que sea posible hacer de estas máximas una parte de nosotros mismos. A veces no son más que mojones jalonando la ruta kármica, pero están ahí para que nosotros paremos y nos pongamos a leer y a ponderar. Mientras más cerca estemos de armonizar con estas máximas, seremos más felices como personas, sabiendo que estamos coadyuvando al desarrollo y avance del espíritu.

Mi distinguida abuela, que parece haber reencarnado al caracterizarla yo en el *Diario de una bruja*, me enseñó a vivir dentro de las máximas de *armonía, confianza, humildad, tolerancia y estudio*. Cada una era una lección difícil y yo nunca logré dominarlas a la vez. Todavía hoy me cuesta ser tolerante, y más aún en el tema de la brujería. No tengo inconveniente en contestar millares de preguntas sobre mi arte, siempre que el que interroga esté realmente interesado en lo que diga y cómo lo diga. Pero me cansan ciertas preguntas por lo reiterativas, como las siguientes:

—¿Cómo se enteró usted de que era una bruja?

¡Como si fuera lo mismo que despertar con viruelas!

—¿Cuándo echó usted el mal de ojo por última vez?

Por lo visto el mal de ojo se puede echar así, como si tal cosa. Y por encima de todo, la más sarcástica de las preguntas.

—¿Dónde ha aparcado usted su escoba?

La armonía ha sido más fácil para mí, gracias al ambiente familiar en que me formé. Yo era el «miembro más joven» de una familia numerosa, en la que todos destacaban por su acusada personalidad y cualidades extrovertidas. Sin embargo, tal era la armonía reinante que los mejores recuerdos de mi vida son los de niña y adolescente. Frecuentemente trato de analizar el por qué de tanta felicidad, ahora que estoy en la edad madura y he visto tantos hogares rotos, mujeres agobiadas de problemas y niños idiotizados. Soy dichosa de tener una familia de la que emanan buenas vibraciones. Lo que se oye generalmente son gritos, protestas, lamentos, frases estereotipadas como «papá no me entiende» y cosas así. Jamás hubiera creído que en mi vida iba a conocer a un revolucionario, diciendo frases como esta:

—Los jóvenes nunca podrán conocer la libertad ni la dicha, hasta que hayan aprendido a aborrecer a sus padres.

Yo me considero una mujer libre, y mucho más una mujer liberada, que ha conocido algunos —aunque raros— momentos de felicidad, pero el odio a mis padres no me habría dado el pasaporte a estas dulces conquistas. Creo que lo que me ayudó fue la bendición de todas las máximas brujeriles: la armonía en mi vida familiar, la confianza con que me distinguieron mis amistades, el estudio de la vieja sabiduría heredada de mis mayores, y la humildad, al reconocer que somos universos en miniatura, relacionados con otros universos a escala individual llamados hombres. La humildad suele ser interpretada muy raramente. Muchos la toman por servilismo. Para mí es un término que abarca al mismo tiempo la grandeza y la pequeñez del ser humano.

Pero la máxima de la tolerancia se ha convertido para mí en una carga muy dura de soportar. Lo atribuyo al hecho de haber nacido bajo el signo de Escorpión, que suele hacer coléricos a sus elegidos. Reconozco que es un error dejarse llevar por la ira y no ser condescendiente, y que la táctica a seguir no es la del ataque, sino la del diálogo. Ese es mi talón de Aquiles, mi punto más vulnerable; la intolerancia. Y lo he descubierto por el sistema del autoanálisis, que forma parte de nuestros ejercicios y entrenamientos. Los aficionados a la crítica ya tienen una brecha por donde asaltarme, aunque yo puedo asegurarles que me he entregado de lleno a la

tarea de superar mi defecto. La intolerancia puede ser explicada por el dogma de la reencarnación.

Estoy convencida de que una de las lecciones más necesarias para mí, en la presente etapa encarnativa, es la de aprender a ser tolerante, para salir de esta vida con una enseñanza más, y muy provechosa por cierto. Hacer un esfuerzo para ser tolerante es fácil, pues todo depende de la voluntad. Otra cosa es sentirse tolerante. Muchos hombres se esfuerzan por imitar un modelo: el del caballero perfecto. Sólo consiguen la apariencia, el caparazón. Pero cuando este caparazón se quiebra, se pone una vez más de manifiesto su impotencia y su fragilidad.

Ser tolerante en cuestiones abstractas resulta sencillo, por ejemplo, en cuestiones religiosas. Todos los cultos tienen derecho a coexistir, sin excluir el de Vieja Religión.

Donde se pone difícil la tolerancia es en otro terreno: el de la ignorancia. Sobraban la mitad de las preguntas que me hacen en las conferencias. La gente concede a las cuestiones brujeriles una importancia secundaria. Gradualmente se va produciendo en todo el mundo un movimiento favorable a la Vieja Religión, pero persisten las mentes cerriles en los medios sociales de comunicación: prensa, radio y TV donde prevalece el concepto de brujo creado por Walt Disney, o de bruja según el modelo de Samantha... mezclado con la leyenda de Salem. A la divulgación de estos conceptos ha contribuido en gran medida la televisión, pero en esto y en otras tantas cosas, ¿puede decirse que la pantalla televisiva es fiel reflejo de lo que pasa en la vida real? Esta sola razón bastaría para relegar al olvido todas esas imágenes.

Necesito someterme a muchas pruebas, y muy rigurosas, como parte de mi lección kármica en esta vida. Para ejercitarme en la tolerancia, nada mejor que mis intervenciones en los programas de radio y televisión. En ellas tengo ocasión de ser tolerante con los puntos de vista ajenos, aunque no siempre los comprenda. Sin embargo mi tolerancia se esfuma un poco en mis giras semestrales por los Estados Unidos para promocionar mis libros, por encargo de los editores.

Sé que puedo controlarme para no dar una mala impresión, pero dentro de mí bullen unos pensamientos nada concordes con esa compostura exterior. Daría cualquier cosa por expresarlos, con todos sus pelos y señales. Yo escribo sobre temas diversos, lo mismo para la prensa diaria que para las revistas de todo el mundo, la radio y la televisión. Es corriente en los Estados Unidos —más que en Europa— cuando se acaba de editar un libro, que el autor emprenda un viaje para

atraer compradores, en los establecimientos de todas las ciudades donde esta obra se expone al público. Está comprobado que por este sistema se incrementa el volumen de ventas. Para mí es una suerte que los editores escojan mis libros con este fin entre los miles y miles que llenan escaparates y estanterías en todos los establecimientos del ramo.

«¿Por qué el mío va a ser el favorito entre tantos?», es lo primero que me pregunto al entrar en la librería. Esto quiere decir que cuando un editor desea promocionar un libro, lo hace porque reúne las condiciones necesarias para un «best-seller». Y en esto sirve de mucha ayuda la personalidad del autor.

No niego que es halagador, pero no podéis figuraros cuan abrumador resulta tener que estar viajando continuamente, e interviniendo en millares de «shows» (hasta ocho diarios) recorriendo el territorio nacional de uno a otro extremo y visitando cada día una ciudad distinta. Esta es una labor más penosa que la de escribir. Algunos autores no pueden resistir el martirio que para sus oídos supone el tintineo ininterrumpido de las cajas registradoras; se van y lo dejan. Los que acaban, lo hacen generalmente en una clínica con la cantidad del «nunca más».

Para mí, lo peor no es el inconveniente de estar lejos de casa, donde me gustaría quedarme para seguir escribiendo. Tampoco los largos y aburridos desplazamientos en avión, el defectuoso servicio en los hoteles y los trastornos que ocasionan los cambios de fechas y planes. Lo que me crispa los nervios, aunque soy lo bastante educada para no traslucirlo, son las entrevistas. En ellas se busca siempre el impacto que predisponga a la opinión, sin que antes de entrevistar al huésped se proceda a un estudio de la obra cuya venta se trata de promocionar.

Todo se ajusta al programa de mano que recibe el locutor encargado de relaciones públicas. Por tanto, lo que menos importa es que el libro trate de antigüedades, de polución, del transporte o de astrología. Rara vez me interrogan sobre la obra, con el natural esfuerzo por mi parte para identificarme con ella. Los locutores van derechos a las consabidas preguntas, con vista a un público de galería:

—¿Cómo sabe usted que es una bruja?

Sobre este punto, yo siempre les recuerdo que he escrito una autobiografía, y que aún la tienen a su disposición.

—¿Cuándo descubrió usted su poder? —¿Qué clase de magia es la que

practica?

Se necesita tener una personalidad muy bien encauzada para enfrentarse con todo un programa de brujería, y al mismo tiempo vender un libro de astrología. Menos mal que la magia nos ayuda a conocer la táctica de la oposición. El presentador tiene que ajustarse a la línea que le han trazado. Son pocos los que osan desviarse de las instrucciones transmitidas por el productor y los patrocinadores del programa. Si yo logro burlar la vigilancia del entrevistador y evitar sus tan elaboradas preguntas, al detenerse un instante para tomar aliento, entonces encuentro la ocasión de hacer mi propia publicidad.

Interesa también tener un control absoluto del programa dentro del primer minuto de la entrevista: para lograrlo, mis propios poderes mágicos son de un valor inapreciables. Ellos me indican la clase de persona con quien tengo que habérmelas.

Si tomo parte en estos «shows» es, desde luego, por imperativo de la necesidad, pues debo sobrevivir como autora de una gran variedad de libros para vender. Pero también lo hago pensando en los intereses del Estado y del sindicato, que cobran sus tarifas, en el personal que vive gracias a su empleo en algunos de los medios de comunicación social, en los productores deseosos de divulgar sus productos... Cuando yo vine a los Estados Unidos me vi obligada a rectificar ciertas opiniones. Hasta entonces no me dejaban aparecer en programas de radio o televisión sin hallarme provista de un carnet profesional, sujeto como es natural a un impuesto. De pronto me veo lanzada a este torbellino que son las giras de autor sin necesidad de carnet ni de impuestos, gracias al genio publicitario, para el cual tengo aptitudes naturales que me han proporcionado el éxito en muchos proyectos.

Cuando yo promociono un libro mío, quiero que su venta sea un éxito y esto lo hago por dos razones. Primero, por mi compromiso con el editor, que puso su confianza en el libro al publicarlo, y gastó ingentes cantidades para proporcionarme viajes en avión y alojamiento en buenos hoteles. Segundo, por consideración a mí misma, pues no necesito decir el interés que yo tengo en que mis libros sean comercialmente rentables. Sé por mi propio historial que la radio y la TV son medios de lo que toda mi vida he estado valiéndome con un enfoque profesional, y no sería difícil para mí elaborar programas entretenidos para ese gran público invisible. Si no cobro nada me beneficio, en cambio, con la venta del libro que doy a conocer. Esas ganancias son los medios de que dispongo para afrontar mis gastos anuales.

Mi mente me dice que lo he enfocado muy bien, pero dentro de mí hay una

gran intolerancia y me cuesta muchísimo controlarla. Yo estudio la máxima de la tolerancia todos los días, sé que es mi mayor debilidad, y mi destino kármico es enfrentarme con ella.

No lo tomo muy a pecho, y me conformo con gastar bromas a mis entrevistadores. Me imagino qué cara pondrían si estuvieran preguntándome acerca de un libro sobre política o sexología. ¿Derivarían la conversación hacia el terreno de la brujería, saliéndose de su lista rutinaria?

Afortunadamente, en vez de explotar con la intolerancia, prefiero tomarlo por el lado cómico. Mi destino kármico también es tener un sentido del humor. De todas, las circunstancias sé extraer conclusiones que provocan la risa. Me pongo grave y seria al contestar preguntas sobre brujería... ¡pero cuando se trata de vender un libro sobre astrología...! Tal vez aquí surge la máxima de la vida equilibrada, pues hay que guardar el equilibrio de una manera o de otra.

La indiferencia, sin embargo, no mueve tanto a la risa cuando el comentarista recibe cartas anónimas. No recibo muchas, si se tiene en cuenta que vivo en una ciudad donde abundan los exégetas de la Biblia. La mayor parte me vienen de Rochester y Detroit. Son de personas interesadísimas por la salvación de mi alma, lo cual en el fondo es de agradecer, aunque mucho más agradecería me dieran sus nombres y direcciones para poder rebatir algunos puntos. Creo que la frustración de no poder contestar es lo que ha dado lugar a mi intolerancia en estas cuestiones. Como típico ejemplo transcribo a continuación una de esas misivas:

Rochester, New York, septiembre, 1970 a Sybil Leek.

He comprado hoy una revista sólo por conocer su dirección y escribirle. No leo su contenido porque no es de Dios, sino obra de Satanás^[37]. Lea en la Biblia, capítulo 47 en Isaías, versículo 13: «Que vengan ahora, que te salven, los que hacen la carta del ciclo, y observan las estrellas, y hacen la cuenta de los meses, de lo que ha de venir sobre ti»^[38].

Le envió un par de folletos de Salvación con la esperanza de que los lea. Le envió dos porque yo no conozco a Janne Dixon ni sé su dirección, pero confío en que tendrá la amabilidad de remitirle la carta «extra» que incluyo, y estos folletos para que los lea. Ustedes dos van a la cabeza en la obra de Satanás. Si creen ustedes en Cristo, ¿por qué no le piden que descienda hoy a sus corazones? Entonces volverían a nacer y el Espíritu Santo estaría siempre con ustedes. Serán ustedes nuevas criaturas en Cristo y entonces, sólo entonces, podrán ver ustedes cómo Satanás trabaja realmente para engañar a los hombres con la brujería y la astrología. Vea lo que les pasa a quienes no piden a Cristo que descienda a sus

corazones, es decir, los que se niegan a recibirle. Lean San Juan, versículo 12, cap. 1: «No podrán ver las cosas de Dios.» Lea la Epístola a los Corintios, cap. II, v. 14: «El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios. Debe nacer de nuevo.» Lea Cor. 11., cap. 3, v. 14: «Sus entendimientos estaban velados.»

El versículo principal de la Biblia está en los Efesios, cap. 2, v. 8, donde se dice: «Pues de gracia habéis sido salvados por la fe, esto no os viene de vosotros, es don de Dios.» Le recibimos cuando le pedimos que venga a nosotros. El bautismo por sí sólo no salva ni a un niño recién nacido. ¿Cómo puede recibir a Dios un recién nacido? En los Romanos, cap. 10, v. 10 se dice que debemos recibirle con nuestros corazones y nuestras bocas. Después que aceptamos a Cristo en nuestros corazones, inmediatamente volvemos a nacer y ya para siempre. Eso es lo que importa a nuestras almas; que al morir tengamos la vida eterna. La astrología es cosa de Satanás, para gente que desconoce la Biblia. Por eso le escribo esta carta a usted y a Jeanne Dixon, para advertirles del mucho daño que están haciendo en el mundo. Están ustedes apartando al pueblo, y muy lejos, de la Biblia. El pueblo está aprendiendo más y más Astrología, pero ¿qué va a ser de sus almas y de las de ustedes? Podrán ustedes forrarse de dinero en este mundo, pero, ¿es honrado el trabajo que hacen? ¿Es digno de recompensa? Son muchos los engañados por Satanás, como ya pasa en muchas Iglesias; vean la católica, cuyos fieles creen en la Madre María en vez de Cristo, y las Iglesias liberales, en las que no se enseña a la gente que debe aceptar a Cristo y nacer de nuevo, a fin de salvarse y hacer en este mundo cosas meritorias, en vez de honrar a Satanás.

¿Hace el favor de entregar esta otra carta a Jeanne Dixon? Ignoro su dirección. Espero que el Espíritu Santo esté con las dos y que hoy mismo pedirá usted a Cristo que venga a su corazón. No le costará más que un segundo, y créame, si realmente cree en Cristo, Él vendrá a su corazón y el Espíritu Santo la ayudará a comprender lo que yo trato de explicarle en esta carta.

Gracias^[39].

Sí, yo soy intolerante con cartas como ésta. Su premisa es que yo no leo la Biblia, y esa premisa es falsa, porque la he leído, como he leído todos los textos sagrados y los tratados filosóficos más importantes de todo el mundo. Pero si es mucha mi intolerancia, aún mayor es la de esta carta, cuyo autor da a entender que la Iglesia Católica ha caído en las redes tendidas por Satanás.

Ya voy acostumbrándome al «trágala» de otras religiones. Cuando subimos a la cúpula del observatorio astronómico oímos pronunciar una invocación, al estilo cristiano. Ya nada me extraña, ni que en las bandejas de la Continental Airlines me sirvan el almuerzo con una plegaria inscrita en ellas, de carácter cristiano también.

¿Podría yo hacer semejantes imposiciones a otras personas, con fórmulas de mi religión? Seguro que no, por la sencilla razón de que la brujería no es para todos. Los que profesen la Vieja Religión tendrán que hacerlo por su libre elección, sin amenazas ni coacciones para aceptarla. Estoy acostumbrada a pasar cientos de noches en habitaciones hoteleras, sabiendo que sobre la cómoda acecha la Biblia de Gedeón. Me maravilla el coste que eso supone, como me maravilla que ese libro sagrado sea el más celebrado de los «best-sellers».

Comprendo que todo el mundo tiene derecho a hacer esas cosas, si la intención es complacer al público. Mas yo tengo también mi libre voluntad, y en uso de ella las puedo aceptar o rechazar. Nada hay tan desagradable, sin embargo, como una carta anónima, y en esta clase de intromisiones no estoy preparada ni para actuar conforme a razón. Creo innecesario y presuntuoso invadir de manera la intimidad de los demás. Está visto: mi carga, la que he de soportar en esta vida, es la intolerancia. Más aún: he de resignarme a no esperar tolerancia de los otros en tanto no haya aprendido yo misma a tenerla.

Ese es mi defecto y estoy resuelta a hacer algo para corregirme en los años que me queden para cumplir mi destino en el karma.

Ahí están esas máximas que deben ser asimiladas por todos, se hayan o no iniciado en el círculo de la brujería. Muchas de ellas forman parte de otras religiones. En los ejercicios de la nuestra hay muchos ritos que están vinculados a las máximas, y muchos secretos de tipo esotérico, que rara vez trascienden a quienes no están iniciados en esta fe.

REENCARNACIÓN

Al hacerme mayor, he comprendido perfectamente que el dogma de la reencarnación es la parte más esencial y la que da más sentido a la Vieja Religión. Desde entonces no he dudado en hacer esta afirmación. Nosotros, los brujos, creemos que el espíritu que habita en un cuerpo humano emigra a otros hasta que, adquirida la suficiente experiencia, se eleva al infinito por la espiral del cosmos. Nosotros no creemos en la resurrección, porque el cuerpo es el vehículo del espíritu, igual que el cerebro es el órgano de la mente. El cuerpo es la parte funcional, física y tangible del hombre, que permite a otra parte —el espíritu— igualmente funcional, mas totalmente intangible, ser parte de las tres áreas (cuerpo, mente y espíritu) del hombre completo. En la enseñanza de las máximas va implícita la idea de que el hombre es un compuesto de esas tres partes separadas, que en él se funden para darle sus dimensiones.

La mente sirve al hombre para pensar y, en grados variables, para razonar. Parece lógico suponer que el que razona es capaz de obrar racionalmente. Sin embargo, el razonamiento humano puede verse influido diversamente en sus consecuencias por multitud de factores —sociales, culturales, etc.— que pueden hallarse dentro o lejos de su ambiente habitual. En pocas palabras: la mente puede ser utilizada por toda persona que tiene un cerebro funcionando, pero puede asimismo ser utilizada por otros. El espíritu también es parte intangible, pero menos sensible a agentes externos. Habita un cuerpo humano, algo así como el generador en un coche, por un período limitado —la vida— y durante este tiempo atraviesa una serie de experiencias. Es una fuerza pulsante que cede y recibe a la vez, algo así como la exhalación y la inhalación. Si pudiera verse el espíritu, igual que vemos el generador y cargador de la batería, podríamos ver cómo él se recarga también a base de las experiencias vividas. Sobre la mente se ha escrito mucho. Hay quien sostiene que es ella la que sobrevive después de la muerte, pero esta teoría parece perder relevancia cuando se estudian las implicaciones de la reencarnación del espíritu.

La evolución espiritual del hombre es para nosotros tan importante como la física, pero desgraciadamente, la mayor parte de los hombres no dedica a lo

espiritual ni la mitad de la atención que dedica a lo físico. No cesamos de buscar medios para perfeccionar el cuerpo, como ejercicios, cosméticos, etc., pero el espíritu, la fuerza cohesiva que une mente y cuerpo, lo dejamos que cuide de sí mismo. Claro que, en definitiva, cada uno sabe lo que tiene que hacer con su espíritu y es muy dueño de hacerlo, sin que nadie le imponga su voluntad ni sus teorías. Lo cierto es que en la degradación humana, el más bajo nivel es aquel al que se llega cuando «se mata el espíritu». ¡Cuánta gente regresó de los campos de prisioneros habiendo sufrido innumerables torturas físicas! Pero sólo cuando es torturado el espíritu nos damos cuenta del último y más grande de los horrores: el temor al vacío, la idea de que, al no haber esperanza en la vida, la muerte es también algo fútil.

Para los brujos la muerte no tiene ningún sentido macabro, pues al creer en la reencarnación, aquélla adquiere ante nosotros una importancia similar a la vida. Lo que se siembra en la vida puede recogerse, a menudo con beneficio.

En nuestra actual civilización celebramos el nacimiento como si por primera vez lo descubriéramos. No hay ningún daño en esto, porque la vida es una maravillosa y constante renovación, y bueno es que lo reconozcamos. No olvidemos, sin embargo, que lo asombroso, lo grande, es el comienzo de una vida, el nacimiento de una nueva vida, no la idea de dos seres humanos reproduciendo un niño. El auténtico sentido del nacimiento puede ser falseado en ciertas familias por otras consideraciones, al asociarlo con la continuidad de un apellido, la dotación de una herencia o el mantenimiento de una tradición. Me refiero concretamente a los padres que ven al recién nacido como una prolongación del propio «yo». No se dan cuenta de que esa diminuta masa física tiene dentro un espíritu, el cual tratará de manifestarse más allá de los límites que nuestro propio egoísmo le impone. Vino al mundo porque a su espíritu le había llegado la hora de conocer otra serie de experiencias purificadoras. El espíritu no muere nunca. ¿Cómo puede uno decir que ha nacido? Lo que nace es el vehículo escogido por el espíritu para habitarlo durante otra etapa vital en la Tierra.

El nacimiento y la muerte son misterios a cual más insondables, pero el que más preocupa en sociedades al borde de la decadencia, como muy pronto va a serlo la nuestra, es el de la muerte. El viaje del hombre fuera de la vida atrae más la atención que el comienzo de ésta. Yo estuve un tiempo obsesionada al pensar en la muerte como el final de todo. Y sin embargo, el cuerpo no es ni más ni menos que una envoltura de la que nos desprendemos cuando ya no nos sirve. Al morir cambiamos de cuerpo como quien cambia de camisa o chaleco. Eso es todo.

Cuando llegamos a la crítica etapa de la vejez, es cuando empezamos a vivir el drama de la muerte. Nos lamentamos, nos sentimos apabullados y acabaríamos mal si no existiera una filosofía o modo de enfocar la vida al que acogernos.

Comprendo el dolor que ocasiona la pérdida de un ser querido, porque yo misma lo he pasado, pero no puedo comprender cómo hay gente profundamente religiosa que ve en la muerte el mayor y más irreparable de todos los males. Ya es tiempo de que todas las religiones ajusten su dogmática a unos principios, o normas, que permitan al hombre seguir resueltamente la marcha hacia su propio destino. Cuando una persona está sufriendo por la pérdida del ser amado, no hay mayor afrenta que privarle del consuelo que necesita. Y ¿qué mayor consuelo en esos instantes que la fe en la reencarnación? Para el que teme el «más allá», ¿qué mayor esperanza, en lugar de espantarlo con las penas del infierno, o una definitiva condenación?

En el dogma de la reencarnación no se admiten los castigos divinos, pero sabemos que los errores cometidos pueden servirnos a modo de escalones hacia un nivel moral superior. La meta no es un castigo en esta vida o en otra posterior, sino el acatamiento y puesta en marcha de las leyes universales basadas en la causa y el efecto. Si nosotros hemos hecho una cosa que sea errónea o inadmisible, es lógico pensar que las causas que dieron lugar a esta situación han producido determinados efectos. Conociendo estos últimos es como nos damos cuenta del mal que hemos hecho, lo cual nos estimula a reflexionar y a enmendar ese error. A través de sucesivas encarnaciones vamos relacionando las causas con sus efectos. En mi copiosa correspondencia no faltan cartas, como la que reproducimos a continuación, en la que se expresa el derecho del hombre a ser libre, así como la relación de causas a efectos. Casi todas las consultas son acerca del amor y sus fracasos. He aquí una muestra:

«Me casé porque estaba cansada de vivir en casa y quería alejarme. También me salía más barata la vida compartida entre dos. No estaba enamorada, pero creía que el enamoramiento vendría después. Ahora mi marido me pega, se va con otras mujeres, me deja, se lleva todo el dinero, abandona a los niños y quiere echarme del hogar.»

Aquí tenéis una persona lamentándose de los efectos, por unas causas que sólo su voluntad libre ha podido crear. Quiere eludir los resultados de unos deseos que ella antepuso a las necesidades de tipo espiritual.

Tal es la ley de causa y efecto operando a un nivel muy simple e intrascendente, aunque puede adquirir mayores y más dramáticas proporciones, incluso a nivel nacional.

Al estudiar la voluntad libre y las leyes de causa y efecto debemos comprender también el sentido del vocablo «karma». Viene del sánscrito, antiquísima lengua india, y significa «acción». La traducción es muy simple, porque esta palabra expresa bastante más. La han adoptado en Filosofía para explicar los problemas vitales de mayor magnitud. Como seguidores del Wicca, en ella vemos el fundamento de todas las leyes naturales. La ley del karma implica que todo acto es uno e indivisible, que la vida tiene una finalidad y que esta finalidad debe ser coherente con ella. Sin embargo, aún queda un vacío por llenar. Figuraos una señora que ha perdido un hijo en el Vietnam. ¿Cómo convencerla de que la vida tiene un fin justo y coherente? Eso es imposible si lo relacionamos con el momento actual de la muerte, pero es posible explicarlo cuando de ahí se deriva una filosofía o forma de vivir.

Cada vez que ocurre en el mundo alguna catástrofe, o una desgracia en el seno de alguna familia, el hombre es el primero en clamar contra esa «injusticia». Pero ¿es que nosotros practicamos la justicia? Parece que en los tiempos actuales la vida no tiene ningún significado moral, lo cual puede sumirnos en una situación anárquica, por faltarnos una religión o una filosofía que nos sostenga. No faltan, desde luego, falsos profetas que prometen «un buen bocado» en el cielo a todo aquel que siga un tipo especial de «buena vida».

Mientras los profetas siguen vociferando en su apartado rincón, distintos grupos sociales se afanan en adaptar el contenido de esas profecías al ingenioso mecanismo de las revoluciones técnicas: fabricar, vender más, dar todo lo que se quiera pagando en cómodos plazos e hinchar el globo inflacionista a base de créditos. ¿Qué más? Armar conflictos bélicos en países distantes, no en nuestra inmediata vecindad, a fin de ayudar a la situación económica del país. Luego frenar y tomar aliento al ver que esa guerra necesita una explicación.

De pronto millones de personas empiezan a recelar. Entonces la ley de Moisés, en cuyos mandamientos está basada la religión cristiana, ¿qué valor y qué significación tiene? ¿Cómo reconciliar el mandamiento de amar al prójimo como a ti mismo con el temor de que te acecha un enemigo a la sombra? Tal vez ni lo conoces siquiera, pero si no dispara él primero tendrás que hacerlo tú. De la época en que estudiabas el catecismo, recordarás un precepto que dice: «No matarás.» Pero tú sabes que matar está permitido en ciertas ocasiones, y ahora te enfrentas con el

angustioso problema de cómo, cuándo y por qué puede privarse a otra persona del derecho a la vida.

Pasemos ahora al mandamiento que dice: «No cometerás adulterio.» En ciertos países, sobre todo en las cámaras legislativas, se está discutiendo la cuestión del divorcio. El alegato más corriente para obtenerlo es el adulterio del otro cónyuge.

Posteriormente se han admitido otras razones, mas la anterior es la que goza de prioridad.

La máxima citada se va convirtiendo en letra muerta, a poco que consultemos las cifras estadísticas sobre el divorcio en todos los países.

Por eso el hombre tiene que estar seguro de sus actos, y de que la causa y efecto, el karma y la reencarnación, no son palabras vacías.

En brujería tratamos de combinar la teoría especulativa con la realidad positiva. Sólo así obtenemos un equilibrio en la vida individual. Quien acepta la ley kármica asume conscientemente una responsabilidad frente a la vida, empezando por la responsabilidad de poner en orden su propia vida. Partiendo de este punto podemos ser también copartícipes con otras personas.

Conviene no confundir responsabilidad con atribución de funciones. Esto sucede cuando uno cree que puede gobernar la vida de otra persona y someterla a su voluntad. Es la postura que asumen los dictadores. Una madre asume la responsabilidad de cuidar a su hijo recién nacido. Le alimentará y atenderá a sus necesidades porque, a tan tierna edad, las atenciones físicas —alimento, calor, limpieza— son mucho más imprescindibles que el puro amor sentimental. Este último se manifiesta con posterioridad, cuando realmente constituye una necesidad para el niño. Pero si la madre sigue dándole de comer y vistiéndole cuando este niño se convierte en adulto —y me consta que muchas lo hacen— entonces está privando a ese niño, o a ese hombre, del derecho a cometer sus propios errores en esta vida para sacarles provecho después. La responsabilidad es como el poder; podemos asumir una y otro tácticamente, mas su aceptación no comporta mérito alguno mientras no se oriente a un solo y supremo objetivo, que es el amor. El poder es tan necesario en la vida de una persona como la aceptación de responsabilidad. Y para comprenderlos hay que pasar por las pruebas de la impotencia y de la frustración.

Cree mucha gente que esa «frustración» nos viene impuesta de fuera; que la vida está pendiente de numerosas jugadas —o jugarretas— que nos hace el destino, en las cuales el más insignificante de los errores está sujeto indefectiblemente a una sanción. Una cosa son las leyes espirituales y otra las leyes humanas punitivas. El dogma de la reencarnación no se refiere para nada a castigos ni penas por nuestras acciones. Los errores que el hombre comete no los purga, sino que va corrigiéndolos en sucesivas encarnaciones. Una vida aislada, sin negar su importancia, no es más que un simple eslabón en una cadena de experiencias, de múltiples vidas. Nosotros, espíritus inmortales, hemos estado alojándonos en numerosos cuerpos, ejecutando acciones e incurriendo en responsabilidades mucho antes de haber nacido en la etapa actual. La experiencia, agradable o desagradable, no viene como premio ni como castigo sino como simple expresión de lo que es la vida y lo que son nuestros actos.

Lo que un individuo da de sí, eso recoge. Todo lo que un hombre es, necesita serlo. El potencial humano lo adquiere el espíritu a través de sucesivas experiencias y esfuerzos. Si ha de tener alguna recompensa, será su propia vida. Es así como se convierte en un ser dueño de su destino y consciente de sus propias acciones.

Si, como otras religiones admiten, existe un plan en nuestras vidas, el autor de este plan no es el azar sino una mente superior que todo lo ordena. Estamos tocando un punto que podríamos llamar culminante en las explicaciones del dogma reencarnado. Vamos a completar el cierre de un círculo.

La vida para toda bruja es una magna experiencia a la que aporta cada cual su granito de arena. Formamos parte de un mundo material donde es preciso funcionar a todo nivel de la mente, del cuerpo y del espíritu. No podemos desertar de este mundo, renunciar a una experiencia que siempre nos parecerá escasa. Esa ansia de aumentar nuestras experiencias forma parte del karma, con todas las críticas que nuestra actitud puede ocasionar y de hecho ocasiona. Mas si aceptamos y tenemos en cuenta todas las máximas de la brujería, viviendo conforme a ellas, se inicia un proceso purificador gracias al cual la vida mana continuamente con la mayor fluidez, y cada vez nos encontramos más lejos de lo que se ha venido llamando lo malo, o el mal. Nosotras sostenemos que el mal debe estar al margen de la conciencia de todo hombre; y por eso, aunque siempre nos llena de alegría pasar de una a otra experiencia, al haber experimentado también los beneficios de esas corrientes purificadoras el mal no atrae en absoluto nuestra atención.

Durante una entrevista en el programa «Contact» de la TV surgió el asunto de las experiencias y los aspectos *negativos que algunas podían revestir*. Contesté que

en lo referente a mí, era posible haber sufrido experiencias negativas en pasadas encarnaciones, y que mucha gente menos evolucionada que yo estaría pasando su propio karma de experiencias también negativas en la época actual. Ahora bien, nada puede decirse en definitiva, pues el resultado final lo dará esta vida añadida a otras vidas, también mías, que aún quedan por analizar. Por ejemplo, mi amigo el presentador me preguntó:

—¿Cree usted haber pasado por la experiencia de ser una asesina?

—En esta vida no, desde luego —fue mi respuesta—. Me consta que he evolucionado mucho, y he dejado muy atrás la idea de cometer un crimen. No niego la posibilidad que lo hubiera hecho en una encarnación muy anterior. Lo mismo puedo admitir que en otra encarnación puedo haber sido la víctima. Si aceptamos la lógica, debemos aceptarla sin ninguna clase de restricciones.

A mis años la vida no es más que antesala o portal de la muerte, sin atribuir a la muerte una significación macabra o morbosa, ni ver en ella una terrible y sombría experiencia. Es una idea en la que ponemos demasiada imaginación. Sin embargo, aplicando la lógica, también podríamos fantasear, y no poco, sobre la contrapartida de la muerte que es el nacimiento.

La venida al mundo es una experiencia que el niño no recuerda conscientemente. Andando el tiempo va fijándose, y retiene en la memoria, algunas escenas de su infancia, el ambiente más o menos armonioso, las sensaciones físicas y emocionales, incluso las primeras nociones de disciplina que le fueron inculcadas. Su cuerpo debe pasar por distintas vicisitudes hasta alcanzar pleno desarrollo en la edad adulta. El espíritu, por su parte, no sólo necesita el cuerpo como base física sino también una independencia total, a fin de madurar y aprovechar las experiencias de la presente encarnación. Lo mismo que se corta el cordón umbilical para iniciar una vida física separada, debe cortarse también un segundo cordón, invisible, cuando el espíritu está dispuesto a expansionarse en uso de esa independencia o libertad a que antes hacíamos alusión.

El niño recién nacido es un peregrino espiritual. Se aloja en un cuerpo que pasa a la custodia de dos seres humanos, cuya fusión física puso en marcha el mecanismo que dio lugar al alumbramiento. Por el cuerpo del niño fluyen dos corrientes de energía, lo mismo que fluyen dos corrientes de energía para generar la electricidad. Lo que se hace con la energía del niño es cuestión a estudiar aparte. Se trata de un ser humano especial, que de una manera propia e inimitable manifiesta la facultad que tienen la energía y la materia de operar cambios. El portal de la vida

está abierto. Por el sendero de las experiencias kármicas, el espíritu recién nacido, revestido de un cuerpo físico, se abre camino a través de los eternos pasadizos de luz y sombra... hacia la puerta de la muerte, donde el cuerpo cansado puede cambiarse por un modelo puesto al día en que alojar la luminosa, centelleante, indestructible fuerza purificadora del espíritu.

El hombre no puede reconciliarse con la muerte si piensa en ella como el final. Durante milenios ha estado buscando los medios de inmortalizarse; el primer atributo que reconoce a su dios es el de ser inmortal.

Mientras tanto, a través de sucesivas pruebas y errores, y también de éxitos, persigue su propio estado de inmortalidad. Las brujas hemos descubierto hace tiempo una cosa. La única inmortalidad que el hombre tiene es una que frecuentemente olvida o prefiere ignorar. Cada persona forma parte de un todo que es el espíritu divino. Dentro tiene a su dios, por ser parte de ese dios, y participa por consiguiente de su inmortalidad. Lo que se ha estado buscando siempre fuera del hombre es algo que el hombre siempre lleva consigo. ¿Por qué no comunicarse con el dios interior, y no valerse de imágenes y otros conceptos físicos de la divinidad?

La aceptación de cualquier religión o credo parte de un acto de fe. El poeta indio Tagore lo ha expresado en uno de los más bellos y concisos de todos los poemas:

*La fe esperando en el corazón de una semilla,
promete un milagro de vida que no puede probar.*

Lo que ha sostenido al hombre en todas las fases de la historia ha sido esta fe en el milagro, en un hecho imposible de probar, por lo menos de un modo aceptable a la ciencia.

En lo más íntimo de su ser, el hombre percibe que no es sólo carne y sangre, que no es un animal cuya vida sólo tiene por objeto comer, dormir y reproducirse.

—¿Qué soy yo dentro de este cuerpo? —se está preguntando constantemente.

Y va a consultar al psicólogo, porque alguien le ha dicho que en esta generación, el psicólogo es un doctor en brujería capaz de dar respuesta mágica a aquella angustiosa pregunta.

Y siguen las preguntas:

—¿Puede haber una existencia ininterrumpida? ¿Podré tenerla yo? ¿Podrán tenerla esas personas que me rodean, cuya presencia provoca en mí efusivas emociones? ¿La tendrán esos seres queridos cuya pérdida yo no sabría soportar?

El verdadero sentido de esas preguntas se esconde en las profundidades del subconsciente; en él hallamos las adecuadas respuestas.

El hombre se conoce lo suficiente para saber que es algo más que un cuerpo. Por eso debe inquirir sobre el misterio de su existencia.

Antiguas teorías sostienen que el espíritu existe antes del nacimiento y continúa existiendo después de la muerte, así como la idea de que el hombre está embarcado en una expedición evolucionaria, lo cual requiere una pluralidad de vidas... y que debe pasar frecuentemente por las puertas del nacimiento y la muerte.

Es también el clásico ejemplo que ilustra el dogma de una vida después de la muerte, común a todas las religiones. En un mundo que cree tantas cosas juzgando por su apariencia exterior, no faltan quienes exijan pruebas fehacientes de la reencarnación. ¿Pide alguien una demostración de que Cristo fue realmente enterrado en la cavidad de una roca, de donde salió con vida para ascender a los cielos y ser absorbido de nuevo en el Espíritu de su Padre? Ésta es, sin duda, la más hermosa de cuantas descripciones se han hecho de un espíritu que deja el cuerpo para ser reabsorbido en el Todo.

Estamos entrando en una era distinta, en que los hombres de ciencia tendrán mucho que hablar. Poco a poco, ya van aceptando como positivas las pruebas de la reencarnación, pues cada vez es mayor la evidencia empírica de que reviven memorias de tiempos anteriores. Lo que necesitamos son investigadores que actúen en equipo, a ser posible reclutados entre los mismos escépticos. Así su testimonio constituirá una mayor garantía. Dentro de diez años, y a base de este descubrimiento, empezarán a llover las preguntas y habrá que contestarlas.

Si el presupuesto nacional tiene consignadas ingentes sumas para la investigación espacial y los viajes interplanetarios, ¿por qué no reservar alguna partida al examen científico de la reencarnación? Al fin y al cabo nuestras vidas individuales son parte del experimento, y la forma como estas vidas separadas se agrupan en los grandes acontecimientos universales, será una cuestión de

importancia a nivel nacional incluso antes que finalice el presente siglo.

El dogma de la reencarnación es de suma importancia para nuestra fe, aunque no aceptamos la doctrina oriental de que el hombre se puede reencarnar en un ser inferior. Si yo soy contraria a que se maten las moscas, es por respeto a las fuerzas vitales que portan tales insectos, no por temor a que yo pueda reencarnarme algún día en una mosca. Porque al evolucionar ya se entiende que nos perfeccionamos, pasando de peor a mejor y no a la inversa.

El tema de la reencarnación es muy discutible, mas si se eleva a la categoría de dogma, tal como se expone en el contexto de este libro mío, la bruja que se precie de serlo debe admitirlo sin discusión. Yo no concibo que una bruja haga declaraciones a los periódicos declarándose adicta a la religión diánica y al mismo tiempo negando su fe en la reencarnación. Es como si un católico, declarándose hijo fiel de la Iglesia, se negase a aceptar al Papa, o un cristiano profesara su adhesión al cristianismo negando la existencia de Cristo.

Pedro, el apóstol que negó tres veces a Cristo en un momento de apuro, más que traición dio muestras de debilidad. Lo frágil de su humanidad fue reconocido por un Maestro que poseía las virtudes de un amor inmenso, indulgente. La bruja que niega la reencarnación no da muestras ni de humana fragilidad ni de traición, sino de una absoluta carencia de sentido. De la misma manera, una bruja «moderna» puede —porque nadie lo impide— pertenecer a las escuelas bastardas del «neo-vudú» u otros cultos de reciente invención, de esos que toman un poquito de filosofía de aquí y otro poquito de allá. De generalizarse esta práctica, día vendrá en que los Estados Unidos se hallarán bajo la férula de una religión similar a la que prospera en Cuba, mezcla de intriga política, magia negra y ritual católico donde se funden las ansias de poder con toda clase de vanidades humanas.

Para hacer frente a esa presión, nosotros, los brujos de viejo estilo, presentamos un frente unido contra la invasión de factores subversivos en el reino esotérico de nuestras vidas. Sabremos detenerla y no nos faltarán medios, como no nos faltaron en tiempos más difíciles. Hubo una época en que profesábamos libremente nuestra religión, y luego nos tuvimos que convertir en sociedad secreta; ahora no pertenecemos a ninguna de esas categorías, y es obvio que debemos estar preparados para el cambio y la acción, recordando que la voz «karma» (nuestro paso por la vida) también significa acción.

Nosotros, los humanos, existiremos siempre, pero sólo como gente de la que el universo tiene una necesidad a la hora de nuestras encarnaciones. Creo que

cuando la fuerza universal necesita que un espíritu penetre en un cuerpo, el espíritu puede abandonar el plano donde ha estado perfeccionándose, para salir en busca de más experiencias.

Aunque en nuestra religión no rezamos, porque el contacto con el universo se obtiene por meditaciones y ritos, parece natural que ciertas palabras sean reiteradas en nuestras mentes... ¿Qué cosa más natural que decir «gracias» por cualquier beneficio? Por mi parte, me encuentro muchas veces dando las gracias silenciosamente a la fuerza universal, que puede hacernos crecer sin nuestro conocimiento, respirar mientras dormimos y funcionar por medio de nuestras mentes, cuerpos y espíritus.

10

TÚ, EL ALQUIMISTA

Cuando la gente habla de un Ser Divino, la Fuerza Creadora, la Mente Universal, hay muchos que quieren representar estos conceptos bajo la forma de un dios tangible. Esto es difícil en nuestra religión, porque no rinde culto a las imágenes. El hombre de todas las épocas, consciente de un Ser superior a él, siempre ha querido idealizarlo y hacerle una efigie digna de su adoración. De tales deseos surgieron las primeras aventuras en el camino del arte.

Hay quienes creen que ese Ser Divino es pura invención; otros lo tienen por un ser ocioso que no se preocupa por los mortales. Para éstos la vida carece en absoluto de sentido. Nosotros sí creemos en un Ser Divino y en un plan para el mundo, pero no en un dios que tomó forma humana y anduvo por la tierra. Tampoco podemos imaginarnos un dios vengador que castiga el mal lo mismo que premia el bien. Creemos que el Ser Divino, por serlo, cuida de nosotros los hombres por virtud de esa cualidad, también divina, que brilla en nuestro interior y llamamos espíritu.

Vamos a analizar ahora todas estas teorías, y ver cómo pueden ser evaluadas.

Si no hay dioses, ¿a qué seguirlos?

Si hay dioses, pero no se interesan por nada, volvemos a preguntar: ¿a qué seguirlos?

Supongamos que existen y cuidan de las cosas pero sólo por ellos, no por nosotros los hombres. ¿Cómo entonces podemos pedirles ayuda y tener la esperanza de conseguirla?

Nuestra doctrina es que los dioses existen y ayudan al hombre, a los seguidores de la Vieja Religión, y que podemos darnos cuenta de su presencia y participar de su mismo poder. Si no existiese una afinidad perfecta entre los dioses, el hombre y la tierra, ¿cómo podrían los seres vivos nacer, madurar y morir? ¿Cómo podrían las cosechas aparecer en su estación? ¿Cómo además, en el creciente y

menguante de la luna, en la salida y la puesta del sol, vemos que todas las cosas de la tierra experimentan mutaciones? Si aceptamos el punto de vista científico, según el cual todas las cosas del universo están sujetas a leyes, tampoco podemos negar que esas leyes deben de partir de alguien. La Tierra no ha sido lanzada al azar para que esté rodando continuamente. Tampoco es obra de la casualidad que nosotros, hombres y mujeres, tengamos nuestro puesto en la Tierra.

Si las cosas vivientes de la Tierra y nuestros cuerpos forman un conjunto, y tenemos afinidad con la Tierra, no podemos desechar el espíritu como desconectado con todo ello.

Nosotros apreciamos la naturaleza lo mismo que las leyes naturales, pues constituyen la médula de nuestra religión. Creemos que el Ser Divino es la Fuerza Creadora que hizo todas las cosas. De ella emanan dos fuentes de energía, una que produce las cosas tangibles y otra, que es causa o motivación de todo lo intangible. Es el gran poder del que nosotros participamos. Así arranca la idea de una religión naturalista, en la que todas las cosas forman parte de un todo. Cada persona es en sí misma un universo pequeño y, como tal, está sujeto a unas leyes básicas. La filosofía que se introduce en cada religión es una norma de vida y tiene siempre su foco en un punto central, que en nuestro caso es la naturaleza. La norma elemental de nuestra religión es mantener criterios exactos respecto a los dioses, viéndolos como seres que existen y gobiernan todo el universo, con justicia y orden. Nosotros jamás culpamos a los dioses de errores ni desgracias, ni siquiera de obrar negligentemente. Nosotros calificamos de buenas o malas aquellas cosas que están dentro de nuestro alcance y no aplicamos tal calificación a las cosas que están lejos de nuestro poder. Porque si pensamos que algo ajeno a nuestro poder es bueno o malo, y no consumamos un deseo, o caemos en una situación que no hemos querido, sería necesario culpar a quienes imaginamos causantes de esos fracasos. De esta manera podríamos culpar a otros, y en nuestra acusación llegar hasta el punto de odiarlos. Al hacerlo quebrantaríamos una ley universal.

Somos como arañas que tejen su tela. Si seguimos una fórmula basada en la ley natural, la tela será firme y resistente y no se caerá. Si cometemos errores, es porque nosotros olvidamos o ignoramos la fórmula básica. Nadie más que nosotros mismos tiene la culpa de nuestra desgracia, de nuestra frustración o de cualquier clase de fracaso. La causa de nuestro fallo debemos siempre buscarla en nosotros mismos. Ahora la gente se preocupa de profundizar en el campo tecnológico. ¿Por qué no hacerlo en nuestra propia psiquis? Luego se quejan de que nadie les ama, de que les tratan injustamente, de que les olvidan. ¡Menos quejas, y deteneos un poco a pensar a qué error *vuestro*, a qué *dejadez*, se deben esos males de que os lamentáis!

Seguramente hubo un momento decisivo en vuestra vida que no supisteis aprovechar.

No hay razón para culpar a los dioses de nuestros errores. A mí me causa dolor oír a alguien —no de mi religión, por supuesto— decir que Dios le ha perjudicado y preguntarle por qué.

¿Qué pensamiento filosófico puede llenar el vacío creado por ese grito terrible, ese grito acusador, ese sentimiento de total repulsa a un dios vengador? No es posible encontrar deleite ni consuelo en quien pensáis que os ha ofendido, sea un semejante, sea un dios.

Al nivel de los propios mortales, vemos cabezas de familia enojados porque los ingresos no cubren las necesidades, y se ponen a maldecir a la divinidad. Lo mismo podemos decir de agricultores a quienes se han malogrado las cosechas, navegantes que son sorprendidos por la tempestad, comerciantes cuyos negocios van mal, maridos cuyas mujeres parecen incapaces de amar. Sin embargo, estas cosas debieron ser previstas. Acaso perseguíamos falsos ideales, no preveíamos los acontecimientos, tal vez olvidábamos o despreciábamos las leyes universales.

Toda energía le viene al hombre del Ser Divino. El cuerpo es vehículo del espíritu. Lo mismo que la luz se filtra por un cristal empañado, así la pureza de esa fuerza es cambiada por las emociones y por el metabolismo del cuerpo.

Una vez que habéis tomado vuestra decisión en el curso de los acontecimientos, os hacéis alquimistas de vosotros mismos. Esa energía podéis reencauzarla por distintos canales, para bien o para mal, según vuestras intenciones. Esa alquimia que llevamos dentro es causante de la distorsión de hechos a todos los niveles, y más notoriamente al distinguir entre brujería (la Vieja Religión) y la magia negra. La fuente de energía, insistimos, es la misma, sea empleada para la magia ritual de la Vieja Religión, sea malgastada en la magia dramática del «vudú» y en las prácticas malignas. El punto cambiante está en la intención, y ésta consiste en nuestra libre voluntad. Llega un punto crucial en nuestra vida, en el cual hacemos nuestra elección. Como alquimistas, elaboramos nuestro bien o nuestro mal.

Reencarnación, desarrollo espiritual, relación de proximidad a las leyes naturales y a la divinidad, son los factores determinantes de nuestra responsabilidad frente al bien y al mal. Todos los seres proceden del Ser Divino. Nosotros, como hombres, participamos de la naturaleza divina. Por virtud de esta

participación existe una comunicación entre el hombre, la deidad y todos los seres vivientes en el reino de la naturaleza. El hombre en su estado actual, dada su imperfección, no puede comunicarse directamente con la divinidad. Uno y otra ocupan niveles de existencia demasiado distantes entre sí. Sin embargo, a modo de intermediarios existen unos seres que nosotros llamamos adeptos, o ángeles custodios, si lo preferís, por seguir una fe más ortodoxa que la brujería. En los dominios de la brujería existen medios (ritos, invocaciones, encantamientos) para que puedan comunicarse los hombres con los espíritus, seres que ocupan un plano inferior respecto a la divinidad. Lo mismo se prevé en los dominios del «vudú» y demás religiones ocultas que tienen su lado positivo y negativo, y reconocen que el poder oculto es una fuerza neutral, la cual puede ser conscientemente encauzada de una manera o de otra por la alquimia humana.

En la naturaleza vemos un eterno proceso de nacimiento, muerte y reencarnación. Nuestros espíritus nacen y renacen bajo formas carnales, hasta que, gracias a la experiencia, adquieren conocimiento y sabiduría en tal grado, que logran elevarse al nivel superior.

La idea de la reencarnación del espíritu humano es antigua, pero hoy parece un descubrimiento. Y es que el hombre está resuelto a penetrar en las más profundas regiones del subconsciente. En el hombre primitivo no cabía la idea de un espíritu, pues su única preocupación era la de sobrevivir, librando la vida de cuantos peligros le acechaban. Pero aunque los hombres estuvieran pendientes de sus cuerpos, había principios religiosos y filosóficos en muchas tribus primitivas, los cuales les hicieron pensar que, por virtud de un procedimiento mágico, sus cuerpos podían volver a reunirse con los suyos después de muertos. El hombre sencillo no podía comprenderlo, pero le bastaba con oírlo por boca de sus sacerdotisas, a quienes tenían por una autoridad en esta materia. Sus palabras debían ser respetadas por ser intérpretes de las bocas divinas. Más tarde nació la creencia de que los espíritus de los grandes cazadores y jefes podían volver a ocupar otros cuerpos en sus mismas tribus. Posteriormente desaparecieron esas limitaciones tribales al retorno de los espíritus. El hombre siempre ha creído que una parte de su ser es indestructible; esta idea es tan antigua como la misma Humanidad, y ha tenido variaciones más o menos ligeras en el transcurso del tiempo, pero la creencia en la reencarnación ha existido en todas las religiones. ¡Y ahora la gente se comporta cual si la hubiéramos descubierto! Nuestros conceptos de la indestructibilidad del espíritu, y de la reencarnación, son muy sencillos. Cada ser humano está habitado por un espíritu; éste es una forma de fuerza que, por simplificar la expresión, describimos como una forma pensada. Ésta es la parte del hombre que participa de la naturaleza divina y aspira, por la purificación, a

autorrelajarse de forma que algún día pueda reintegrarse a la divinidad de donde procede.

Pasando por muchas experiencias, el espíritu se va purificando y así se aproxima cada vez más al bien absoluto. No comprendemos que un espíritu, en un plazo tan efímero como es la vida actual, pueda aprender y adquirir experiencia en la suficiente medida para purificarse y fundirse nuevamente con la divinidad.

La religión cristiana oficialmente rechazó, en el año 551, la fe en la reencarnación, pero al hacerlo se aisló de otras muchas religiones. Esta no creencia en la reencarnación es causa, precisamente, de que muchos cristianos creen que las otras religiones están basadas en prácticas heréticas. Mejor harían en admitir que existe una diferencia de opinión.

Debo recalcar que la brujería es tolerante con todas las religiones. La mayoría de las brujas las han estudiado. En esto estamos completamente de acuerdo con la Constitución norteamericana, la cual reconoce el derecho de cada uno a seguir su propia religión. No creo que estemos excluidas nosotras de este derecho, aunque estamos dispuestas a soportar toda clase de provocaciones y represalias, por parte de quienes no quieren aceptar nuestros dogmas. Muchos miembros fanáticos de otras religiones serán reencarnados alguna vez como brujos, lo cual no tendría nada de particular si han de evolucionar espiritualmente, hasta situarse en un plano superior al de la materia.

La religión nuestra es sencilla de concepto y compleja en sus múltiples facetas. ¿Por qué se empeña el hombre en desentrañar nuestra doctrina, cuando puede tan fácilmente solazarse en los confines de los placeres físicos? No todo puede quedar expuesto a la curiosidad: Me consta personalmente que mucha gente busca su propia salvación espiritual, y es cada vez mayor el número de quienes se sienten atraídos por la Vieja Religión. Quizá no ayude mucho enfocar la cuestión desde un punto de vista evangélico. Sea como sea, damos la bienvenida a todos cuantos no están fanatizados y quieren de veras buscar una fortaleza espiritual que no esperan hallar fuera de nuestra doctrina.

Sabemos que el mundo donde nos encontramos se halla en estado de evolución. El hombre, como habitante de la Tierra, se mueve también hacia un grado de evolución superior. No le bastan las cosas terrestres. Si se siente muy ligado a ellas, retarda su innato deseo y derecho de progresar y entenderse a sí mismo. El deseo de evolucionar y respetar la marcha de la evolución en torno suyo, es parte de la misma naturaleza del hombre. El hombre nace, cree y prospera hasta

que es vencido por las fuerzas de la decrepitud superiores a él, y muere. Así ha participado en una evolución física. Pero el espíritu reclama también su atención. Si no lo sostiene igual que al cuerpo, la longevidad de éste no tiene ningún sentido.

Si el hombre es limitado, no es el Ser Divino quien lo limita, quien pone barreras a la mente cuando debiera abrirle camino a horizontes más amplios. Es él mismo quien restringe su cuerpo como vehículo del espíritu, con leyes de hechura humana que, con el tiempo, se corroen y quedan desfasadas.

Ya hemos hablado de la necesidad que tiene el hombre de mantener el equilibrio, primero consigo mismo —mente, cuerpo y espíritu— y después con el mundo circundante. Esto último resulta lo más difícil. Hay gente que pone demasiada atención a sus propios sentimientos. Sabemos que estos sentimientos se deben hacer extensivos a nuestros semejantes. Si no los queremos, ¿cómo hallar la armonía con ese entorno al que nos referíamos? No se logrará nunca este objetivo, si nos empeñamos en ver el mal por todas partes y todo nos parece perjudicial.

Cada vez se hace más evidente que el hombre, inducido por apremiantes necesidades, se deja guiar por enseñanzas religiosas más acordes con su bienestar físico que con su perfeccionamiento espiritual. Conténtase con melifluas promesas de una perpetua alegría y satisfacción de determinados deseos y apetencias, sin que le preocupe la vida como una experiencia o serie de experiencias. ¡Cómo el drogado que todo lo fía a sus alucinaciones, quieren una felicidad que no les cueste ningún esfuerzo! Parece también que los alucinógenos atraen a los que temen vivir, los cuales consumen esas drogas, no para expandir sus mentes sino para hacerlas explotar. Usan las drogas lo mismo que el mago negro usa su poder: con fines inconfesables. Pero es un disparate recurrir a las drogas queriendo eximirse de la propia responsabilidad.

El abuso de las drogas no acabará hasta que se imponga una nueva filosofía con un concepto totalmente renovado de la vida, entendida ésta como fase experimental, no como un juego aburrido que termina en la muerte.

La brujería es una religión en la que el miedo no cuenta para nada. El Ser Divino no infunde ningún temor. Yerra el hombre que, por miedo, se niega a aprender o a investigar más allá de las enseñanzas recibidas de sus padres y maestros. La sabiduría es parte integradora del Ser Divino, y como tal está abierta a todas las mentes capaces de entender y de aprender. He antepuesto entender a aprender porque el entendimiento es la antesala por donde se entra a los dominios de la luz.

Todas las religiones tienen sus mártires y sus santos, los cuales han pasado por pruebas realmente pavorosas. Es como si existiese la necesidad de una purificación ígnea para demostrar la fortaleza de nuestra fe. ¡Cuánta gente ha perecido por esta causa sin concluir su misión en esta vida! La brujería no pide mártires, aunque no faltan quienes consideran santas y mártires a tantas brujas que perdieron sus vidas, víctimas de la Inquisición y otras persecuciones religiosas. Creemos que la mayor contribución al triunfo de un ideal es vivir para él, y no morir por él como un héroe. Si ambicionamos la gloria personal, ésta ha de reflejarse en nuestras enseñanzas, en nuestros discípulos, del mismo modo que los grandes pintores reflejan en sus cuadros la gloria de sus maestros.

Si yo puedo enorgullecerme de algo en esta vida, es de haber sido una buena discípula de mi abuela, que me inició en el estudio de las ciencias ocultas, sin que hayan podido quebrantar mi vocación los cambios de estilo ni los condicionamientos sociales. Por eso, lo primero que enseñamos es a no tener miedo mientras tengamos la razón de nuestra parte.

No hablamos a la ligera al decir que tenéis que vivir en armonía con la naturaleza, y que os costaría muchas horas de estudio llegar a esta etapa. Lo mismo que el drogadicto no puede renunciar a las drogas sin pasar por unas pruebas terribles, lo mismo vosotras no podéis dejar vuestra forma de vida sin ellas, si pensáis abrazar la profesión de brujas. El profesor podría aceptarlo haciendo uso de la psicología, tal vez de la experiencia extrasensorial. Habrá muchas de vosotras, llenas de entusiasmo, que habréis de ser tratadas como enfermas; hasta la enseñanza espiritual tendrá que ser administrada como un específico, con cuentagotas. He conocido muchas personas que sufren una especie de indigestión psíquica por haber leído millares de libros, y muy diversos, sobre las ciencias ocultas. Han querido asimilar demasiado en un tiempo muy breve.

Es mejor limitarse a un libro, meditar sobre él, repasarlo y ver qué utilidad puede reportaros en vuestra vida.

Si por la causa que sea no podéis seguir la senda de la brujería, incluso si no la veis suficientemente clara al principio, no os desaniméis. Tened la seguridad de que alguien saldrá a vuestro encuentro, y como un guía os conducirá de la mano, paso a paso, por esos caminos hasta dejaros al cuidado de otro, que os llevará más lejos. Si tenéis fe en vosotras mismas, libres de quimeras, sin manías de poder personal, y queréis penetrar en los nuevos dominios del pensamiento, de la filosofía y de la religión, entonces os será fácil comprender espiritualmente y seréis recibidas cordialmente en ese mundo extraordinario y misterioso de la brujería.

Meditad sobre vuestra vocación, analizad vuestras emociones, vuestras virtudes y defectos. Entonces, si os seduce la idea, prenderá en vosotras la chispa del Ser Divino y su luz os alumbrará las puertas del entendimiento, pasadas las cuales alguien os guiará, verá los adelantos conseguidos y sabrá a dónde podréis llegar en el futuro.

Conócete a ti misma antes de hacer esfuerzos por conocer a los demás, pues el primer paso en la brujería es un paso egoísta y te atañe a ti, no a otros. Piensa bien en ti, pero sincera y desapasionadamente.

Lo demás vendrá por sí solo.

BRUJERÍA Y HOMOSEXUALIDAD

Una pregunta que me vienen formulando con insistencia, desde hace relativamente poco, cosa de unos tres años.

—¿Hay sitio en la brujería para el homosexual?

Esta pregunta casi hirió mi reputación. Por primera vez me la hicieron cuando daba una conferencia, en Chicago, y luego me han vuelto a plantear la misma cuestión en conversaciones privadas y miles de cartas, venidas de todo el mundo. Como es natural, algo había que hacer para llegar a una conclusión. Básicamente ya sabemos que no existe ninguna religión exclusiva para mujeres o para hombres. Como es natural, tampoco la hay para los integrantes del llamado «tercer sexo». Pero esto no es más que un razonamiento. No constituye una respuesta categórica. El caso es que estos homosexuales se han dirigido a mí, diciéndome que no son bien recibidos en las religiones clásicas, y en cambio es un hecho probado que la homosexualidad estaba admitida en las religiones antiguas. Nos inclinamos a dar una opinión personal, y para ello se necesita un largo rodeo.

La brujería es una religión matriarcal que reconoce la Fuerza de la Vida como lazo de unión entre todos sus asociados. En esta breve fórmula no hay base o punto de partida que permita entrever alguna relación entre la Vieja Religión y la homosexualidad. Sin embargo, yo me he adentrado en el estudio de la historia antigua y de este estudio han salido sorprendentes descubrimientos. Ignoro los volúmenes que he consultado a la busca de datos que aclaren esta cuestión. Por aquí y por allá empecé a hallar referencias, no sólo en los libros sino también en el campo de las relaciones humanas. Convertida en una especie de madre confesora, me fui enterando de muchas cosas llenándome de tristeza el retraimiento que muchos homosexuales se ven obligados a padecer, debido a los prejuicios sociales, si bien la opinión pública ha empezado a cambiar un poco de mentalidad a este respecto, desde hace pocos años. Del mismo modo que los miembros de la religión Wicca salieron a la luz pública dejando de ser ese tipo de sociedad secreta a que estaban condenados, los homosexuales ya han dejado de refugiarse en la sombra del anonimato. En eso hay algo que nos une: la lucha para sobrevivir. Nosotros no

hemos logrado aún que se nos comprenda, por ser la nuestra una religión no ortodoxa; y a ellos les pasa lo mismo por considerarse su hábito una conducta antinatural. Nosotros no podemos ir en contra de nuestra fe, nos cueste lo que nos cueste; el homosexual no puede ir contra su propia naturaleza, aunque le cueste un mar de sinsabores.

La juventud de nuestros días ha abierto una era nueva. La religión ortodoxa de sus padres está siendo relegada al olvido. Ellas y ellos tratan de hallar su propio camino hacia las metas espirituales. Lo mismo se valen de drogas que de música rock. El caso es derribar antiguos ídolos y erigir otros, adorando incluso a los sumos sacerdotes de este nuevo y estrepitoso culto. El homosexual necesita también un medio para satisfacer sus anhelos espirituales. Creen en algo más grande y más poderoso que el hombre. Pero el homosexual no puede atacar ninguna religión ortodoxa, pues su posición es la más vulnerable a la crítica. Si quiere adherirse a una de esas religiones y sacar beneficio de ella, será rechazado seguramente. Así se convierte en un proscrito, y necesita encontrar semejantes que lo comprendan. Y va a buscarlos en esos grupos clandestinos al margen de la sociedad, pues no tiene otra oposición. Estos grupos al principio son pequeños. Unos cuantos amigos se reúnen para charlar, beber y hacer el amor. Luego van ensanchándose. En todo el mundo hay clubs de esta clase que hacen su agosto a base de «juke-boxes», salones de baile y tiendas de moda para trajes exóticos.

El nombre es lo de menos. Sin embargo, con esto no se colma su afán de felicidad, cosa muy distinta del placer físico. Eso son, pues, los homosexuales. Seres frustrados que no ven la forma de realizarse plenamente, y con un pavoroso vacío espiritual en sus vidas. Para muchas mentes conservadoras sonará raro eso de la espiritualidad relacionada con la homosexualidad. Eso es consecuencia de una educación trasnochada, herencia del puritanismo, donde se da el caso paradójico de que la virginidad o el celibato se consideran una «virtud», y por otro lado se estimula la procreación con premios a la natalidad y a las familias prolíficas.

Volviendo a mis investigaciones, he hecho un curioso e interesante descubrimiento, y es que hay cierta conexión entre los temperamentos uranianos u homosexuales, y la religión, especialmente en el don de la profecía y en la adivinación. Los versados en el estudio de las religiones no ignoran que en antiguos templos, y dentro de determinados cultos, era práctica muy generalizada criar y educar a ciertos jóvenes de una manera muy afeminada. Estos jóvenes eran elevados a la categoría de sumos sacerdotes o curanderos de las tribus, sin merma del respeto que como simples personas se merecían. Este hecho ha sido desfigurado por historiadores y teólogos, y son pocos los que han comentado la relación

existente entre las funciones de la homosexualidad y el poder psíquico. Lo que no quiere verse es fácil de ocultar. Con no mirar, basta, actitud tanto más notoria cuanto más altamente sofisticada se vuelve la sociedad.

Como la Biblia es familiar a muchos y es el libro aceptado por nuestra civilización, no me parece inapropiado hallar nuestro primer ejemplo en este libro. En el relato que hace la Biblia del celo reformista del rey Josías (Reyes, 2-23) se dice que «el rey mandó al sumo sacerdote, Helcías; a los sacerdotes del segundo orden y a los que hacían guardia a la puerta, que sacaran del templo de Yahvé todos los enseres que habían sido hechos para Baal, para Asera y para toda la milicia del cielo, y los quemó fuera de Jerusalén, en el valle de Cedrón, e hizo llevar las cenizas a Betel. Y derribó las casas de los sodomitas que estaban junto a la casa del Señor, donde las mujeres tejían tiendas para Asera...»

Es curioso que la palabra «sodomitas», así traducida, tenga un significado maligno, porque la palabra hebrea similar «kedeshim» quiere decir «los consagrados» (varones) o más bien «los puros». Es dudoso que la palabra haya sido bien traducida. Más claro parece que estos hombres no eran tales, sino pertenecientes a la casta de las «kedeshath» o mujeres sagradas, semejante a las Deva-dais de los templos hindúes, especie de cortesanas que compartían funciones de índole tanto espiritual como carnal. Por raro que parezca a las mentes modernas, es muy probable que tanto hombres como mujeres asociaran una especie de servicio carnal con las funciones proféticas.

En Siria, los esclavos sagrados, o «kedeshim», recibían el mismo trato respetuoso que los profetas, llamándose unos y otros «hombres del dios». En otras palabras, el profeta y el esclavo sagrado eran «médiums» inspirados en quienes el mismo dios se manifestaba de vez en cuando, ya con palabras, ya con hechos, convirtiéndose en encarnaciones temporales de la deidad. Pero mientras los profetas tenían libertad para desplazarse por todo el país, parece que los «kedeshim» estaban adscritos regularmente a un santuario específico. Es de suponer, pues, que tenían unas obligaciones particulares a cumplir en el templo, algunas de las cuales habrían escandalizado a los espectadores, caso de haberlos. (Casi todas las religiones antiguas estaban involucradas con ritos sexuales; el símbolo fálico era corriente en los templos.)

Según el pasaje de la Biblia, es presumible que las prácticas religiosas de los cananeos incluyeran los servicios de varones, a modo de cortesanos, adscritos a los templos y viviendo en su interior, así como mujeres consagradas, y que las ceremonias del culto fueran en gran parte de carácter sexual. Es probable que el

origen de estas ceremonias fuera el sexo mismo como símbolo de la fertilidad y, como tal, favorable a la agricultura y a las buenas cosechas. La palabra Asera que hemos citado, parece referirse a los ritos sexuales. En hebreo, aunque su traducción es el nombre de una ermita, más bien parece referirse a un poste de madera o a un árbol despojado de sus ramas y trasplantado junto al altar, sea éste consagrado a Jehová o algún otro dios. Un pasaje bíblico de Jeremías (11:27) sugiere que «Asera» era el emblema de Baal y también el órgano masculino; por tanto, podríamos considerarlo como un emblema fálico. Aunque los custodios de la ermita se hubiesen infiltrado en el templo judío, es probable que los cortesanos fueran aborrecidos por los más celosos adictos a Jehová, puesto que estaban perpetuando el culto rival de los dioses sirios Baal y Astarté. El «Kedeshim», en realidad, era consagrado a Dea Syria, madre de los dioses, y se sabe que conocía las fórmulas para conjurar los espíritus. En el Libro II de los Reyes (21) leemos que Manases hizo edificar en lugares elevados «las ermitas y altares para Baal». Hizo también que su hijo pasara a través del fuego, instituyó evocadores de los espíritus y adivinadores del porvenir. También alzó la Asera en la casa del Señor. Su nieto Josías deshizo todo esto y expulsó del país a los evocadores y a los adivinadores, «junto con los Kedeshim». Parece, pues, con respecto a Siria y el texto bíblico, que existe una cierta conexión entre la homosexualidad, el sacerdocio y el don profético.

Siglos después, hallamos una semejanza entre las costumbres de Siria y las de los negros de la costa occidental africana. En esta región hay unas mujeres llamadas *Kosio*, asignadas a los templos como esposas, sacerdotisas y concubinas de la gran Serpiente Pitón. Pero además de las mujeres, *también hay hombres Kosio*, que se hacen sacerdotes, y no hay diferencia en sus ideas y costumbres. Son muchos los puntos de contacto entre los antiguos profetas de Israel y los africanos occidentales del siglo XX, lo cual es un detalle curioso, por cuanto demuestra la relación existente entre la homosexualidad, la profecía y el sacerdocio.

En el estrecho de Bering, entre las tribus de Kam-chadales, Chutchkis, Inoits y Koriaks, la homosexualidad es una cosa corriente, y es notable su relación con el chamanismo o vocación sacerdotal. Es frecuente que bajo la influencia sobrenatural de uno de los chamanes, algún adolescente renuncie a su sexo y anuncie que es una mujer. Deja que le crezca el cabello y se dedica por completo a tareas femeninas. Por último, el que ha renegado de su sexo toma un marido y lo lleva a su choza, donde desempeña las funciones de una ama de casa, en el papel que corresponde a una esposa. Este cambio anormal de sexo es fomentado por los chamanes, que lo interpretan como un mandato de su deidad personal. El cambio de sexo parece ser el principio de un aprendizaje para hacerse chamán, sobre todo en la tribu Chutchki.

Entre los Koriaks, los hombres ocupan la posición de concubinas; al anunciar públicamente su cambio de sexo los pasan a la categoría de intérpretes de sueños. Entre los aborígenes de América del Norte, el hecho de que un hombre tenga contacto con otro de su mismo sexo no tiene ningún sentido oprobioso. En Koriak, tal clase de compañía se considera, por el contrario, como una gran adquisición. Los hombres afeminados, lejos de ser despreciados, son mirados con respeto por la gente y considerados como hechiceros.

El escritor Elie Reclus, en su serie *Primitive Folks*, hablando de los Inuits, dice:

«¿Hay un niño que tenga una faz hermosa y ademanes graciosos? La madre ya no le deja jugar con compañeros de su edad. Le viste y le educa como a una niña. Cualquier desconocido se sentiría decepcionado por su sexo. Cuando ha cumplido los quince, la supuesta niña es vendida por una fuerte suma a una persona pudiente. Los Choupans o jóvenes de esta clase son altamente cotizados por los Konyagas. Por otra parte, entre los esquimales y pueblos afines, especialmente en el Yuñón, hay chicas que rehuyen el matrimonio y la maternidad, cambiando de sexo por así decirlo. Viven igual que los chicos, adoptando su indumentaria y maneras. Cazan el ciervo. No tienen miedo en la caza ni sienten fatiga en la pesca.»

Reclus sigue diciendo que los Choupans suelen dedicarse al sacerdocio, aunque no todos reúnen condiciones. Los que ya ejercen se cuidan de reclutarlos entre los aspirantes. Los buscan de edad temprana, lo mismo chicos que chicas, pues no se limitan a un sexo. Los aspirantes escogidos sufren una serie de pruebas, siendo disciplinados por la abstinencia y prolongadas vigiliass hasta que aprenden a dominar sus instintos y a padecer con estoicismo toda clase de penas, haciendo que el cuerpo se someta al espíritu, sin vacilar. Los aspirantes son instruidos sobre las virtudes de la soledad y la meditación —lo que ellos llaman beber en la luz— absorbiendo los resplandores de las auroras boreales, la luz plateada de la luna y el viento que solloza sobre los desolados témpanos. Cuando el estudiante ha pasado esta prueba de la soledad, se le tiene por suficientemente capacitado para hablar con los grandes espíritus y el Choupan asciende a la categoría de augakok o sacerdote.

Aquí es donde el Choupan adquiere una semejanza con los Kedeshim y Kedeshot de los cultos sirios, así como con los *Kosio* de África. Tan pronto como el Choupan se convierte en augakok, la tribu pone a su disposición un buen lote de chicas, de agradable presencia, gracia y excelente disposición para videntes,

curanderas, sacerdotisas y profetisas. El augadok las perfecciona en la danza y otras actividades, iniciándolas finalmente en los placeres del amor. Pero las «chicas» cedidas al augakok son los jóvenes escogidos que carecen de sexo o se lo han extirpado. Serían mirados como impuros si antes no hubieran sido purificados por un rito especial. El método parece ser, primero, esterilizar el Choupan en ciernes, de tal forma que el sexo ya no tenga importancia para él como goce voluptuoso y luego se le hace experimentar el placer hasta quedar saciado, lo mismo sirviéndose de un varón que de una hembra.

Entre los indios de Illinois, se escogen hombres afeminados para que estén presentes en la solemne danza del «calumet» o pipa sagrada. Pero no son invitados a bailar ni a cantar. En cambio asisten a los consejos de ancianos, y no se decide nada sin consultar su opinión. Por su manera anormal de vivir, el indio homosexual es considerado como un *manitou* o ser sobrenatural, y por tanto, como un personaje. Los indios sioux, los sacs y los fox dan al menos una fiesta al año en honor del *Berdashe*, un hombre vestido con ropas femeninas. No es que vista así para esta ocasión, sino que va así el año entero. A cambio de este privilegio, tiene que trabajar para la tribu en las más arduas tareas, pues se le cree dotado de poderes extraordinarios. Todo esto viene a significar que la homosexualidad es un hecho y hasta contribuye al bienestar de la tribu por las dotes intuitivas de quienes lo practican, muy superiores a la capacidad normal.

Un padre jesuita, llamado Lafitan, que fue asimismo un fecundo escritor, expuso en 1724 sus experiencias entre las tribus norteamericanas. Hablaba de mujeres que poseían el valor viril, y se vanagloriaban por sus hazañas guerreras, es decir por unas cualidades que parecían reservadas a los hombres. Sin embargo, en contubernio con estas mujeres había hombres que imitaban los ademanes femeninos y que tenían a mucha honra ocuparse en los menesteres del sexo débil. Renunciaban al matrimonio pero participaban en todas las ceremonias de algún carácter religioso. Tal género de vida hacía les acreedores al respeto del resto de la tribu. El padre Lafitan menciona especialmente los illinois, los sioux, y las tribus de Louisiana, Florida y el Yucatán. Sienta la hipótesis de que estos indios homosexuales, tan conectados con la religión, son la misma clase de gente que los adoradores de Cibeles en el Asia Menor, o unos orientales que consagraban a la diosa de Frigia o a la Venus Urania ciertos sacerdotes vestidos de mujeres, los cuales afectaban actitudes afeminadas, se pintaban la cara y deseaban ser parte de un sexo falseado.

Los antiguos escandinavos y los patagones nos proporcionan también ejemplos que ilustran nuestra opinión. Casi todas las viejas civilizaciones daban por

descontado que en todas las especies, la humana incluida, la hembra era más sensible que el macho y por ende, estaba más preparada para entender los misterios del universo y averiguar las necesidades de sus semejantes. De ahí viene el origen del matriarcado. La idea de una mujer jefe de la religión fue desterrada desde el triunfo del Cristianismo, pero aún quedan reminiscencias matriarcales en religiones ortodoxas, las cuales exigen que los sacerdotes usen faldas largas a modo de hábitos.

La forma de vestir no es prueba de homosexualidad. Sin embargo, en tiempos antiguos se exigía al homosexual que no viviese en un mundo de sombras, sino que proclamara su feminidad en las prendas con que se cubría. Jamás se les faltaba al respeto y quizá fuera mejor, al fin y al cabo, que se encarasen con la realidad. En el Congo no era raro que un sacerdote se disfrazara de mujer y le trataran con afecto llamándole «la gran madre».

En mi opinión hay dos posibles teorías sobre este asunto, ambas no desprovistas de razón. La primera es que, verdaderamente, existe una conexión entre los temperamentos homosexuales y los poderes psíquicos inusitados. La segunda, que la homosexualidad es eliminada cuando una religión que la admite es desplazada por otra nueva. Los dioses de la anterior conviértense en demonios para la posterior. Los ritos poéticos de una edad son desplazados por la magia negra de la siguiente.

Según Charles Darwin, no se conoce en la naturaleza mayor rivalidad que la existente entre una especie determinada y la anterior de donde aquella proviene. Lo mismo pasa en religión. Los cristianos abominaban las formas paganas de culto. Aquellas prácticas, según ellos, estaban inspiradas por el diablo. Por lo mismo, la nota homosexual característica de antiguos ritos era considerada como algo obscuro y antinatural. Luego vinieron los magos y satanistas para ultrajar al cristianismo en sus propias imágenes y símbolos.

En todo esto hay un elemento imperante: el terror. Los que no quisieron renegar de sus propias creencias son intimidados para que lo hagan. Los protestantes han atribuido a los sacerdotes católicos poderes e influencias de carácter mágico, para enfrentarlos con las turbas fanatizadas. Un vivísimo ejemplo lo tenemos en la guerra religiosa de Irlanda del Norte entre católicos y protestantes.

Los judíos establecieron el culto a Jehová como una réplica a la religión de los sirios, que era naturalista. De esta manera el judaísmo vino a ser como un germen de la religión cristiana. Lo primero que los judíos hicieron fue denunciar a los

sacerdotes y adoradores de Baal y Astarté como hechiceros y adivinos poseídos por el demonio. Los cultos denunciados eran de carácter sexual, basados en el placer y en el carácter sagrado del sexo, pero después judíos y cristianos cerraron los ojos a esta realidad, sin ver en lo sexual más que una abyección. Quienes practicaban religiosamente los ritos sexuales eran condenados como adoradores de Belzebú. El cristianismo medieval asociaba constantemente la homosexualidad con la herejía, llegando a tal punto que la palabra francesa «héríte» o «hérétique» se empleaba a veces en ambos sentidos. También «bougre» o «boulgarian» solía usarse en los dos sentidos, aunque con este último término se designaba a una secta hereje nacida en Bulgaria.

Aclaremos que tras esta secular e implacable persecución del homosexualismo se ocultaba, más bien, una gran aversión a los primitivos estatutos sociales. Las religiones primitivas no sólo eran de carácter sexual, sino que estaban fundadas en una estructura matriarcal de la sociedad. Era la hembra quien dominaba en la tribu. Sus deidades eran femeninas. A su culto se dedicaban sacerdotisas y profetisas principalmente. Cuál sería el ámbito de aquella sociedad primitiva, es cosa difícil de averiguar. Lo cierto es que subsisten algunos rasgos de aquellas instituciones matriarcales. Buena muestra es la que proporciona la religión Wicca.

Vigente el cristianismo, los ritos matriarcales tuvieron que practicarse en la clandestinidad, buscando para ello lugares del campo apartados. La bruja es como una reliquia de aquellas sacerdotisas antiguas, que también curaban con hierbas y conjuros mágicos. Dentro de su hogar conserva los atributos y emblemas del culto primitivo. Sigue practicando sus ritos cuando mudan las estaciones. Estudia la meteorología para poder interpretar sus fenómenos. La escoba, la rueca, el caldero, la horquilla y cierta clase de animales domésticos siguen siendo sus símbolos, dada su relación con el antiguo simbolismo de una Madre diosa.

Llegada su hora a la institución matriarcal y afianzado el dominio del varón, no muere por eso la Vieja Religión, pero es posible que en ella se infiltren elementos extraños, uno de ellos el homosexual. La religión es un pretexto para el que quiere ejercer esas prácticas de las que está excluido el hombre «normal». La religión nueva condena a la religión vieja, empezando por la mujer como cabeza espiritual y siguiendo por el homosexual como imitador de la hembra.

No es simple coincidencia, cuando se hace un estudio comparativo de las religiones, que exista esa conexión entre el choupan y el angakok, el koyer y el chaman, el berdashe y el docto en brujería, el basir de los dyks y el sacerdote-niño

en los templos del Perú y entre los budistas de Ceilán, China y Birmania. Todos estos casos vienen a demostrar la idoneidad o aptitud del homosexual para el sacerdocio y la adivinación. La tendencia actual, de atribuir un significado diabólico a los ritos y cultos primitivos, puede encubrir el deseo de suprimir a los homosexuales de nuestro medio, prefiriendo creer que al no reconocerlos nosotros, desaparecerán por sí mismos.

Es tal, sin embargo, la humana naturaleza, con esa determinación de borrar hasta el último vestigio de las antiguas tradiciones y ritos, que vemos cómo la sociedad está cambiando continuamente, al sentirse cada año la necesidad de acusar a uno de nuestras propias filas, señalándolo como un homosexual igual que antes se acusaba a las brujas. Vilipendiar a una minoría es quizá la forma moderna de hacer sacrificios y, de esta manera, purgar nuestras culpas. Son corrientes las acusaciones de homosexualidad contra órdenes religiosas, entre ellas la de los Caballeros Templarios. Los periódicos hablan mucho de «líos» entre curas y frailes. En Inglaterra, el pastor protestante, el párroco, el niño del coro, son los más expuestos a esta clase de críticas. Todo lo cual demuestra que el «tercer sexo» abunda en los círculos religiosos.

La ciencia nos presenta al homosexual de una manera muy distinta a como lo hacen la religión y la moral hoy día dominantes. Ahora es cuando empezamos a darnos cuenta de que ese fenómeno temperamental está más difundido en el mundo de lo que vulgarmente se cree. No se trata, pues, de casos aislados. Tampoco podemos incluirlo en la categoría de acciones pecaminosas o hechos delictivos, que deben reprimirse con rigores a ultranza.

Ya empieza a haber alguna comprensión en la sociedad sofisticada de nuestros días, aunque antes de que esa comprensión sea total será necesario cubrir diversas etapas. Se han dado ya los primeros pasos hacia una acción común. Es prematuro decir cuál será el último, mas el hecho no deja de ser significativo.

Volviendo a las sociedades primitivas, vemos que en ellas el hombre «normal» se dedicaba casi exclusivamente a la caza y la guerra, mientras que la mujer se encargaba de las labores del campo y las que siguen denominándose «propias de su sexo». Ellos y ellas pasábanse los días trabajando en sus menesteres propios para poder subsistir. Pero la sociedad evoluciona, y al evolucionar exige al hombre el cumplimiento de muchas más funciones. Surge entonces un factor nuevo, el del «hombre intermedio», factor que debe tomarse en consideración. Si no fuera por estos hombres —y mujeres también— de tipo intermedio, la vida social no habría evolucionado un ápice desde la fase primitiva hasta nuestros días. Hombres

y mujeres seguirían dedicándose al trabajo peculiar de cada uno sin otra finalidad que procurarse el sustento, o sea, crecer y vegetar como los árboles y las plantas.

El hombre no bélico y la mujer no doméstica buscan la forma de dar salida y canalizar esas energías que no saben gastar en la guerra, en la caza ni en los menesteres caseros. Se hacen curanderos, exorcistas, profetas o profetisas. Son los que sientan las bases del sacerdocio, la ciencia, la literatura y el arte. Lo que fue originariamente una desviación del instinto sexual trajo consigo importantes diferenciaciones en la vida y las actividades sociales humanas.

Nuevamente, en la Era que vivimos, vuelve a presentarse la probabilidad de que esos hombres y esas mujeres de tipo intermedio se conviertan en la gran fuerza impulsadora del progreso. Y es que la naturaleza del hombre intermedio, al no pertenecer totalmente a ninguna de las dos ramas progenitoras del género humano, no puede hallar satisfacción en las actividades reservadas a una sola de ellas. Debe, por tanto, crearse una esfera de actividades para sí mismo, pues ya no cuenta con la seguridad, con el escudo protector de la religión para salvaguardar sus necesidades y satisfacer sus deseos en este mundo. Por otra parte, como ese hombre se siente distinto de la mayoría, sin la ayuda de una educación superior a la que no tiene acceso, sabe que si alguien le busca por un lado, por otro el resto le desprecia. Objeto de admiración unas veces y de repugnancia las demás, no cesa de preguntarse:

—¿Quién soy yo? ¿A dónde voy? ¿Cuál es mi puesto? ¿Estoy condenado a vivir en un mundo nebuloso donde ni eres hombre ni eres mujer?

Acaso el pobre se haga ilusiones, como ya sucedió en el pasado, cuando contaban con él por sus dotes psíquicas. Pero el papel de vidente le ha sido vedado. Al no tener cabida en los medios ilustrados, él mismo ha tenido que proveer a una propia y exclusiva cultura —una subcultura, mejor diríamos— compatible con su temperamento, y que hoy se revela al mundo como una fuerza vital.

Esa persona intermedia de cultura inferior está necesitada de guía espiritual. Potencialmente está muy bien dotada para la percepción extrasensorial, pero aún sigue buscando una forma de dar salida y encauzar ese portentoso caudal de energía. Si no lo hace, ese hombre, o esa mujer, no es un ser completo. Negarle derecho a la existencia no es resolver el problema. Negar a un hombre el derecho a superarse espiritualmente, es añadir un pecado más —el pecado contra el Espíritu, de que habla el Evangelio— a la ya larga lista de injusticias sociales.

Si no reconocemos ese derecho nos exponemos a una situación de las más conflictivas. El homosexual no ha de tardar en darse cuenta de que otros, como él, están faltos de amor, de comprensión, de ayuda y asistencia. La miseria ha sido en todos los tiempos una gran fuerza cohesiva que ha engendrado revoluciones.

Todas las subculturas ganan en fuerza cuando se unen por lazos de hermandad, aunque sea temporalmente. Durante la Segunda Guerra Mundial, los refugios de Londres crearon lazos de simpatía entre personas que no tenían razones para gustarse mutuamente.

Mientras las bombas alemanas llovían sobre la City, millares de refugiados, formando ingentes grupos, apretujábanse dentro de aquellos túneles bajo tierra que para todos representaban la salvación. Todos eran iguales y allí se sentían como hermanos. Y es que la desgracia, la pobreza y el desamparo son grandes fuerzas cohesivas, capaces de causar cambios revolucionarios que son largamente recordados y sirven para llenar muchas páginas en los textos históricos.

Si somos realistas veremos que la fusión en una persona de las características masculinas y femeninas puede engendrar percepciones tan sutiles, tan completas, tan instantáneas como las concebidas por la mente de un genio. Algunas de estas personas dan muestra de una capacidad intuitiva tan grande que, sin saberse cómo ni por qué, se enteran de cosas cuyo conocimiento no es accesible a las mentalidades corrientes. El temperamento homosexual es tabú, pero como todos los tabúes, puede trocarse en ventajas para la sociedad actual, lo mismo que sucedió en las sociedades primitivas. La ocupación de los homosexuales en algo positivo (como videntes, por ejemplo) podría contrarrestar las influencias negativas de estas personas, unidas ahora en la adversidad para atraer la venganza sobre una sociedad que les ha rechazado, les ha hecho sentirse extraños y no permite que se les reconozca ninguna virtud, de cualquier índole que sea.

Creo, pues, que en atención a las razones expuestas y dentro del ámbito de la brujería, deberíamos reservar un espacio para esos homosexuales tenidos ahora como una escoria de la sociedad, invitándolos a desarrollar sus facultades intuitivas. No quiero decir que se les eleve a cierta clase de jerarquías, las cuales no ocuparon jamás en la religión Wicca. Lo cierto es que hay muchos miembros de la brujería incapaces de atender las copiosas demandas de ayuda que reciben, pues ni su tiempo ni sus reservas psíquicas lo permiten. El homosexual podría ser instruido para socorrer a otros individuos menos afortunados que están en apuros. Claro que para eso se debe someter a una disciplina constante. Lo primero de todo es no decir que tal o cual persona comete pecado por llevar una clase de vida distinta. Yo creo

que en la interpretación del pecado, precisamente, es donde podemos ayudar al homosexual a integrarse de nuevo en la sociedad. No hay nadie que pueda rendir lo suficiente bajo la carga de un complejo, y menos cuando éste es de orden moral. Es entonces cuando las fuerzas negativas del mal encuentran terreno abonado donde sembrar la cizaña.

Meterse en actividades religiosas como medio de vida no tiene nada de fácil. En brujería, por lo menos, que nadie se haga la ilusión de ingresar si no está completamente enterado de nuestra doctrina y se muestra dispuesto a cumplirla. Estaría muy equivocado un homosexual que ingresara en nuestra comunidad tomándola como un medio de excusa a lo inexcusable dentro de su posición. El individuo no puede inventar sus propias reglas de conducta, si bien es admisible que elabore sus propios criterios y proceda con arreglo a los mismos, pero siempre partiendo de aquel código brujeril. La certeza de este criterio puede manifestarse, en ocasiones, bajo la forma de una aparición. Así, el choupan se considera angakok cuando su propio doble se le revela desde el más allá. Idéntica seguridad se adquiere al iniciarse en la religión yogui, de la India, cuando el dios —en este caso— se aparece al estudiante bajo la forma de profesor o «gurú»^[40]. Se sabe también de casos, entre los santos cristianos, a quienes se manifiesta la divinidad, en la forma de Jesús o María, como culminación de un magno y agotador esfuerzo en la práctica de sus devociones.

Esto simboliza la apertura de un área de percepción totalmente nueva. Es lo que puede ocurrir cuando el alma, en su desarrollo perfectivo, experimenta uno de esos magnos impulsos, de esas grandes crisis; es como un retoño que al brotar se desprende de su cubierta protectora. En este momento es cuando se revela el nuevo orden, la nueva vida, como una aparición en los gloriosos esplendores de la divinidad.

Muchos homosexuales desean provocar esos estados alucinatorios a fuerza de drogas, movidos por la esperanza de adentrarse en un mundo espiritual distinto, a diferencia de los no homosexuales, que usan las drogas para evadirse de las responsabilidades del mundo material. Si quiere infundirse ánimo a aquel homosexual mentalmente espiritualizado, lo mejor —en vez de darle drogas— es hacerle olvidar los motivos de su odio, que empiece a ver la vida como una plácida y prometedora experiencia en la que puede realizarse sin temor a ser rechazado. Si hay un sector de la Humanidad necesitado de guía religiosa, es el de los homosexuales. Y esa guía bien pueden hallarla en una religión matriarcal como la nuestra. Nosotros no queremos que purguen un pecado; sólo que rectifiquen y nada más. La vida la enfocamos siempre en sus aspectos positivos, no negativos.

No puedo pasar por alto el hecho de que muchas religiones asignan un puesto privilegiado al hermafrodita o bisexual. Ciertamente que la bisexualidad está íntimamente ligada a la homosexualidad, y el caso es que esa doble característica ha sido atribuida a más de una deidad.

Brahma, en la mitología hindú, suele representarse como un ser bisexual. Siva, la más popular de las deidades hindúes, también es bisexual. En el gran templo de Elefanta, Siva aparece grabado en sucesivos paneles. (En el primer panel es un ser humano perfecto, en pleno desarrollo; el lado izquierdo de la figura, sin embargo, es marcadamente femenino, y el lado derecho excesivamente masculino. Dominan el panel los dos tipos de órganos sexuales. En el panel siguiente se ve a Siva como el varón perfecto con su pareja femenina perfecta, al lado suyo; el consorte es Sakti o Parvati.) Son numerosas las representaciones, en la literatura y arte hindúes, de Siva en su papel bisexual. Resulta interesante comparar este fenómeno con el relato de Elohim en el capítulo I del Génesis. Nos encontramos con que «Elohim creó el hombre a su propia imagen, a imagen de Elohim lo creó, los creó varón y hembra». Hay algunos teorizantes para quienes esto significa, no sólo que el primer hombre era hermafrodita, sino que «el propio creador era también de tal naturaleza».

En el *Midrasch*, *Rabbi Samuel-bar-Nachman* dice: «Adán, al ser creado por Dios, era un hombre-mujer» (andrógino)^[41] Esta teoría la sostiene también Maimónides, diciendo que «Adán y Eva fueron creados juntos, unidos por las espaldas, mas Dios dividió este doble ser, y tomando una mitad (Eva) la dio a la otra mitad (Adán) a fin de que le sirviese de compañía».

En el *Brihadaranyaka Vpanishad*, la evolución de Brahma es descrita así: «*En los comienzos del mundo hallábase él sólo, bajo la forma de una persona. Mas no experimentaba ningún deleite. Quería estar acompañado. Era tan grande como una mujer y un hombre juntos. Entonces hizo de sí dos mitades, de las que salieron el primer marido y la primera mujer.*»

Por eso decía Yagnavalka:

—Somos igual que un guisante partido en dos.

Estos singulares relatos de las creaciones de Adán y Brahma sugieren la idea de que los dioses eran concebidos de una manera antropomórfica, y dentro de ella, con doble sexo. Así se explica fácilmente que el hombre, deseando siempre emular a sus dioses, se viera él mismo con doble sexo también.

El dios sirio Baal es a veces representado con doble sexo en combinación con la diosa Astarté. Una invocación popular decía: «Óyenos, Baal, seas dios o diosa.» Baal era representado como andrógino y también Mitra. Hay muchos monumentos mitraicos donde aparecen los símbolos combinados de la deidad masculina y femenina. Venus y Afrodita eran adoradas en una doble forma. En Chipre había una masculina y barbuda imagen de Venus, pero en atuendo femenino. Los sacrificios eran ofrecidos a aquella estatua por hombres vestidos de mujer y mujeres vestidas de hombres. Esta deidad, barbuda y femenina a la vez, es conocida por dos nombres distintos: Afroditos y Venus Mylitta; su culto tenía como escenarios principales Siria y Chipre.

En Egipto se conocía también una representación barbuda de Isis con un Horus niño en los brazos. Asimismo se ha descubierto una representación andrógina de la diosa Neith, con un miembro masculino bien erecto. Lo mismo podemos decir de la diosa Friga o Freya, versión nórdica de Venus. La representaban con los órganos de ambos sexos, empuñando una espada con la diestra y un arco con la izquierda. Ciertas alusiones a Zeus y unas pocas veces a Adonis nos presentan al primero como hombre y «eterna virgen» a un mismo tiempo, y al segundo como «un joven de abundante y graciosa cabellera, doncella y doncel».

Dionisos, una de las figuras más notables en la mitología griega, es mostrado a menudo como un andrógino. Eurípides dice de él que «está femeninamente formado», y los himnos órficos refiéranse a él como bisexual. Aristides escribió un largo discurso sobre Dionisos, diciendo entre otras cosas: «Así, pues, el dios es varón y hembra. Sus formas están de acuerdo con este doble carácter. Para los jóvenes es una doncella, y para las doncellas es un mancebo; para los hombres en general, es un joven imberbe de una vitalidad desbordante.»

En el Museo de Nápoles hay una cabeza de Dionisos artísticamente modelada. Aunque con barba, su expresión es inequívocamente femenina. A Apolo se le ve con frecuencia bajo una forma esencialmente femenina, con las siluetas bastante acentuadas. El gran héroe Aquiles, habiendo pasado la juventud entre mujeres, vestíase con ropas femeninas. En el Louvre de París hay una estatua yacente hermafrodita, en mármol, y tres elegantes bronce de Venus. Estas últimas figuras están de pie, mostrando órganos masculinos. Yo creo que la explicación nos viene dada por el sentido religioso de estas representaciones hermafroditas.

Como el arte relata su misma historia —a veces el sueño realizado de una persona— es evidente que el doble sexo, o un sexo que combinase las características

del varón y la hembra, alucinaba las mentes de aquellos pueblos antiguos. Sabemos que, en forma literal, no ha sido producido ningún ser humano con un equipo completo de órganos femeninos y masculinos capaces de cumplir las funciones de los dos sexos. Pero sabemos también que son numerosas las formas intermedias de machos y hembras que tienen un equipo de órganos capaces de funcionar, y sin embargo, están provistos también de otro equipo del sexo opuesto. Siendo así, es probable que la influencia de tales tipos intermedios la hubiesen conocido en tiempos pasados, y se hubiera querido registrar y perpetuar el recuerdo de este fenómeno.

Desde el punto de vista artístico es interesante notar que el tipo andrógino ha tenido su propia evolución. En tiempos antiguos, las figuras tenían un simbolismo grotesco, mas luego se hicieron más graciosas y realistas. El dios indio Siva, en ambas formas sexuales, y las figuras barbudas de Afrodita y de Isis, son de una crudeza que impone. No obstante, el Mitra persa no lo presentan con ese aspecto monstruoso, sino como un hombre joven y hermoso de líneas femeninas. Igual ocurre con el Adonis griego. Cuando un varón es representado con forma femenina, es gracioso: no a la inversa. Es un punto en el que están de acuerdo conmigo los entendidos en arte, cada vez que abordamos el tema de la sexualidad: el varón homosexual puede ser físicamente bello, mas su equivalente femenino parece grotesco en comparación.

En brujería, en la religión Wicca, nosotros reconocemos que la deidad tiene dos caras, alternando entre Pan y Diana. ¿Cómo negar que la homosexualidad halle un puesto en el movimiento religioso de la brujería? Seguro que la razón básica en que todas las religiones se apoyan, es la necesidad de enlazar al hombre con algo que le supera en grandiosidad. Puede variar el nombre de la deidad, mas las razones de este reconocimiento son iguales en todas las lenguas. A veces olvidamos que si las formas de la religión fueron inventadas se debió a que nosotros no somos perfectos, y sólo podemos fijarnos en la figura de un dios como prototipo de la perfección que nosotros buscamos. Si consideramos la religión abierta tan sólo a los «puros de corazón», o si hablásemos tan sólo a los ya iniciados o convertidos, entonces fallamos en el punto más esencial que afecta a la religión. Personalmente, yo creo que la inscripción en la Estatua de la Libertad contiene un mensaje religioso, al decir:

«Traedme a los pobres, a los cansados, a los oprimidos que anhelan la libertad, al triste desecho de vuestra prolífica casta; enviadme a éstos, a los carentes de hogar, los asolados por la tempestad; junto a la puerta de oro estoy yo, con mi antorcha levantada.»

EL SENCILLO ESPLENDOR DEL RITUAL

Vamos a entrar ahora en detalles sobre qué es una ceremonia en la brujería. Un equipo de objetos, muy pocos, muy simples, compone la «regalía» de la bruja.

Es tal su sencillez que no atraen la atención de nadie, caso de estar desperdigados por la casa, aunque lo más prudente es tener los objetos rituales guardados en un sitio seguro, al abrigo de toda mirada indiscreta. No es que ese equipo sea para avergonzarse, pero no conviene que esté expuesto a las manipulaciones de otros. Podrían provocar vibraciones diversas que en nada favorecen a quienes, como yo, estamos conectados con el ocultismo. Muchos echadores de cartas detestan que otros se las manejen; pues mucho más importante es tener el equipo de una bruja en un lugar seguro.

Para iniciar a una aspirante en las artes de la brujería, lo primero que se hace es proceder, con toda solemnidad, a mostrarle las piezas. En mi sector del New Forest, todas las herramientas fueron hechas por un artesano del gremio y dedicadas a la persona para la cual se fabricaron expresamente. (Supongo que para una persona emprendedora sería un negocio muy rentable la producción en masa de estas herramientas brujeriles. Después de todo, casi todos estos objetos ya se han reproducido, y los inversionistas en signos zodiacales han hecho su agosto. Lo mismo puede algún día ocurrir con las herramientas de la brujería.)

En primer lugar tenemos la espada, hecha de algún metal bien templado, que se usa para trazar círculos mágicos. Así, la persona que ha estado en un círculo se puede sentir a salvo mientras practica los ritos en su casa, pues mantiene a raya los malos espíritus.

Lo segundo es el «athame», cuchillo muy corto, realmente una miniatura de la espada en lo que a su calidad y confección se refiere. Puede ser empleado también como defensa contra el mal. Mi propio «athame» tiene el aspecto de un cuchillo de cocina y es una pieza de trabajo de las más ordinarias. Procede de Alemania, donde fue recogido por una parienta rusa cuando viajaba por la Selva Negra. Quizá fue hecho por encargo especial de ella. De sus manos pasó a las de mi

abuela, y de las suyas directamente a las mías. Tengo otro «athame» fabricado por un artesano de aquí, pero no es una herramienta dedicada a los ritos. Está grabado con un arte exquisito y es una joya en esta especialidad; un día será consagrado solemnemente.

El cuchillo de mango blanco se usa con fines especiales dentro del círculo. Si de la escoba se necesita separar una tira de cuero, esta función la tiene que realizar el cuchillo, no el «athame» sagrado.

La vara se usa para ritos sencillos, sobre todo cuando se está solo. Sirve para impetrar ayuda a los guardianes del Este, Sur, Oeste y Norte.

El pentáculo, estrella de cinco o seis puntas, se usa como una especie de amuleto o talismán; debe llevarse siempre. A veces está hecho de cera, porque ésa era la costumbre en tiempos antiguos, ya que así no se podía reconocer en caso de registro. La prueba inculpativa del pentáculo era suficiente para declarar a una persona responsable de cualquier delito, desde la herejía hasta el robo. Pero la cera podía fundirse, y más tarde usarse de nuevo para otro pentáculo. De esa manera no había ningún perjuicio ni nada era malgastado. Hace un siglo, aún muchas brujas criaban abejas, cuya cera podía servirles cuando este producto escaseaba en el mercado.

El flagelo, cuerda de hilo sisal anudado, es símbolo a la vez del poder y del sufrimiento. Sirve para recordar que uno y otro, como partes de la vida, deben ser respetados. Tanto el poder como el sufrimiento pueden ser perjudiciales. En algunas revistas he leído ciertas referencias a los flagelos, dando a entender que se usan para una especie de excitación sexual. Yo no tengo noticia de que se hayan empleado con más fines que los puramente simbólicos. Pensar en el flagelo como en un instrumento de perversión sexual sería un sacrilegio, como pensar que la reina Isabel de Inglaterra usa indecentemente la espada con la que da el espaldarazo, mientras pronuncia las palabras que convierten a un hombre sencillo en un caballero.

Como he dicho antes, las cuerdas tienen un sentido simbólico de poder porque «atan», y nuestros adeptos se ven «atados» por el sigilo. Al iniciarse, el nuevo miembro del «coven» permanece sujeto con unas ligaduras hasta que presta juramento de alianza a la Vieja Religión. Éste es el momento en que una persona, que ha sido miembro de otra religión, tiene que decidirse. Si no hay nada en contra, se entiende que a partir de este instante la brujería es la única religión del iniciado. Esto no quiere decir que los miembros queden inhabilitados para entrar en la Iglesia,

pero son pocos los brujos iniciados que sienten inclinación por las ceremonias eclesiásticas. Si lo hacen es como una atención hacia los amigos. En otros tiempos, cuando una familia albergaba en su casa a un huésped, era costumbre que éste asis-tiera con ella a los oficios cristianos. Hoy día hay más libertad de opción. Personalmente, no tengo inconveniente en visitar una iglesia con unos amigos, pero no quiero dar la impresión de que yo misma participo en los ritos. Allí no soy más que una observadora.

Una de las cosas que me causa más extrañeza es el número de personas que, habiendo ingresado en la brujería, acuden a la iglesia para casarse. Es algo que nunca he podido concebir. Con el matrimonio civil ya están cumplidos los requisitos legales, y aunque la brujería no tiene una «ceremonia» nupcial, no hay nada que prive a un miembro del derecho a casarse comunicándose con la naturaleza y sustituyendo el sacramento por un rato de tranquila meditación. La bruja que realmente lo es, no adquiere ningún compromiso con otra religión, cualesquiera que sean las circunstancias. Si ha encontrado lo que buscaba, no habrá ningún conflicto ni tendrá que retractarse del juramento de alianza que formuló.

Se ha escrito mucho acerca del trazado del círculo donde se reúnen las brujas al ser iniciadas. El círculo obra a modo de un cinturón protector para quienes lo ocupan, para quienes quieran ejecutar su ceremonia sin ser molestados por influencias extrañas. Ha de medir nueve pies (2,74 metros) de diámetro, espacio suficiente para que dentro de él puedan practicar sus ritos trece personas.

(No me explico, realmente, cómo pueden reunirse enjambres tan apretados de hasta doscientas personas, que se autodenominan aquelarres. Puede que tracen unas cuantas docenas de círculos y que determinado número ocupe cada uno de ellos.)

El círculo mágico se traza en dirección contraria a las manecillas del reloj. Después se procede a la consagración del agua, lo cual se hace mojando en ella el «athame» y diciendo:

Yo te exorcizo, joh criatura del agua!, para que alejes de ti todas las impurezas y residuos del mundo material. Yo exorcizo este agua en nombre de la Madre Diosa, Diana, y del Padre Dios, Fauno.

Después se consagra la sal tocándola con el «athame» y diciendo el iniciado:

La bendición descienda sobre esta sal, de forma que todas las malas influencias queden eliminadas. Que estén aquí todas las cosas buenas. Yo te bendigo para que puedas ayudarme. En el nombre de la Diosa Madre, Diana, del Dios Padre, Fauno, yo consagro esta sal.

Agua y sal son esparcidas alrededor del círculo siguiendo la misma dirección, es decir, en dirección contraria a las manecillas del reloj; lo que pueda quedar se conserva en los vasos. El círculo es conjurado a transformarse en un círculo de poder, con estas palabras:

Yo te conjuro, ¡oh, círculo de poder!, para que te conviertas en límite entre el mundo de los hombres y el reino de los poderosos espíritus. Yo invoco a los cuatro guardianes del Este, Sur, Oeste y Norte para que ayuden en esta protección. Así consagro este círculo de poder.

Acto seguido se llama a los guardianes del Este, Sur, Oeste y Norte, con palabras apropiadas; se recorta en el aire el pentáculo y se alza al cielo la mano que empuña el «athame».

Con esto el círculo ya está preparado para el rito mágico que ha de efectuarse en su interior. El aspirante debe saber exactamente la invocación a pronunciar para cualquier cosa que se pida. Hay que decirlo todo perfectamente y exponer la razón por la que invocamos, en un lenguaje claro, sin ofrecer nada a cambio. Sería muy raro que una petición así formulada se quedara sin efecto, pues las vibraciones salen sin obstáculo por las ondas del éter y son captadas en lo alto por la mente universal. Si el aspirante tartamudea o habla con lengua trabajosa, decrece o incluso se destruye la calidad de las vibraciones.

Cuantas cosas sean introducidas en el círculo, como las velas y palmatorias, deben ser consagradas sin precipitaciones, con toda calma. Cualquiera que sea la petición o causa que motive el ritual, dentro del círculo conviene actuar sin nerviosismo y sin prisas cuando hay algo que consagrar.

Terminada la ceremonia debe cerrarse el círculo con la misma solemnidad. Se da las gracias a los espíritus invocados y a los cuatro guardianes. Para romper el círculo se emplea el «athame»; si se hace desde fuera resulta más fácil, desde luego, pero el «athame» debe marcar ligeramente la esfera sobre la cual se ha trazado el círculo, sin estropearla. Se apagan las velas con el soplo y se retiran los objetos rituales. La sal que queda ha de añadirse al agua sobrante y todo junto es

reintegrado a la tierra, en un rincón del jardín que no sea muy frecuentado.

Debe apuntarse todo cuanto se ha hecho dentro del círculo, siendo aconsejable para ello la escritura tebana, especie de taquigrafía muy usada por las brujas. De esta manera vuestras palabras quedarán a cubierto de miradas curiosas. Antes de morir conviene que destruyas todos esos escritos, a menos que, por razones hereditarias, desees cederlos a una persona que quiera seguir la tradición y te conste que es digna de confianza.

En este caso, vuestros propios escritos podrán acrecentar la experiencia de las recipiendarias. La alta sacerdotisa o el sumo sacerdote guardarán una copia del Libro de las Sombras, entendiéndose que lo tienen en depósito, no como posesión personal. De hacerse así, lo más probable es que queden vinculados a una familia por ley de sucesión.

La destrucción de objetos y escritos personales explica que sean tan escasos los documentos antiguos de esta religión llegados a nuestras manos. La persona no iniciada que ve estos escritos, después de haber muerto su autor, los tira sin dar importancia a esos signos ininteligibles, obra tal vez de una mente excéntrica. Creo que esto ha pasado con frecuencia, pues excepción hecha de algunos grimorios son pocos los escritos personales de brujas que quedan del pasado. Pensando en el futuro, yo creo que cada bruja podrá dejar escrito un recuerdo de sus experiencias psíquicas, que aunque no se publiquen serán cada vez más apreciadas de generación en generación... tal vez por unos descendientes que no se avergonzarán cuando alguien les diga:

— ¡Ah! ¿Conque su abuelita fue una bruja? ¿Quién iba a figurárselo!

En las primeras etapas experimentales, conviene no practicar los ritos a solas. El círculo debe ser bien trazado, aunque ello lleve tiempo, a fin de impedir que se disipe, el poder allí retenido; se levanta así una fuerte barrera a la intrusión de fuerzas malignas. Conviene también escoger cuidadosamente la hora, a ser posible de noche, cuando uno está libre de estorbos. El incienso y las velas son influencias suavizantes que favorecen la sensibilización de los sentidos para el ritual ocultista. Los períodos de trance y experiencias fuera del cuerpo no deben iniciarse estando una en el exterior del círculo, pues el impacto del incienso y los efectos hipnóticos de las velas, chisporroteando en la oscuridad, pueden poner en movimiento un mecanismo que abra el subconsciente, haciendo que el sujeto penetre en otra dimensión. No se deben usar drogas para estimular los efectos del trance, pues ya se consigue con el mismo ritual.

El estado de éxtasis, que es la presencia de la Fuerza Creadora en su aspecto divino, puede obtenerse a través de la simple meditación, el trance profundo o la proyección astral. Este impulso progresivo necesita algún tiempo, pasando por unos períodos regulares de meditación, y luego unas sesiones ligeras de trance (es necesario que haya alguien en las proximidades) antes que pueda intentarse la mayor experiencia: la proyección astral. Yo prefiero que mis alumnos alcancen esta proyección de un modo natural, sin verse forzados a ello. No debe considerarse como un ejercicio, en el sentido de la meditación, sino como la culminación de una etapa, en la cual es liberado el espíritu, saliendo del cuerpo y trasladándose a otras esferas y dimensiones para adquirir conocimientos que puedan ser útiles.

He conocido muchas personas que han querido provocar la proyección astral por medios extraños, como adormecer los sentidos mediante un aparato, de horrible silueta, llamado «la cuna de la bruja». Esto no es necesario y hasta resulta peligroso, por lo cual creo no se debe intentar. Cuando todo está listo para la proyección astral, el espíritu volará sin demasiados esfuerzos por parte vuestra, y con poco o ningún peligro para el cuerpo.

Las provocaciones artificiales son para mí tan falsas y peligrosas como lanzar al vuelo una aeronave sin previa inspección. No os dejéis tentar por una «proyección astral instantánea», pues seríais víctimas de un accidente, tal vez mortal, que además dejaría aturdidos e inmóviles a vuestros asociados. En los estudios de la brujería no hay nada que se imponga, que sea violentado. Es como querer saltar de la primavera al invierno sin pasar por el otoño. Imaginaos a una trapezista, con qué cuidado trepa por la cuerda para alcanzar el trapecio, con qué ritmo cruza las manos y los pies. Puede ser la primera del mundo en su arte, pero sabe que si olvida uno solo de esos movimientos rítmicos se expone a un fatal accidente. Hay que estar familiarizado con todas las situaciones y circunstancias, y en la introducción al ocultismo conviene no cometer ni el más leve descuido.

Los cuatro grandes Sabbats y los equinoccios tienen distintas connotaciones y ceremonias, así como símbolos diferentes. En el equinoccio de primavera usamos el símbolo de la rueda, el cual se pone sobre el altar. El caldero, esa gran olla de hierro tan entrañable para los gitanos, se coloca en el círculo. Tanto el caldero como la rueda simbolizan la reencarnación.

La víspera de mayo (30 de abril), o Beltane, es un festival dedicado a la suerte y la dicha, con danzas rituales y fuegos mágicos.

El caldero vuelve a ser protagonista en el festival que se celebra al mediar el

estío. Esta vez se llena de agua y se adorna con flores. Este festival está estrechamente asociado con el simbolismo fálico. Se introducen en el agua unas varas mientras se invoca a Cerridwen, la diosa céltica asociada con el caldero. El del 1.º de agosto es un festival de acción de gracias por las cosechas y demás frutos del campo; se celebra con bailes e invocaciones a la Diosa Madre, porque es aquí donde ella se manifiesta en la plenitud de su fecundidad.

El equinoccio de otoño se celebra con el altar lleno de símbolos de la estación de la cosecha: piñas, espigas, etcétera. La fórmula que se recita en acción de gracias alude a la reencarnación, porque diciendo adiós a la fecunda fuerza solar se acepta el principio reencarnativo, ya que germinarán otras semillas, y habrá nuevas vidas mientras el Sol o Gran Padre se va a disfrutar un período de descanso. Halloween^[42] es un festival mucho más solemne, con danzas lentas y abundancia de encantamientos. Es el año nuevo de los celtas, cuando el Sol se halla en su punto inferior y la Tierra debe entregarse al descanso, antes que vuelva a surgir la vida en plena pujanza. Es la época del barbecho, en que la tierra conserva lo que se le ha devuelto, antes de renovarse el ciclo eterno. Con la llegada de la primavera y los primeros calores, revive la tierra y renueva sus energías. Nuestro festival de octubre está lejos, muy lejos del sentido que quiere dársele en los Estados Unidos, sobre todo con esas leyendas de brujas que tanto se prodigan por radio y televisión de detrimento de la verdad.

Quisiera volver a New Forest en ocasión de este festival, no sólo por reunirme con quienes considero mis más apreciados colegas psíquicos, sino, más que nada, por evitar compromisos absurdos que me proponen acá y allá. No ha habido un año aquí, en los Estados Unidos, que yo no reciba ofertas muy altas de clubs nocturnos u otras organizaciones de diversión. Y yo no quiero tomar parte en frivolidades de éstas. No lo haría por todo el dinero del mundo, y menos en día tan señalado como ése. Ya dije que mi punto flaco es la intolerancia, y cuando más se acusa este defecto mío es precisamente en el día que comentamos.

Una vez, viviendo yo en una casa muy acogedora de Florida, por no haberme sido posible volver a Inglaterra, decidí celebrar allí, privada y tranquilamente, nuestro festival de Año Nuevo. Mi hijo Julián y su novia tuvieron que montar guardia —así, como lo digo— para impedir que una turba de curiosos echase abajo las puertas de mi domicilio. Fue una experiencia terrible, de la que salí con los nervios destrozados. Los asaltantes, al ver que la joven pareja se negaba a cederles el paso, pusiéronse a apostrofarlos con los epítetos más groseros; dos señoras, no sé cómo, lograron descolgarse en la parte posterior del jardín, y anunciaron que pensaban quedarse, y que no se irían ni a rastras. Siguió una escaramuza, en la que

mis fieles guardianes terminaron lanzando a las dos respetables (?) damas a la piscina del jardín, sin que ellas tuvieran que molestarse en cambiar de ropa.

Esta manera de entrometerse la encuentro indigna, intolerable. Imaginaos qué pasaría si yo fuese con mi familia a hacer una exhibición nudista frente a la iglesia local, coincidiendo con la hora de una función religiosa. Seguro que yo acabaría en la cárcel, y con razón. Parece mentira que vivamos en la «edad de las luces», y que cada año, por esas fechas, tengamos que celebrar nuestra fiesta ignorados y ocultos, como en los tiempos de la clandestinidad.

El Halloween, en los Estados Unidos, se ha convertido para mí en una pesadilla infernal. No tardará el día, si siguen así las cosas, en que venga a mi puerta el diablo en persona con una pandilla de amigos, ¡y eso que yo no creo en el diablo! Me entristece saber que estos diablos se tienen por «ciudadanos honrados y temerosos de Dios», a quienes disgusta que se interrumpan los sagrados oficios o se allanen sus moradas. Aquel Halloween de Florida no lo olvidaré nunca, pues tuve que gastar un buen puñado de dólares en reparar la casa... una preciosa mansión estilo colonial con esbeltas columnas ante la fachada. Estas columnas estaban pintarrajeadas, la puerta principal tenía bien marcadas las huellas de los tacones y el jardín se había convertido en un depósito de cascotes y escombros. ¿A qué extraño motivo obedecía el hecho de que aquella gente asaltara mi hogar, precisamente en esa noche sagrada para mí, y causara tantos daños en el edificio y ensuciara el jardín con vidrios y papeles de caramelos y otras golosinas?

Afortunadamente, de los escarmentados nacen los avisados, y para la próxima ocasión ya habré prevenido a la policía. Para otra clase de fiestas no creo sea necesaria esta medida, pues no han ocurrido incidentes.

Yo respeto las festividades religiosas de los cristianos. Entre mis amistades y huéspedes figuran muchos que, deseando cumplir con su religión, no sólo lo han hecho sin reparo por nuestra parte, sino que mi hijo les ha llevado en coche hasta el templo y los ha traído de nuevo. Lo que yo no me explico es lo comercializadas que están algunas fiestas, especialmente las de Navidad y Resurrección. Comprendo la nobleza de sentimientos que anida en la religión cristiana. Comprendo que todos la respeten y que tantos la sigan, pero no esos gastos tan dispendiosos que, a mi entender, no honran la excelsa figura central de tan grandes festejos. En la Navidad, quienes más la festejan son quienes menos se acuerdan del nacimiento del Mesías. Por eso, yo creo que el mejor homenaje cristiano sería llevar colgada una etiqueta diciendo: «Feliz cumpleaños, Jesús.»

Ése sería, creo yo, el mensaje ideal.

LA ENCOMIENDA Y PEQUEÑAS INVOCACIONES

La Encomienda nos hace ver en qué consiste básicamente la brujería. Es recitada frecuentemente por la Alta Sacerdotisa a las iniciadas. Para mí constituye un fragmento de filosofía que desciende a la Tierra revestido de una poética expresión.

La Encomienda.

Estén vuestros oídos atentos a las palabras de la Gran Madre, la que de antiguo era conocida por Artemisa, Astarté, Diana, Melusina, Afrodita, Cerridwen, Dánae, Arianrod, Bride y por otros nombres.

Fue en mis altares donde depositaban sus ofrendas los jóvenes adoradores de Lacedemonia y Esparta.

Siempre que estéis necesitados venid a mí. Cada mes, y a ser posible en la noche de la luna llena, buscad un lugar secreto donde reuniros para adorarme a mí, la reina de toda brujería.

Acudid a aquella asamblea vosotras, las que estáis ansiosas de conocer las artes de la hechicería, en cuyos profundos secretos aún no habéis penetrado. Yo os instruiré en los misterios que nadie ha podido desentrañar.

Os libraréis de la esclavitud. Como signo de vuestra libertad presentaros desnudas en vuestros ritos para danzar, cantar, festejar, hacer música y amar en mi alabanza y honor. Porque mío es el éxtasis del espíritu y mía es también la alegría en la tierra.

Porque mi ley es amar a todos los seres.

Mantened la pureza de vuestros ideales. Luchad siempre por ellos sin desfallecer. Que nada os detenga. Que nada os desvíe.

Porque es mío el portal oculto que da acceso a la juventud. Y mía es la copa del vino de la vida, y también el caldero de Cerridwen, el santo grial de la inmortalidad.

Yo soy la deidad generosa que deposita su dádiva en el corazón de los hombres, la que transmite a la Tierra el mensaje del Espíritu Eterno. Más allá de la muerte doy paz, doy libertad y os convoco al lado de todos cuantos os precedieron.

No pido sacrificios, pues sabedlo bien: Yo soy la Madre de todas las criaturas vivientes, y mi amor se derrama generosamente como la lluvia sobre toda la Tierra.

Oíd a la Madre que os habla desde las estrellas, cuyo cuerpo abarca el universo en su totalidad.

Yo soy la belleza de la verde Tierra y de la blanca Luna. Yo soy el misterio de las aguas.

Y los deseos del corazón humano llaman a la puerta de mi alma.

Alzaos y venid.

Porque yo soy el alma de la naturaleza que da la vida al universo. De mí proceden todas las cosas y a mí todas deben volver. Tú también, todos vosotros, seréis arrebatados al infinito, en donde quedaréis subsumidos por toda la eternidad.

Que esté siempre latiendo la alegría en todo corazón que me adora.

Pues todos mis ritos son actos de amor y de placer. En ellos residen la belleza, la energía, el poder, la compasión, el honor, la humildad, la alegría y el respeto, las virtudes que todas debéis poseer.

Y tú, que quieres buscarme, piensa bien lo que quieres.

Tu deseo no basta, debes descifrar el misterio.

Si lo que buscas no lo has hallado antes dentro de ti, desiste de tu empeño,.

pues fuera de ti nunca lo encontrarás.

Mas debes saberlo: Yo he estado siempre contigo y desde el principio.

Y soy la meta final de todos vuestros deseos.

Para las aspirantes que quieran conocer algunas de nuestras plegarias e invocaciones, expongo a continuación algunas, las más sencillas, utilizadas por mis propias discípulas.

PLEGARIA PARA EL NEW FOREST^[43]

Extiende tu protección y tus bendiciones, oh triple diosa, sobre esta tierra tuya del New Forest. No olvides el santo sagrado y el santificado destino a que este lugar fue llamado por la lengua del divino poder en edades remotas, antes de que la planta humana hubiera hollado estos bosques.

Mira esta comarca con ojos benévolos, oh diosa de la Sabiduría, porque tú misma la creaste para que fuese perpetuamente tuya.

A nuestros pies yacen los símbolos sagrados de la eterna soberanía, ¡oh diosa infinita de la belleza y del terror!

Haz que se pongan de manifiesto los signos de tu retorno, ¡oh diosa de la vida y de la muerte!, pues sólo con tu venida nos será revelada la gloria.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

PLEGARIA PARA OBTENER LA SABIDURÍA.

¡Oh diosa ilimitada de la infinita luz! Une las almas y los corazones de quienes te siguen en el espíritu. Dales fuerza para cumplir tu voluntad según las leyes sagradas de la vida. Hazles como los pétalos de una flor en el jardín de la sabiduría universal. Asístelos, ¡oh triple diosa!, en la empresa indicada y no te apartes de quienes se afanan por saber. Tú ves lo que otros no pueden ver. Tú eres compasiva, justa, generosa, la fuente de toda sabiduría.

En tiempos pasados sacaste a los hombres de las tinieblas y los llevaste a la luz. No dejes que sigan en la ignorancia tus adoradores.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

INVOCACIÓN PARA OBTENER AYUDA.

Tu amor y tu compasión me dan fuerzas, diosa del Cosmos tres veces coronada. Tu guía es una fortaleza granítica en el pico de un monte. Tu sagrada ley de vida es un muro consagrado de llamas refulgentes que me protegen.

Pero en este momento y en este lugar necesito de tu saludable y consoladora presencia, ¡oh amada diosa de quien procede todo bien!

Dígnate estar conmigo en medio de mis presentes dificultades. Llévame de tu mano poderosa, oh diosa compasiva, que no niegas nada, que das siempre lo bueno y lo mejor; condúceme para que con tu ayuda yo pueda remover los obstáculos y aflicciones que en este momento me rodean.

Protégeme con la espada de tu verdad, oh diosa de la primigenia sabiduría. En ti me siento confiado y potente. Tú eres, oh triple diosa, mi socorro y mi ayuda.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

ACCIÓN DE GRACIAS.

La sumisión a tu palabra revelada, oh diosa trascendente del poder cósmico, es la que me ha liberado de las cadenas de pasadas y erróneas creencias. Tu sagrada ley de vida, oh diosa amada de compasión y de misericordia, es un oasis primaveral de firmes conocimientos en el desierto de la ignorancia.

En tanto sigo firme en mi empresa espiritual, mi senda conduce a lugares cada vez más seguros hacia el celeste trono desde donde gobiernas el mundo. Llena mis pensamientos, mi alma y mi mente con tu eterna belleza, oh diosa de pródiga y espiritual transcendencia, a fin de que yo pueda buscar con esa fuerza las puertas de tu divino concurso. En la sombría y salvaje jungla de la ignorancia y la depravación, tú tocaste mi alma con tu ciencia luminosa, y al hacerlo, me hiciste tuya.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

PLEGARIA MATINAL.

Con tu gracia comienza un nuevo día, oh reina y madre de los dioses y de los hombres. Yo me siento fuerte y confortable a la vez, tan sólo por conocerte. Tu ley sagrada de vida es la estrella que guía mi existencia. Todo lo que yo haga hazlo tú santo, santifícalo, bendícelo tres veces, y también mis pensamientos y mis deseos durante el día que empieza.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

PLEGARIA PARA ANTES DE LAS COMIDAS.

¡Toda la vida existe gracias a tu bondad, diosa perpetua de todas las cosas! Bendice, pues, a tus siervos aquí presentes, que te reconocen a la vez públicamente y en secreto. Santifica este alimento para nuestro consumo. Haz firme nuestra alianza contigo, oh triple diosa, y haznos portadores al mundo de tu sagrada ley de vida.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

PLEGARIA DE MEDIANOCHE^[44]

Tu soberanía, oh triple diosa, abarca el día lo mismo que la noche. Extiende tu protección y tu guía a este momento. Haz que sea firme, fuerte y justo a tus ojos en la realización de mis actos. *Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.*

Fortalece las almas de quienes te reconocen, oh suprema creadora, y bendice a quienes abiertamente proclaman tu sublime divinidad.

Seas bendecida, oh diosa suprema, en todos tus nombres y múltiples atributos.

14

Y AHORA, LA UTOPIÍA

Siempre existe un peligro al escribir sobre temas que afectan a la religión, porque en la acuciante necesidad de referirnos a algo mejor y más grande que todos nosotros, nos inclinamos al desbordamiento, adscribiendo todas las virtudes y ningún defecto a la religión que hemos escogido. Puede ser, en efecto, que todas las religiones ortodoxas tengan su propio talón de Aquiles al concebir la vida como un lugar de prueba cuya meta es la muerte, pasada la cual los triunfadores reciben el trofeo que perseguían. Ésta es, creo yo, una de las mayores diferencias que separan las religiones ortodoxas de la Vieja Religión. Estamos conformes en que esta vida no lo es todo, porque hay más. Creemos, en cambio, que en esta misma vida podemos tener también nuestra recompensa a poco que nos hayamos esforzado por conseguirla. Nada que sea bello, armonioso, agradable, puede constituir pecado. Y por esa razón las brujas llevamos una vida que no excluye los placeres sensuales como comer, dormir, hacer el amor...

Nuestra sabiduría proviene de la observancia de un precepto: el de la vida equilibrada. Basta el sentido común para comprender que una vida a base de champaña y caviar, día tras día, resulta aburridísima aunque seáis unos entusiastas del uno y del otro (como yo). La variedad es la sal y la especia que sazona la vida, y está ligada con la ley kármica de la acción, juntamente con la aptitud para adaptarse a las circunstancias. Confieso que a mí me escama cierta clase de brujas que cada dos por tres están recurriendo a un tubo de aspirinas, porque les duele la cabeza o sienten cualquier ligero malestar. No quiere decirse con esto que yo menosprecie la medicina o sea contraria a las consultas médicas. Lo que pretendo es que seamos nosotras mismas quienes conozcamos y pongamos remedios a nuestros males, empezando por los menores. Así podremos prevenirnos mejor contra los graves. Nada de quejas, lamentaciones y pastillas a todo pasto según el estilo oriental, que eso no va con la brujería. Es lo primero que debéis aprender. De esta manera, poniendo orden en vuestra propia casa podréis ir pensando en remediar los males ajenos, más aún si vuestra ayuda excede lo que, normalmente, alcanzan los lazos de la amistad.

Lo que digo podrá parecer una utopía^[45] pero yo estoy propugnando los

medios de hacer aquí, ahora, el Paraíso soñado de una vida armoniosa, atractiva, apetecible por sí misma. No hablo en términos materialistas, pues persistimos en la creencia de que es el espíritu del hombre solamente —no el hombre en su integridad— lo que ha de progresar hasta ser reabsorbido en la suprema divinidad. La presencia de la Fuerza Creadora es ineludible, aun en estos tiempos en que el hombre está superando los conocimientos científicos y rompiendo las viejas barreras del espacio y el tiempo. Según vamos penetrando en el Cosmos y se reduce el tiempo en tan prodigiosa carrera, más convencidos estamos de lo insignificantes que somos, a pesar de todos los progresos de nuestra tan cacareada civilización. En efecto. ¿Qué son unos miles de años comparados con las vastísimas proporciones del universo? Todos los libros de historia, pasados, presentes y futuros pueden quedar resumidos en un microfilm. ¡Pero el Universo...! ¿Quién ha intentado cartografiarlo? Nuestros sentidos no pueden abarcar sino una mínima fracción de él, y dentro de ella no somos más que moléculas. Sin embargo, de esa misma grandiosidad formamos parte nosotros. No estamos excluidos de ella y al contemplarla nos damos cuenta de que tiene un sentido, un mensaje, un significado que aún no hemos sabido captar.

¿Cómo podemos nosotros, seres humanos imperfectos —con toda nuestra ciencia y nuestra tecnología— estar sorprendidos de que la gente no comprenda cosas fundamentales para nosotras, como son la percepción psíquica y la parapsicología? Hemos vivido tantísimas generaciones a base de nuestros cinco sentidos, y dentro de las limitadas dimensiones de nuestro planeta Tierra, que sólo unos cuantos pioneros podrán abrigar la esperanza de poseer otros órganos con sensibilidad más desarrollada. No debe despreciarse, pues, a la persona que posee percepción psíquica —es decir, algo más que los cinco sentidos clásicos— porque esa percepción los hace sensibles a otras dimensiones.

Ya estamos científicamente advertidos de que el espacio exterior debe ser explorado, pues llegará un momento en que el hombre habrá agotado los recursos de nuestro planeta, carecerá de aire y de agua en cantidades suficientes para vivir, incluso de espacio para poderse mover.

La carrera espacial está alcanzando proporciones que rayan en lo dramático. Se gastan en ella miles de millones. De ese dramatismo se dan perfecta cuenta los estrechamente relacionados con esa carrera, y nosotros, los brujos, también. Al decir brujos me refiero a quienes están asociados con la parapsicología, los que sabemos que el espíritu puede desplazarse con o sin la ayuda de ese vehículo que es el cuerpo. Pero antes serán muchas las vacas sagradas que se habrán de sacrificar. Y es que actualmente no estamos en condiciones de sacrificar nada, ni nuestro sistema

de vida ni nuestras actitudes religiosas, sociales, morales y mentales. En este aspecto nunca ha habido unanimidad. Siempre que se habla de cambios son muchos los sectores de opinión que se pronuncian en contra, aunque esos cambios repercutan en nuestro propio favor. Ahora la resistencia no es de un grupo o sector sino de ciertos intereses masivos... Y sin embargo, vivimos en un mundo que quiere y necesita cambiar, pese a quien pese.

Si no queremos cambiar por las buenas, no faltará quien quiera obligarnos a cambiar por las malas. Motivos no han de faltarle, pues nos hallamos inmersos en un sinnúmero de causas diversas. Cada grupo se atiene a la suya y afirma que tiene razón. Y está dispuesto a luchar para que los demás se la den. Entonces se producen esos enfrentamientos por todo el mundo, provocados por grupos minoritarios, mejor dicho, que lo eran y ahora son verdaderas mayorías. El «poder negro» ya no es un grupo reducido que reivindica derechos personales. Es una mayoría de personas con pigmentación diferente que no pueden ser ignoradas, por la simple razón de que ya están ahí.

Los jóvenes, los homosexuales, todos exigen transformaciones. Ved los jóvenes de uno y otro sexo, imponiendo su dictado a las modas. Ved la que fue una minoría de homosexuales, manifestándose tumultuosamente por calles y plazas. Hace veinte años hablaba yo de los homosexuales como una fuerza que sería necesario reconocer en el futuro. Los censores me aconsejaron no hiciera alusión a situaciones como ésa... Y ahora tenemos a esa gente desfilando por la capital del Estado, resuelta a ser oída. El psíquico y el profeta tienen mucho en común.

Cuando echamos una ojeada retrospectiva a la historia del planeta Tierra, no es sólo un tiempo muy largo lo que encontramos. Nos encontramos también con que ha acelerado el ritmo del progreso. Casi estacionario en su fase inicial, ahora atraviesa un período culminante que bien pudiera ser el final, y decir el final quiere decir el caos, la destrucción. Y sin embargo, se da el fenómeno curioso de que la mente humana jamás se ha desenvuelto a un nivel tan elevado como el de hoy en cuanto a perspicacia, técnica, penetración, delicadeza y cordura. Pero le falta un ingrediente que se perdió en la vieja sabiduría. Es algo que nosotras, las brujas, siempre nos hemos empeñado en reconstruir. ¿Cómo? Tratando de unir los fragmentos dispersos de esa vieja sabiduría legada por nuestros antepasados, y hallar algo de ella en nuestra propia forma de vida. Tal vez algún día encontremos ese ingrediente para que el hombre aprenda a vivir en armonía con el universo, sabiendo el puesto que realmente ocupa dentro de él.

Si sólo nos fijamos en las conquistas materiales —mismos métodos de

fabricación, nuevas materias, nuevos conceptos de vida— yo creo que es poco cuanto nos queda por predecir. Desde el punto de vista económico ya se ha previsto ese potencial. Mas los avances en lo mental y lo espiritual son todavía precarios, a la vez que complejos y llenos de peligros. Se dan ahora los primeros pasos —no muy firmes— en el terreno de la investigación psíquica y de la percepción extrasensorial, telepatía, etc. Pero esto no es más que un enfoque materialista cara al futuro. No abarca en su integridad los factores mentales, con los que debe contarse si de veras queremos la perfección. En el cultivo de los valores del espíritu estamos atravesando todavía la fase embrionaria. Si queremos acelerar el ritmo de esta marcha hay que poner más interés, más calor...

Esa complejidad a que nos referimos, así como las frustraciones de la mente y el espíritu humanos al no comprender la magnitud del Universo, han hecho que la vida se convierta en una tensa cadena de vicisitudes entre el nacimiento y la muerte. Para nosotros la solución no puede ser más sencilla: observar siempre la máxima de una vida armoniosa, equilibrada. Si corremos en pos de objetivos materiales, nos costará tiempo desprendernos de una parte de nosotros mismos y regresar al estado primitivo.

En conciencia, deberíamos hacer interiormente una declaración, reconociendo que no somos dioses sino hombres. Nuestra forma de vida actual está modelada por un determinado tipo de imagen: la imagen del héroe, la imagen del «yo, más santo que tú», la imagen competitiva del que todo lo hace mejor que el vecino. Son muchísimas las personas de fama que en sus declaraciones a la prensa expresan el anhelo de bajar de sus pedestales y convertirse en personas «corrientes». Probablemente, lo que quieren decir es que les gustaría ser de nuevo personas «naturales». Si profundizamos en esta cuestión, veremos muchas personas no célebres a quienes les gustaría ser lo mismo. Uno de nuestros errores podría ser el de haber ingeniado nuestro propio mecanismo materialista, un mecanismo nuevo con el que intentamos provocar la «imagen natural» de una forma lo menos dolorosa posible; pero aquí de lo que se trata es de hallar la forma verdadera.

El hecho de salir a pasar tranquilamente unas vacaciones, llevándolo todo menos el fogón, surte el efecto terapéutico «temporal» que surte cualquier mutación del escenario donde vivimos. Pero para librarse totalmente de él, entrar en contacto con la naturaleza... olvídelo todo, a menos que pueda encontrar senderos solitarios de su propia elección para comunicarse literalmente con ella, dialogando y prestando más atención a lo que ella le diga que a sus propias ideas sobre la cuestión.

Tengo la vehemente sospecha de que, pese a los términos laudatorios lanzados a los cuatro vientos sobre el programa espacial, sólo podemos considerarlo un éxito en sus etapas iniciales. Si llevamos al espacio con nosotros nuestros frágiles principios religioso-morales, nuestros códigos sociales y éticos, esas colonias se exponen a un rotundo fracaso. Ya hemos polucionado el luminar de la Luna dejando allí artículos de desecho. Si nos empeñamos en que todo sea empaquetado previamente para acompañar al hombre en sus nuevas colonias, fracasaremos, en tanto no renunciemos mentalmente a la idea de llevar con nosotros la forma de vida existente en nuestro planeta.

Tiene que haber grandes cambios, y éstos sólo pueden venir a través de la mente y el espíritu. Cuando la rueda fue descubierta y usada por primera vez, dio origen a una nueva serie de ideas, pero al introducirse en la industria se llegó a un punto en que la mente humana dejó de operar con la misma eficacia de antes. El desarrollo de la máquina a vapor de Watt introdujo al mundo en la era de la industrialización. Era necesario que surgieran mentes y espíritus espléndidamente dotados a fin de ponernos a tono con las nuevas tendencias... durante algún tiempo. La trayectoria seguida demuestra que el hombre, en cada época, ha sabido ponerse a la altura de las circunstancias pero siempre a impulsos de un invento específico. Sólo ahora, en la Era Espacial, ha detenido su progreso durante un largo período. Todavía siguen las alocadas carreras hacia la Luna sin que la mente del hombre, ni su espíritu, hayan podido abarcar la inmensidad del futuro que tiene por delante. Tal vez sea así porque ahora, más que nunca, lo que priva es la ciencia mientras las religiones del mundo empiezan a sentirse inseguras de las posiciones conquistadas y de la presa que han hecho en las masas.

Llegado a este punto, un punto casi sin retorno, al hombre le queda una opción. Puede hacerse teóricamente irreligioso, aunque en la práctica no deje de invocar a un ser superior si se siente amenazado por un peligro. O bien puede retroceder al estado primigenio de una religión sencilla, sin complicaciones como es la Wicca, eliminando así con el debido equilibrio las múltiples complejidades de su existencia física. Ésta es, creo yo, la tendencia natural que viene acentuándose en los últimos años. He podido apreciar que los métodos de mantener viva la brujería, incluso los no evangélicos, son útiles para promover esta religión en mayor escala de lo que yo creía posible.

Una de las mayores conquistas de nuestra «cultura» —la mayor de las conquistas, según algunos— fue el concepto de cierta conducta como condición esencial para el bienestar de la mente. Sócrates gozaba del conocimiento de la verdad por sí misma, sin importarle demasiado sus derivaciones prácticas, y

exaltaba la imparcialidad del pensamiento combinándola con la honestidad de mente y palabra. Pero mucho antes que Sócrates hubo maestros que comprendieron la brujería, que se deleitaron relacionando sus primitivas divinidades con el hombre, y dieron impulso a una nueva fe buscando esa relación armoniosa entre los dioses y el hombre en la Tierra.

Mientras Sócrates orientaba su mundo hacia el ideal de la inteligencia desapasionada, los sacerdotes y sacerdotisas de la brujería mantenían la idea de un código religioso apasionado, aunque altruista. Partiendo de puntos diferentes, cada forma de pensar entraba en relación con la otra. Desgraciadamente, no siempre se puede vivir con ideales, ni mantenerlos. Tanto la brujería como Sócrates exigían del cerebro humano un grado de coherencia y vitalidad del que no siempre es capaz el sistema nervioso del hombre. La formación del equilibrio entre las tres áreas de cuerpo, mente y espíritu es hoy parte integrante de la brujería. Coherencia y vitalidad son cosas que han intrigado siempre al hombre, igual que hoy atraen su atención las estrellas dobles. Pero el fracaso en sustentar estos ideales en gran escala ha contribuido a engendrar en el hombre una dejadez cínica, acaso uno de los factores causantes de la decadencia espiritual de nuestros días.

Mientras el hombre se siente espoleado y tentado por las aventuras materiales, el orden social del mundo no cesa de cambiar en la misma medida que crece el dominio humano sobre la energía física. El desequilibrio entre lo físico y lo espiritual, entre mente y materia, es cada vez mayor... y siempre es el hombre mismo, el individuo, el que se siente atrapado y lucha por todos los medios para librarse de esa trampa. Necesita saber cuál es su sitio en el mundo, conocer su propia identidad, y ahí queda por ejercitarse ese residuo de aquel primitivo anhelo.

Desde luego, la forma usual de manifestarlo es a través de los actos sexuales, cuando el caballero se quita el antifaz. Lo que hay de primitivo en nosotros también puede revelarse en tiempo de guerra. La guerra nos la imaginamos como una serie de lances bien urdidos en los que el hombre juega como en una partida de ajedrez. De estos incidentes surge uno análogo al de My Lai en la guerra del Vietnam. Poco a poco asoma al consciente la parte primitiva del hombre, y lo hace en formas que desconciertan hasta a las más modernas doctoras en brujería.

Es un hecho que no cabe ignorar. No podemos hacernos a la idea de que no existe, como el avestruz que esconde su cabeza en la arena. Se habla de muchos hombres obligados a luchar en la guerra, en la política o en las finanzas —e instruidos en la adopción de medidas desesperadas— que se han transformado de repente, rechazando esas enseñanzas y convirtiéndose en buenos y humildes

ciudadanos de la comunidad mundial. Lo mismo que el cuerpo no se adapta a cambios extremos de temperatura, la mente y el espíritu hallan dificultad para adaptarse al continuo vaivén de las relaciones humanas, que varía de los más bajos instintos animales al más alto nivel del autosacrificio y el amor a la comunidad en que se vive.

Ha de llegar un momento, por lo tanto, en que se tienda un puente sobre el vacío que separa la mente del espíritu, si queremos tener el cuerpo bajo control y guardando el equilibrio debido. Esto explica también por qué razón la brujería, aunque gana en popularidad e interés, no es apta para todo el mundo. El promedio mental es todavía muy bajo hasta para hablar de las viejas estructuras, y mucho menos de las nuevas, basadas en el desarrollo de los poderes físicos. Así llegará un día en que será mayor el número de consultantes que me escriban diciendo:

—Quiero ser bruja.

Y cuando yo les pregunte por qué, puedan darme respuestas más adecuadas que la habitual:

—Porque quiero embrujar a tal o cual persona.

Superada esta fórmula, podremos decir que hemos llegado a un tipo de mentalidad más acorde con los tremendos avances de la física. Hasta entonces debemos atenernos a las actuales estructuras de la religión y la filosofía, apartando la vista de todo aquello que pudiera significar alianza con el diablo.

La brujería, antigua religión precristiana, no encuentra ninguna razón por la que el hombre esté obligado a «luchar para existir», pues el hombre, en su lucha actual, se está deteriorando víctima de una tensión tan fuerte como innecesaria, dada la opulencia del mundo en que vivimos. Si al menos pudiéramos enseñarle el arte de sobrevivir a este tipo de tensiones, ya habríamos contribuido algo al progreso del mundo. Pero a veces, cuanto más enseña una, mayores son las sospechas que recaen sobre la enseñanza y sus motivaciones. Lo sé por experiencia.

La gente joven no se interesa por la brujería en sí, sino para aprovechar de ella muchas enseñanzas que han de servirle de ayuda en la lucha por la existencia.

Yo no encargo a nadie que instruya a estas personas, y he tenido estudiantes viviendo en mi casa, pagando yo misma todas sus cuentas. Eso no me es posible en las circunstancias actuales, y no sólo desde el punto de vista económico, sino por una razón imperiosa: la actitud de los padres, que aquí puede revestir aspectos

bastante desagradables. Me da la impresión a veces de que los padres preferirían ver a sus retoños frecuentando ciertas esquinas, buscando la aventura por la senda de las drogas, antes que introduciéndose en las prácticas de la religión familiar. Muchos padres se han acercado a decirme:

—Desde luego, no vamos regularmente a la iglesia, pero hemos sido siempre protestantes.

A mi entender, una religión que sólo tiene este significado es peor que la carencia absoluta de religión, porque inhibe la facultad de indagar y crea un vacío en la mente *y en el espíritu*.

Las clases de brujería van tomando incremento en las universidades y escuelas nocturnas; es de presumir que esta enseñanza esté a salvo mientras abarque sólo la historia de la brujería, ciñéndose estrictamente a un estudio comparativo de las religiones. Hay una diferencia notable entre recibir enseñanza académicamente y adquirirla a través de la práctica. Dudo que en un curso de brujería bajo patrocinio oficial se dedique alguna lección a las técnicas del encantamiento o dominio de la mente sobre la materia. Lo seguro es que estarán excluidas las máximas de la religión Wicca. Viene a ser algo así como aprender matemáticas sin poder adquirir la *certeza* de que dos y dos son cuatro.

Si hemos de superar el problema de la educación, nuestra única esperanza consiste en que las familias de vieja raigambre brujeril se atengan en el futuro a la religión y produzcan sus propios métodos de enseñanza, una enseñanza tranquila a impartir dentro del círculo familiar. Este sistema, que requiere algún tiempo, constituye una ventaja de la que el mundo tiene poco que escatimar. Siempre se están presentando programas «bomba», anunciando cursos intensivos por correspondencia para toda clase de cosas sin excluir la brujería, pero en resumen, todo esto no induce más que a confusión. La clave del secreto está —repito— en que el hombre reconozca públicamente sus necesidades, en vez de presumir constantemente de tantas fantasías materialísticas. Por cada hombre que se descubre tal cual es (un ser endiosado) hay millares aferrados a las falsas premisas que llevan consigo.

Nuestro mayor esfuerzo, hoy por hoy, ha de ser enseñar siempre que podamos, lo cual no significa dar «clases oficiales» en las que el hombre reconozca las cualidades negativas, igual que las positivas, de que es portador. Estudiando él mismo sus imperfecciones, con la pequeña ayuda de algunos íntimos, podrá sobreponerse a ellas y eliminarlas. Es una ardua tarea, sobre todo en cierta época de

la vida, pero no deja de ser factible... siempre que haya personas lo bastante realistas para experimentar, ante todo, el deseo de ayudarse a sí mismas en vez de estar recurriendo a médicos o a psiquiatras. Fue el hombre quien creó el problema de la identidad perdida; es él quien debe asumir la responsabilidad de hallar el camino hacia su reencuentro, a través de ese desorden que él mismo contribuyó a crear en nombre de la civilización.

Yo nunca he creído que el hombre deseara, ni en el subconsciente, llegar a la total destrucción de su especie. Hoy día, sin embargo, parece que sí, según el cuadro que nos pintan muchos ecólogos recargando morbosamente los tintes sombríos e indicando los plazos en que, sucesivamente, se irá produciendo la extinción de la vida en este planeta. No puedo compartir tan dramática opinión, aunque deploro la polución de nuestro medio ambiente. Creo, más bien, que cuando todo parece perdido es cuando el hombre se eleva a sus más grandes momentos. Esa hora la tenemos muy cerca. Son muchas las personas que en sus propias vidas empiezan a afrontar los hechos y buscan la forma de adaptarse, de encajar en un mejor escenario ambiental. Ésa va a ser la primera batalla en gran escala, la de la inteligencia contra la materia. Hasta ahora el hombre sobrevivió adaptando el ambiente a sí mismo, en vez de adaptarse él al ambiente. Son muchos los que el mismo año pasado han hallado dentro de sí latentes destellos, elementos de espiritualidad... como armas contra la polución.

Quizás haya sido un acierto prestar tanta atención al ambiente polucionado, porque así se puede poner al hombre en estado de alerta ante el hecho de que su mente y su espíritu están igualmente polucionados, y que realmente existe una situación de desequilibrio en el mundo. Mientras ese desequilibrio exista en las mentes humanas, no habrá verdadero progreso como no lo hubo en la Edad Media tras la caída del gran Imperio Romano Occidental.

Al estudiar la brujería, debemos recalcar también el básico principio de que el hombre ha de estar en armonía con las cosas de su ambiente que le rodean, así como con las personas, animales y plantas que forman parte asimismo de ese entorno. Ahora que conocemos la esencia del problema —y la diagnosis no puede ser más clara— podemos ponernos a pensar en términos de solución.

Ésta es muy sencilla, pero su misma sencillez puede hacerla pasar inadvertida. Las actitudes mentales y espirituales del hombre deben desarrollarse a ritmo más veloz que antes, a fin de que la paz sea preservada con la evolución física.

Ahora bien, como nosotros no podemos sobrecargar el cerebro hasta cierto

(aunque desconocido) límite de ruptura, y como nuestro modo físico de pensar ha de ser más complejo, es evidente que debemos reducir la complejidad de nuestro modo espiritual de pensar. Sacándolo del contexto de las leyes humanas, sin reducir su cuantía en absoluto, al mismo tiempo que preservamos el equilibrio eliminamos el peligro de esa sobrecarga.

No es empresa fácil, pero todo es posible si la mente, el cuerpo y el espíritu se alían con buenas intenciones. Un buen ejemplo del logro de esta armonía se encuentra en la Vieja Religión. En épocas sucesivas, ciertos hombres y mujeres han permanecido leales a las antiguas creencias, aunque sin dejar de estar a tono con los tiempos cambiantes. A poco que os fijéis podréis comprobar que estos hombres y estas mujeres son felices y gozan de excelente salud, tanto de cuerpo como de espíritu. No les da miedo el porvenir, pues a cada amenaza pueden oponer una experiencia del pasado. En el mismo estado que hoy se halla la mayor parte del mundo se hallaban todas las brujas durante las masivas persecuciones de la Edad Media. Sabían que estaban al borde de la destrucción y debían hacer acopio de todas sus fuerzas para sobrevivir.

El hecho de que la brujería ocupe hoy tan ventajosa posición, con tantas y tan distinguidas personas llevando unas vidas bien equilibradas, no es un milagro sino un monumento... a quienes han conocido tiempos más lúgubres, pero se vieron sostenidas por su fe en el bien, sin merma de las enseñanzas recibidas. Claro que todas las religiones han conocido épocas de persecución, pero las brujas modernas han nacido a la hora de conocer una estructura armoniosa, seria, estable, donde ejercer sus energías vitales.

Toda especie viva ha de pasar por una serie de ciclos con sus altibajos correspondientes. En la Astrología, la captación de esos altibajos nos permite sacar mejor partido de las circunstancias. En la brujería, nos hallamos en el umbral de una mejor comprensión de las circunstancias actuales, pues ya hemos pasado por ellas con anterioridad. La reencarnación es como una gran fortaleza donde podemos encerrarnos y de la cual podemos extraer pasadas experiencias, muy provechosas para salvar este mundo que amenaza con desplomarse. Hace siglos ya empezamos a prestar ayudas individuales; ahora debemos hacerlo en escala masiva. Uno de los medios consistirá en acreditar la brujería con más hechos que los aceptados en los tiempos actuales.

En épocas de gran tensión son pocas las personas que rechazan una mano tendida pidiéndoles ayuda. Tal vez lo hagan influidas por motivos de índole religiosa, como sucede con los testigos de Jehová, que no aceptan transfusiones de

sangre ni en caso de emergencia, pero yo estoy segura de que si un miembro de ese grupo *pidiera* sangre a alguien, esta sangre le sería dada. El caso es que en ciertas ocasiones la ayuda ha de ser solicitada. Por esta razón, cuando yo presento al público la Vieja Religión, no lo hago con un afán de proselitismo evangélico.

No hago más que exponerla a los demás, y los que crean tener necesidad de ella que decidan por sí mismos.





SYBIL LEEK. (22 de febrero de 1917 - 26 de octubre de 1982) Fue una bruja, astróloga, psíquica y escritora ocultista inglesa. Escribió más de 60 libros sobre temas ocultistas y esotéricos, además de participar en numerosos medios de comunicación, por lo que apodada por la BBC como la «bruja británica más famosa».

Nació en Staffordshire, Inglaterra, en una familia acomodada con una larga historia de brujería, que se remontaba hasta el siglo XVI, hasta su antepasada Molly Leigh. La familia directa de Sybil desempeñó un papel importante dándole su apoyo para desarrollar su talento, todos ellos colaborando con su educación y poniéndola en contacto con importantes personajes esotéricos de la época como Aleister Crowley.

Contrajo matrimonio a los 16 años con un destacado concertista de piano que se convirtió en su profesor de música, quién sin embargo murió dos años más tarde, tras lo cuál volvió a la casa de su abuela. Poco tiempo después, fue enviada a un coven francés situado en la *Gorge du Loup* (valle del lobo), en las colinas de Niza, para sustituir a una pariente lejana suya en el puesto de Suma Sacerdotisa. Finalmente regresó a Inglaterra para instalarse con su rehubicada familia cerca de New Forest, en dónde regentó varias tiendas de antigüedades.

Notas

^[1] Obra publicada por Ediciones Picazo, con el mismo título, en su colección «Élite». <<

^[2] «Cacher» o «kocher» es el alimento que se toma en las condiciones prescritas por la ley mosaica. (N.del T.) <<

^[3] Alusión a la escena primera del acto cuarto de *La tragedia de Macbeth*, de William Shakespeare, en la que tres brujas malignas preparan horribles pócimas, con los más horripilantes ingredientes y restos humanos. La traducción del sonsonete citado por Sybil Leek es: «¡Redoblen, redoblen, fatigas y molestias!» (N. del R.) <<

^[4] Aleister Crowley fue un verdadero obseso del ocultismo satánico y perverso, lo que no impide que estuviera dotado de grandes cualidades intelectuales y poderes extraordinarios. Sybil Leek lo conoció de niña, ya que Crowley era amigo de la abuela de Sybil. Ésta dice que cuando Crowley hablaba de ocultismo, magia o astrología hipnotizaba a los oyentes con el tono de su voz y su dominio del idioma inglés. Al separarse del camino de la Vieja Religión, este famoso ocultista cayó en los excesos de la magia negra. Con razón o sin ella, fue atacado, perseguido, odiado y traicionado hasta extremos que destruirían a cualquier persona en poco tiempo, pero su extraordinaria personalidad lo resistió todo. *Ruta de la Mano Izquierda*. Su libro acerca de la interpretación de la baraja de los Tarots egipcios es muy apreciado por magos y ocultistas. Publicó una revista esotérica titulada *The Equinox* (El equinoccio) y otras dos satanistas llamadas Gnosis y Lucifer. Su secta satánica vivió en la clandestinidad practicando misas negras y otras ceremonias infernales. Crowley falleció el 2 de diciembre de 1917 en Brighton (Inglaterra), cuando contaba más de setenta años de edad. Había abierto un templo —que creemos sigue funcionando— en el que se practicaba un culto satánico y se cantaban himnos compuestos por él mismo, como el *Himno a Pan*, *Colectas para la misa gnóstica...* Sus discípulos y seguidores los cantan a menudo junto a su tumba. (N. del R.) <<

^[5] El sabbat o aquelarre es la reunión secreta o asamblea que llevan a cabo

brujas y brujos en fechas señaladas para practicar sus ritos y ceremonias. Aunque suele creerse que la palabras sabbat deriva de la hebrea sabbath, que significaba «sábado», el día festivo que se dedicaba al Señor, hay eruditos —y parece lo más evidente— que afirman que dicho vocablo proviene de las Sabacias, fiestas que griegos y romanos celebraban en honor del dios Baco Sabas (Dionisos), conocido también por Sábados, deidad relacionada con Diana y Fauno, a los cuales siguen adorando los seguidores de la religión Wicca. (N. del R.) <<

^[6] Lammas es una fiesta religiosa que se celebra el 1 de agosto en la primitiva Iglesia de Inglaterra, durante la cual se consagraba el pan hecho con el nuevo grano. Es un nombre convencional, tanto en Escocia como en Inglaterra, que se emplea para designar el día en que comienza una estación. (N. del R.) <<

^[7] La noche de Halloween (31 de octubre), víspera del día de Todos los Santos, era una de las fechas en que las brujas celebraban un gran sabbat. Según el antiguo calendario celta, era la última noche del año, en la cual quedaban libres los espíritus malignos y las brujas y adivinos podían predecir el porvenir, lo que iba a suceder con el nuevo año. Los druidas, sacerdotes-magos celtas, celebraban en dicha fecha la fiesta de la recolección de los frutos. La fiesta de Halloween se celebraba en todas las tierras del Reino Unido, y en tiempos modernos pasó a los Estados Unidos. Quien esté más interesado en detalles de este sabbat puede consultar la obra *Los horripilantes secretos del Aquelarre*, publicada por Ediciones Picazo en su colección Huella Histórica. (N. del R.) <<

^[8] Candlemas o la Candelaria era el gran sabbat que celebraban las brujas para festejar el invierno. Su fecha es el 2 de febrero en el calendario moderno. (N. del R.) <<

^[9] En el sistema del filósofo Leibniz, «sustancia simple e indivisible de que se compone todo ser». (N. del T.) Según la filosofía ocultista llamada la mónada es el espíritu infundido por el Creador a todos los seres, el soplo divino, la chispa espiritual que contiene en potencia todos los atributos y facultades, divinas, y que ha de pasar sucesivamente por los reinos elemental, mineral, vegetal, animal y humano. Cuando la mónada llega al reino humano recibe el nombre de ego. El monismo admite un solo Ser real y existente por sí mismo, del que son emanaciones todos los seres individuales y la materia primordial. (N. del R.) <<

^[10] Esta afirmación está de acuerdo con la teología tomista. Según Santo Tomás, en todo orden de cosas, ya estático, ya dinámico, a la perturbación debe seguir la reposición del equilibrio, porque el desequilibrio es violento, es contrario a

la naturaleza. (N. del T.) <<

^[11] El mago negro, el hechicero maligno, es el servidor o practicante de la magia negra, cuya finalidad es hacer el mal, estar a la disposición del odio, de la venganza y de los malos sentimientos de los seres humanos que requieren sus servicios. (N. del R.) <<

^[12] El brujo blanco, la bruja-blanca, es el servidor o practicante de la magia blanca, cuya finalidad es hacer el bien, enseñar a solucionar los problemas humanos y espirituales por medios lícitos, curar enfermedades y ayudar a encontrar el camino de la luz, del amor y del respeto humano. (N. del R.) <<

^[13] Locura asesina muy frecuente en la India y Malasia. (N. del T.) <<

^[14] El *Mardi Gras* es el martes de carnaval o de carnestolendas. Es una tradición francesa que aún se conserva en algunos lugares de los Estados Unidos, como en Nueva Orleans. (N. del R.) <<

^[15] Sybil Leek se refiere aquí a la extraordinaria obra de Sir James George Frazer (1854-1941), historiador y filósofo de la magia y de la religión, nacido en Irlanda. *La rama dorada* se publicó originalmente en 12 tomos para los estudiosos, pero posteriormente el mismo Frazer abrevió lo más importante en un solo tomo, para que el público en general pudiera conocer sus investigaciones. *La rama dorada* es una obra de lectura obligada para todo aquel que quiera adentrarse en los orígenes de la magia y de la religión. (N. del R.) <<

^[16] Como hemos indicado en el prólogo y se desprende de lo que dice la autora, ésta es una practicante de la brujería benéfica, de la Vieja Religión, que no tiene nada que ver con la brujería maligna o satánica, que es una rama degenerada de aquélla. La brujería maligna es sinónimo de magia negra. (N. del R.) <<

^[17] Homosexualidad femenina. (N. del R.) <<

^[18] El hombre muerto. <<

^[19] La misa negra es la misa satánica. Es una ceremonia rigurosamente inversa a la misa del catolicismo y contiene rituales infames y depravados. En el pasado se incluyó el sacrificio cruento como parte integrante de la misma para solicitar los favores del Demonio. La víctima era siempre un niño de muy corta edad, preferentemente no bautizado. Las misas negras más aberrantes, repugnantes y criminales fueron las de la marquesa de Montespán, una de las favoritas de Luis

XIV, rey de Francia. El lector que desee documentarse sobre este tema puede leer *Los horripilantes secretos del aquelarre*, publicada por Ediciones Picazo, en la colección «Huella Histórica». (N. del R.) <<

^[20] El *boomerang* es un arma de caza australiana, a modo de venablo, que posee la particularidad de volver a la mano del cazador después de ser lanzada, trazando una curva de ida y vuelta. Aquí la autora se refiere, metafóricamente, a ciertos mensajes o emisiones vibratorias. (N. del T.) <<

^[21] La autora se refiere a un método de los brahmanes de la India, el cual es sumamente minucioso y dilatado. (N. del T.) <<

^[22] Las que aparecen en *La tragedia de Macbeth*. (N. del T.) <<

^[23] Suponiendo que el diablo sea pura invención, ya se le conocía por muchos nombres antes de la Era Cristiana. (N. del T.) <<

^[24] El vocablo *xorguina* o *jorguina*, por el que también se conocía a la bruja, deriva, según algunos eruditos, de jorguín, hollín, a causa del que se pegaba a las brujas cuando salían y entraban por las chimeneas de las casas. Pero parece más probable que venga del vocablo vascuence *sorguiñá*, del latín *sors*, «oráculo», «sortilegio», opinión que comparte el franciscano español Martín de Castañega en su *Tratado de las supersticiones y hechicerías* (Logroño, 1529). *Jorguinería* fue sinónimo de hechicería. (N. del R.) <<

^[25] Se da el nombre de *grimorio* al libro que tienen las brujas y brujos y que contiene fórmulas mágicas para hacer brebajes, oraciones milagrosas, rituales de nigromancia, maneras de evocar e invocar a las potencias infernales o a las potencias angelicales, conjurar los peligros, adivinar el futuro, atacar a los enemigos, etc. Viene a ser, pues, el manual, el breviario de las brujas, magos y hechiceros. Los grimorios más famosos son *Las clavículas de Salomón* (Amberes, 1721), el *Enchiridion Leonis Papae* (Roma, 1740) y *El gran grimorio del Papa Honorio* (Roma, 1760). (N. del R.) <<

^[26] Sybil Leek emplea aquí impropriamente el nombre de grimorio para el *Malleus Maleficarum*, tratado más conocido por el título español de *El martillo de las brujas*. Esta obra no es, bajo ningún concepto, un grimorio, sino que se trata de un manual preparado por los inquisidores germánicos Enrique Sprenger y Enrique Institoris en el que exponen la actuación de los satanistas, sus métodos y creencias y la manera de descubrirlos y castigarlos. La primera edición del *Malleus Maleficarum*

se imprimió en Estrasburgo en 1486-1487. Desde 1486 a 1496 se hicieron ocho ediciones de esta obra. (N. del R.) <<

[27] Pierre de Lancre fue un escritor y magistrado francés natural de Burdeos y que falleció en 1630. Siendo consejero del Parlamento de su ciudad natal, fue enviado como comisario extraordinario del Santo Oficio al territorio de Labourd, a fin de instruir proceso a multitud de brujas y hechiceros. Condenó a la hoguera a más de quinientas personas, especialmente a muchas jóvenes que confesaron sus creencias satanistas. Todas las supersticiones de la época, procesos, rituales brujeriles y creencias demoníacas quedan reflejadas en sus dos libros, *Tableau de l'Inconstance des mauvais anges et démons* (Cuadro de la inconstancia de los malos ángeles y de los demonios), París, 1613, y *L'incrédulité et mescréance du sortilège pleinement convaincue* (La incredulidad y desconfianza del sortilegio plenamente convencida), París, 1622. (N. del R.) <<

[28] Francois Duvalier, doctor en medicina, fue elegido presidente de Haití en 1957, gracias a los votos de la población negra y pobre del país, frente a los contingentes de mulatos y de la burguesía. En 1963, año en que terminaba su mandato, manifestó su propósito de continuar como presidente del país por otro período, aumentando su poder dictatorial. Falleció oficialmente el 22 de abril de 1971, aunque hay quien supone que el óbito se produjo unos días antes y se ocultó a la nación. Durante su mandato, Duvalier, conocido popularmente Por «Papa Doc», favoreció el culto del «vudú» en el país, lo que le acarreó muchas críticas de las religiones cristianas. (N. del R.) <<

[29] Salve, Satán. <<

[30] Segregación racial impuesta en la Unión Sudafricana. N del T. <<

[31] Señora bruja. <<

[32] Reproducción asexual. (N. del T.) <<

[33] Los romanos distinguían dos clases de acciones con calificaciones morales distintas. Acciones «mala quia prohibita» y acciones «prohibita quia mala», es decir, malas porque están prohibidas, y prohibidas porque son malas. (N.del T.) <<

[34] Karma es una voz sánscrita que significa «hecho», «acción» y es un término común al brahmanismo, hinduismo, jainismo y budismo. Se refiere a la ley de causa y efecto, a la de retribución y compensación. La ley del karma es una creencia religioso-filosófica que se funda en que el nombre es responsable de sus

acciones en el sentido de que cada pensamiento, palabra y obra es una causa que necesariamente ha de producir u originar un efecto de la misma índole. Esta ley está ligada con la creencia en la reencarnación. Por tanto, el karma es la esencia de lo que una persona hizo en el pasado, y esta esencia la lleva con ella de una a otra encarnación, hasta que alcanza la suprema perfección y al no cometer nuevas no tiene necesidad de volver a esta vida. Como indica el Yogi Kharishnanda, precisamente el deseo de agotar por medio de nuevas experiencias, de nuevas acciones, el mal karma establecido en pasadas existencias, es lo que impulsa al ego a reencarnarse, a pagar sus culpas pretéritas, a establecer un nuevo karma que neutralice el pasado. (N. del R.) <<

[35] Robert Malthus escribió en 1798 el *Ensayo sobre el principio de población*, donde planteó el desequilibrio entre el aumento de población y el de alimentos. Debido a este desfase había previsto un momento en que no habría suficiente alimento para todos. (N. del T.) <<

[36] La pinta inglesa es una medida de capacidad equivalente a un octavo de galón. Como la autora debe referirse a la pinta tipo de los Estados Unidos, que equivale a 47 centilitros, las dos pintas citadas equivalen a 94 centilitros, es decir, faltan sólo 6 centilitros para hacer el litro. Para efectos prácticos puede utilizarse, pues, un litro de agua. (N. del R.) <<

[37] Por lo visto, he tenido un cliente más que se ha dignado pagar cincuenta centavos por el *Sybil Leek's Astrology Journal*. (N. de la A.) <<

[38] Esto me parece que es darle mucho bombo a los astrólogos y agoreros. (N. de la A.) <<

[39] Ni firma ni dirección; esta carta se ha reproducido tal y como me fue escrita, con sus defectos de ortografía, sus reiteraciones y todo o demás. (N. de la A.) <<

[40] En este caso, «gurú» es una voz sánscrita que significa maestro en el sentido didáctico de instructor de alguna disciplina científica, ética y filosófica. Sólo se aplica con referencia a los discípulos que siguen dichas enseñanzas. (N. del R.) <<

[41] Aunque hermafrodita y andrógino suelen emplearse como sinónimos, en filosofía ocultista no son exactamente lo mismo. El andrógino es el ser que reúne en su cuerpo a la vez los órganos masculinos y femeninos, pero que para procrear necesita ayuntarse con otro individuo de su especie. En cambio, el hermafrodita,

que también reúne los órganos de ambos sexos, se basta a sí mismo para la reproducción, o sea, que viene a ser un andrógino más evolucionado. (N. del R.) <<

[42] Equivalente a nuestra festividad de Todos los Santos. (N. del T.) <<

[43] Esta plegaria puede servir para reuniones en cualquier parte de un país, aunque debe citarse el nombre específico del lugar. (N. de la A.) <<

[44] Debe decirse antes de todos los ritos personales, a la medianoche. (N. de la A.) <<

[45] Vocablo que se emplea para designar un plan, proyecto, doctrina o sistema halagüeño, pero irrealizable. Esta voz se popularizó con santo Tomás Moro, historiador, estadista y teólogo inglés (1478-1535), que publicó con el título de Utopía un libro que describía una república imaginaria. (N. del R.) <<